

Revista española de investigaciones sociológicas, vol. 143 (2013)

Premio Nacional de Sociología y ciencia política 2012

Laudatio del profesor Juan Díez Nicolás..... p. 3-5
José Ramón Torregrosa

Teoría sociológica y realidad social..... p. 7-24
Juan Díez Nicolás

Artículos

¿Aciertan los sondeos electorales? Análisis sobre la bondad de predicción de los sondeos electorales publicados en la prensa..... p. 24-46
Adrià Caballé, Pere Grima, Lluís Marco-Almagro

Los factores de la ecuación del voto: un análisis empírico..... p. 47-74
Teresa Mata López

¿Cuántas veces dejamos de ser niños? Un análisis de la representación social de la autonomía infantil..... p. 75-92
Iván Rodríguez-Pascual, Elena Morales Marente

«Argumentos» para la elección del centro educativo: un estudio de caso con padres portugueses..... p. 93-112
Virgínio Sá, Fátima Antunes

Notas de investigación

La nueva Estadística de Migraciones: una buena elección por parte del INE..... p. 113-120
Carmen Ródenas, Mónica Martí

Ensayo bibliográfico

Naturaleza vs. situación vital en Max Weber: dos biografías desiguales..... p. 121-127
Álvaro Morcillo Laiz

Crítica de libros

La sociedad sitiada..... p. 129-131
Zygmunt Bauman

Sociologie politique des élites..... p. 132-136
William Genieys

La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia..... p. 136-139
Fernando Vallespín Oña

Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura..... p. 137-142
Genaro Zalpa Ramírez

Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2012

Laudatio del profesor Juan Díez Nicolás*

por José Ramón Torregrosa

Majestades,

Sra. Vicepresidenta del Gobierno,

Sr. Presidente del Centro de Investigaciones Sociológicas,

autoridades, colegas y amigos todos:

Es un honor y una satisfacción glosar aunque sea tan brevemente la personalidad —y la persona— del profesor Juan Díez Nicolás, justa y merecidamente premiado por este Centro, y en un acto tan altamente dignificado por sus Majestades.

Con una perseverancia y continuidad de más de cinco décadas, con una coherencia y una ejemplaridad admirable, el sentido de la vida del profesor Díez Nicolás lo constituyen las ciencias sociales. Ciertamente su biografía nos muestra otras importantes facetas. Pero todas ellas giran en torno a su vocación fundamental y primeriza: la de estudioso del hombre y la sociedad, la de científico social. Y es desde esta autoconcepción de sociólogo desde la que desempeñará otros papeles, académicos, políticos o empresariales. Porque el profesor Díez Nicolás ha sido director general, subsecretario, decano de Facultad, rector de Universidad, empresario, y todo ello con la brillantez, rigor e integridad que todos ustedes conocen; pero sin dejar de ser nunca un estudioso, un investigador, un analista. Su formación metodológica ha estado siempre presente en el modo de plantear y afrontar los problemas, como su particular «fonendoscopio» para auscultar la realidad social y política española, formulando hipótesis sin cesar para explicarla.

Pero orquestar en la práctica la compleja organización que lleva cabo la investigación no es tarea fácil. Y menos aún si nos remontamos a los primeros años sesenta del siglo anterior cuando el profesor Díez Nicolás, a su vuelta de la Universidad de Michigan, diseña y pone en marcha (junto con los profesores Salustiano del Campo y Luis González Seara) el Instituto de la Opinión Pública, antecedente institucional del actual Centro de Investigaciones Sociológicas. Allí podía observarse ya, además de su preparación científico-técnica, su creatividad organizativa y de equipos de investigación, su capacidad de escucha generosa y apoyo a las personas a quienes dirigía. Recuerdo aquellos tiempos fundantes de la investigación sociológica española como de gran efervescencia intelectual y riqueza interdisciplinaria. El con-

* Texto leído por el profesor D. José Ramón Torregrosa Peris, profesor emérito de Psicología Social, durante el acto de entrega del Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2012, celebrado el 12 de febrero de 2013.

texto político más amplio podría ser autoritario; pero el clima intelectual del Instituto de la Opinión Pública era de plena libertad. En gran medida eso era posible merced a ese talante abierto, interpersonalmente acogedor, que como buen castizo cosmopolita ya mostraba el profesor Díez Nicolás. El pluralismo epistemológico, metodológico e ideológico era una vivencia inmediata en las discusiones del día a día de la investigación.

Esa misma pauta de creatividad institucional se convertirá en un rasgo distintivo de su trayectoria política. Así, cuando es nombrado director general de Planificación Social, en el Ministerio de Planificación y Desarrollo, diseña dicha dirección general como si fuera una Facultad o Instituto de Ciencias Sociales, pidiéndonos colaboración a personas de muy distinta orientación ideológica, pero vocacionalmente comprometidas con las ciencias sociales.

Y cuando en 1973 funda y pone en marcha el Instituto Nacional de Ciencias de la Educación, inicia una serie de investigaciones pioneras en sociología de la educación, en las que participan jóvenes investigadores que llegarán después a máximos especialistas en este campo.

Un modo de actuación similar observa el profesor Díez Nicolás cuando desempeña la Subsecretaría del Ministerio de Medio Ambiente, donde poniendo en juego su formación en Ecología Humana introducirá innovadoras medidas para su protección.

La constante que subyace a esa creatividad institucional es la convicción de que la ciencia social y su discurso introducen un principio de racionalidad en la dirección de los asuntos humanos, incluidos aquellos en que se producen agudos conflictos de poder y de concepciones del mundo. El profesor Díez Nicolás ha vivido la política desde el saber sociológico siendo consciente de que ese saber tiene un origen en los intereses y valores de la sociedad que lo propicia y un destino crítico y constructivo de esa misma sociedad. Y si la idea de una ciencia social «pura» es ya una idea extemporánea, habría que asumir de modo expreso su dimensión práctica. Esta es una cuestión no solo epistemológica; afecta al sentido mismo de la identidad profesional de los científicos sociales. En este punto, una vez más, la trayectoria del profesor Díez Nicolás nos revela anticipadamente aspectos clave de las relaciones del científico social con su propia sociedad y de su papel en ella.

Un proyecto singular, expresivo de la generosidad del profesor Díez Nicolás, es haber promovido y asumido la dirección de 60 estudios de alcance nacional, cuyos ficheros de datos, listos para el análisis, pone gratuitamente a disposición de sus colegas para que les sirvan de base empírica de sus investigaciones. Nada menos que 60 encuestas con temas monográficos distintos, desde la identidad nacional hasta el desarrollo moral, la juventud, etc. Una gran cantidad de publicaciones hace referencia a la utilización de esos datos, lo que revela el impacto que dicho proyecto ha tenido en el desarrollo de la investigación empírico-cuantitativa en España, y también fuera.

Pero esto es una pequeña parte de los centenares de estudios que el profesor Díez Nicolás ha dirigido y realizado a lo largo de su carrera profesional. En realidad, nunca ha dejado de estar al frente de un Instituto de Investigación Sociológica, público o privado, en permanente proceso de auscultación y análisis de la realidad social española. Toda esa masa de información, sistemáticamente programada y estructurada, le ha permitido desarrollar no solo un conocimiento amplio y a la vez preciso de la sociedad española, sino esa profundidad y claridad de visión de lo que hay que hacer que llamamos sabiduría, «la frónesis» (prudencia) aristotélica. Que no es la explicación nomológico-deductivista, sino el fundado y concreto análisis de la realidad concreta.

Conozco la trayectoria intelectual y el compromiso universitario de nuestro profesor desde principios de los años sesenta, y puedo atestiguar que su vocación es la Universidad, hacer país haciendo Universidad.

Estamos ante un sociólogo todo terreno, que transita con seguridad y eficacia por distintos subcampos de la Sociología, desde la demografía y la ecología humana, pasando por la sociología política, la sociología cultural o la psicología social.

Su extensa y dilatada obra escrita, en publicaciones nacionales e internacionales, nos muestra esa variedad de temas, casi siempre enfocados desde la base empírica de sus investigaciones. En los últimos lustros la cuestión a la que se ha dedicado con mayor intensidad ha sido el estudio de los valores, desempeñando un papel central, junto al profesor Ronald Inglehart, en una de las líneas de investigación comparada de mayor prestigio e impacto internacionales, «El estudio mundial de valores».

Con su trayectoria de trabajo perseverante, innovador, abierto a cooperar y compartir, el profesor Díez Nicolás ha ido poniendo cimientos necesarios para el desarrollo de la sociología española y situarla así al nivel de su tiempo.

Puede tener la satisfacción íntima del trabajo bien hecho y del deber cumplido, de una vida ya plenaria de realizaciones. Tiene la gratitud y el reconocimiento de quienes hemos disfrutado de su amistad. Gratitud y reconocimiento que expresan el sentir generalizado de los científicos sociales españoles y, también, de muchos otros colegas extranjeros.

Por todo ello, que es muchísimo más, ¡¡Gaudeamus igitur!! ¡¡Felicidades al maestro y amigo!!

Teoría sociológica y realidad social*

Sociological Theory and Social Reality

Juan Díez Nicolás

Palabras clave

Metodología de la investigación

- Ecosistema social
- Centro y periferia
- Valores sociales
- Valores culturales
- Seguridad
- Estructura social
- Cambio social

Key words

Research Methodology

- Social Ecosystem
- Center and Periphery
- Social Values
- Cultural Values
- Security
- Social Structure
- Social Change

Resumen

Este trabajo pretende demostrar la complementariedad entre tres teorías sociológicas relativamente recientes, cada una de las cuales explica una faceta distinta del mismo objeto social: el origen, difusión y cambio de los valores sociales y culturales, con el fin de demostrar que no existe una sola teoría sociológica que lo explique todo, sino diversas teorías que contribuyen a explicaciones parciales de la realidad social. Para ello, y partiendo de la necesaria relación entre teoría e investigación, se evalúan las tres teorías por separado: la del ecosistema social de Hawley y Duncan, la de centro-periferia de Galtung y la del cambio de valores en las sociedades industriales de Inglehart, presentando evidencia teórica y empírica de sus relaciones de complementariedad, tanto con datos españoles como internacionales. Se demuestra que las teorías del ecosistema social y la de centro-periferia tienen un muy alto nivel de generalización (territorial y temporal) y de abstracción, aunque ambas pueden operacionalizar fácilmente sus principales conceptos mediante indicadores válidos y fiables. La teoría del cambio de valores, sin embargo, tiene un alto nivel de generalización territorial, pero está limitada temporalmente al período histórico posterior a la Segunda Guerra Mundial, y tiene también un alto nivel de abstracción. La teoría centro-periferia y la del cambio de valores utilizan unidades de análisis individuales y colectivas, pero la teoría del ecosistema social solo utiliza unidades colectivas, por definición. Las tres teorías conducen a la conclusión de que el valor de la «seguridad» adquirirá una importancia creciente en las sociedades actuales.

Abstract

This paper pretends to demonstrate the complementary relations between three relatively recent sociological theories, each one of which explains a different aspect of the same social object: the origin, diffusion and change of social and cultural values, aiming at demonstrating that there is not such a thing as a sociological theory that explains all, but rather diverse theories that offer partial explanations of social reality. To that effect, and on the basis of the necessary relationship between theory and research, three different theories are evaluated separately: Hawley's and Duncan's theory of the social ecosystem, Galtung's centre-periphery theory, and Inglehart's theory of values' change in modern-industrial societies, offering theoretical and empirical evidence of their complementary relations, based on Spanish and international data. Social ecosystem and centre-periphery theories show a high level of generalization (through space and time) and a high level of abstraction, though both can easily operationalize their main concepts through valid and reliable indicators. The theory of values' change, however, though showing a high level of generalization, is limited in time to the historical period after World War II, and also shows a high level of abstraction. Centre-periphery theory and values' change theory use individual and collective units of analysis, but social ecosystem theory only uses collective units, by definition. The three theories lead to the conclusion that 'security' values will gain a growing importance in present societies.

Cómo citar

Díez Nicolás, Juan (2013). «Teoría sociológica y realidad social». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 7-24.
(<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.7>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

* Escrito original redactado para este número de la *REIS* con motivo de la concesión al autor del Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2012. El discurso de contestación a la *Laudatio* del profesor Torregrosa se encuentra disponible en la página del CIS "www.cis.es"

Juan Díez Nicolás: Universidad Complutense de Madrid | jdieznic@asep-sa.com

LA TEORÍA SOCIOLÓGICA

Teoría e investigación, como dijo el maestro Merton (1957: 85-117), siempre deben ir juntas para serlo realmente, pues la teoría sin investigación es pura elucubración, mientras que la investigación sin teoría es puro empirismo abstracto. Siempre he coincidido con Cohen (1965: 431) en que «la ciencia significa la medición rigurosa de todas las evidencias, incluyendo una total consideración de todas las teorías posibles (lo que constituye el verdadero antídoto del sesgo o prejuicio)». Por ello, «hemos preferido considerar una multiplicidad de perspectivas con respecto al objeto y al método propios de la Sociología. La adopción de esta postura, queremos recalcarlo aquí, no responde a ningún deseo de evitar polémicas y complacer a todos, sino de una fuerte convicción de que, en la actualidad, no se puede hablar del enfoque o del método, sino de enfoques y métodos, todos ellos parciales, todos ellos necesarios y útiles para el fin que es común a la totalidad: el querer dar una explicación adecuada al problema de la vida en sociedad» (Díez Nicolás, 1969: 12). Si he recurrido a esta auto-cita tan lejana en el tiempo, tan lejana que constituyó mi «ópera prima» para el necesario «rito de paso» a la vida académica, se debe a que esa convicción personal inicial se ha mantenido a lo largo de casi cincuenta años de vida académica docente e investigadora. No se trata de «reconstruir una lógica» que dé cuenta de toda una vida académica, sino de dar cuenta de la «lógica en uso» que se ha seguido a lo largo de esa vida¹, de cómo la investigación realizada ha estado siempre vinculada a alguna teoría, de cómo se han utilizado diversos enfoques teóricos para guiar las diferentes investigaciones, y

¹ Utilizo aquí los conceptos de «lógica reconstruida» y «lógica en uso» en el mismo sentido que Kaplan utiliza los de «sociología reconstruida» y «sociología en uso», siendo la primera la que decimos haber seguido, mientras que la segunda es la que realmente hemos seguido (Kaplan, 1964: 20).

de cómo, finalmente, se han podido relacionar lógicamente tres enfoques teóricos elaborados de manera independiente entre sí para constituir conjuntamente un intento de teoría sobre una parcela de la realidad social, la de los valores sociales, verificada además ampliamente a través de la investigación, incluso de la comparada internacional.

En primer término, sin embargo, parece necesario dedicar unas consideraciones previas al concepto de teoría sociológica, puesto que con frecuencia confunden algunos la teoría sociológica con la historia del pensamiento sociológico. Una primera aproximación a lo que es realmente la teoría sociológica puede hacerse señalando lo que no es. Así, Merton (1945) afirma que la metodología, las orientaciones sociológicas generales, el análisis de conceptos, las interpretaciones *post facto* o las generalizaciones empíricas no son realmente teoría sociológica, aunque algunos sociólogos sigan creyendo que están haciendo teoría sociológica. Por el contrario, y de forma positiva, Merton (1957) indicó las funciones que cumple la teoría para la investigación y las de la investigación para la teoría.

La cuestión relativa a las interrelaciones entre teoría e investigación conduce necesariamente al papel de los científicos e intelectuales, es decir, a los que hacen teoría o investigación (Díez Nicolás, 1971). Uno de los sociólogos que más ha escrito sobre el papel de los sociólogos, Mills, diferenciaba entre tres estilos de educación y cuatro tipos de hombres académicos. Al referirse a los estilos de enseñanza contraponía principalmente el estilo de la Universidad de Chicago al de la Universidad de Columbia, criticando al primero por varias razones pero sobre todo porque sus sociólogos se dedican más a la docencia que a la investigación, y por la tendencia a que quienes se dedican a la investigación se ocupen de un solo tema de investigación toda su vida, mientras que en Columbia el estilo predominante es el de dedicarse a un objeto de investigación con

gran intensidad solo durante un tiempo, para cambiar de objeto de interés investigador con frecuencia. Los cuatro tipos de hombres académicos que cita son: el productor o creador de ideas, el mayorista (que distribuye ideas a otros profesores que a su vez las distribuyen a los estudiantes), el detallista (que se ocupa solo de la enseñanza) y el consumidor (que utiliza las ideas de otros), pero añade otros tres, que según Mills (1969: 175 ss.) son característicos de algunas universidades (entre ellas se refiere por supuesto a la de Chicago): el detallista especializado, el intelectual administrativo y el productor frustrado. Obviamente, las críticas de Mills se centran en estos últimos, precisamente por su incapacidad para vincular teoría e investigación, lo que les lleva a una cierta cultura libresca pero desprovista de experiencia empírica basada en la investigación propia.

Lograr el equilibrio entre teoría e investigación, ciertamente, no es fácil, y no ha sido fácil especialmente en España en otros tiempos, cuando el acceso a datos era muy limitado por no decir casi nulo. No es esa la situación en la actualidad, pero sigue habiendo una mayoría de profesores universitarios que han internalizado muy bien el racionalismo de Descartes (por la experiencia de la tradición escolástica), pero que no parecen sentirse cómodos con el empirismo de Hume o del propio Bacon. La gran mayoría de los sociólogos, en cualquier universidad y país, ha desempeñado, aunque haya sido solo temporalmente, todos o casi todos los tipos a los que se refiere Mills, pero ciertamente no es el propósito de este artículo el hacer una tipología de la sociología española, tarea a la que otros han dedicado mucho empeño, a pesar de la corta vida de esa disciplina en España, por comparación con nuestros vecinos europeos alemanes, franceses e incluso italianos, y por supuesto con los norteamericanos. Personalmente pienso que, como en tantas otras cuestiones, he tendido hacia una posición de centro entre los estilos de Chicago y Columbia, posiblemente por mi

formación en la Universidad de Michigan, influida por ambas tradiciones, de manera que he utilizado diversos marcos teóricos, dependiendo del objeto de investigación de cada momento, porque no he tenido interés en un solo objeto de investigación, sino que he variado de intereses en las diferentes etapas de mi vida.

En mi opinión, la manera de evaluar una teoría sociológica debe tener en cuenta diferentes dimensiones. En primer término, su nivel de generalización, es decir, su pretensión de ser una teoría cuya validez se limite a un espacio y un tiempo concretos (p. e., un pueblo español en la actualidad, un país durante un proceso revolucionario concreto), o que sea aplicable a un espacio y un tiempo más amplios (p. e., los países de la Unión Europea durante el periodo de establecimiento de la eurozona), o que sea aplicable a todos los países de la Tierra y en cualquier época de toda la Historia de la Humanidad. Los primeros «padres fundadores» de la sociología pretendían precisamente elaborar teorías sociológicas de validez universal y atemporal, pero pronto se tomó conciencia de que tal cosa era imposible, y se adoptó el criterio de elaborar teorías menos ambiciosas, y con un nivel de generalización más limitado, es decir, para ciertas sociedades y en periodos de tiempo más reducidos. Merton (1957: 39-53) acuñó el término «teorías de alcance medio» para referirse a este tipo de teorías, y debe aceptarse que, efectivamente, la mayor parte de las teorías sociológicas tienen un alcance medio, pretenden tener validez limitada, para un limitado número de países y en periodos temporales muy acotados.

Un segundo criterio para evaluar las teorías es su grado de abstracción o concreción, es decir, la medida en que los conceptos que se hayan utilizado para formular la teoría estén más o menos operacionalizados. Por ejemplo, una teoría formulada a un alto nivel de abstracción sería aquella que afirme que «el desarrollo educativo de una

sociedad tiene una relación positiva con su nivel de desarrollo económico», mientras que una teoría formulada con un mayor grado de concreción sería la que afirme que «cuanto mayor sea la proporción de la población de una sociedad que haya completado su educación secundaria mayor será su renta per cápita». Durante décadas la sociología asistió a la controversia entre los que defendían que cualquier concepto es medible, lo que implica que debe ser operacionalizado, como afirmaba Lundberg (1942) y los que reclamaban la necesidad de definir con gran precisión los conceptos, como Blumer (1930). Es evidente que la sociología, como todas las ciencias sociales y todas las ciencias en general, necesita traducir los conceptos abstractos a indicadores concretos y medibles, y eso se aplica desde el concepto de temperatura hasta el de felicidad. En ambos casos se carece de instrumentos universales objetivos que permitan su medición, de manera que en ambos casos ha sido necesario el consenso entre los científicos para medir la temperatura (a través de las distintas y muy variadas escalas de los termómetros)² y la felicidad (a través de diferentes escalas subjetivas sobre diferentes aspectos que aparentemente componen el sentimiento de felicidad)³.

Y un tercer criterio de evaluación se refiere a las unidades de análisis, que pueden ser de dos tipos: individuales o colectivas. En el primer caso las unidades de análisis son los propios individuos, como unidades de análisis irreductibles para la investigación sociológica, o bien diferentes tipos de unidades colectivas (hogares, tribus, sociedades, municipios, regiones, partidos políticos, organizaciones de cualquier tipo, etc.). Este es pre-

cisamente un rasgo que suele diferenciar a la sociología de la ciencia política, pues mientras la sociología suele utilizar al individuo como unidad de análisis, la ciencia política suele utilizar Estados, sociedades o países. Pero muchas investigaciones sociológicas incluyen en sus análisis variables «macro» (propiedades de colectivos, como la renta per cápita), puesto que las modernas técnicas de análisis estadístico, como los modelos de regresión, permiten incluir como variables explicativas variables «micro» y «macro» (Alexander *et al.*, 1987). Y cada vez es más frecuente también que la investigación en ciencia política utilice a los individuos como unidades de análisis.

Las teorías sociológicas pueden clasificarse de acuerdo con muchos otros criterios, una tarea que por supuesto no es el objeto principal de este trabajo, entre otras razones porque es algo que han hecho muchos otros, incluido el autor de este artículo (Díez Nicolás, 1969). Galtung (1966: 458-465), por citar un sociólogo con una larga trayectoria que se propuso combinar siempre teoría e investigación, señala diez dimensiones en las que comparar a las teorías sociológicas: 1) generalidad (número de hipótesis que se pueden derivar de ella), 2) amplitud o alcance (número de hipótesis confirmadas deducidas de ella, y que previamente no estaban relacionadas entre sí), 3) evaluación de las hipótesis (según su rango sea más alto o más bajo), 4) formalización (grado en que se explicita su estructura), 5) axiomatización (grado en que los axiomas sean no contradictorios entre sí, independientes y completos), 6) su relación con otras teorías (grado en que sus axiomas pueden deducirse de otra teoría), 7) predictibilidad, 8) comunicabilidad y 9) reproducibilidad (grado en que sus hipótesis cumplen estos tres requisitos), y 10) fecundidad (grado en que la teoría da respuestas plausibles a preguntas significativas, es decir, que contribuye al conocimiento de la realidad social). Y no parece posible dejar de citar a Nagel, uno de los grandes metodólogos de la ciencia en general

² Véase la gran variedad de «termómetros» para medir la temperatura en <http://www.sabelotodo.org/termicos/medirtemperatura.html>

³ En Internet se pueden encontrar más de un millón de referencias cuando se teclea «escalas para medir la felicidad».

y de las ciencias sociales en particular, para quien los componentes de una teoría deben ser: 1) un cálculo abstracto que constituye el esqueleto lógico del sistema explicativo, y que define las nociones básicas del sistema; 2) un conjunto de reglas que asignan efectivamente un contenido empírico del cálculo abstracto relacionándolo con los materiales concretos de la observación y el experimento; y 3) una interpretación o modelo para el cálculo abstracto, que proporciona algo de carne al esqueleto estructural a base de materiales visualizables o conceptuales más o menos familiares (1961: 90).

Pero al comienzo de este artículo he señalado que desde mis primeros pasos de dedicación a la sociología tuve la convicción de que era necesario aceptar la existencia de «teorías sociológicas» y no de «la» teoría sociológica (de igual manera que de «métodos sociológicos» y no «del» método sociológico), pues la realidad social es mucho más variada y plural que lo que puede abarcar una sola teoría sociológica concreta. Muchos otros sociólogos, afortunadamente, coinciden con esta perspectiva de que hay que contemplar una diversidad de teorías sociológicas, todas ellas parciales, todas ellas revisables e incluso rechazables a medida que la investigación proporciona nuevas evidencias, todas ellas sujetas también a posibles sesgos de sus creadores o usuarios. Un ejemplo de ello es la todavía reciente aportación de Requena en la que afirma que «...conviene ver a la sociología como una disciplina que es capaz de explicar la realidad social en su complejidad, precisamente debido a los múltiples enfoques que posee. La sociología es una ciencia multiparadigmática, y en estos múltiples enfoques es, precisamente, donde radica su virtud» (2000: 134). Partiendo de la citada perspectiva multiparadigmática, y siguiendo a Ritzer (1979)⁴, Requena ofrece una «visión reticular de la teoría sociológica» sobre la

base de dos ejes que le permiten clasificar diferentes teorías sociológicas en cuatro cuadrantes: macro-objetivo, macro-subjetivo, micro-objetivo y micro-subjetivo. La peculiaridad de esta perspectiva reticular es que, además, permite relacionar unas teorías con otras, como sugería Galtung en sus diez características de cómo debería ser una teoría sociológica.

LA TEORÍA DEL ECOSISTEMA SOCIAL

A lo largo de mi vida académica he utilizado básicamente tres perspectivas teóricas, la del ecosistema social de Hawley (1950, 1968, 1986) y Duncan (1959, 1964), la de centro-periferia de Galtung (1964), y la del cambio de valores en las sociedades industriales de Inglehart (1977, 1990, 1997). Esto no quiere decir que no haya utilizado algunos otros marcos teóricos en alguna investigación concreta, pero la mayor parte de mis más de 200 publicaciones desde 1960 se han basado en alguna de estas tres perspectivas teóricas. Además, no solo las he utilizado ampliamente, sino que he realizado aportaciones a sus respectivos corpus teóricos o metodológicos (1982, 1966, 2009, 2011a) e incluso más recientemente llegué a la conclusión de que había una gran complementariedad entre ellas para la explicación de un aspecto específico, el origen y difusión de nuevos valores sociales, y así he tratado de exponerlo y verificarlo mediante la investigación empírica, como más adelante intentaré demostrar. Una cierta ventaja es que he conocido y tratado personalmente a los tres autores de estas teorías durante décadas, dos de los cuales (Galtung e Inglehart) siguen vivos y activos (Hawley murió en 2009), lo que me ha permitido (y todavía me permite) contrastar con ellos algunas de las revisiones o verificaciones de sus modelos teóricos originarios.

De las tres teorías, la que utilicé desde mis primeros trabajos fue la del ecosistema

⁴ Citado por Requena (2000).

social, hasta el punto de que recopilé y publiqué en España una colección de trabajos de Hawley, alguno de ellos inédito, con un prólogo que él mismo conoció y aprobó⁵. No es posible desarrollar aquí en extensión el contenido de este marco teórico, pero puede resumirse a continuación. La teoría parte de cinco axiomas: 1) la interdependencia entre los seres humanos es absolutamente necesaria, pues el ser humano viene al mundo totalmente incapaz de sobrevivir por sí mismo, por eso necesita de otros seres humanos hasta que pueda procurarse los recursos necesarios para su supervivencia; 2) cada unidad tiene que tener acceso a los recursos que existen en el medio ambiente para sobrevivir, directa o indirectamente (a través de otros seres humanos); 3) cada unidad tiende a conservar y expandir su vida al máximo; 4) las limitaciones a la capacidad adaptativa de una unidad de población son indeterminadas (no indefinidas o ilimitadas, sino indeterminadas, pues las limitaciones en una situación concreta pueden ser superadas en otra), y 5) toda unidad está sometida al aspecto temporal (toda actividad humana tiene lugar en un espacio y un tiempo concretos). Junto a estos cinco axiomas, por definición indemostrables, se establecen cuatro supuestos: 1) toda función (o unidad funcional) de un sistema tiende a desarrollarse hasta un grado en el que pueda satisfacer regularmente las exigencias de sus funciones (o unidades funcionales) complementarias; 2) el tamaño

de la población tiende a aumentar hasta un punto en que los números dedicados a cada función sean suficientes para mantener las relaciones de cada función (o unidad funcional) con todas las demás funciones (o unidades funcionales); 3) cada unidad de un sistema busca una posición en el medio que sea adecuada para la realización de su función y para el mantenimiento de sus relaciones con aquellas unidades que realizan funciones complementarias; y 4) el cambio, en un sistema en equilibrio, se produce solamente por influencias externas. Y combinando los cinco axiomas con los cuatro supuestos se elaboran un total de 34 derivaciones, es decir, hipótesis que pueden ser origen de investigaciones concretas para su verificación (Hawley, 1950: 79-85).

FIGURA 1. *Teoría e investigación: el modelo del silogismo clásico*

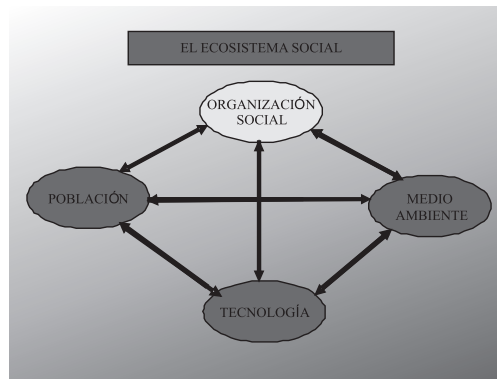
RACIONALISMO Y EMPIRISMO		
	Antes de la verificación	Después de la verificación
Premisa mayor	Axioma Postulado Teoría	Ley
Premisa menor	Supuesto	Ley trans-nivel
Conclusión	Teorema Hipótesis	Generalización empírica

No parece necesario subrayar que este modelo teórico sigue el modelo del silogismo clásico, en el que la premisa mayor son los axiomas, la premisa menor son los supuestos, y la conclusión son las derivaciones o hipótesis. Cuando se lleva a cabo la verificación, si la hipótesis no es rechazada, estaríamos en presencia de una generalización empírica, los supuestos pasarían a ser leyes trans-nivel y los axiomas se transformarían en teoremas o leyes, todo ello siempre que la hipótesis no sea rechazada después de reiteradas repeticiones con datos diferentes.

⁵ Véase Díez Nicolás (1950: xi-xx). Una recensión del libro lo descalificó por reflejar la perspectiva «estructural-funcionalista». Pero el autor de la recensión solo había leído el título, al parecer, en el que aparece la palabra «estructura», y de ahí derivó que tenía que ser estructuralista. Pero no leyó el libro, porque precisamente es una teoría que de manera explícita incluye el conflicto y el cambio como partes absolutamente inherentes a la teoría, puesto que se reconoce que el equilibrio del sistema es siempre inestable. Es una anécdota que describe bien el ambiente universitario de los años sesenta, en el que la confrontación académica entre el enfoque estructural-funcionalista y el conflictivista se traducía en confrontación ideológica y política, más basada en etiquetas que en argumentos científicos.

A partir de este esquema teórico muy estructurado de proposiciones se van desgranando algunas otras consecuencias. La primera es que se parte siempre de la población como unidad de análisis, no del individuo, puesto que la supervivencia de los individuos está vinculada a las relaciones de interdependencia entre ellos. Estas relaciones pueden ser simbióticas (que conducen a la formación de grupos corporados, basados en la división del trabajo) o comensalistas (que conducen a la formación de grupos categóricos). Por tanto, la población de la que se trata es siempre una población estructurada, formada por un conjunto de grupos corporados y grupos categóricos, que constituyen la comunidad humana, es decir, la unidad mínima de análisis. La segunda característica es que esa comunidad, como población estructurada, tiene que sobrevivir con los recursos que encuentre en su medio ambiente, como cualquier otra población de seres vivos (plantas o animales). Pero mientras que esas otras poblaciones de seres vivos se adaptan a su medio ambiente de manera mecánica, genética, las poblaciones humanas se adaptan siempre, desde sus más primitivos y poco elaborados orígenes, a través de la cultura, que solo a efectos heurísticos podemos diferenciar entre cultura material (la tecnología, todo lo que el ser humano ha creado utilizando y combinando diferentes recursos que encuentra en su medio ambiente) y cultura no-material (todas las formas de organización social, familiar, económica, política, educativa, defensiva, etc., así como las ideologías y los sistemas de creencias y de valores, es decir, todo aquello que no se encuentra en la naturaleza ni forma parte de la cultura material). Estos dos conjuntos de respuestas, las tecnológicas y las de organización social, son instrumentales, no las reciben los seres humanos ni de la genética ni de la naturaleza, sino que son creadas por los seres humanos para lograr mejor su supervivencia a través de su adaptación al medio.

FIGURA 2. *El modelo del ecosistema social*



Los cuatro elementos del ecosistema social están relacionados entre sí de manera que cualquier cambio que se produzca en uno de ellos tiene repercusiones y puede producir cambios en los otros tres. Todo ecosistema tiende al equilibrio, un equilibrio demográfico, un equilibrio espacial-territorial y un equilibrio funcional, pero no lo alcanza nunca, de manera que todo equilibrio es inestable, porque siempre se están produciendo cambios en cualquiera de los elementos que provocan cambios en los otros tres. Pero el cambio social, salvo hechos excepcionales, procede sobre todo de los cambios en la tecnología, y de manera especial en la tecnología de los transportes y las comunicaciones en forma de expansión, porque afectan al medio ambiente (amplía el ámbito en el que una comunidad puede obtener sus recursos, indispensables para la supervivencia de la comunidad) y a través de ese cambio repercute inmediatamente en los otros elementos del ecosistema, provocando cambios también en ellos. De hecho, el proceso de expansión ha caracterizado y ha sido visible a lo largo de toda la historia de la Humanidad, desde las comunidades autárquicas y autosuficientes de la prehistoria, pequeñas en número y con una organización muy simple, poco elaborada, a la gran comunidad global internacional que se está formando en nuestros días. Finalmente, toda comunidad, pequeña o grande, simple o

compleja, debe satisfacer cuatro grandes funciones para garantizar la supervivencia de la población: la producción de recursos, su distribución, el control y coordinación de las dos funciones precedentes y el reclutamiento de nuevos miembros.

Puede decirse por tanto que, sobre la base de los criterios antes señalados para evaluar cualquier teoría sociológica, la teoría del ecosistema social es muy ambiciosa, pues tiene un muy alto nivel de generalidad, ya que pretende explicar la estructura, el conflicto y el cambio en cualquier comunidad humana, en cualquier territorio y en cualquier tiempo histórico. De manera similar, está formulada a un muy alto nivel de abstracción, con conceptos, sin embargo, fácilmente operacionalizables, es decir, traducibles a indicadores mensurables. Y sus unidades de análisis son, como se ha indicado, poblaciones de individuos y no individuos concretos, pues la adaptación y la supervivencia son tareas colectivas. Por supuesto que los individuos existen, pero como elementos de un grupo y de una comunidad, desde la tribu nómada al asentamiento agrícola, a la polis, al burgo medieval, a la ciudad, la metrópolis, la región, los Estados nacionales, las comunidades internacionales o la comunidad internacional global. La comunidad será definida como la unidad de análisis más pequeña que garantiza la adaptación y la supervivencia colectiva, si bien esa comunidad ha variado a lo largo del tiempo a medida que la organización social y la tecnología se han hecho crecientemente complejas.

Numerosos trabajos de investigación en diferentes países han utilizado el marco de referencia del ecosistema social, muchas veces sin reconocerlo así, y una gran parte de mis trabajos de investigación se han llevado a cabo partiendo de este marco teórico, sobre los procesos y estructuras demográficos (natalidad, mortalidad, crecimiento, estructuras por sexo y edad, migraciones), pero también sobre el medio ambiente, sobre la función social de la tecnología, sobre las

organizaciones sociales (familiares, económicas, políticas, religiosas, etc.) y también sobre las ideologías, las creencias y los sistemas de valores⁶.

Dentro del amplio campo de investigaciones realizadas alrededor de la teoría del ecosistema social, y más concretamente de las relativas a los aspectos espaciales, creo haber demostrado cómo esta teoría relaciona y explica varias generalizaciones empíricas independientes entre sí y que carecían de un argumento explicativo. Se trata de la teoría del «lugar central» de Christaller (1933) sobre la distribución de núcleos de población en un territorio, la regla del rango según el tamaño («rank size rule») de Zipf (1941), la teoría sobre la «jerarquía de las ciudades» de Berry y Beckmann (1961), entre otros, y la especialización funcional de las comunidades humanas de Hoover (1948), Isard (1956) y Duncan (1960), entre otros. Todos estos hallazgos repetidamente encontrados y verificados en múltiples investigaciones y publicaciones pueden ser explicados mediante la teoría de la especialización funcional y la dominancia ecológica, que les da sentido y muestra sus conexiones y relaciones teóricas, es decir, por la teoría del ecosistema social (Díez Nicolás, 1972).

LA TEORÍA CENTRO-PERIFERIA

La segunda teoría sociológica que he utilizado en múltiples ocasiones, para explicar el origen y difusión de las actitudes y valores sociales, así como las diferencias en esas características entre distintos segmentos de la sociedad, es la teoría centro-periferia y su índice de posición social elaborados por Galtung (1964) a principios de los años sesenta. Debo confesar que cuando escuché esta teoría del propio Galtung en un seminario en

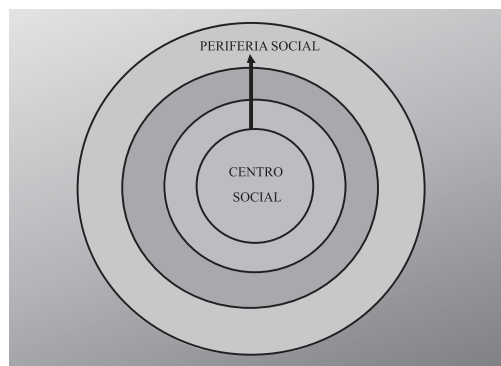
⁶ Todas mis publicaciones pueden consultarse y descargarse en formato .pdf en www.jdsurvey.net/jds/jdsurveyContents.jsp?Idioma=E&SeccionTexto=010401. No parece necesario, por tanto, repetir las aquí.

Amsterdam en 1966 no pensé en absoluto en su posible relación con la teoría del ecosistema social que había conocido en 1962. Solo muchos años después caí en la cuenta de hasta qué punto complementaba a aquella en relación con los valores sociales.

La teoría centro-periferia parte de las siguientes consideraciones: 1) en toda sociedad existen ciertas posiciones sociales mejor recompensadas que otras (p. e., a igualdad de otros factores, tener un alto nivel educativo está más recompensado socialmente que tener un nivel educativo bajo); 2) de lo anterior se puede establecer que en cualquier sociedad se puede denominar «centro social» al conjunto de posiciones sociales mejor recompensadas, y «periferia social» al conjunto de posiciones sociales peor recompensadas (incluso rechazadas); es más, se puede aceptar la existencia de un núcleo central dentro del «centro social», un «núcleo que toma decisiones» en el que se incluyen las posiciones sociales mucho mejor recompensadas, y una «extrema periferia» en la que se incluyen las posiciones sociales mucho peor recompensadas o muy rechazadas. Se trata por tanto de una teoría concéntrica de la sociedad, en cuyo centro se encuentra el «núcleo que toma decisiones» y en la zona más exterior del círculo estaría la «extrema periferia». A partir de estas definiciones, los supuestos iniciales son: 1) el «centro» tiene un alto grado de participación social a través de comunicaciones secundarias (asociaciones) y terciarias (medios de comunicación), mientras que la «periferia» tiene un bajo nivel de participación social, realizado a través de comunicaciones primarias (conversaciones); 2) el «centro» tiene un alto nivel de conocimientos, especialmente sobre directrices, mientras que la «periferia» tiene un bajo nivel de conocimientos, y en todo caso no sobre directrices; 3) el «centro» tiene un alto nivel de opiniones, especialmente sobre directrices, mientras que la periferia tiene un bajo nivel de opiniones, y en todo caso no sobre las directrices. Puesto que el «centro» tiene más conocimientos y opiniones, y puesto que tiene más acceso a los me-

dios de comunicación, el proceso de comunicación suele fluir del «centro» hacia la «periferia» sociales. En dicho proceso de comunicación, las nuevas actitudes sociales, los nuevos valores, surgen en el «centro», e incluso si surgen en la «periferia» no se difundirán a través del sistema social mientras que no sean adoptados por algún grupo del «centro», puesto que por definición es el que tiene acceso a los medios de comunicación⁷.

FIGURA 3. *El modelo centro-periferia*



Una secuencia típica sería la siguiente: 1) las ideas nacen en el «centro» y éste las comunica a la «periferia»; 2) el «centro» debate sobre las nuevas ideas y sus alternativas, mientras la «periferia» permanece apática, no participativa; 3) el «centro» implementa las nuevas ideas, incluso a través de nuevas estructuras sociales, y la «periferia» siente sus efectos; 4) el «centro» comienza a buscar nuevas ideas mientras que la «periferia» comienza a internalizar las que ya han sido aprobadas e incluso institucionalizadas; 5) el «centro» propone nuevas ideas y soluciones, mientras que la «periferia», que acababa de aceptar las anteriores, defiende éstas y por tanto el statu quo; 6) se

⁷ El «centro social», como la «periferia social», son internamente homogéneos en cuanto a que agrupan las posiciones sociales mejor o peor recompensadas, pero son ideológicamente heterogéneos en ambos casos. Tanto en el «centro» como en la «periferia» hay individuos con ideología de izquierda, de derecha o de centro.

vuelve a iniciar el proceso en 1)⁸. El propio Galtung, sin embargo, ofrece un modelo alternativo, pues aunque la «periferia» tiene poca participación social, pocos conocimientos y pocas opiniones, con frecuencia tiene unos arraigados principios morales derivados de ideologías o de creencias religiosas, que les llevarán a defender con ardor el statu quo o el nuevo orden que se les propone. El modelo centro-periferia, por tanto, permite derivar un conjunto de hipótesis a partir de unos postulados y supuestos iniciales, hipótesis que pueden ser verificadas mediante la investigación, y que pueden resumirse así: 1) el «centro» tiene una participación social alta, pero la «periferia» tiene una baja participación; 2) el «centro» tiene muchos conocimientos, y la «periferia» pocos; 3) el «centro» tiene muchas opiniones, pero la «periferia» tiene pocas; 4) el «centro» es emisor, iniciador de comunicación, la «periferia» es receptora, imitadora; 5) el modo de orientación del «centro» se basa en la evaluación diferencial, en los matices, mientras que en la «periferia» la evaluación es global, las cosas son blancas o negras, buenas o malas; 6) la consistencia entre actitudes, entre actitudes y comportamientos, y en el tiempo (estabilidad temporal de las actitudes) es alta en el «centro», pero baja, en los tres casos, en la «periferia»; 7) el «centro» internaliza las nuevas actitudes antes de su institucionalización, mientras que la «periferia» las internaliza después de su institucionalización; 8) la perspectiva hacia el cambio por parte del «centro» es gradualista (parcial, lentamente y no de inmediato), mientras que la de la «periferia» es absolutista (total, rápido y de inmediato); 9) el estilo de pensamiento del «centro» es inductivo, pragmático, orientado hacia medios, mientras que el de la «periferia» es deductivo, moralista, orientado hacia fines; 10) la orientación hacia el orden social existente es de aceptación o rechazo parcial, revisionista, en el

«centro», y de aceptación o rechazo total, conservadora del statu quo o revolucionaria en la «periferia»; 11) la reacción hacia los que toman las decisiones es, en cuanto a su contenido, de discusión y bajo en ignorancia pluralista en el «centro», y de protesta o apatía, alto en ignorancia pluralista, en la «periferia»; 12) y en cuanto a la forma de esa reacción, se lleva a cabo a través de las organizaciones existentes o de las redes de comunicación en el «centro», y a través de demostraciones ad hoc o de la no expresión en el caso de la «periferia».

Como parece evidente, la teoría centro-periferia aspira también a un alto nivel de generalización, pues pretende ser válida en cualquier sociedad pasada, presente o futura. Y también se plantea en un nivel alto de abstracción, si bien sus conceptos fundamentales de «centro» y «periferia» se concretan, se operacionalizan, mediante el índice de posición social (un índice que resume en un solo instrumento de medida ocho características de los individuos de carácter socio-económico habitualmente utilizadas como explicativas de actitudes y comportamientos)⁹. Y, por lo que se refiere a las unidades de análisis, la teoría centro-periferia puede utilizar, indistintamente, países o individuos, si bien el índice de posición social solo se aplica a individuos, aunque no es difícil, especialmente en la actualidad, construir un índice similar para los países. La teoría y sus hipótesis principales se han verificado reiteradamente tanto para España como para muchos otros países. Desde 1966 hasta el presente he utilizado esta teoría en gran número de investigaciones, entre otras razones porque he incluido el índice de posición social en todas mis investigaciones, tanto nacionales como internacionales, incluidas las 248 investigaciones

⁸ Este proceso recuerda bastante al descrito por Simmel (1923) en relación con la moda, que según él consiste en que una minoría pretende diferenciarse de la mayoría, mientras que la mayoría se esfuerza en imitar a la minoría.

⁹ Galtung construyó el índice agregando los valores 1 o 0 en ocho características dicotomizadas: sexo, edad, nivel de estudios, nivel de ingresos, ocupación, actividad económica, localización ecológica y localización geográfica, de manera que cada individuo recibe una puntuación entre 0 y 8 puntos para definir a la «extrema periferia» y al «núcleo de toma de decisiones» respectivamente, con posiciones intermedias más próximas a la «periferia» o al «centro».

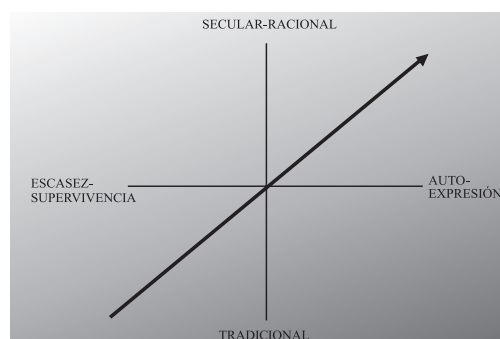
de periodicidad mensual realizadas con muestra nacional de la población española desde 1986. Además, he modificado (2004) el índice de posición social en el sentido de no dicotomizar cada una de las variables componentes del índice (excepto el sexo, por supuesto), dando más peso a los componentes de ocupación y actividad que a los de sexo y edad, de manera que en lugar de variar la escala entre 0 y 8 puntos, varía entre 0 y 27 puntos, lo que permite mayor variación y mayor capacidad explicativa-predictiva. He utilizado (2007: 47-70) el índice también en comparaciones internacionales, elaborando además una variante de la teoría, al comparar élites («centro social») y no-élites («periferia social») en países desarrollados (europeos) y menos desarrollados (de la región MENA, es decir, Magreb y Oriente Próximo), para demostrar que los sistemas de valores de las élites en ambos tipos de sociedades son muy similares, y que la diferencia entre las élites y las no-élites es mayor en los países menos desarrollados que en los desarrollados, de manera que las mayores diferencias se encuentran entre las no-élites de ambos tipos de países.

LA TEORÍA SOBRE EL CAMBIO DE VALORES EN LAS SOCIEDADES INDUSTRIALES

La tercera teoría sociológica que he utilizado ampliamente en mis investigaciones, a partir de 1990, es la elaborada por Ronald Inglehart («The Silent Revolution in Europe») para explicar el cambio de valores en las sociedades industriales, presentada por vez primera en 1971. Tampoco supe percibir, cuando conocí la teoría, las posibles relaciones con la teoría del ecosistema social o con la teoría centro-periferia. Según esta teoría, durante casi toda la historia de la Humanidad la mayor parte de las sociedades ha vivido en situaciones en que una gran parte de sus poblaciones carecía de seguridad económica y de seguridad personal. Por eso, los valores predominantes en esa situación fueron los valores materialistas que respondían a una situación de escasez, unos valores de su-

pervivencia y, utilizando una segunda dimensión, unos valores tradicionales en los que la comunidad local, la familia y la religión controlaban y condicionaban la mayor parte de la existencia de los ciudadanos. A partir de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, cambia sustancialmente esta situación, singularmente en las sociedades más desarrolladas e industrializadas, debido a la persistencia de una situación de paz mundial garantizada por el equilibrio proporcionado por la «guerra fría», que solo era alterada a veces por guerras muy localizadas como la de Corea o la de Vietnam. Y, simultáneamente, porque los gobiernos de los países desarrollados logran garantizar en mayor medida la seguridad ciudadana a través de fuerzas de seguridad más competentes y mejor equipadas. Pero no solo se avanza en garantizar mejor la seguridad personal, sino que se garantiza también mejor la seguridad económica a través del desarrollo económico que se produjo durante las décadas de los años sesenta y setenta, y de manera particular por la continuada ampliación del Estado de bienestar. Como consecuencia de la mayor seguridad personal y económica los sistemas de valores han ido cambiando, y el cambio se puede medir en dos ejes o dimensiones, por una parte, han ido cambiando desde los valores de escasez, de supervivencia, materialistas, a los valores de auto-expresión, post-materialistas, y de otra parte, desde los valores tradicionales a los valores seculares, racionales y legales (utilizando la terminología de Max Weber).

FIGURA 4. Las dos dimensiones del cambio de valores

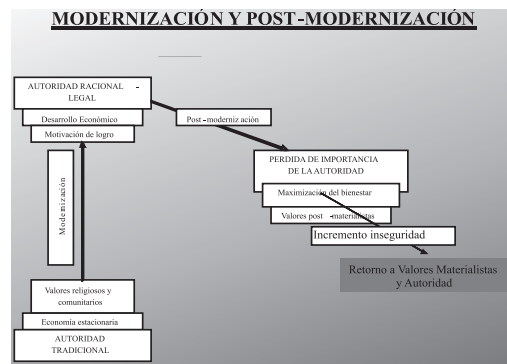


Además de la hipótesis citada sobre el cambio del sistema de valores a medida que las sociedades han logrado mayores niveles de seguridad económica y personal, esta teoría incluye algunas otras hipótesis globales, y más concretamente las denominadas como hipótesis de la escasez e hipótesis de la socialización. De acuerdo con la hipótesis de la escasez, a medida que las sociedades y los individuos logran mayores niveles de seguridad económica y personal, aumenta la proporción de la población que concede prioridad a los valores post-materialistas o de auto-expresión sobre los valores materialistas o de escasez/supervivencia. Según la hipótesis de la socialización, y teniendo en cuenta que la mayor parte de los valores se adquieren durante la etapa de la adolescencia y la juventud, y puesto que las generaciones jóvenes nacidas después de la Segunda Guerra Mundial se han socializado ya en ambientes de mayor seguridad personal y económica (por el Estado de bienestar), debe esperarse que sean las generaciones más jóvenes las que en mayor medida prefieran los valores post-materialistas o de auto-expresión. Así pues, de acuerdo con estas dos hipótesis, los nuevos valores post-materialistas estarán positivamente relacionados con los indicadores de nivel socioeconómico e inversamente con la edad. Dicho de otra manera, a medida que los países y los individuos mejoran su situación económica aumentará la proporción de la población que exhiban valores post-materialistas, y cuanto más jóvenes sean los individuos, a igualdad de otros factores, mayor será la proporción que prefiera los valores post-materialistas y menor la proporción de los que prefieran los valores materialistas.

Según Inglehart, todos los países, a partir de la segunda mitad del siglo XX, han seguido un proceso de cambio en sus sistemas de valores desde los basados en la escasez y la supervivencia hacia los valores de auto-expresión y emancipación, y desde los valores tradicionales a los secular-rationales. El

paso de la sociedad tradicional, agrícola y rural, a la sociedad industrial, se ha realizado en las sociedades más desarrolladas principalmente en los últimos 75 años, y en los países menos desarrollados está todavía en proceso, con cierto retardo. Concretamente, el proceso se basó fundamentalmente en los valores del esfuerzo y el mérito que acompañaron al doble proceso de urbanización e industrialización. No es casualidad que en la década de los cincuenta Rostow (1962) «predicase» las etapas del desarrollo económico, y que en la de los años sesenta McClelland (1968) lo hiciera sobre la motivación de logro («achievement motivation»).

FIGURA 5. *Los procesos de modernización y post-modernización*



El proceso de industrialización y modernización llevó a las sociedades desde una sociedad basada en la autoridad tradicional (en la familia, en la escuela, en la religión, en el trabajo, en la comunidad, reforzándose unas a las otras), con una economía estacionaria (casi autárquica y autosuficiente), y en la que predominaban los valores religiosos y comunitarios, a una sociedad basada en la autoridad racional-legal, con una economía en desarrollo continuado, y en la que predominaban los valores del esfuerzo y el mérito. Las nuevas sociedades industrializadas y modernas proporcionaron seguridad personal y económica en una medida hasta entonces desconocida, lo que condujo a un pro-

ceso de post-modernización caracterizado por una progresiva pérdida de importancia de la autoridad en cualquier ámbito, por un incremento de los valores post-materialistas, de auto-expresión y de emancipación (derecho a elegir los bienes de consumo, a elegir a los representantes políticos, a participar en las decisiones de todas las actividades que nos afectan —en la comunidad de vecinos, en la escuela de nuestros hijos, en las condiciones de trabajo, etc.—, el derecho al divorcio, a decidir el número de hijos y cuándo tenerlos, al aborto, a la orientación sexual, al cambio físico de sexo, a la eutanasia, etc.), al bienestar individual, y en general a la libertad total del individuo, convertido en el centro de todo. Las sociedades post-modernas o post-industriales son el modelo predominante en las sociedades más desarrolladas, con los rasgos antes citados predominando en mayor o menor medida en sus sistemas de valores.

Sobre la base de estas características, puede afirmarse que la teoría del cambio de valores en las sociedades industriales muestra un alto nivel de generalización espacial pero no temporal, puesto que pretende explicar el cambio en el sistema de valores solo en las sociedades contemporáneas, puesto que las anteriores a la Segunda Guerra Mundial estarían en mayor o menor grado englobadas en el tipo de sociedades tradicionales. Según Inglehart, todas las sociedades contemporáneas se distribuirían a lo largo de los dos ejes citados, mayoritariamente cambiando desde el polo de los valores de escasez a los de auto-expresión, y desde los valores tradicionales a los secular-rationales-legales. Así, los países más evolucionados en ambos ejes serían los del norte de Europa, seguidos de los de la Europa protestante, luego de los de la Europa católica, países anglosajones, países europeos ex comunistas, América Latina, para terminar en los países musulmanes y los de África subsahariana. Pero, según la teoría de Inglehart, la tendencia predominante sería hacia los valo-

res post-materialistas y secular-rationales, aunque se observan muchas desviaciones, como que los países anglosajones (excepto el Reino Unido) habrían avanzado mucho más hacia los valores post-materialistas pero menos en los secular-rationales (lo que explica la mayor importancia del factor religioso tradicional en esos países), mientras que los países ex comunistas parecen haber avanzado más hacia los valores seculares pero menos en los post-materialistas (están más cerca, incluso retrocediendo hacia los valores de escasez por su menor desarrollo económico). En cualquier caso, esta teoría pretende ser universal, para todos los países, pero limitada en el tiempo al periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. Su nivel de abstracción también es alto, si bien los conceptos relativos a los sistemas de valores se operacionalizan mediante la escala de post-materialismo basada en un conjunto de doce ítems (Díez Nicolás, 2000). Casi todos los analistas, sin embargo, coinciden en afirmar que la medición del otro eje, el tradicional-secular, no parece haberse logrado con la misma calidad que el materialista-postmaterialista; aunque se han diseñado diversas escalas basadas en diferentes ítems, no se ha logrado el mismo grado de consenso que con la otra. Finalmente, Inglehart y gran parte de los trabajos de investigación realizados por otros autores utilizan los países como unidades de análisis, aunque otra gran cantidad de trabajos utilizan a los individuos como unidades de análisis. En realidad es muy frecuente que se utilicen variables micro (relativas a individuos) y variables macro (relativas a países o incluso a grupos de países) como variables en los análisis estadísticos complejos.

Personalmente, y en gran número de trabajos de investigación (1994 y 2008), he podido confirmar la mayor parte de las hipótesis iniciales, y muy especialmente las relativas a la hipótesis de la escasez y la socialización. Y creo haber sido el primero (2011a) en sugerir, y presentar evidencia, sobre el cambio

que parece haberse producido en la tendencia hacia un creciente post-materialismo en todos los países al señalar que en la mayor parte de los países más desarrollados se podía observar un cambio de tendencia que indicaba un claro regreso hacia valores materialistas a partir del año 2000, como consecuencia de un incremento de la inseguridad personal y económica, agudizada posteriormente a causa de la crisis financiera y económica iniciada en 2007 y en la que todavía nos encontramos.

TRES TEORÍAS EN BUSCA DE UNA EXPLICACIÓN

Como he intentado explicar en las páginas precedentes, cada una de las tres teorías citadas acaparó mi interés desde que tuve conocimiento de ellas, pero no ha sido hasta que comencé a investigar sobre el cambio de valores en las sociedades contemporáneas que me di cuenta de sus relaciones de complementariedad. Así, creo que la teoría del ecosistema social explica cómo surgen los valores, como parte de la cultura no-material, junto con las formas de organización social. En efecto, los sistemas de valores no tienen su origen en los genes ni en la naturaleza, y aunque algunos pretendan que proceden de un cierto «derecho natural» esa explicación parece poco plausible en la actualidad, cuando se comprueba que diversas culturas y en diferentes épocas dan respuestas muy distintas a situaciones similares. Por el contrario, es cada vez más plausible aceptar que los sistemas de valores son respuestas instrumentales que una población de seres humanos «produce» en cada momento concreto. Por ello, los valores ni se pierden ni se encuentran, simplemente surgen en el proceso interactivo entre la población y su medio ambiente como instrumentos para intentar lograr la mejor adaptación, para garantizar las mayores posibilidades de supervivencia. Eso es precisamente lo que no explica la teoría de Inglehart, pues da por supuesto que los valores surgen

y cambian, pero no explica su carácter instrumental. Pero la teoría del cambio de valores sí permite, en primer lugar, señalar la importancia de determinados valores en cada uno de los procesos adaptativos, y cómo cambian al variar las situaciones concretas (p. e., la importancia de los valores de la autoridad, mérito y esfuerzo en el proceso de modernización, que permitieron alcanzar altos niveles de seguridad personal y económica, y la importancia del individuo y sus libertades y derechos en la explicación del proceso de post-modernización y la correspondiente pérdida de importancia de la autoridad, que ha conducido a una pérdida de seguridad). Y la teoría centro-periferia de Galtung proporciona una explicación muy coherente de cómo surgen y se difunden por la sociedad los nuevos valores sociales y culturales, desde el centro a la periferia (desde los países centrales a los periféricos, y desde los grupos sociales de centro a los de la periferia). El primer trabajo (2004) en el que intenté utilizar conjuntamente los tres enfoques teóricos fue precisamente en relación con las actitudes hacia el medio ambiente, puesto que uno de los ejemplos centrales en la teoría del cambio de valores es que en el proceso de modernización adquirió una gran importancia el concepto de desarrollo económico, mientras que en el proceso de post-modernización la conservación y protección del medio ambiente adquirió más importancia que el desarrollo económico (se valoró más la calidad que la cantidad de vida). El intento de combinar las tres perspectivas teóricas fue a partir de entonces uno de los objetivos frecuentes en muchos de mis trabajos de análisis, pudiendo confirmar una y otra vez la complementariedad entre ellas, especialmente en el caso de las teorías de Galtung e Inglehart, puesto que ambas permitían una operacionalización de sus conceptos fundamentales (i. e. el índice de posición social y la escala de post-materialismo). Es así que pude intentar verificar diversas hipótesis en trabajos ya citados y que no es preciso repetir aquí, para comparar países con diferentes niveles

de desarrollo económico, político, social y cultural, o para comparar generaciones.

No obstante, solo más recientemente me he dado cuenta de que las tres teorías coinciden también en ofrecer explicaciones complementarias sobre un valor emergente: la seguridad. Desde la teoría del ecosistema intenté explicar hace ya años (1980) que la aceleración del cambio en cada uno de los cuatro elementos del ecosistema (aceleración en el crecimiento de la población mundial, aceleración en el uso intensivo de los recursos, cambio tecnológico acelerado y cambio también más rápido de lo que fue habitual durante siglos, en las formas de organización social y en los sistemas de valores) provocaría consecuencias de empeoramiento de la calidad de vida, incremento de las desigualdades sociales entre países y dentro de cada país, incremento de los conflictos sociales entre países y dentro de cada país, y peligro de recurrir a soluciones políticas autoritarias para hacer frente al incremento de los conflictos. Es evidente que la situación descrita implica un incremento de la inseguridad como característico del futuro previsible. Pero, además, los datos de la Encuesta Mundial de Valores, principal base de la teoría del cambio de valores, han sugerido que a partir del año 2000, y confirmado por los datos de las oleadas de 2005 y 2010, se percibe un incremento en la importancia atribuida a la autoridad y una reducción de los valores post-materialistas, que son consecuencia de un incremento de la inseguridad, medida por indicadores objetivos y no solo por indicadores subjetivos. Pero, para cerrar el círculo, se observa que el incremento en los deseos de mayor autoridad, y en la reducción en los valores post-materialistas, se ha producido antes y con más intensidad en el «centro social» que en la «periferia social», como cabía esperar de acuerdo con la teoría de Galtung. Hasta el momento actual puedo afirmar (2011b y 2013a) que todos los datos disponibles sugieren la complementariedad entre las teorías de Inglehart y Galtung no

solo para España, sino para los países más desarrollados.

Pero hay algo más, desde la teoría del ecosistema social se ha explicado que las formas de organización social son también cambiantes a lo largo del tiempo, y no es preciso demostrar que efectivamente han cambiado a lo largo de la historia de la Humanidad, y de manera especial las formas de organización política y económica. Actualmente estamos viviendo, y de forma acelerada, ese gran cambio, a causa de la expansión creciente del sistema global mundial. El proceso de globalización no es algo reciente, se ha estado produciendo desde los albores de la Humanidad, desde las comunidades autárquicas y autosuficientes de la prehistoria a los pueblos, las comarcas, la ciudad-Estado de los griegos, el Estado-fortaleza de los reinos feudales, los Estados nacionales, las organizaciones internacionales como la UE y, muy posiblemente, el Estado mundial del futuro. Contrariamente a lo que se pueda pensar, no tenemos la bola de cristal para saber cómo será el futuro, pero sí somos capaces de estudiar las tendencias. Parece evidente, en la situación mundial actual, que los dos sistemas de organización, que aparentemente constituyen la realidad de muchos países y el ideal de los demás, están en crisis. No parece exagerado afirmar que el modelo de organización económica, la economía libre de mercado, y el modelo de organización política, la democracia parlamentaria, están en crisis. Puede que no sepamos qué modelos los sustituirán, pero cada vez es más evidente que están agotando su eficacia como respuestas instrumentales de adaptación. Una vez más, los cambios tecnológicos, en transportes, informática y comunicaciones, posiblemente serán los que introducirán el cambio en el ecosistema, rompiendo su actual equilibrio inestable para llevarnos a un nuevo equilibrio que, por supuesto, no somos capaces de imaginar. Los seres humanos que vivieron en el Renacimiento no sabían que estaban viviendo el Renacimiento. Tampoco nosotros podemos anticipar el destino al que llegaremos, pero hay

cada vez más signos de que los dos modelos que han durado alrededor de dos siglos están llegando a su final (Díez Nicolás, 2013b).

En cualquier caso, los tres modelos teóricos examinados parece que pueden aportar algunas respuestas a los problemas planteados en la actualidad. Lo que es evidente es que en ningún otro período de la historia de la Humanidad se ha observado una aceleración del cambio como el que se observa en la actualidad, cambio en los elementos del ecosistema social, cambios en la cultura material que afectan de manera creciente a la cultura no-material, tanto en las formas de organización social como en los sistemas de valores, y cambios que se detectan primero en las minorías de «centro» social, y que parecen reflejarse de manera muy especial en la creciente inseguridad personal y económica que perciben las poblaciones. Como he señalado en más de una ocasión, si el siglo XX se caracterizó por la confrontación entre los valores de Igualdad y Libertad, el siglo XXI se caracterizará por la confrontación entre los valores de Libertad y Seguridad. La cuestión será responder a la pregunta: ¿a cuántos grados de libertad estamos dispuestos a renunciar para garantizarnos unos determinados niveles de seguridad?

BIBLIOGRAFÍA

Alexander, J. C. et al. (1987). *The Micro-Macro Link*. Berkeley: The University of California Press.

Beckmann, Martin J. (1958). «City Hierarchies and the Distribution of City Size». *Economic Development and Cultural Change*, 6: 243-248.

Berry, Brian J. L. (1961). «City Size Distributions and Economic Development». *Economic Development and Cultural Change*, 9: 573-588.

Blumer, Herbert (1930). «Science without Concepts». *American Journal of Sociology*, 36: 515-533.

Christaller, W. (1933). *Die Zentralen Orte in Süddeutschland*. Jena: Gustav Fisher Verlag.

Cohen, Morris R. (1965). *Razón y Naturaleza*. Buenos Aires: Paidós.

Díez Nicolás, Juan (1950). «Prólogo». En: A. H. Hawley, *La estructura de los sistemas sociales*. Madrid: Tecnos.

— (1966). «Posición social y opinión pública». *Anales de Sociología*, 2: 64-75.

— (1969). *Sociología: entre el funcionalismo y la dialéctica* (2ª ed., 1976). Madrid: Guadiana.

— (1971). «El científico y el intelectual en la sociedad industrial». *Revista de Estudios Sociales*, 3: 3-18.

— (1972). *Especialización funcional y dominación de la España urbana*. Madrid: Fundación Juan March-Guadarrama.

— (1980). «La España previsible». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 12: 59-86.

— (1982). «Ecología humana y ecosistema social». En: VV AA, *Sociología y medio ambiente*. Madrid: MOPU-CEOTMA.

— (1994). «Postmaterialismo y desarrollo económico en España». En: J. Díez Nicolás y R. Inglehart (comps.), *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*. Madrid: Fundesco.

— (2000). «La escala de post-materialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas». En: F. Andrés Orizo y J. Elzo, *España 2000: entre el localismo y la globalidad*. Madrid: SM.

— (2004). *El dilema de la supervivencia: los españoles ante el medio ambiente*. Madrid: Obra Social de Caja Madrid.

— (2007). «Value Systems of Elites and Publics in the Mediterranean: Convergence or Divergence». En: Mansoor Moaddel (ed.), *Values and Perceptions of the Islamic and Middle Eastern Publics*. Nueva York: Palgrave Macmillan.

— (2008). «Values and Generations in Spain». En Th. Petterson y Y. Esmer, *Changing Values, Persisting Cultures*. Leiden-Boston: Brill.

— (2009). «Some Theoretical and Methodology Applications of Center-periphery Theory and the Social Position Index». En: K. van der Veer et al. (eds.), *Multidimensional Social Science*. Amsterdam: Rozenberg.

— (2011a). «¿Regreso a los valores materialistas? El dilema entre seguridad y libertad en los países desarrollados». *Revista Española de Sociología (RES)*, 15: 9-46.

- (2011b). *La seguridad subjetiva en España: construcción de un índice sintético de seguridad subjetiva (ISSS)*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- (2013a). «Measuring the Concept of Security in a Comparative Perspective». Ponencia presentada en la Asamblea General de la World Values Survey Association, Doha (Catar).
- (2013b). «Crisis económica, crisis financiera o crisis del sistema social global». *Revista Española de Sociología*, 19: 153-168.
- Duncan, Otis Dudley (1964). «Social Organization and the Ecosystem». En: R. E. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*. Chicago: Rand McNally.
- y Leo F. Schnore (1959). «Cultural, Behavioral and Ecological Perspectives in the Study of Social Organization». *The American Journal of Sociology*, LXV: 132-153.
- et al. (1960). *Metropolis and Region*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Galtung, Johan (1964). «Foreign Policy Opinion as a Function of Social Position». *Journal of Peace Research*, 34: 206-231.
- (1966). *Teorías y métodos de la investigación social*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- (1976). «Social Position and the Image of the Future». En: H. Ornauer et al. (eds.), *Images of the World in the Year 2000*. París: Mouton.
- Hawley, Amos Henry (1950). *Human Ecology*. Nueva York: Ronald Press.
- (1968). *La estructura de los sistemas sociales*. Madrid: Tecnos.
- (1986). *Human Ecology: A Theoretical Essay*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hoover, Edgar M. (1948). *The Location of Economic Activity*. Nueva York: McGraw Hill.
- Inglehart, Ronald (1971). «The Silent Revolution in Europe». *The American Political Science Review*, 65(4): 991-1017.
- (1977). *The Silent Revolution*. Princeton: Princeton University Press.
- (1990). *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton: Princeton University Press.
- (1997). *Modernization and Postmodernization*. Princeton: Princeton University Press.
- Isard, Walter (1956). *Location and Space Economy*. Nueva York: John Wiley and Sons-MIT.
- Kaplan, Abraham (1964). *The Conduct of Inquiry*. San Francisco: Chandler Publishing Company.
- Lundberg, G. A. (1942). «Operational Definitions in the Social Sciences». *American Journal of Sociology*, 47: 727-739.
- McClelland, David Clarence (1968). *La sociedad ambiciosa*. Madrid: Guadarrama.
- Merton, Robert K. (1945). «Sociological Theory». *The American Journal of Sociology*, 1: 462-473.
- (1957). *Social Theory and Social Structure* (ed. revisada y aumentada). Glencoe (Ill.): The Free Press.
- Mills, C. W. (1969). «Tipos de hombres académicos: la educación estilo Chicago». En: *De hombres sociales y movimientos políticos*. México: Siglo XXI.
- Nagel, Ernest (1961). *The Structure of Science*. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- Requena Santos, Félix (2000). «Hacia una perspectiva reticular de la teoría sociológica». *Papers*, 62: 133-145.
- Ritzer, George (1979). «Toward an Integrated Sociological Paradigm». En: W. Snizek et al. (eds.), *Contemporary Issues in Theory and Research*. Westport (Cn): Greenwood Press.
- Rostow, Walter Whitman (1962). *The Stages of Economic Growth*. Boston: Cambridge University Press.
- Simmel, Georg (1923). «Filosofía de la moda». *Revista de Occidente*, 1-2: 42-66.
- Zipf, George Kinsley (1941). *National Unity and Disunity: The Nation as a Bio-social Organization*. Bloomington: The Principia Press.

BIOGRAFÍA

JUAN DÍEZ NICOLÁS, Premio Nacional de Sociología y Ciencia Política 2012. Nació en Madrid, es Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense, M.A. en Sociología por la Universidad de Michigan (Ann Arbor), Catedrático de Sociología en las Universidades de Granada, Málaga, Autónoma y Complutense de Madrid, y Dr. Honoris Causa por la UNED. Actualmente es Presidente de ASEP y de FADDIS, investigador principal para España en el WVS, ISSP y CSES, director asociado para el Sur de Europa del European Centre for Survey Research, Universidad de Aberdeen, Escocia (UK), y Académico de la Europea de Ciencias y Artes y del Colegio Libre de Eméritos. Ha sido cofundador del IOP y fundador del CIS y de otros centros de investigación, Presidente de la FES y Vicepresidente de la ISA, y participó activamente en la Transición política a la democracia en los gobiernos de Adolfo Suárez. Autor de mas de 30 libros y 190 capítulos de libros y artículos en revistas profesionales.

BIOGRAPHY

JUAN DÍEZ-NICOLÁS, 2012 National Prize for Sociology and Political Science. Was born in Madrid. He has obtained M.A. and Ph.D. degrees in Political Science at de Complutense University, M.A. in Sociology at the University of Michigan (Ann Arbor), Professor of Sociology at the Universities of Granada, Malaga, and Autonomia and Complutense (Madrid), and Dr. Ad Honorem from UNED. At present he is President of ASEP and FADDIS, PI for Spain in WVS, ISSP and CSES, associate director for Southern Europe at the European Centre for Survey Research, University. of Aberdeen, Scotland (UK), and member of the European Academy of Sciences and Arts, and of the Colegio Libre de Emeritos. He has been co-founder of IOP and founder of CIS and other social research centres, President of FES and Vice-President of ISA, and he participated actively in the political Transition to democracy in the governments of Adolfo Suarez. Author of more than 30 books and 190 book chapters and articles in professional journals.

¿Aciertan los sondeos electorales? Análisis sobre la bondad de predicción de los sondeos electorales publicados en la prensa

Are Election Polls Right? Analysis of the Accuracy of Election Polls Predictions Published in the Press

Adrià Caballé, Pere Grima y Lluís Marco-Almagro

Palabras clave

Encuestas • Elecciones
• Trabajo de campo
• Conducta electoral
• Medios de comunicación
• Distribución de escaños • Diseño de la investigación

Key words

Surveys • Elections
• Fieldwork • Electoral Behaviour • Mass Media • Distribution of Parliamentary Seats
• Research Design

Resumen

Este artículo analiza las predicciones sobre los resultados de las elecciones al Congreso de los Diputados de España publicadas en los principales medios de la prensa española. Para comparar su grado de acierto se define una distancia entre la previsión y los resultados reales, y se valora su magnitud comparándola con la que presenta lo que se ha denominado “sondeo perfecto”, realizado por simulación a partir de las proporciones realmente obtenidas por cada partido. También se analizan otros aspectos relacionados con los sondeos publicados, como la relación entre el tamaño de muestra y la calidad de la estimación realizada, o entre el error que se comete (por exceso o por defecto) con un partido y la afinidad ideológica entre dicho partido y el medio que publica la encuesta.

Abstract

This paper analyses the predictions of the election results for the Spanish Parliament published in the main Spanish newspapers. To gauge their degree of accuracy, the distance between the predictions and the actual results was defined and later assessed by comparing it with that of the so-called ‘perfect poll’. This ‘perfect poll’ was generated by a simulation using the proportions of votes actually obtained by each party. Other issues related to the published polls are also analysed, such as the relationship between sample size and estimation quality, and between the error made (by excess or defect) for a party and the ideological affinity between that party and the newspaper publishing the survey.

Cómo citar

Caballé, Adrià; Pere Grima y Lluís Marco-Almagro (2013). «¿Aciertan los sondeos electorales? Análisis sobre la bondad de predicción de los sondeos electorales publicados en la prensa». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 25-46. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.25>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Adrià Caballé: Universidad Politécnica de Cataluña | adriacaballe@yahoo.es

Pere Grima: Universidad Politécnica de Cataluña | pere.grima@upc.edu

Lluís Marco-Almagro: Universidad Politécnica de Cataluña | lluis.marco@upc.edu

INTRODUCCIÓN¹

Siempre ha existido cierta controversia sobre la capacidad de predicción de los sondeos electorales. Por una parte, es habitual referirse a ellos en un tono de incredulidad («solo son encuestas»), especialmente por aquellos a los que no les son favorables, pero, por otra, se han convertido en un elemento habitual en la prensa y son utilizados como guía para los comentarios y para la interpretación de la realidad política del momento.

Se pueden considerar dos tipos de estudios sobre intención de voto: los que se realizan a lo largo de la legislatura presentándose bajo titulares del tipo «si las elecciones se celebraran ahora...», y los que se publican una semana antes de las elecciones. En el primer caso es imposible saber si los resultados que se dan tienen o no un nivel de aproximación razonable, siendo esto lo que ocurre en general con los estudios basados en el análisis de muestras (como los estudios de las audiencias de TV, por ejemplo). Sin embargo, para los que se publican una semana antes de las elecciones sí que se acaba sabiendo «la verdad», y por tanto se puede valorar de forma objetiva la predicción realizada.

Además de esta peculiaridad, y de que muchas personas identifican las posibilidades de la estadística con lo acertadas que resultan este tipo de predicciones, lo cierto

es que los sondeos electorales son un ejercicio lleno de dificultades, algunas de las cuales van más allá de lo que son capaces de abordar las técnicas estadísticas, y que se pueden resumir en los siguientes puntos:

— *Dificultad de obtener una muestra representativa.* Esto no es algo específico de los sondeos electorales, cualquier predicción basada en el estudio de una muestra exige que esta sea representativa y conseguirlo no es fácil ni barato. La ficha técnica de muchos sondeos electorales indica que las encuestas se han realizado por teléfono, y en este caso tiene mucha importancia a qué hora se llama, por quién se pregunta, o cómo se sustituye a quienes no desean contestar. Los conocimientos y experiencia de las empresas especializadas para conseguir una muestra representativa a precio competitivo es una de las claves del éxito. Un listado de dificultades inherentes a toda encuesta presencial puede encontrarse en Díaz de Prada (2007). Las que se realizan online tienen también sus propios problemas (Pavía et al., 2011).

— *La intención de voto va cambiando.* Los sondeos electorales que se publican una semana antes de las elecciones se basan en encuestas realizadas varios días, o incluso alguna semana, antes de su publicación. Por tanto, además de la extrapolación que se hace de la muestra a la población (siendo esta la que trata la teoría estadística del muestreo), también se generaliza, de las fechas en que se ha realizado la encuesta, al día de las elecciones, y en ese periodo pueden ocurrir sucesos que afecten al voto decidido o a la decisión final de los que estaban indecisos.

— *Asignación de voto a los indecisos.* El problema está en que las personas que no responden no son una muestra al azar de la población. Si las razones de no respuesta fueran estadísticamente independientes de las preferencias de voto el problema tendría

¹ Nuestro interés por este tema surgió a partir de nuestras discusiones con los profesores Roberto Behar, de la Universidad del Valle en Cali (Colombia), y Pedro Delicado, de la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC), a los cuales queremos manifestar nuestro agradecimiento. También agradecemos al profesor Josep-Antón Sánchez-Espigares, de la UPC, su ayuda en algunos aspectos estadísticos y computacionales del estudio. A Víctor Peña, estudiante del máster en Estadística e Investigación Operativa de la UPC, por su detallada lectura del original gracias a la cual pudimos corregir algún error. Finalmente, a dos evaluadores anónimos de la revista que realizaron un detallado análisis de nuestro trabajo y con sus sugerencias nos permitieron mejorarlo notablemente.

fácil solución desde la estadística. Sin embargo, la práctica ha demostrado que esto no es así y el problema se complica, tal como explica Bouza (1998).

— *Falta de respuesta o de sinceridad.* A algunas personas no les gusta manifestar sus preferencias políticas (podría decirse que más que indecisos son «decisos cautos»). Además, esta reserva a manifestar la intención de voto se da más entre los que piensan votar a determinados partidos. Pavía y Larráz (2012) han analizado a fondo este problema que definen como «la principal fuente de error de las predicciones electorales en España» y plantean estrategias para abordarlo.

— *Asignación del número de escaños en base al porcentaje de votos.* Las leyes estadísticas que se manejan sirven para estimar la proporción de votos, pero lo verdaderamente relevante es el número de escaños. Si en una determinada circunscripción hay 5 escaños en juego y se puede predecir con una confianza del 95% que un determinado partido obtendrá el 32% de los votos con un margen de error del 3%, el problema está en que si obtiene un 31% le corresponderá un escaño, mientras que si obtiene el 33% le corresponderán dos. Esta es una diferencia importante, pero la información disponible no permite decantarse por una opción u otra. Otra dificultad la introduce la necesidad de alcanzar el 3% de los votos para entrar en el reparto de escaños; algunos partidos pueden rondar esa proporción, siendo imposible saber si la alcanzarán o no, cosa que puede repercutir en el reparto general. Finalmente, la aplicación de la fórmula D'Hondt también introduce algunos problemas de estimación: mientras que la estimación de la proporción de votos es insesgada (el promedio de las proporciones obtenidas si se realizaran muchos sondeos coincidiría con las verdaderas), el número de escaños obtenidos aplicando la fórmula D'Hondt da una estimación sesgada, tal como ponen de manifiesto Delicado y Udina (2001).

El objetivo principal de este artículo es responder a la pregunta planteada en el título aportando argumentos basados en el análisis de los datos. Naturalmente, el término «acertar» no hay que tomarlo al pie de la letra (ya sabemos que no se acierta «exactamente»), sino en el sentido de si las predicciones realizadas pueden considerarse razonablemente aproximadas teniendo en cuenta el margen de error que matemáticamente conlleva cualquier estimación estadística².

SONDEOS ANALIZADOS

Se han analizado los sondeos para las elecciones al Congreso de los Diputados publicados en los diarios de mayor difusión en España: *El País*, *El Mundo*, *ABC*, *La Vanguardia* y *El Periódico*³, abarcando el periodo que va desde las elecciones del 22 de junio de 1986 hasta las del 20 de noviembre de 2011, ya que para las tres primeras elecciones desde el retorno de la democracia (15 de junio de 1977, 1 de marzo de 1979 y 28 de octubre de 1982) no se publicaron sondeos en los medios considerados.

El Anexo 1 contiene los resultados de los sondeos analizados, ordenando los partidos según el número de escaños que obtuvieron, así como la fecha y la página del diario en que fueron publicados.

² En aras del rigor terminológico debemos aclarar que una cosa son los resultados que se obtienen aplicando métodos estadísticos a los datos obtenidos en el muestreo (y ese sería *stricto sensu* el resultado del sondeo) y otra son los resultados que se publican después de que se hayan corregido de acuerdo con los criterios de la empresa que lo realiza. El análisis que aquí se presenta se refiere a los resultados publicados, que siempre incluyen los ajustes que las empresas responsables han incorporado. Por otra parte, este es el único análisis posible, puesto que las respuestas directas de los ciudadanos incluidos en la muestra nunca se publican.

³ Oficina de Justificación de Medios (OJD): <http://www.ojd.es/OJD/> (consultado el 24 de noviembre de 2011).

MEDIDA DE LA CALIDAD DE LA PREDICCIÓN

Para valorar y también para poder realizar comparaciones entre distintos sondeos es necesario definir una medida que cuantifique la calidad de la predicción. Entre las muchas posibilidades que existen (puede consultarse, por ejemplo, Manly, 1986) se pueden considerar las siguientes.

Distancia agregada (DA)

Es igual a la suma de las diferencias, en valor absoluto, entre las predicciones realizadas y los valores obtenidos por cada partido. Es decir, sean e_1, e_2, \dots, e_k los escaños obtenidos por los k partidos que se presentan a una contienda electoral y $\hat{e}_1, \hat{e}_2, \dots, \hat{e}_k$ las previsiones publicadas en un determinado sondeo. La *distancia agregada* entre las previsiones y la realidad será:

$$DA = \sum_{i=1}^k |e_i - \hat{e}_i|$$

Por ejemplo, las predicciones que publicó *El Periódico* para las elecciones del 22 de junio de 1986 y los valores que realmente se obtuvieron fueron los siguientes:

Distancia euclídea (DE)

Los resultados obtenidos por los k partidos se pueden considerar como un vector en un espacio de k dimensiones y la *distancia euclídea* es la distancia ordinaria en este tipo de espacios, siendo su expresión una generalización del teorema de Pitágoras:

$$DE = \sqrt{\sum_{i=1}^k (e_i - \hat{e}_i)^2}$$

Distancia euclídea estandarizada (DEE)

El error —en valor absoluto— en la estimación del número de escaños tiende a ser mayor en los partidos que obtienen más diputados. Así, por ejemplo, es más razonable cometer un error de ± 4 diputados en la estimación de los resultados del PSOE en las elecciones de 1986, en que obtuvo 184, que en la estimación de IU, que obtuvo 7, o en la de EE, que obtuvo 2 (en este último caso, por defecto, solo se puede cometer un error de 2).

La razón de que se dé esta circunstancia estriba en que la variabilidad del estimador del porcentaje de votos va creciendo a medida que aumenta dicho porcentaje hasta llegar al máximo cuando este es del 50%. Por tanto, es razonable pensar en estandarizar la diferencia entre el valor estimado y el valor real con una

	PSOE	AP	CDS	CiU	IU	PNV	HB	EE	Otros
<i>El Periódico</i>	180	98	30	17	5	7	4	1	8
Resultados reales	184	105	19	18	7	6	5	2	4
Diferencia (valor absoluto)	4	7	11	1	2	1	1	1	4

Por tanto, la *DA* entre esta predicción y la realidad será:

$$DA = 4 + 7 + 11 + 1 + 2 + 1 + 1 + 1 + 4 = 32$$

medida de la variabilidad de la estimación que dependerá de la proporción de votos obtenida por cada partido. Considerando, para simplificar, que las variabilidades

son independientes, la expresión de la *distancia euclídea estandarizada* queda:

$$DEE = \sqrt{\sum_{i=1}^k \left(\frac{e_i - \hat{e}_i}{\sigma_i} \right)^2}$$

siendo σ_i la desviación estándar del estimador del número de escaños obtenido por el partido i . Si un partido obtiene una proporción de votos ρ_i , la varianza del estimador de dicha proporción responde a la expresión: $V(\hat{\rho}_i) = \frac{\rho_i(1-\rho_i)}{n}$ siendo n el tamaño de la muestra. Sin embargo, la varianza del estimador del número de escaños no es tan fácil (la fórmula D'Hondt destruye sus propiedades matemáticas, véase Udina y Delicado, 2005) y habría que estimarlo por simulación. También podrían incluirse las covarianzas entre los distintos partidos obteniendo la llamada Distancia de Mahalanobis, pero a efectos de lo que aquí nos interesa no creemos que ese sea el camino adecuado.

Comparando estas distancias, está claro que la más sencilla y fácil de interpretar es la *distancia agregada*. La distancia euclídea produce una ordenación de las predicciones similar a la distancia agregada (a mayor dife-

los errores en los partidos pequeños, cuando lo que más interesa son los resultados de los partidos grandes, que son los que marcarán el color del nuevo gobierno. Así pues, se ha considerado que la *distancia agregada*, además de sus méritos en cuanto a claridad y facilidad de comprensión, tiene un comportamiento que se adapta bien a nuestros intereses en una situación como la que estamos estudiando, y esta es la que vamos a utilizar.

DISTANCIA ENTRE SONDEOS Y RESULTADOS

Calcular la distancia presenta, de entrada, dos dificultades que es necesario abordar: el uso de intervalos para dar las predicciones y el hecho de que la categoría «otros» no siempre incluya el mismo número de partidos.

El problema de los intervalos se resuelve generando todas las combinaciones de resultados posibles y calculando la distancia solo para aquellas que suman los 350 diputados que deben salir. El promedio de esas distancias, que corresponden a resultados factibles, es el valor asignado como distancia entre la previsión y el resultado real.

Por ejemplo, el sondeo publicado por *El País* para las últimas elecciones de noviembre de 2011 fue:

	PP	PSOE	CiU	IU-LV	AMAIUR	UPyD	EAJ-PNV	ERC	Otros
Sondeo <i>El País</i>	192-196	110-113	14	11	4-5	2	5	3	5
Resultados reales	186	110	16	11	7	5	5	3	7

rencia en valor absoluto, mayor diferencia al cuadrado), pero en nuestro caso, con n partidos, no es tan intuitiva. La *distancia euclídea estandarizada* puede considerarse más justa porque valora los errores atendiendo a la probabilidad de que se produzcan, pero tiene el inconveniente de que penaliza más

En este caso, para el PP se presentan 5 posibles resultados, 4 para el PSOE, 2 para AMAIUR y 1 para el resto, de forma que el número total de combinaciones es: $5 \times 4 \times 2 = 40$, pero solo se pueden considerar 9, ya que solo esas suman 350. El promedio de las distancias correspondientes a esas 9 com-

binaciones de resultados factibles será la distancia asignada a este sondeo (en este caso es 19).

Obsérvese que la única forma de obtener una distancia igual a cero sería acertando el resultado para todos los partidos con estimaciones concretas, no mediante intervalos, y que el método propuesto penaliza los intervalos anchos, ya que aunque lleguen a incluir el resultado verdadero, también incluirán muchos falsos que tenderán a aumentar la distancia.

Respecto a la segunda dificultad (no todos los sondeos publican sus previsiones para el mismo número de partidos), si la distancia se calcula utilizando siempre todas las estimaciones que da el sondeo se penaliza a los que presentan mayor nivel de detalle (incluyen más partidos) y esto no es razonable. Veamos ahora el sondeo publicado por *El Mundo* para las elecciones de 2008:

	PSOE	PP	CiU	EAJ-PNV	ERC	IU	BNG	CC	Otros
Sondeo <i>El Mundo</i>	157-171	148-161	9-11	7	5-6	4	0	2	2
Resultados reales	169	154	10	6	3	2	2	2	2

La previsión que se hace para IU, BNG y CC aporta un cierto valor a la distancia entre el sondeo y los resultados reales, ya que sus valores no coinciden. Sin embargo, si esos tres partidos se hubieran agrupado en una nueva categoría «Otros» (incluyendo también la estimación de 2 que ya existe en esta ca-

tegoría), la previsión coincidiría con la realidad (previsión = realidad = 8) y tendríamos una distancia menor.

Para que no tengan ventaja los sondeos que realizan una mayor agrupación en «Otros» y para que los resultados sean comparables, las distancias se han calculado con las previsiones realizadas para los 5 partidos que obtienen mayor número de escaños, agrupando el resto en la categoría «Otros». De esta forma, además de aplicar un criterio homogéneo, se pueden incluir en el estudio todos los sondeos publicados en el periodo considerado (tabla I).

Estos resultados se han representado en el gráfico 1, donde se observa que las previsiones para las elecciones de 2008 fueron las mejores y con un grado de acierto muy similar en todos los medios considerados, mientras que las de 2004 (posteriores a los atentados del 11-M) fueron las

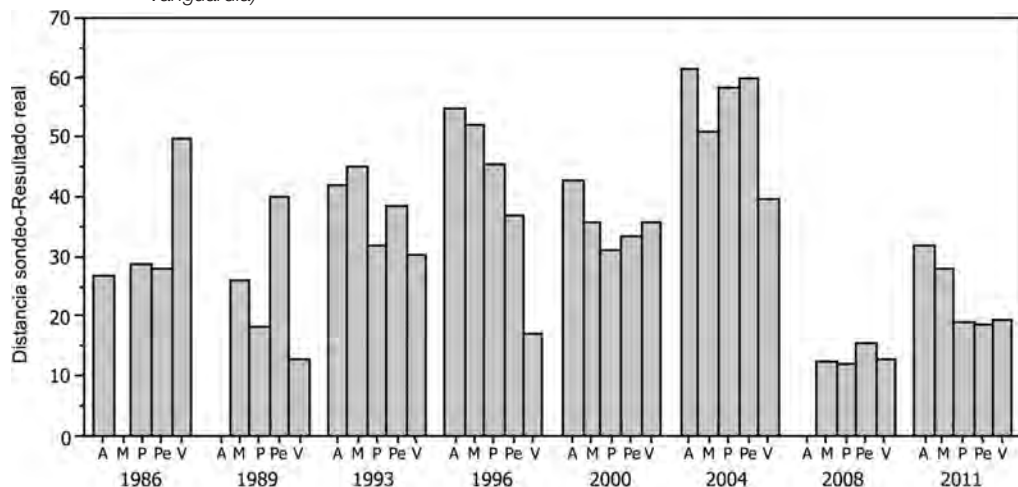
peores. También se observa que en algunas elecciones, como las de 1996, unos medios publicaron sondeos muchos más acertados que otros.

La pregunta que ahora surge es si las distancias observadas son grandes o pequeñas respecto a lo que técnicamente cabría espe-

TABLA 1. Distancias entre los sondeos y los resultados finales en las elecciones generales

	1986	1989	1993	1996	2000	2004	2008	2011
ABC	26,8	-	42,1	54,8	42,8	61,6	-	32
<i>El Mundo</i>	-	26	45	52	36	51	12,3	28
<i>El País</i>	28,8	18,2	32	45,7	31	58,2	12	19
<i>El Periódico</i>	28	39,9	38,2	36,8	33,4	59,8	15,5	18,6
<i>La Vanguardia</i>	49,7	13	30,54	17,2	36	39,8	13,1	19,4

GRÁFICO 1. Representación gráfica de las distancias entre los sondeos y resultados en las elecciones generales de los años que se indican (A: ABC, M: El Mundo, P: El País, Pe: El Periódico, V: La Vanguardia)



rar. Para poder responderla hemos simulado lo que denominamos «sondeos perfectos».

UNA DISTANCIA DE REFERENCIA: EL SONDEO PERFECTO

Entendemos por sondeo perfecto aquel que se ha realizado con un tamaño de muestra adecuado y en el que todos los encuestados dicen la verdad: si votarán o si se abstendrán y, en el caso de que voten, a quién lo harán. El mayor tamaño de muestra que aparece en las fichas técnicas de los sondeos publicados es de 15.600 individuos en el que realizó IPSOS-Eco-Consulting para ABC en las elecciones del año 2000. Entendiendo por adecuado un tamaño de muestra grande pero realista se ha tomado una muestra de 20.000 individuos para los sondeos perfectos. Para las elecciones del año 2000 y las siguientes, a cada circunscripción se le ha asignado una proporción de la muestra total igual a la utilizada por el CIS en su encuesta preelectoral⁴. Para las elecciones anteriores al año 2000

no se publican de forma explícita los tamaños de muestra en cada circunscripción y para estas elecciones se han utilizado las mismas proporciones que para el año 2000.

Asignado el tamaño de muestra a cada circunscripción, se ha utilizado la distribución multinomial —con las proporciones realmente obtenidas por cada partido— para simular los resultados que se tendrían en una muestra de ese tamaño en la que todos los encuestados dijieran siempre la verdad. La tabla 2 presenta los resultados reales (proporción de votos y número de escaños) de la provincia de Barcelona en las elecciones de 2011 y la estimación obtenida en una ejecución del «sondeo perfecto». Los votos en la muestra son los que se obtienen por simulación, los votos totales son la extrapolación al total de votos válidos de las proporciones que cada partido ha obtenido en la muestra, y el número de escaños se deduce aplicando la fórmula D'Hondt al total de votos obtenidos.

Sumando los escaños obtenidos en cada circunscripción se tiene una estimación de los resultados generales proporcionada por el son-

⁴ La ficha técnica de la encuesta publica el tamaño de muestra diseñada total y el tamaño para cada circunscripción, y de ahí se han deducido las proporciones. La ficha técnica del año 2000 está en: <http://www.cis.es/cis/opencms/-Archivos/Marginales/>

TABLA 2. Estimación de los resultados en las elecciones generales de 2011 en la circunscripción de Barcelona mediante un «sondeo perfecto»

		Resultados reales		Estimación por simulación		
		% Votos	Escaños	Votos en la muestra ⁽¹⁾	Votos totales ⁽²⁾	Escaños ⁽³⁾
Abstención		29,35	-	286	-	-
Porcentaje sobre el total de votos válidos	PSC-PSOE	27,78	10	175	498.318	9
	CiU	27,15	9	179	509.708	10
	PP	20,95	7	146	415.739	8
	ICV-EUiA	9,07	3	52	148.072	2
	ERC-RI.cat	6,48	2	46	130.986	2
	PxC	2,02	0	9	25.628	0
	Eb	1,53	0	9	25.628	0
Otros/blanco		5,02	-	29	82.578	-

(1) El tamaño de muestra en la provincia de Barcelona debe ser de 931 individuos, de acuerdo con la proporción aplicada por el CIS en el estudio preelectoral de las elecciones de 2011 (0,04656).

(2) Proporción obtenida en la muestra, extrapolada al total de votos válidos.

(3) Aplicación de la fórmula D'Hondt a los votos totales.

de perfecto. La distancia correspondiente a esa estimación representa un error inevitable, que no se puede eliminar aunque se realice todo el proceso de muestreo de forma perfecta y sin ninguna de las dificultades inherentes a los sondeos electorales comentadas al principio.

Por otra parte, como en los resultados obtenidos por simulación influye el azar, si se repite el proceso no hay que esperar que se obtengan siempre los mismos valores. Para cuantificar la distancia que corresponde al sondeo perfecto se ha repetido su ejecución 10.000 veces y se ha medido la distancia para cada uno de los 10.000 resultados obtenidos. El promedio de esos valores es el que se ha tomado como distancia entre el sondeo perfecto y el resultado final⁵.

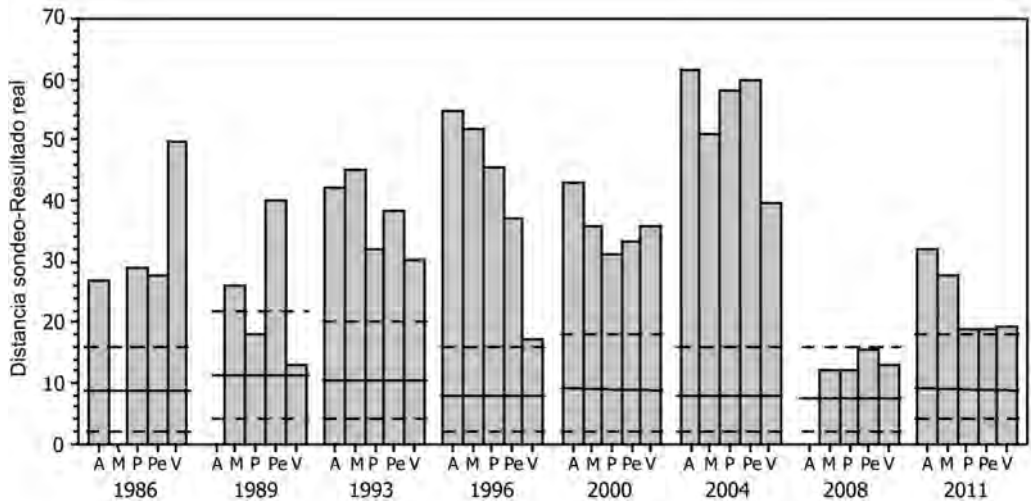
⁵ La generación de resultados para los sondeos perfectos y el cálculo de las distancias se ha realizado mediante programas escritos con el paquete de software estadístico R.

En el gráfico 2 se han vuelto a representar las distancias de los sondeos publicados, pero añadiendo una línea horizontal gruesa en el valor correspondiente a la distancia media que presenta el sondeo perfecto para esas elecciones. También se han determinado los percentiles de 97,5 y de 2,5%, que son los valores entre los que se encuentra la distancia del sondeo perfecto en el 95% de los casos. Esos límites están marcados con líneas a trazos.

Puede observarse que en las elecciones de 2008 todos los sondeos publicados presentan una distancia al resultado real que está dentro del intervalo proporcionado por el sondeo perfecto en el 95% de los casos. En otras elecciones alguno de los sondeos está dentro de los límites (1989) o muy cerca de ellos (1996 y 2011), mientras que en el resto (1986, 1993, 2000 y 2004) todos tienen distancias mayores.

El gráfico 3 muestra la distribución de las distancias obtenidas en las 10.000 simula-

GRÁFICO 2. Reproducción del gráfico 1 añadiendo en cada elección una línea gruesa horizontal que representa la distancia media obtenida con un sondeo perfecto y las líneas a trazos que marcan la zona en la que aparece esa distancia en el 95% de los casos

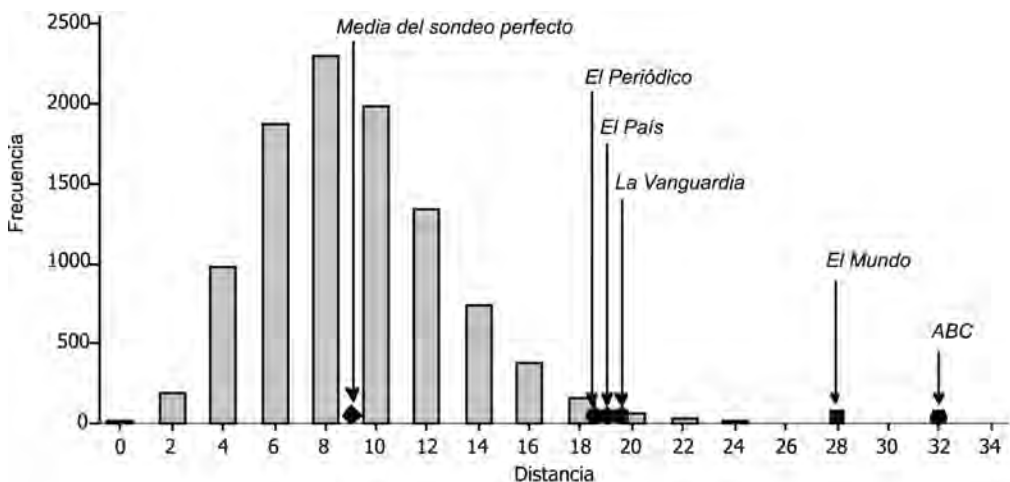


ciones del sondeo perfecto para las elecciones de 2011. En ese mismo gráfico se han situado las distancias correspondientes a los sondeos analizados.

La distribución de las distancias obtenidas a partir de las simulaciones del sondeo

perfecto presenta una forma similar en todas las elecciones, siendo siempre ligeramente asimétricas con cola hacia la derecha. Esta asimetría es más acentuada cuando el valor medio de la distancia es menor, ya que en ese caso tiene más influencia la frontera que

GRÁFICO 3. Distribución de las distancias obtenidas en el sondeo perfecto para las elecciones de 2011 y valores correspondientes a los sondeos analizados



significa una distancia igual a cero. En el Anexo 2 se presenta la distribución de las distancias obtenidas para el sondeo perfecto en las ocho elecciones consideradas.

DIRECCIÓN DEL ERROR EN LA PREDICCIÓN Y TENDENCIA POLÍTICA DEL DIARIO QUE LA PUBLICA

A veces se comenta que los diarios tienden a ser optimistas en sus predicciones sobre los partidos con los que tienen afinidad ideológica y pesimistas sobre los contrarios. Para analizar si los datos avalan esta sospecha se ha definido el error que se comete en la estimación del número de escaños como la diferencia entre el valor medio del intervalo de estimación y el valor real. Por ejemplo, la previsión que publicó el diario *ABC* para el PSOE en las elecciones de 1986 fue un intervalo de 167-180 diputados y el valor real fue de 184, por tanto, el error cometido fue $(167+180)/2 - 184 = -10,5$. Nótese que esta

forma de definir el error es equivalente al promedio de las diferencias entre cada valor de los incluidos en el intervalo y el valor real.

El gráfico 4 muestra los errores cometidos para cada partido agrupando elecciones y diarios (en el Anexo 3 figura la tabla detallada con todos los datos). Salta a la vista que los errores son mayores en los partidos que obtienen un mayor número de escaños (PSOE y PP), tal como prevé la teoría estadística. Para CiU las estimaciones han sido siempre muy buenas, para IU, PNV y PP se ha errado más por exceso que por defecto mientras que para el PSOE se observa una mayor frecuencia de errores negativos.

Los errores medios, separando las estimaciones por diarios pero manteniendo agrupadas todas las elecciones (las medias son de las 8 elecciones consideradas) aparecen en el gráfico 5. Se observa que tanto el acierto para CiU y PNV como la sobreesimación para IU se da de forma muy similar en los cinco diarios. Asimismo se pone de

GRÁFICO 4. Errores en la estimación de los escaños de cada partido agrupando diarios y elecciones

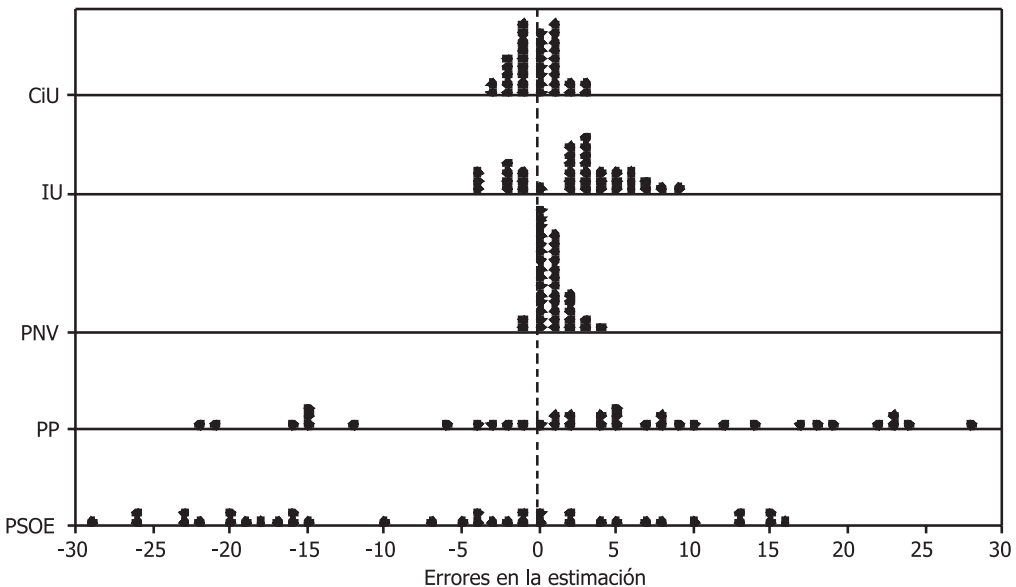
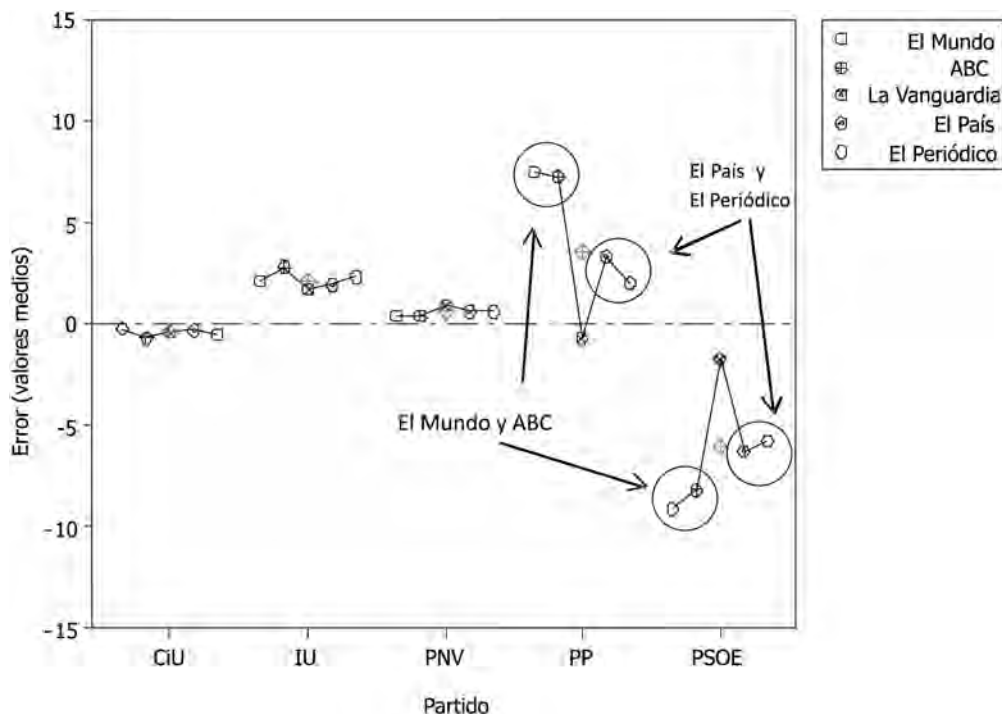


GRÁFICO 5. Errores medios en la estimación del número de escaños obtenido por cada partido separando los cinco diarios considerados



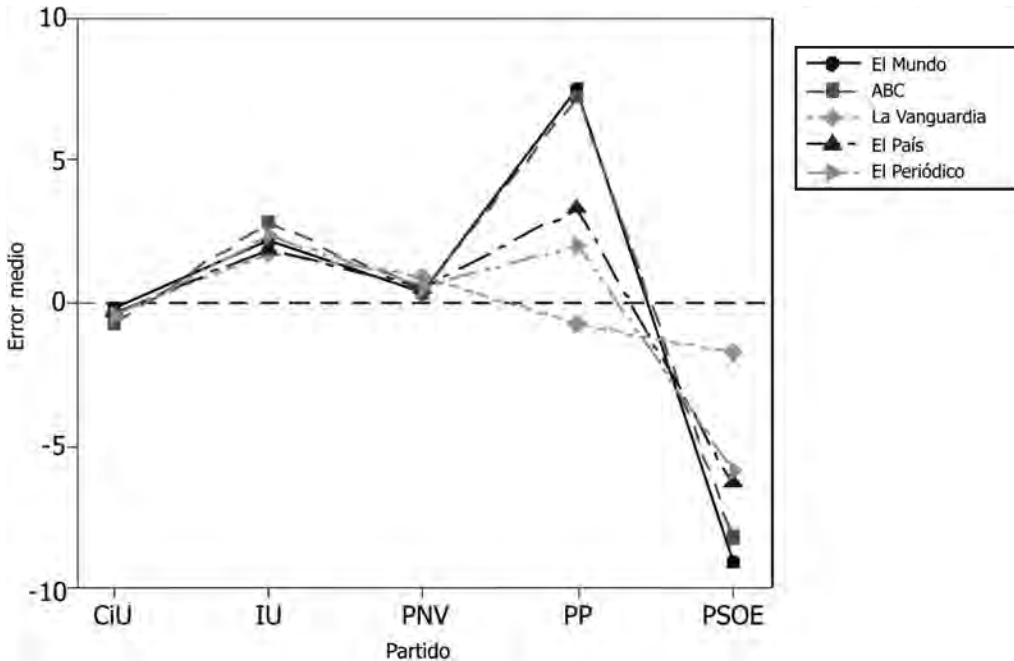
manifiesto la mayor variabilidad entre diarios que presentan las estimaciones para el PP y PSOE. También se observa que *ABC* y *El Mundo* sobreestiman más al PP e infraestiman más al PSOE, mientras que *El Periódico* y *El País* hacen justo lo contrario.

Los gráficos 5 y 6 son similares, pero en este último los puntos correspondientes a cada partido están sobre la misma vertical y los de cada diario están unidos por una línea. Se observa que para CiU, IU y PNV los cinco diarios hacen un recorrido similar, mientras que para PP y PSOE las líneas difieren claramente: por un lado van (casi superpuestas) las que corresponden a *El Mundo* y *ABC* (los diarios que más sobreestiman los resultados del PP y los que más infraestiman los del PSOE); por otro lado tenemos —también con líneas muy próximas— a *El País* y *El Periódico* (los diarios que sobreestiman más al PSOE y que más infraestiman al PP). *La Vanguardia* presenta una trayectoria en solitario.

Aunque la cercanía diario-partido puede ser discutible, en general hay consenso en considerar que *ABC* y *El Mundo* son más afines al PP⁶ mientras que *El País* y *El Periódico* lo son al PSOE. *La Vanguardia* no es clasificable en este terreno. Así pues, el análisis gráfico está en línea con la idea de que los diarios tienden a ser más optimistas con los partidos a los que son más cercanos. Sin embargo, el análisis de la varianza de los errores no muestra que la interacción diario-partido sea estadísticamente significativa, es decir, que el error cometido en la estimación del número de escaños que ob-

⁶ Castromil (2012) realiza un detallado estudio sobre la publicación en *ABC*, *El Mundo* y *El País* de noticias que pueden perjudicar a un determinado partido durante la campaña electoral y llega a la conclusión de que los diarios que publican más noticias negativas para el PSOE son *ABC* y *El Mundo* (no existe fiabilidad estadística para otros partidos).

GRÁFICO 6. Errores medios (en las 8 elecciones consideradas) en la estimación del número de escaños según el medio que los publica



tendrá un partido no depende del diario que lo publica de forma estadísticamente significativa. Pero también es verdad que si se realiza el análisis sin contar los resultados de las últimas elecciones en las que *ABC* sobreestimó mucho al PSOE y *El País* al PP (al contrario que en la mayoría de las otras elecciones), la diferencia sí que aparece claramente significativa. Estamos, por tanto, ante una situación sobre la que no pueden realizarse afirmaciones contundentes. El Anexo 3 contiene los análisis estadísticos detallados.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA FICHA TÉCNICA QUE ACOMPAÑA A LA PUBLICACIÓN DE LOS SONDEOS

Desde la publicación de la Ley 14/1980, de 18 de abril, sobre régimen de encuestas

electorales⁷, todos los sondeos que se publican incluyen una «ficha técnica» donde se informa, con más o menos detalle, sobre el procedimiento seguido para obtener la muestra, su tamaño y el margen de error para un determinado nivel de confianza (bajo ciertos supuestos, como es habitual).

Pero el interés de la información que aportan es discutible. Por ejemplo, cuando se informa de un mayor tamaño de muestra (mayor esfuerzo, más presupuesto) cabe esperar una mayor calidad en la estimación, pero el análisis de los datos no avala este hecho. El gráfico 7 representa la distancia del sondeo al resultado real en función del tamaño de la muestra utilizada.

⁷ Un detallado análisis de los antecedentes y del contenido de esta ley puede verse en Gálvez (2000).

GRÁFICO 7. *Relación entre distancia al resultado real y tamaño de muestra en los sondeos considerados*

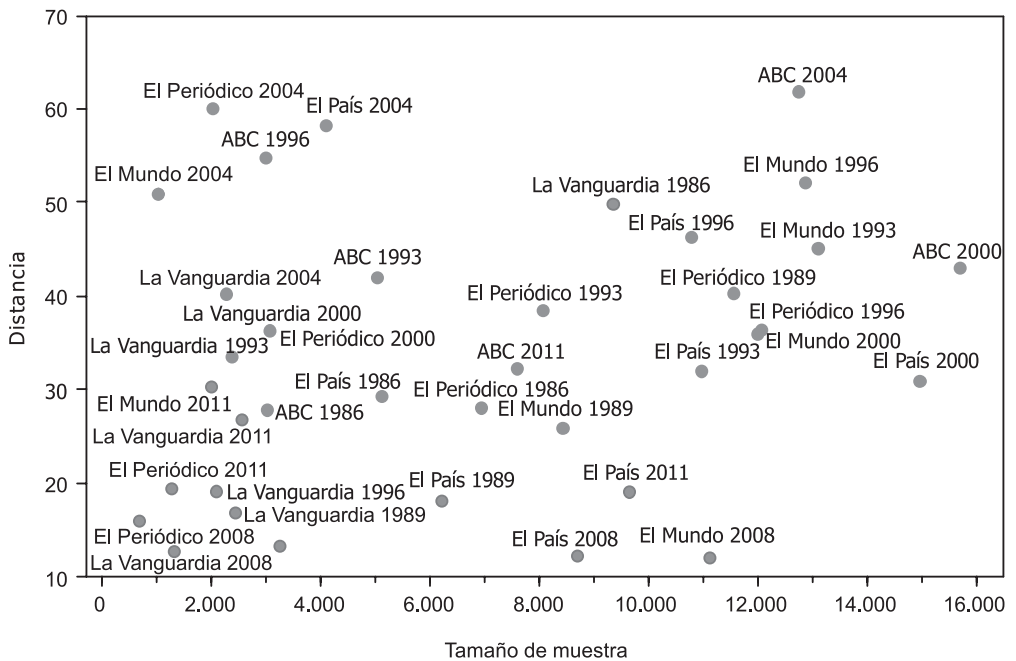
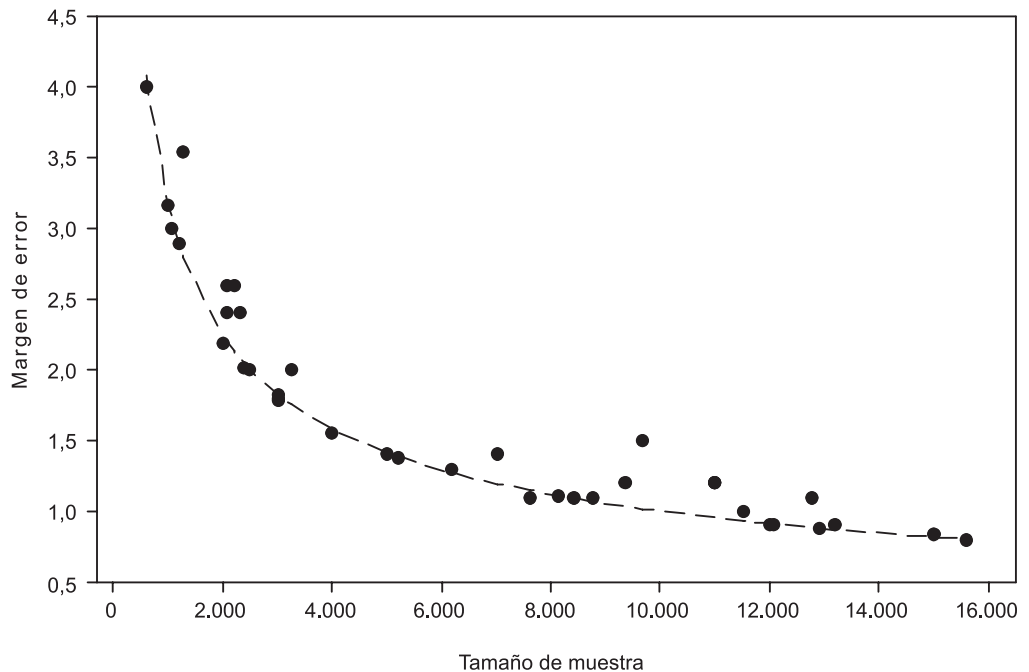


GRÁFICO 8. *Relación entre el margen de error y el tamaño de muestra que consta en la ficha técnica de cada sondeo. La línea a trazos corresponde a la relación para un muestreo aleatorio simple, con $p = q = 0,5$*



Lo razonable sería observar una correlación negativa, es decir, a mayor tamaño de muestra menor distancia al resultado real, pero dicha correlación no existe: el coeficiente de correlación tiene un valor de 0,2 (positivo) con un p-valor de 0,272.

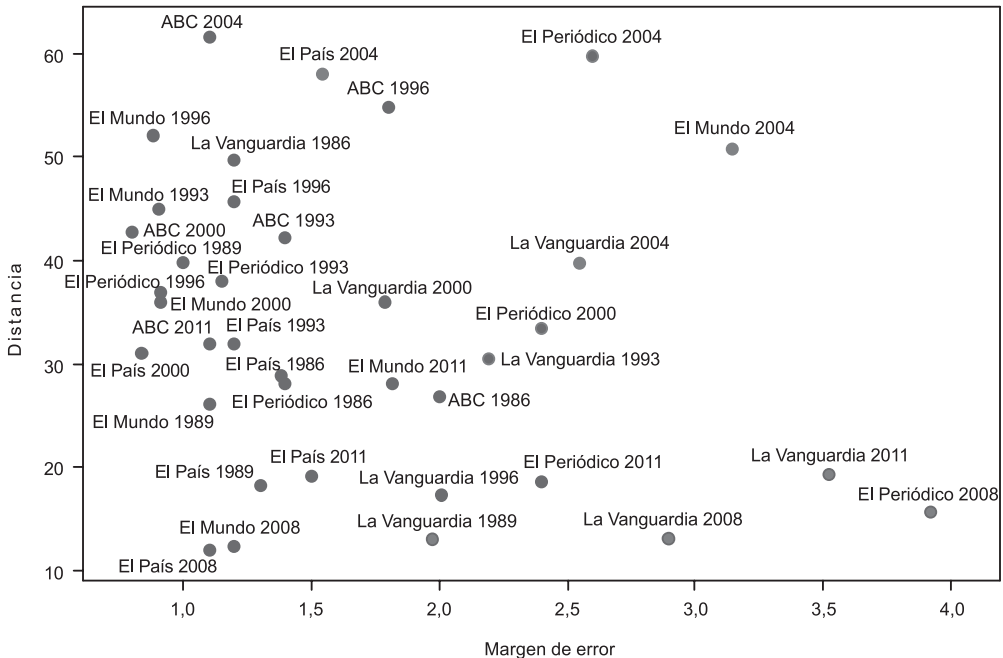
Sí existe relación entre el tamaño de muestra y margen de error que se indica en la ficha técnica porque uno se calcula a partir del otro. El gráfico 8 muestra el margen de error en función del tamaño de muestra para cada uno de los sondeos considerados. También se ha representado la relación matemática que existe entre ambas variables en el supuesto de muestreo aleatorio simple, población infinita y $p = q = 0,5$. La similitud entre la tendencia que marcan los puntos que representan los sondeos y la línea que corresponde al muestreo aleatorio simple es muy clara, lo que conduce a pensar que en muchos casos se ha utilizado esa fórmula (solo válida para el caso del

muestreo aleatorio simple) con independencia de la estrategia de muestreo que se haya seguido.

Tampoco existe relación entre la calidad de la estimación y el margen de error que se indica en la ficha técnica (gráfico 9). El coeficiente de correlación entre ambas variables es -0,236 (aquí es negativo cuando cabría esperar que fuera positivo) con un p-valor de 0,160.

Por tanto, los datos demuestran que la información técnica (tamaño de muestra, margen de error, nivel de confianza...) que acompaña a los sondeos no es útil para valorar la calidad de sus previsiones, tal como pretende la ley que obliga a su publicación. Seguramente lo más relevante es el nombre de la empresa que lo ha realizado y su nivel de acierto en sondeos anteriores. Este nivel de acierto puede ser medido a través de un solo número, fácil de interpretar y sencillo de calcular, como la distancia sondeo-realidad usada en este trabajo.

GRÁFICO 9. Relación entre distancia al resultado real y margen de error que figura en la ficha técnica de los sondeos considerados



CONCLUSIONES

A pesar de las dificultades que entraña la realización de un sondeo electoral —dificultades que van más allá de lo que es capaz de resolver la teoría estadística—, los sondeos publicados en España una semana antes de las elecciones generales presentan, salvo en algunos casos, un nivel de acierto que puede considerarse razonablemente bueno.

A esta conclusión se ha llegado después de definir una distancia entre las estimaciones realizadas y el resultado real de las elecciones, medir esa distancia para los sondeos publicados y compararla con la que se obtiene en un «sondeo perfecto», que es un sondeo realizado por simulación con un tamaño de muestra grande (mayor que cualquiera de los sondeos publicados) y utilizando los resultados reales para generar la opción elegida por cada uno de los individuos de la muestra. Existe una clara diferencia en las distancias cuando se comparan las distintas elecciones. Los sondeos que presentan peores resultados son los de las elecciones de 2004 (posteriores al atentado del 11-M) y los mejores son los de las de 2008, en las que todos los sondeos publicados presentan una distancia que entra dentro del intervalo que cabe esperar en un sondeo perfecto. También las diferencias son claras entre partidos: el que mejor se ha estimado es CiU y los más difíciles son los que obtienen mayor número de diputados (PSOE y PP), como era de esperar.

El análisis gráfico de los datos confirma la idea de que los diarios son más optimistas en sus previsiones sobre los resultados de los partidos a los que son afines, pero la interacción diario-partido no aparece como significativa realizando un estudio más detallado a través del análisis de la varianza.

Finalmente, se ha constatado que el contenido de la ficha técnica parece puramente formal, ya que no aporta ninguna información

que sirva para valorar el nivel de calidad, o de fiabilidad, de los sondeos que se presentan. Seguramente la forma de elegir la muestra y de «cocinar» los datos (dicho sea en el mejor sentido de la palabra: asignar los votos a los indecisos, etc.) forma parte del *know how* de la empresa que realiza el sondeo. Ahí es donde está el secreto de la buena estimación, y eso no consta en la ficha técnica.

BIBLIOGRAFÍA

- Bouza, Fermín (1998). «Comunicación política: encuestas, agendas y procesos cognitivos electorales». *Praxis Sociológica*, 3: 49-58.
- Castromil, Antón R. (2012). «Negativismo mediático y campaña electoral en las Elecciones Generales de 2008». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 139: 163-174.
- Delicado, Pedro y Frederic Udina (2001). «¿Cómo y cuánto fallan los sondeos electorales?». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 96: 123-150.
- Díaz de Rada, Vidal (2007). «El trabajo de campo con encuesta presencial. Algunas reflexiones derivadas de la práctica profesional». *Investigación y Marketing*, 96: 11-26.
- Gálvez, Luis (2000). «Organismos de sondeos, encuestas electorales y derecho». *Revista de Estudios Políticos*, 110: 97-121.
- Langsrud, Øyvind (2003). «ANOVA for unbalanced data: Use Type II instead of Type III sums of squares». *Statistics and Computing*, 13: 163-167.
- Manly, Bryan F. J. (1986). *Multivariate Statistical Methods. A primer*. Boca Raton: Chapman & Hall/CRC.
- Pavía, José M. et al. (2011). «Encuestas electorales online: nuevos retos, viejos problemas». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 135: 107-122.
- y Beatriz Larráz (2012). «Sesgo de no-respuesta y modelos de superpoblación en encuestas electorales». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 137: 121-150.
- Udina, Frederic y Pedro Delicado (2005). «Estimating Parliamentary composition through electoral polls». *Journal of the Royal Statistical Society: Series A (Statistics in Society)*, 168: 387-399.

RECEPCIÓN: 07/02/2012

REVISIÓN: 16/11/2012

APROBACIÓN: 08/02/2013

ANEXO 1. *Sondeos publicados en los medios considerados y resultados reales en las elecciones al Congreso de los Diputados de 1986 a 2011*
La última columna indica la fecha y la página del diario donde se publicó el sondeo.

Elecciones del 22 de junio de 1986

Sondeos / Resultados	PSOE	AP-PDP-PL	CDS	CiU	IU	EAJ-PNV	HB	EE	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	167-180	105-121	13-19	17-20	6-12	8-10	3	1	3	16/06 (20)
<i>El Mundo</i> (1)	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>El País</i>	167-194	86-105	15-29	17-20	10-16	8-9	3-4	1-2	4-7	15/06 (11)
<i>El Periódico</i>	180	98	30	17	5	7	4	1	8	15/06 (3)
<i>La Vanguardia</i>	178-199	71-90	17-28	20-21	7-12	9-11	1-2	1-2	11-17	16/06 (5)
Result. reales	184	105	19	18	7	6	5	2	4	

Elecciones del 29 de octubre de 1989

Sondeos / Resultados	PSOE	PP	CiU	IU	CDS	EAJ-PNV	HB	PA	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i> (2)	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>El Mundo</i>	168	103	17	16	23	5	5	2	11	23/10 (1)
<i>El País</i>	176-182	95-104	18	15-16	16-19	5-7	4-5	2-3	6-8	22/10 (13)
<i>El Periódico</i>	172-178	87-91	17-19	22-26	18-21	7	7	4	7-10	22/10 (3)
<i>La Vanguardia</i>	172-178	104-107	17-18	13	14-15	7-8	3	3-4	5-12	23/10 (1)
Result. reales	175	107	18	17	14	5	4	2	8	

Elecciones del 6 de junio de 1993

Sondeos / Resultados	PSOE	PP	IU	CiU	EAJ-PNV	CC	HB	ERC	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	134-144	144-153	26-28	16-17	6-7	3-4	3	1	5-7	29/05 (23)
<i>El Mundo</i>	132-141	147-155	25-27	17-19	5-6	3	3-4	1	5-6	30/05 (7)
<i>El País</i>	135-151	141-155	20-22	18-20	6	3	2-3	1	5-8	30/05 (13)
<i>El Periódico</i>	133-152	134-151	19-24	19-21	6-7	4-6	3-4	1	6-13	30/05 (4)
<i>La Vanguardia</i>	142-146	144-148	24-25	18-19	6-7	*	*	0-1	9-11	30/05 (18)
Result. reales	159	141	18	17	5	4	2	1	3	

Elecciones del 3 de marzo de 1996

Sondeos / Resultados	PP	PSOE	IU	CiU	EAJ-PNV	CC	BNG	HB	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	176-184	117-125	22-28	13-14	4-5	*	*	*	6-8	25/02 (5)
<i>El Mundo</i>	170-179	113-123	25-29	14-15	6-7	2-3	2	2	3	25/02 (9)
<i>El País</i>	170-178	118-128	24-27	13-15	5-6	3	1	2	2-3	25/02 (16)
<i>El Periódico</i>	165-175	119-129	18-27	14-16	5	2-3	1	2	2-5	20/02 (5)
<i>La Vanguardia</i>	160-170	135-145	19-21	14-15	5-6	*	*	*	7-8	25/02 (13)
Result. reales	156	141	21	16	5	4	2	2	3	

(1) En esta fecha el diario *El Mundo* todavía no había salido.

(2) Para las elecciones de 1989 el diario *ABC* no publicó ningún sondeo.

* Incluido en Otros.

ANEXO 1. Sondeos publicados en los medios considerados y resultados reales en las elecciones al Congreso de los Diputados de 1986 a 2011 (*continuación*)

Elecciones del 12 de marzo de 2000

Sondeos / Resultados	PP	PSOE	CiU	IU	EAJ-PNV	CC	BNG	PA	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	158-164	138-144	15-16	9-12	6-7	4	3-5	*	3-4	05/03 (1)
<i>El Mundo</i>	164-170	137-143	16	9-11	6-7	4	3-5	0-1	2	05/03 (9)
<i>El País</i>	165-171	131-139	14-15	9-13	6-7	4	4-5	0	3-5	05/03 (17)
<i>El Periódico</i>	165-170	135-140	13-14	9-12	7-8	4-5	4-5	2	1	05/03 (4)
<i>La Vanguardia</i>	166-170	136-140	14-15	12-14	6	4	3	*	2-5	05/03 (1)
Result. reales	183	125	15	8	7	4	3	1	4	

Elecciones del 14 de marzo de 2004

Sondeos / Resultados	PSOE	PP	CiU	ERC	EAJ-PNV	IU	CC	BNG	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	133-137	174-177	10-11	6-7	7	8-10	3	2	2	29/02 (1)
<i>El Mundo</i>	138-144	168-173	11	5-6	7	6-8	3-4	3	1-2	08/03 (8)
<i>El País</i>	134-141	168-172	10-11	7	7-8	11	3-4	3	2	07/03 (14)
<i>El Periódico</i>	135-140	169-173	10-11	6-7	7	10-12	*	*	10-14	07/03 (3)
<i>La Vanguardia</i>	143-147	162-167	10	5-6	7	9-10	*	*	4-5	07/03 (1)
Result. reales	164	148	10	8	7	5	3	2	3	

Elecciones del 9 de marzo de 2008

Sondeos / Resultados	PSOE	PP	CiU	EAJ-PNV	ERC	IU	BNG	CC	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC (3)</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	02/03 (14)
<i>El Mundo</i>	157-171	148-161	9-11	7	5-6	4	0	2	2	03/03 (10)
<i>El País</i>	165-169	148-154	9	7	5-6	4	2	2	2-3	02/03 (14)
<i>El Periódico</i>	165-170	149-154	8-9	6	5-6	4-5	*	*	8-11	28/02 (18)
<i>La Vanguardia</i>	162-167	152-156	8-9	6-7	6	4-5	*	*	5-7	03/03 (14)
Result. reales	169	154	10	6	3	2	2	2	2	

Elecciones del 20 de noviembre de 2011

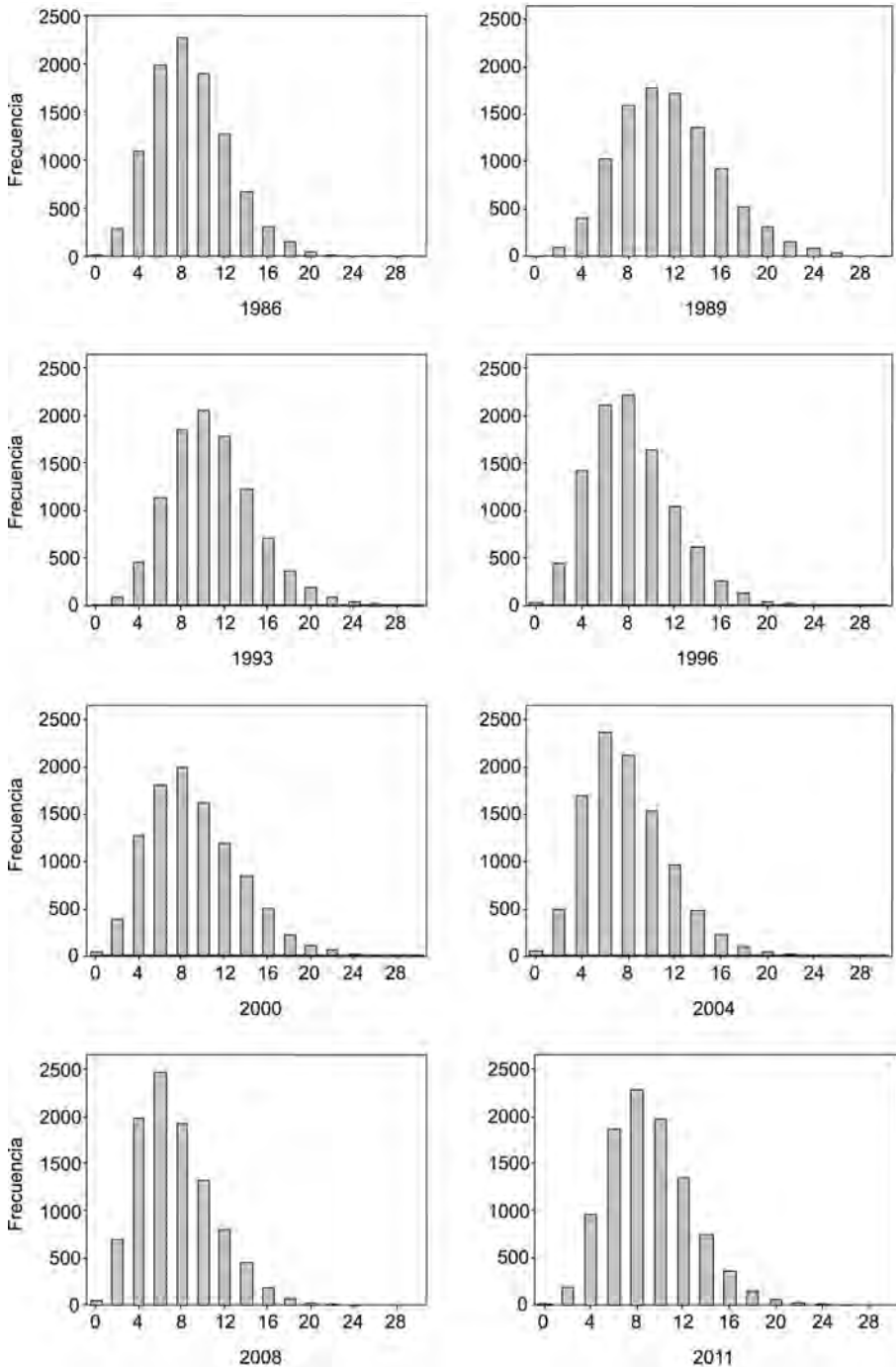
Sondeos/ Resultados	PP	PSOE	CiU	IU	AMAIUR	UPyD	EAJ-PNV	ERC	Otros	Fecha (Pág.)
<i>ABC</i>	187-188	123-126	12-14	6-7	5-6	2-3	4	2	5-6	13/11 (19)
<i>El Mundo</i>	198	112	14	7	3	3	5	2	6	13/11 (4)
<i>El País</i>	192-196	110-113	14	11	4-5	2	5	3	5	13/11 (14)
<i>El Periódico</i>	188-140	115-118	13-14	8-10	4-5	4	4-5	2-3	7-8	13/11 (31)
<i>La Vanguardia</i>	184-147	116-120	12-14	8-10	3-4	3-4	4-5	3	8-9	13/11 (17)
Result. reales	186	110	16	11	7	5	5	3	7	

(3) Da las previsiones en porcentajes, pero no en número de escaños.

* Incluido en *Otros*.

ANEXO 2. Distribución de los valores de la distancia en las simulaciones del sondeo perfecto

GRÁFICO A2.1. Distribución de las distancias obtenidas repitiendo 10.000 veces el sondeo perfecto en cada una de las elecciones consideradas



ANEXO 3. Tabla de errores en cada partido (diferencia entre el valor medio del intervalo de predicción y el valor real) en los sondeos considerados

		PSOE	PP*	CiU	IU	PNV
1986	ABC	-10,5	5	0,5	2	3
	<i>El Mundo</i>	-	-	-	-	-
	<i>El País</i>	-3,5	-6,5	0,5	-2	1
	<i>El Periódico</i>	-4	4	-1	-2	1
	<i>La Vanguardia</i>	4,5	-21	2,5	2,5	4
1989	ABC	-	-	-	-	-
	<i>El Mundo</i>	-7	5	-1	-1	0
	<i>El País</i>	4	-4	0	-1,5	1
	<i>El Periódico</i>	0	-12,5	0	7	2
	<i>La Vanguardia</i>	0	-1	-0,5	-4	2,5
1993	ABC	-20	7,5	-0,5	9	1,5
	<i>El Mundo</i>	-22,5	10	1	8	0,5
	<i>El País</i>	-16	7	2	3	1
	<i>El Periódico</i>	-16,5	1,5	3	3,5	1,5
	<i>La Vanguardia</i>	-15	5	1,5	6,5	1,5
1996	ABC	-20	24	-2,5	4	-0,5
	<i>El Mundo</i>	-23	18,5	-1,5	6	1,5
	<i>El País</i>	-18	18	-2	4,5	0,5
	<i>El Periódico</i>	-17	14	-1	1,5	0
	<i>La Vanguardia</i>	-1	9	-1,5	-1	0,5
2000	ABC	16	-22	0,5	2,5	-0,5
	<i>El Mundo</i>	15	-16	1	2	-0,5
	<i>El País</i>	10	-15	-0,5	3	-0,5
	<i>El Periódico</i>	12,5	-15,5	-1,5	2,5	0,5
	<i>La Vanguardia</i>	13	-15	-0,5	5	-1
2004	ABC	-29	27,5	0,5	4	0
	<i>El Mundo</i>	-23	22,5	1	2	0
	<i>El País</i>	-26,5	22	0,5	6	0,5
	<i>El Periódico</i>	-26,5	23	0,5	6	0
	<i>La Vanguardia</i>	-19	16,5	0	4,5	0
2008	ABC	-	-	-	-	-
	<i>El Mundo</i>	-5	0,5	0	2	1
	<i>El País</i>	-2	-3	-1	2	1
	<i>El Periódico</i>	-1,5	-2,5	-1,5	2,5	0
	<i>La Vanguardia</i>	-4,5	0	-1,5	2,5	0,5
2011	ABC	14,5	1,5	-3	-4,5	-1
	<i>El Mundo</i>	2	12	-2	-4	0
	<i>El País</i>	1,5	8	-2	0	0
	<i>El Periódico</i>	6,5	4	-2,5	-2	-0,5
	<i>La Vanguardia</i>	8	0,5	-3	-2	-0,5

* En las elecciones de 1986 los escaños asignados al PP son los de la coalición AP-PDP-PL junto con los que obtuvo el CDS. En las elecciones de 1989 son los del PP más los del CDS.

La existencia de valores faltantes (*El Mundo* en 1986 y *ABC* en 1989 y 2008) dificulta el análisis de los datos para determinar la significación estadística de la interacción diario-partido a través del análisis de la varianza. Una forma razonable de resolver esta dificultad es asignar a cada valor faltante el promedio de los valores existentes para ese mismo diario y partido. Así, por ejemplo, el valor faltante que corresponde al error cometido por *El Mundo* en la estimación del número de escaños obtenidos por el PSOE en las elecciones de 1986 ha sido sustituido por el promedio de los otros errores cometidos también por *El Mundo* con el PSOE, es decir: -7 (en 1989), -22,5 (1993), -23 (1996), 15 (2000), -23 (2004), -5 (2008) y 2 (2011), lo cual da un valor de -9,07. De igual forma se ha procedido con el resto de valores faltantes¹.

Resuelto el problema de los valores faltantes se ha centrado el estudio en los errores cometidos con PSOE y PP por los diarios considerados afines a uno u otro partido. En el análisis de la varianza se ha utilizado un modelo de efectos fijos con los tres factores: Año, Diario y Partido y las tres interacciones: Año-Diario, Año-Partido y Diario-Partido, siendo esta última la que realmente interesa. El resultado obtenido con el paquete de software estadístico MINITAB es el siguiente:

General Linear Model: Error versus Año; Diario; Partido						
Factor	Type	Levels	Values			
Año	fixed	8	1986; 1989; 1993; 1996; 2000; 2004; 2008; 2011			
Diario	fixed	4	ABC; El Mundo; El País; El Periódico			
Partido	fixed	2	PP; PSOE			

Analysis of Variance for Error, using Adjusted SS for Tests						
Source	DF	Seq SS	Adj SS	Adj MS	F	P
Año	7	660,41	660,41	94,34	3,13	0,020
Diario	3	20,87	20,87	6,96	0,23	0,874
Partido	1	2442,95	2442,95	2442,95	81,14	0,000
Año*Diario	21	121,29	121,29	5,78	0,19	1,000
Año*Partido	7	8822,33	8822,33	1260,33	41,86	0,000
Diario*Partido	3	220,97	220,97	73,66	2,45	0,092 ←
Error	21	632,30	632,30	30,11		
Total	63	12921,12				

S = 5,48722R-Sq = 95,11%R-Sq(adj) = 85,32%

¹ También puede resolverse calculando la tabla de análisis de la varianza usando las sumas de cuadrados de Tipo II, tal y como se recomienda en Langsrud (2003). Lo hemos realizado con el software estadístico R usando la función Anova del paquete «car» y los resultados son prácticamente los mismos.

La interacción Diario-Partido aparece con un p-valor de 0,092 y, por tanto, con el criterio habitual de tomar un nivel de significación del 5%, no puede considerarse estadísticamente significativa. Sin embargo, excluyendo del estudio los resultados de las últimas elecciones de noviembre de 2011, sí aparece como significativa:

General Linear Model: Error (sin 2011) versus Año; Diario; Partido

Factor	Type	Levels	Values
Año	fixed	7	1986; 1989; 1993; 1996; 2000; 2004; 2008
Diario	fixed	4	ABC; El Mundo; El País; El Periódico
Partido	fixed	2	PP; PSOE

Analysis of Variance for Error, using Adjusted SS for Tests

Source	DF	Seq SS	Adj SS	Adj MS	F	P
Año	6	158,03	158,03	26,34	1,14	0,378
Diario	3	13,18	13,18	4,39	0,19	0,901
Partido	1	2777,84	2777,84	2777,84	120,53	0,000
Año*Diario	18	115,23	115,23	6,40	0,28	0,995
Año*Partido	6	8487,32	8487,32	1414,55	61,38	0,000
Diario*Partido	3	279,82	279,82	93,27	4,05	0,023 ←
Error	18	414,83	414,83	23,05		
Total	55	12246,25				

S = 4,80064 R-Sq = 96,61% R-Sq(adj) = 89,65%

ANEXO 4. Información obtenida de las fichas técnicas de los sondeos analizados

		Empresa que lo realiza	Tamaño de muestra	Margen de error	Fecha y página de publicación
1986	<i>ABC</i>	Aresco, SA	2.505	2,00	16/06 p. 21
	<i>El Mundo</i>	–	–	–	–
	<i>El País</i>	Inst. Demoscopia	5.200	1,38	15/06 p. 16
	<i>El Periódico</i>	IOPE-ETMAR	7.029	1,40	15/06 p. 4
	<i>La Vanguardia</i>	Line Staff	9.371	1,20	16/06 p. 15
1989	<i>ABC</i>	–	–	–	–
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	8.400	1,10	23/10 p. E12
	<i>El País</i>	Inst. Demoscopia	6.200	1,30	22/10 p. 18
	<i>El Periódico</i>	ICP/Research	11.524	1,00	22/10 p. 4
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Opina	3.262	2,00	23/10 p. 13
1993	<i>ABC</i>	Gruppo, SA	5.000	1,40	29/05 p. 23
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	13.200	0,90	30/05 p. 13
	<i>El País</i>	Demoscopia SA	11.000	1,20	30/05 p. 14
	<i>El Periódico</i>	Vox Publica / IOPE Etmar	8.148	1,11	30/05 p. 4
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Opina	2.000	2,19	30/05 p. 21
1996	<i>ABC</i>	Tabula V	3.000	1,80	25/02 p. 29
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos & Vox Publica	12.900	0,88	25/02 p. 15
	<i>El País</i>	Demoscopia	11.000	1,20	25/02 p. 17
	<i>El Periódico</i>	Vox Publica	12.069	0,91	20/02 p. 6
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Opina	2.369	2,01	25/02 p. 17
2000	<i>ABC</i>	Ipsos - Ecoconsulting	15.600	0,80	05/03 p. 21
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	12.000	0,91	05/03 p. 9
	<i>El País</i>	Demoscopia	15.000	0,84	05/03 p. 19
	<i>El Periódico</i>	Vox Publica	2.300	2,40	05/03 p. 6
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Opina	3.000	1,79	05/03 p. 20
2004	<i>ABC</i>	TSN-Demoscopia	12.760	1,10	29/02 p. 15
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	1.000	3,16	08/03 p. 8
	<i>El País</i>	Inst. Opina	4.000	1,55	07/03 p. 15
	<i>El Periódico</i>	Vox Publica	2.071	2,60	07/03 p. 9
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Noxa	2.200	2,60	07/03 p. 16
2008	<i>ABC</i>	Inst. DYM	1.075	3,00	02/03 p. 14
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	11.000	1,20	03/03 p. 11
	<i>El País</i>	Metroscopia	8.750	1,10	02/03 p. 14
	<i>El Periódico</i>	GESOP	600	4,00	28/02 p. 18
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Noxa	1.200	2,89	03/03 p. 16
2011	<i>ABC</i>	Inst. DYM	7.612	1,10	02/03 p. 14
	<i>El Mundo</i>	Sigma Dos	3.000	1,82	03/03 p. 11
	<i>El País</i>	Metroscopia	9.675	1,50	02/03 p. 14
	<i>El Periódico</i>	GESOP	2.070	2,40	28/02 p. 18
	<i>La Vanguardia</i>	Inst. Noxa	1.275	3,54	03/03 p. 16

Los factores de la ecuación del voto: un análisis empírico

The Factors of the Voting Equation: An Empirical Analysis

Teresa Mata López

Palabras clave

Actitudes políticas
 • Conducta electoral
 • Elecciones
 • Participación electoral • Elección racional • Votante instrumental

Key words

Political Attitudes
 • Electoral Behaviour
 • Elections
 • Election Turnout
 • Rational Choice
 • Instrumental Voter

Resumen

La literatura sobre el fenómeno abstencionista ha demostrado que existen determinados factores individuales y coyunturales que condicionan la participación, pero los trabajos empíricos llevados a cabo desde el campo de la elección racional han prescindido de estas aportaciones. Centrados en intentar conocer los factores que debería incluir la ecuación del voto, algunos han concluido que la gente vota porque sobrestima el valor de su voto. Pero ¿es esta sobrestimación aleatoria?, ¿de qué depende? A partir de los datos de la encuesta postelectoral del 2008 del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), el objetivo de este trabajo es convertir en variables dependientes los factores tradicionales de la ecuación del votante instrumental para conocer algunos de sus determinantes. Los resultados muestran que la distribución de estos factores no es aleatoria, y que tampoco coincide siempre con lo predicho.

Abstract

The literature on the phenomenon of abstention has shown that participation is determined by certain individual and contextual factors. However, the empirical studies conducted using rational choice theory have not taken these contributions into account. Some authors, more focused on understanding the factors that should be included in the voting equation, have concluded that citizens vote because they overestimate the value of their vote. But is this overestimation random? What does it depend on? The aim of this study, based on the 2008 post-election survey data of the Spanish Centre for Sociological Research (CIS), is to turn the traditional factors of the instrumental voter equation into dependent variables, thereby discovering some of their determinants. The results show that the distribution of these factors is not random and that it does not always match what was predicted.

Cómo citar

Mata López, Teresa (2013). «Los factores de la ecuación del voto: un análisis empírico». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 47-74.
 (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.47>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Teresa Mata López: Universidad Autónoma de Madrid | teresa.mata@uam.es

INTRODUCCIÓN¹

Entender por qué la gente vota es una de las cuestiones centrales de la ciencia política (Aldrich, 1993: 246). En el voto se conjugan tres circunstancias que no están presentes en otras formas de participación. En primer lugar, es la forma más extendida y, para muchos ciudadanos, la única ejercida. En segundo lugar, la influencia que cada ciudadano puede ejercer sobre su entorno político a través del voto es igual, independientemente de su género, edad, condición social o ideología. En tercer lugar, el ciudadano que participa en una elección es libre frente a los demás en cuanto a la orientación de su voto (Anduiza y Bosch, 2004: 119). El estudio de la participación electoral es importante tanto desde un punto de vista normativo como empírico. Desde el normativo, dicha participación es básica para favorecer la legitimidad democrática del sistema político y la igualdad política de los ciudadanos (Ranney, 1983; Lijphart, 1997). Desde el punto de vista empírico puede ser importante para explicar variaciones significativas en los resultados electorales (Rosenstone y Hansen, 1993; Riba, 1995) y en las políticas gubernamentales (Meltzer y Richards, 1981; Pempel y Williamson, 1988; Hicks y Swank, 1992).

El análisis de la participación electoral se ha llevado a cabo desde dos tradiciones diferentes. Una de ellas intenta describirla en función de las características sociodemográficas o actitudinales de los electores. Otra intenta modelizarla en términos de un cálculo racional en el que los ciudadanos comparan los posibles costos y beneficios asociados al voto (Grofman, 1983: 55-56). Dentro del primer marco encontramos trabajos centrados, desde una perspectiva sociológica o socio-psicológica, en las características del

abstencionista. La segunda aproximación está basada en teorías de la elección racional, que presuponen que el comportamiento de los individuos en el sistema político es similar al de los agentes en el mercado: toman sus decisiones políticas buscando maximizar sus beneficios y reducir los costes.

Aunque con raíces diferentes, estas dos tradiciones comparten problemas en sus explicaciones que hacen que no podamos considerar sus conclusiones como plenamente satisfactorias (Grofman, 1983: 56). Los modelos sociológicos son incapaces de dar cuenta de las variaciones temporales. Tampoco los modelos psicológicos, basados en identificaciones relativamente estables, consiguen explicar las fluctuaciones entre elecciones de distinta índole. En cuanto al segundo enfoque, la ecuación clásica del votante instrumental postula que un ciudadano racional votará solo si el producto entre la probabilidad de que su voto resulte determinante para los resultados electorales (P) y el beneficio asociado al voto (B) es mayor que los costes (C) que este conlleva (Downs, 1957: 38-40). Pero la casi nula probabilidad de que un voto sea decisivo a la hora de determinar el resultado electoral llevaría a todos los electores a abstenerse, algo que ha convertido a la racionalidad del voto en el talón de Aquiles de la teoría de la elección racional (Aldrich, 1997: 373).

La literatura sobre el fenómeno abstencionista ha demostrado que existen determinados factores individuales y coyunturales que condicionan la participación, pero los trabajos empíricos llevados a cabo en el campo de la elección racional han prescindido de estas aportaciones, centrándose únicamente en intentar conocer los factores que debería incluir la ecuación del voto. Algunos de estos trabajos concluyen que la gente vota porque sobrestima el valor de su voto. Esta respuesta no es suficiente. Por ejemplo, habría que preguntarse si esta sobrestimación es generalizada, o, si hay diferencias, de qué dependen. Estas preguntas deberían

¹ Quiero agradecer los valiosos comentarios y críticas de José Ramón Montero, sin los cuales este trabajo no hubiera sido posible.

ampliarse al resto de los factores de la ecuación.

Lijphart (1997) ha mantenido que la igualdad y la participación política son dos de los pilares de las democracias. Si la abstención careciese de sesgos no supondría ningún problema. Pero la experiencia empírica parece demostrar que la abstención nunca es aleatoria, y que determinados sectores quedan sistemáticamente infrarrepresentados. Esto se convierte en un problema aún mayor en las democracias representativas, donde la rendición de cuentas por parte de los gobernantes depende de la participación de los ciudadanos (Verba, 1996: 2; Lijphart, 1997: 1-3). Por lo tanto, es importante conocer sobre cuál de los factores de la ecuación inciden estas desigualdades. ¿Son los sectores con menos recursos los que consideran que los costes asociados al voto son mayores? ¿Quiénes ven el voto como un deber cívico? ¿Son los sectores con menos educación los que tienen mayor dificultad para calcular la influencia de su voto, o son los mejor formados los que la sobrevaloran?

Si una de las razones que explicarían el voto de los ciudadanos es la sobrestimación de los beneficios instrumentales, una de las cuestiones centrales para entender el voto estribará en el estudio de los factores que determinan cuándo los ciudadanos los sobrestiman (Santana-Leitner, 2008: 62). Esta necesidad de profundizar en el estudio de los determinantes de estos factores ha sido apuntada por algunos autores (Uhlener, 2001: 1011; Aldrich, 1993: 258), pero los únicos que hasta donde yo sé han abordado empíricamente esta cuestión han sido Blais (2000) y Santana-Leitner (2008)². Siguiendo en esta línea, el objetivo de este trabajo es trasladar las preguntas a las variables independientes de los teóricos de la elección racional. Se trata de endogeneizar (es decir,

convertir en variables dependientes) los factores tradicionales de la ecuación del voto para conocer algunos de sus determinantes. De estos factores se van a tener en cuenta aquellos que integran la ecuación clásica del voto: la probabilidad de que el voto de un ciudadano determine el resultado (P), el diferencial partidista (B), los costes asociados al voto (C), y el añadido por Riker y Orde shook (1968) para medir la utilidad no instrumental asociada al voto (D)³.

Todos los trabajos que han intentado explicar el voto utilizando la teoría de la elección racional han encontrado el mismo problema a la hora de operacionalizar los conceptos: la falta de medidas adecuadas. Solo el trabajo de Santana-Leitner (2008) contaba con los datos necesarios para poder endogeneizar los factores de la ecuación del voto⁴. En este estudio trabajaré con los datos de la encuesta postelectoral de las elecciones legislativas españolas de 2008 elaborada por el Centro de Investigaciones Sociológicas (estudio 2757). La ventaja que aporta esta encuesta, y el motivo por el cual se utiliza, es que, a diferencia de otras, incluye una serie de cuestiones que hacen referencia específica a todos los términos de la ecuación tradicional del voto.

El trabajo está dividido en cinco secciones. La primera hace un breve repaso de las principales aportaciones de la teoría de la elección racional, la segunda aborda las variables tenidas en cuenta por los estudios sobre la abstención, poniéndolas en relación con los factores de la ecuación del voto. En ella se proponen los modelos y las hipótesis de trabajo. La tercera especifica el diseño del análisis y la formulación de los modelos. La

² El trabajo de Lavezzolo *et al.* (2011) también aborda, aunque no de forma directa, este tema.

³ De las distintas dimensiones de D solo se va a considerar el Deber.

⁴ Estos datos provenían de la encuesta postelectoral holandesa: Dutch Political Election Study 1998. El trabajo de Blais (2000) también contaba con los datos necesarios, en este caso para construir el modelo de Deber.

cuarta detalla los resultados del análisis empírico y, por último, la quinta recoge las conclusiones.

EL MODELO DEL VOTANTE RACIONAL Y LA PARADOJA DEL VOTO

La teoría de la elección racional apareció como un nuevo enfoque teórico metodológico en el campo de la teoría de la democracia a mediados del siglo xx. Trataba el proceso político como una racionalización de los intereses individuales de los actores involucrados. Surgieron luego diversas corrientes, sobre todo en núcleos académicos estadounidenses, que aplicaban la *teoría económica* al campo de las decisiones políticas. Una de las más relevantes es la Escuela de Virginia, centrada en el análisis económico de la política, *Public Choice*, con James Buchanan a la cabeza. Dentro de ella se encuentra Anthony Downs, que en 1957 publica *An Economic Theory of Democracy*, libro que se convertirá en uno de los trabajos pioneros en este campo.

Downs pretendía elaborar un modelo que demostrase que el comportamiento de los políticos y los votantes está basado en decisiones racionales⁵. En su modelo original (Downs, 1973: 39 ss.) la decisión de votar (R) es función de tres parámetros: P , que representa la probabilidad de que el voto determine el resultado de la elección; B o *diferencial partidista*⁶, que son los beneficios derivados de que el partido preferido por el votante gane; y C , los costes asociados a la acción

de votar, incluidos los costes de oportunidad. La fórmula era la siguiente:

$$R = P \cdot B - C$$

Dado el gran tamaño de la mayoría de los electorados actuales, la probabilidad de que el voto de cualquier ciudadano sea decisivo es prácticamente nula, lo que implica que los beneficios instrumentales ($P \cdot B$) son igualmente nulos. Por lo tanto, lo racional sería no votar (Aldrich, 1993: 258). Además B tiene carácter de bien público, por lo que ningún ciudadano puede ser excluido de disfrutarlo, vote o no. En consecuencia, si estuviésemos ante votantes racionales, la abstención debería ser generalizada donde el voto no sea obligatorio. Pero la gente mayoritariamente vota. Esta incapacidad para explicar por qué la gente vota permite el cuestionamiento radical de toda la teoría de la elección racional (Green y Shapiro, 1994).

Se han propuesto distintas explicaciones y soluciones. Algunos autores han planteado la posibilidad de estar sencillamente ante votantes no racionales. Para otros, el voto, por sus escasos costes, estaría fuera del campo de la explicación de la elección racional (Aldrich, 1993: 264-265; Barry, 1978: 23; Blais, 2000: 84; Verba, Schlozman y Brady, 1995: 105). También se ha señalado que los ciudadanos pueden estar sobrestimando los beneficios instrumentales, en concreto la probabilidad de influir en el resultado a través de su voto (Riker y Ordeshook, 1968: 38-39)⁷. Para otros, los ciudadanos no comprenden la relación multiplicativa entre P y B (Blais, 2000: 138-139), y lo que hacen en realidad es un cálculo aditivo:

$$R = P + B - C$$

⁵ Entendiendo por decisión racional aquella que permite elegir los mejores medios para alcanzar un fin deseado.

⁶ El diferencial partidista representaría la diferencia entre la utilidad que el ciudadano obtiene si gana el partido X y la que obtiene si gana el partido Y. Riker y Ordeshook (1968: 25) denominan a este factor como «los beneficios diferenciales», que harían referencia a la utilidad que un votante obtiene si gana su candidato preferido sobre la que obtendría si ganase su candidato «menos preferido».

⁷ En concreto se hace referencia a una P subjetiva que, partiendo de los supuestos de información incompleta, no tendría por qué ser despreciable.

En este caso, al relacionarse P y B de forma aditiva, un diferencial partidista elevado podría compensar por sí solo los posibles costes asociados al voto (C), por lo tanto la probabilidad de que un voto resulte determinante (P) sea prácticamente nula no implicará que los beneficios instrumentales lo sean.

Una de las propuestas con mayor difusión ha sido la inclusión de un nuevo parámetro (D) para medir la utilidad no instrumental del voto. Downs (1957: 266-289) afirma que los sujetos racionales en las democracias están motivados también por un sentido de responsabilidad social independiente de las ganancias o de las pérdidas a corto plazo. Para algunos electores, el acto de votar tendría valor porque contribuye a sostener la democracia⁸. El voto pasaría de ser un acto de inversión a ser un acto de consumo:

$$R = P \times B - C + D$$

Otras soluciones que plantearon la inclusión de nuevos parámetros son la de Ferejohn y Fiorina (1974), y la de Overbye (2003)⁹.

⁸ Riker y Ordeshook (1968: 28-29) desarrollan esta idea y descomponen este factor en varios elementos: la satisfacción de cumplir con la ética de votar, la de un compromiso con el sistema político, la de expresar una preferencia política, la de demostrar la propia eficacia dentro del sistema político, e incluso la producida por el hecho de ir a las urnas.

⁹ Para Ferejohn y Fiorina (1974) la decisión de votar se toma en contextos de incertidumbre en los que resulta imposible calcular probabilidades. Los votantes no optimizarían de acuerdo con la regla de utilidad esperada, sino que buscan minimizar la pérdida máxima. Este modelo también ha sido objeto de numerosas críticas (Aldrich, 1993: 259-260; Beck, 1975: 918; Mayer y Good, 1975: 916-917), muchas de las cuales ponen en duda que la decisión de votar se tome en contextos de incertidumbre. Para Overbye (2003) el voto debe entenderse como una inversión en un cierto tipo de reputación más que como una inversión en valores. Para explicarlo utiliza la teoría del agente. Dados sus bajos costes, el voto sería una forma mediante la cual el agente (votante) puede enviar mensajes a sus principales de que es una persona «en la que se puede confiar y a la que se puede respetar», alguien que se preocupa por el «bien común».

DETERMINANTES DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL: HIPÓTESIS DE TRABAJO

Muchos trabajos sobre el fenómeno abstencionista han señalado la importancia de los factores sociodemográficos (Verba y Nie, 1972; Rosenstone y Hansen, 1993) y actitudinales (Campbell *et al.*, 1960)¹⁰. Ambos tipos de variables constituyen el núcleo principal de las explicaciones tradicionales, pero son relativamente estables y no sirven para explicar todas las variaciones en las tasas de participación. Por esto, aunque la participación electoral sea una acción individual, los estudios posteriores añadieron a este elenco el papel de las instituciones y de determinadas variables de tipo coyuntural relacionadas con el contexto político (Powell, 1980; Crewe, 1981; Jackman, 1987; Colomer, 1991; Rosenstone y Hansen, 1993; Franklin, 1996; Aarts y Wessels, 2005).

En esta sección, partiendo de las aportaciones de los estudios sobre la abstención, construiré cinco modelos con las variables que se estima pueden influir en cada uno de los factores de la ecuación. Al final de cada modelo propondré las hipótesis de trabajo. Por último, plantearé también una serie de hipótesis que examinan la posible relación entre los factores de la ecuación del voto. Todas estas hipótesis aparecen detalladas en la tabla 4. Por su parte, la tabla 1 detalla las variables que se van a emplear, apuntando de qué tipo son (sociodemográficas, actitudinales o contextuales) y de qué modelo van a formar parte.

A continuación se detallan los modelos:

a) Recursos de los electores

Los recursos del elector se miden a través de la *edad*, del *nivel de estudios* y de la *renta*. Con

¹⁰ En la inclusión de las variables de tipo actitudinal fue determinante el modelo de comportamiento electoral establecido por la Escuela de Michigan en los años cincuenta (Campbell *et al.*, 1960).

TABLA 1. Agrupación de las variables del estudio ^a

Modelos \ Variables	Sociodemográficas	Actitudinales	Contexto
<i>Recursos de los electores</i>	(Género) ^b Edad Estudios Renta		
<i>Integración social</i>	Estado civil Religión	Asociacionismo Contacto y redes	Hábitat
<i>Implicación política</i>		Ideología Identificación partidista Interés político	
<i>Satisfacción con las instituciones</i>		Valoración de las instituciones	
<i>Contexto político</i>			Movilización estratégica Competitividad Proporcionalidad del sistema electoral

^a La tabla recoge las variables independientes con las que se va a trabajar en el estudio. En las columnas figura el tipo de variable y en las filas el modelo del que forman parte.

^b Aunque los estudios más recientes han señalado la pérdida de valor predictor de la variable género (Font y Mateos, 2007), la he incluido por ser una variable tradicional en los estudios sobre participación electoral y porque Blais (2000: 97) la incluye en el modelo de *D* (en las mujeres el sentido del deber es mayor).

la *edad*, los electores ganan experiencia, aumentan su conocimiento sobre los partidos y el proceso electoral (Wolfinger y Rosenstone, 1980: 37ss.; Rosenstone y Hansen, 1993: 137), lo que reducirá los costes asociados al voto y les permitirá conocer el valor de un voto. Por otro lado, se integran social y políticamente. Refuerzan su identificación con la comunidad, aumentando su exposición a la norma dominante de que votar es un deber social (Santana-Leitner, 2008: 76). Además se hacen más vulnerables a estímulos movilizadores (Verba y Nie, 1972: 138 ss.), internalizan las ideologías y se sienten más ligados a los partidos políticos (Anduiza, 1999: 94), lo que propicia un aumento del diferencial partidista¹¹.

En cuanto al *nivel de estudios*, la educación les permite desarrollar habilidades para asimilar conceptos abstractos, comprender cuestiones políticas o entender el proceso electoral. Un mayor nivel educativo reduce los costes asociados al voto, tanto los relativos al proceso en sí como a la toma de decisiones (Wolfinger y Rosenstone, 1980: 18 y 35 ss.), y les permite tomar conciencia del valor de un voto. Además, es uno de los principales instrumentos de transmisión de los valores y normas de una sociedad. A medida que la gente adquiere mayores niveles de

incrementan los problemas de aislamiento, enfermedad o movilidad, aumentando también los posibles costes asociados al voto. A veces también es difícil diferenciar sus efectos de los generacionales (Anduiza y Bosch, 2004: 123).

¹¹ Hay que tener en cuenta que el efecto de la edad es curvilíneo (Justel, 1995). A edades avanzadas se

educación, asume que deberían votar y que sus votos marcarán una diferencia (Bernstein, Chadha y Montjoy, 2001: 26), aumentando de esta forma el diferencial partidista y el sentimiento de que el voto es un deber¹².

Por otra parte, *niveles de renta* elevados indican que el tiempo y los esfuerzos del elector no son necesariamente consumidos en actividades de primera necesidad y pueden dedicarse a la reflexión y a la actividad política (Wolfinger y Rosenstone, 1980: 20). Esto reducirá los costes asociados al voto y aumentará las probabilidades de que el elector sea consciente de la capacidad de influencia de su voto. Asimismo, puede pensarse que los individuos con mayores rentas tendrán más que perder o ganar en cada elección (Wolfinger y Rosenstone, 1980), aumentando así el diferencial partidista. Además, estas personas suelen ocupar posiciones en un entorno social en el que hay una mayor presión a favor de la participación electoral (Anduiza, 1999: 29 y 101; Anduiza y Bosch, 2004: 124-125), lo que incrementará la probabilidad de considerar el voto como un deber¹³.

Por lo tanto, la hipótesis de trabajo [H₁] en este caso sería que *al aumentar los recursos del individuo, se reducirá la probabilidad de considerar que el voto puede resultar determinante (P) y de considerar los costes aso-*

ciados al voto (C) como elevados, mientras que aumentará la de valorar el diferencial partidista (B) y la de considerar el voto como un deber (D).

b) Integración social

La integración social suele medirse a través de cinco variables: el *estado civil*, la *religión*, el *asociacionismo*, los *contactos y redes*, y el *tamaño del hábitat*. La mayor parte de los que han incluido el *estado civil* han concluido que los casados votan más (Wolfinger y Rosenstone, 1980; Font, 1995: 20; Barreiro, 2001: 1). Anduiza (1999: 108-109) ha añadido que la diferencia debería hacerse entre las personas que viven en pareja y las que no. Vivir solo podría ser un indicador del grado de aislamiento social y de un menor intercambio informativo, lo que aumentará los costes asociados al voto. Por otro lado, se ha planteado que el estar casado puede aumentar las probabilidades de concebir el voto como un deber cívico (Uhlener, 1989: 398), o de aumentar el diferencial partidista cuando el cónyuge tiene preferencias políticas similares (también puede reducirlo si las preferencias no coinciden) (Santana-Leitner, 2008: 86).

La *religiosidad* es una de las variables tradicionales en los análisis sobre comportamiento político (Justel, 1995: 196). Las relaciones derivadas de la pertenencia a una Iglesia pueden proporcionar oportunidades para practicar habilidades cívicas, además exponen a los individuos a estímulos políticos (Verba, Schlozman y Brady, 1995: 381). Esto reducirá los costes asociados al voto y aumentará la probabilidad de considerar el voto como un deber cívico. Por otro lado, la asistencia a servicios religiosos puede reforzar la magnitud del diferencial partidista, aunque también podría reducirlo si existen contradicciones entre la opción preferida por motivos religiosos y la preferida por otros motivos (Santana-Leitner, 2008: 85).

En relación con el grado de *asociacionismo*, aunque medido a nivel agregado no pa-

¹² No toda la literatura avala la supuesta relación entre educación y participación electoral (Anduiza, 1999: 98; Anduiza y Bosch, 2004: 124). Algunos autores plantean la posibilidad de que se trate en realidad de un efecto oculto de la edad (Justel, 1995: 257). Sin embargo, hay otros autores que la siguen considerando como una variable con capacidad explicativa «incontestada» (Font, 1995: 23 y 30). Teniendo en cuenta que en España sí parece existir una relación positiva entre ambas variables (Anduiza, 1999: 99) y que, al tratarse de análisis multivariable, la posibilidad de que estuviese ocultando un efecto de la edad queda controlada, se ha decidido incluir dicha variable en el estudio.

¹³ En cuanto a los niveles de renta más bajos, Gómez y Trujillo (2011: 35), en un estudio centrado en los «excluidos sociales», muestran que cuando los ingresos del votante proceden de una ayuda estatal la relación entre ingresos y participación solo se mantiene cuando las prestaciones recibidas son de carácter universal.

rece arrojar resultados concluyentes en el caso español (Font, 1995; Boix y Riba, 2000), a nivel individual la pertenencia a alguna asociación es un indicador de integración social (Rosenstone y Hansen, 1993). Algunas asociaciones adoptan posiciones políticas e intentan movilizar e influir en sus miembros, informándoles sobre los candidatos y el proceso electoral, y ejerciendo algún tipo de presión sobre la obligación de votar (Uhlener, 1989: 398-399 y 415-420). Esto reducirá los costes asociados al voto y aumentará el diferencial partidista y la probabilidad de considerar el voto como un deber¹⁴.

Respecto a la variable *contacto y redes*, las personas con redes densas de contactos sociales saben más acerca de los candidatos, de los temas y de las oportunidades para participar (Rosenstone y Hansen, 1993: 157), algo que reducirá los costes y puede aumentar el diferencial partidista¹⁵. Además, están expuestas a normas sociales y presiones que favorecen la participación (Berelson, Lazarsfeld y McPhee, 1954), confirmando mayor probabilidad a la consideración del voto como un deber cívico.

Por último, en lo referente al *tamaño del hábitat*, aunque las teorías de la modernización mantienen que en los entornos urbanos hay más estímulos para la participación electoral, en España parece confirmarse el modelo comunitario (Anduiza, 1999: 14; Anduiza y Bosch, 2004: 126). Según este las comunidades pequeñas favorecen la integración social, la creación de identidades políticas y el control social del comportamiento político. Puede que en el mundo rural tenga hoy más

fuerza el componente del voto como «deber cívico», mientras que en los núcleos urbanos la decisión de votar sería mucho más táctica e instrumental (Font, 1995: 19).

Teniendo en cuenta esto, la hipótesis [H₂] sería que *a mayor integración social menor probabilidad de valorar los costes asociados al voto (C), y mayor probabilidad de tener en cuenta el diferencial partidista (B) y de considerar al voto como un deber (D)*.

c) *Implicación política*

La *ideología*, la *identificación partidista*, el *interés declarado por la política* y el *conocimiento político* pueden servir para medir el grado de implicación política. En cuanto a la *ideología*, varios autores han planteado la posibilidad de que en España exista una mayor abstención dentro de la izquierda (Justel, 1995; Font, 1995; Barreiro, 2002), aunque esta asociación no se ha visto siempre confirmada (Gunther y Montero, 1994; Boix y Riba, 2000; Anduiza y Bosch, 2004; Lago y Montero, 2011). En lo que todos coinciden es en la relación positiva entre la capacidad para ubicarse ideológicamente y la probabilidad de votar (Justel, 1995: 206 y 372; Anduiza, 1999: 117; Barreiro, 2002: 193; Anduiza y Bosch, 2004: 129; Font y Mateos, 2007: 161)¹⁶. Los lazos con las ideologías facilitan la comprensión de los procesos políticos y la elección entre diferentes alternativas (Gunther y Montero, 1994: 498). Esto reducirá los costes asociados al voto, aumentará el diferencial partidista, la probabilidad de calcular el valor real de un voto, y la de considerar el voto como un deber. Además, el tener una posición ideológica extrema puede acentuar el diferencial partidista.

¹⁴ Algunos autores han afirmado que la experiencia en toma de decisiones que se obtiene en dichas organizaciones puede llevarse a la arena política (Verba, Schlozman y Brady, 1995), reduciendo de nuevo los costes asociados al voto.

¹⁵ Hay que tener en cuenta que los contactos personales, al no ser intencionales, suelen encontrar menos resistencia que otros específicamente movilizadores (Lazarsfeld, Berelson y Gaudet, 1944: 150 ss.).

¹⁶ Incluso Barreiro (2002: 186 y 196), que apunta cómo, desde 1996 hasta 2002, en España se ha producido una desmovilización progresiva en la izquierda, confirma que, a excepción de los individuos que se sitúan en la extrema izquierda, en todos los casos la capacidad para ubicarse ideológicamente aumenta la probabilidad de votar.

La *identificación partidista*, una de las variables con mayor importancia en los estudios sobre participación electoral con el desarrollo del modelo de Michigan (Campbell et al., 1960), proporciona un incentivo expresivo para votar, facilitando, por ejemplo, la conversión del voto en un deber cívico (Riker y Ordeshook, 1968). Permite también que el elector otorgue más importancia a los resultados electorales, incrementando el diferencial partidista (Rosenstone y Hansen, 1993: 16). Por otro lado, sirve de vía para comprender tanto el proceso electoral como las distintas opciones de voto, reduciendo los costes y aumentando la probabilidad de otorgar el valor real a un voto.

Por último, el *interés* y el *conocimiento político* son dos de las formas elementales de medir la implicación política (Martín, 2003; Font y Mateos, 2007: 153). Campbell et al. (1960: 101-102) afirman que el nivel de interés político puede aumentar la importancia que se otorga a los resultados electorales, incrementando el diferencial partidista. Un mayor conocimiento político reducirá los costes del voto y aumentará la probabilidad de valorar la capacidad de influencia de un voto. Se ha postulado asimismo que este mayor interés se traduce en una mayor conciencia del deber cívico (Anduiza y Bosch, 2004: 127), ya que la falta de interés implicaría un distanciamiento entre el elector y la política¹⁷.

Según lo expuesto, la hipótesis de trabajo [H₃] sería que *a mayor implicación política, menor probabilidad de considerar que un voto puede resultar determinante (P) y que los costes asociados al voto (C) son elevados, y mayor probabilidad de valorar el diferencial partidista (B) y de considerar el voto como un deber (D)*.

¹⁷ Aunque se ha planteado que la abstención puede funcionar como un acto de protesta, los resultados muestran que la abstención como reflejo de una apatía política es mucho mayor (Anduiza y Bosch, 2004: 128).

d) *Satisfacción con las instituciones*

Aunque algún trabajo sobre el significado de la abstención plantea una posible relación entre desencanto político y abstención electoral, esta no ha quedado totalmente demostrada (Font, 1995: 31-32). Una valoración negativa de las instituciones puede hacer, por un lado, que el ciudadano acabe auto-exonerándose de la supuesta obligación de votar, y, por otro, puede afectar negativamente a la valoración de la magnitud del diferencial partidista (Santana-Leitner, 2008: 81 y 172). Por lo tanto, en este caso la hipótesis [H₄] sería que *según disminuye la satisfacción con las instituciones, menor será la probabilidad de valorar el diferencial partidista (B) y la de considerar al voto como un deber (D)*.

e) *Contexto político*

Este se mide a través de la *movilización estratégica* llevada a cabo por las élites, el nivel de *competitividad* y algunas características básicas del sistema electoral como la *proporcionalidad*¹⁸. Con la *movilización estratégica*, las élites, además de proporcionarles información, reduciendo los costes asociados al voto, tratan de concienciar a los electores sobre la necesidad e importancia del voto (Indridason, 2008: 703-704), induciéndoles a sobrestimar su valor y a considerarlo como un deber. Además intentan resaltar las ventajas asociadas a su victoria, incrementando el diferencial partidista (Aldrich, 1993: 267).

Por su parte, la *competitividad* de las elecciones puede influir tanto en el comportamiento de los candidatos como de los electores, favoreciendo mayores niveles de participación (Jackman, 1987; Rosenstone y Hansen, 1993; Franklin, 2004; Indridason, 2008). Por ejemplo, en contextos donde el grado de incertidumbre sobre el resultado es

¹⁸ También se incluiría aquí el voto obligatorio, pero esta figura no se contempla en la legislación española.

mayor, el votante puede sentir que su voto marcará la diferencia. En todo caso, los candidatos destinan mayores esfuerzos a movilizar a sus electores intentando convencerles de que su voto puede ser determinante. Ambos hechos incrementarán el diferencial partidista y la posibilidad de sobrestimar el valor de un voto.

Por último, en relación con la *proporcionalidad* del sistema electoral, esta estimula la participación electoral porque elimina el problema del voto «perdido» (Lijphart, 1997: 7), produciendo efectos sobre la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto. Además también proporciona incentivos a los partidos para movilizar a sus electores en todos los distritos (Powell, 1980 y 1986; Jackman, 1987).

Teniendo en cuenta lo expuesto, y debido a que no todas las variables del modelo tienen efectos sobre los mismos factores, este modelo trabajará con tres hipótesis:

— [H_{5a}] *En contextos donde la movilización estratégica es alta aumentan las probabilidades de considerar que el voto puede*

ser determinante (P), de valorar el diferencial partidista (B), y de creer que el voto es un deber (D), mientras que se reducen las valoraciones de los costes (C).

— [H_{5b}] *Cuando la competitividad sea elevada las probabilidades de considerar que el voto puede ser determinante (P) y de valorar las diferencias entre las distintas opciones (B) aumentan.*

— [H_{5c}] *A mayor proporcionalidad del sistema electoral mayor probabilidad de considerar que el voto puede ser determinante (P).*

La tabla 2 ofrece una relación de las variables, los factores sobre los que se espera que tengan efectos, y cómo se espera que sean estos.

f) Relaciones entre los distintos factores

Como hemos visto, la mayor parte de las variables independientes que incluye el estudio tienen un hipotético efecto negativo en la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto y en la de valorar los costes asociados al mismo, y un valor positivo en la probabili-

TABLA 2. Modelos, variables y factores sobre los que inciden ^a

Modelo	Variables	Factores de la ecuación afectados			
Recursos de los electores	Edad, estudios y renta	P (-)	B (+)	C (-)	D (+)
Integración social	Estado civil, asociacionismo, hábitat, religión, y contacto y redes		B (+)	C (-)	D (+)
Implicación política	Ideología, identificación partidista, interés político, y conocimiento político	P (-)	B (+)	C (-)	D (+)
Satisfacción con las instituciones	Valoración instituciones		B (+)		D (+)
Contexto político	Movilización estratégica	P (-)	B (+)	C (-)	D (+)
	Competitividad	P (-)	B (+)		
	Proporcionalidad del sistema electoral	P (+)			

^a Entre paréntesis figura cómo se espera que sea el efecto: positivo o negativo.

dad de tener en cuenta el diferencial partidista y en la de considerar el voto como un deber. No obstante, el planteamiento cambia a la hora de estudiar la relación entre las mismas. La contradicción que en principio se deriva de ello no es tal, ya que se trataría de hipótesis alternativas a las planteadas en los modelos anteriores.

Por ejemplo, la existencia de un diferencial partidista (*B*) elevado podría sesgar la percepción del valor real de un voto (*P*) al alza (Santana-Leitner, 2008: 74). Por otro lado, puede esperarse que los ciudadanos que han tomado la decisión de votar utilicen mecanismos psicológicos de autojustificación de su decisión, por lo que cabe esperar que *B* creciera con *P*. Respecto a los otros dos factores, para quienes el deber (*D*) de votar sea elevado puede que no tenga interés dedicar esfuerzos a calcular correctamente *P* ni *B* (Blais, 2000: 57); algo semejante ocurriría para los que el valor de *C* es despreciable (Aldrich, 1993: 264; Blais, 2000: 142). Por otra parte, la conciencia del escaso valor de un voto individual o la ausencia de un diferencial partidista elevado puede sesgar la percepción de los costes al alza, mientras que el sentimiento de que es un deber (*D*) los sesgaría a la baja. Por último, los costes de votar (*C*), un bajo diferencial partidista (*B*) o el valor real de un voto (*P*) pueden tentar al ciudadano de auto-exonerarse de una eventual obligación social de votar. Por lo tanto, la hipótesis de trabajo [H_6] sería que se espera una relación positiva entre *P*, *B* y *D*, y una negativa entre estos y *C*.

TABLA 3. Relaciones entre los distintos factores de la ecuación

	P	B	C	D
P		+	-	+
B	+		-	+
C	-	-		-
D	+	+	-	

La tabla 4 recoge todas las hipótesis planteadas en cada modelo, incluyendo las referentes a la relación entre los distintos factores.

DISEÑO DEL ANÁLISIS EMPÍRICO

El objeto de este artículo es conocer sobre qué factores de los incluidos en la ecuación clásica del votante instrumental inciden las desigualdades que se observan normalmente en la participación electoral. ¿Son los sectores con menos recursos los que consideran que los costes asociados al voto son mayores? ¿Quiénes consideran que el voto es un deber cívico? ¿Son los sectores con menos educación los que tienen mayor dificultad para calcular la influencia de su voto, o son los sectores mejor formados los que la sobrevaloran?

Para responder a estas preguntas, a partir de los datos ofrecidos por la encuesta postelectoral del 2008 del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), a través de un análisis de regresión —logística y lineal—, se construyen cinco modelos de complejidad creciente con algunas de las variables independientes consideradas tradicionalmente por los estudios sobre la abstención.

a) Las variables dependientes

En este caso, las variables consideradas tradicionalmente como independientes por los teóricos de la elección racional van a actuar como dependientes. Así ocurre con la probabilidad de que el voto determine el resultado (*P*) y con los costes asociados al hecho de votar (*C*)¹⁹. En la encuesta del CIS estas se miden a través de la pregunta en que se le pide al encuestado que diga en qué grado

¹⁹ Aunque la inclusión de estas preguntas en el cuestionario es la que permite que podamos trabajar con estas variables como independientes, hay que señalar que estos indicadores tampoco están exentos de problemas, y que en ningún caso son utilizados como indicadores de la racionalidad del individuo.

TABLA 4. Modelos e hipótesis de trabajo

Modelo	Hipótesis
Recursos de los electores [H ₁]	<i>Al aumentar los recursos del individuo, se reducirá la probabilidad de considerar que el voto puede resultar determinante (P) y de considerar los costes asociados al voto (C) como elevados, mientras que aumentará la de valorar el diferencial partidista (B) y la de considerar el voto como un deber (D).</i>
Integración social [H ₂]	<i>A mayor integración social, menor probabilidad de valorar los costes asociados al voto (C), y mayor probabilidad de tener en cuenta el diferencial partidista (B) y de considerar al voto como un deber (D).</i>
Implicación política [H ₃]	<i>A mayor implicación política, menor probabilidad de considerar que un voto puede resultar determinante (P) y que los costes asociados al voto (C) son elevados, y mayor probabilidad de valorar el diferencial partidista (B) y de considerar el voto como un deber (D).</i>
Satisfacción con las instituciones [H ₄]	<i>Según disminuye la satisfacción con las instituciones, menor será la probabilidad de valorar el diferencial partidista (B) y la de considerar al voto como un deber (D).</i>
Contexto político [H _{5a}]	<i>En contextos donde la movilización estratégica es alta aumentan las probabilidades de considerar que el voto puede ser determinante (P), de valorar el diferencial partidista (B), y de creer que el voto es un deber (D), mientras que se reducen las valoraciones de los costes (C).</i>
[H _{5b}]	<i>Cuando la competitividad sea elevada las probabilidades de considerar que el voto puede ser determinante (P) y de ver las diferencias entre las distintas opciones (B) aumentan.</i>
[H _{5c}]	<i>A mayor proporcionalidad del sistema, mayor probabilidad de considerar que el voto puede ser determinante (P).</i>
Relaciones entre los factores [H ₆]	<i>Se espera una relación positiva entre P, B y D, y una negativa entre estos y C.</i>

(en una escala de 1 a 4) está de acuerdo o en desacuerdo con las siguientes afirmaciones:

— Vota tanta gente que mi voto no influye en los resultados (P)²⁰.

²⁰ En cuanto a la posibilidad de que esta variable estuviese midiendo «eficacia política», si atendemos a los porcentajes de respuesta vemos que no se corresponden con los de otras medidas de eficacia política. En este caso solo el 23% de los encuestados reconoce estar de acuerdo con la afirmación «vota tanta gente que mi voto no influye en los resultados», mientras que este porcentaje se eleva al 47% cuando se pregunta sobre la complejidad de la política, o al 64% cuando se hace referencia a si los políticos buscan siempre sus intereses personales o no se preocupan por la gente. Por otro lado, hay que recordar que los problemas del factor P y de su posible sobrestimación derivan del tamaño de los electorados actuales, lo que convierte

— Votar me cuesta mucho tiempo y esfuerzo (C).

Ambas se han recodificado en dos variables dicotómicas. En el caso de P, los valores son: 0 no influye y 1 sí influye. Y para C, 0 costes bajos y 1 costes altos. En cuanto a los *beneficios no instrumentales del voto (D)*, solo tendré en cuenta la dimensión del *deber*, para la que se emplea una variable dicotómica, construida a partir de la pregunta en que se le pide al encuestado que diga si considera que el voto es un derecho (0) o un deber (1).

a este indicador en adecuado para medir dicha sobrestimación.

TABLA 5. *Porcentaje de encuestados por categoría de respuesta de las variables dependientes P, C y D (Deber)*

Categorías de respuesta	P	C	D (Deber)
0	23	92	66
1	77	8	34

La tabla muestra los porcentajes de cada categoría de respuesta de las variables dicotómicas correspondientes a P (0 mi voto no influye, 1 sí influye) C (0 bajos, 1 altos) y D (0 derecho, 1 deber).

Fuente: Banco de datos del CIS: estudio 2757. Si no se menciona lo contrario, todas las tablas que siguen tienen la misma fuente.

Por último, en lo referente a los *beneficios derivados de que el partido por el que voto alcance la victoria (B)*, la encuesta del CIS recoge una batería de cuestiones en la que se pregunta al encuestado por la alegría y el miedo que les ha, o les habría, producido la victoria del PSOE o del PP. A partir de estas preguntas, siguiendo la propuesta de Lavezolo *et al.* (2011: 19) he creado una variable que mide la diferencia entre el beneficio que generaría la victoria de uno de estos dos partidos²¹. Esta variable toma valores de 0 a 6 con una media de 2,22 puntos y una desviación típica de 1,68.

b) *Las variables independientes*

La *edad* es una variable continua con los años del encuestado, el *género* es una variable dicotómica (0 mujer 1 hombre), y la *educación* y los *ingresos* se miden con dos va-

²¹ Preguntas 37-40: «¿Diría usted que la victoria del partido x le ha producido mucha, bastante, poca o ninguna alegría? ¿Y, antes de las elecciones, la posibilidad de una victoria del PSOE le producía mucha, bastante, poco o ningún miedo? ¿Y, antes de las elecciones, la posibilidad de una victoria del PP le producía mucha, bastante, poca o ninguna alegría? ¿Y, antes de las elecciones, la posibilidad de una victoria del PP le producía mucho, bastante, poco o ningún miedo?». El beneficio que generaría la victoria de un determinado partido equivale a la diferencia entre la alegría y el miedo que le hubiese creado su victoria.

riables ordinales²². El *estado civil*, dado que lo que se considera que puede ser un indicador del grado de aislamiento social es no vivir en pareja, se codifica como una variable dicotómica que diferencia entre quienes viven en pareja (1) y los que no (0). El *asociacionismo* también se trata como una variable dicotómica según si el individuo pertenece a alguna asociación (1), política o no, o ninguna (0). De la *religión* interesa la asistencia a servicios religiosos, que se mide a través de una variable ordinal de cinco categorías²³. El *tamaño del hábitat* está medido por el número de habitantes del municipio a través de una variable ordinal de siete categorías²⁴. El *contacto* con otras personas se cuantifica con una variable continua que refleja la frecuencia con que las elecciones han sido un tema de conversación con la familia, los amigos, vecinos o compañeros de trabajo.

La *ideología* se mide a través de dos variables dicotómicas. La primera diferencia entre quienes se posicionan ideológicamente (1) y los que no (0); la segunda lo hace entre quienes ocupan posiciones extremas en la escala ideológica (1) y los que no (0)²⁵. La *identificación partidista* se codifica a través de una variable dicotómica que indica si

²² El nivel de estudios se divide en cuatro categorías: sin estudios, primarios, secundarios y universitarios. La renta, para los modelos de P, C y D, se mide a través de una variable con las mismas categorías que la que figura en la encuesta (menos de 300 euros, de 301 a 600, de 601 a 900, de 901 a 1.200, de 1.201 a 1.800, de 1.801 a 2.400, de 2.401 a 3.000, de 3.001 a 4.500, de 4.501 a 6.000, más de 6.000 euros). Para el modelo de B se recodifica en cinco categorías: ingresos bajos (menos de 600 euros), medios-bajos (de 601 a 1.200), medios (de 1.201 a 2.400), medios-altos (de 2.401 a 4.500), y altos (más de 4.500 euros).

²³ Nunca/casi nunca, varias veces al año, varias veces al mes, domingos y festivos, varias veces a la semana.

²⁴ Menos de 2.000 habitantes, de 2.001 a 10.000, de 10.001 a 50.000, de 50.001 a 100.000, de 100.001 a 400.000, de 400.001 a 1.000.000, más de 1.000.000 de habitantes.

²⁵ Se consideran posiciones extremas las que se sitúan por encima del 7 o por debajo del 3.

TABLA 6. Estadísticos descriptivos de las variables independientes

	Mínimo	Máximo	Media	Desv. típ.
Edad	18	97	47,12	18,13
Educación	1	10	4,82	1,71
Ingresos	1	4	2,52	0,87
Estado civil	0	1	0,66	0,47
Asociacionismo	0	1	0,36	0,48
Religión (asistencia a servicios)	1	5	1,76	1,15
Tamaño del hábitat	1	7	3,67	1,62
Contacto/Redes	0	16	7,71	3,07
Ideología (autoubicación)	0	1	0,86	0,35
Ideología (extrema)	0	1	0,25	0,43
Identificación partidista	0	1	0,52	0,50
Interés político	0	1	0,30	0,46
Conocimiento político	0	3	1,98	0,83
Confianza en el Parlamento	0	10	5,53	2,13
Confianza en los partidos	0	10	4,61	2,14
Valoración gobierno/oposición (diferencia)	0	4	1,21	1,06
Valoración de gobierno y oposición (en conjunto)	0	8	4,56	1,14
Movilización	0	1	0,55	0,50
Competitividad	0	28	11,36	8,20
Proporcionalidad	3	18	6,58	2,79

el encuestado se siente identificado con algún partido (1) o no (0). Para medir el *interés político* también se emplea una variable dicotómica que agrupa las categorías de la política le interesa mucho y bastante (1) y las de poco y nada (0). Por su parte, el *conocimiento político* se codifica a través de una variable continua que refleja cuál es el grado de conocimiento del encuestado en materia política²⁶.

La satisfacción con las instituciones se estima mediante tres variables, las dos primeras reflejan la confianza del encuestado en el Parlamento español y en los partidos políticos en una escala de 0 a 10. La tercera mide la relación entre la valoración del gobierno y la de la oposición durante la última legislatura²⁷. La *movilización estraté-*

²⁶ Esta variable se crea como control del interés político, a partir de una batería de tres preguntas en las que se pide al encuestado que señale el nombre del presidente del Gobierno anterior a José Luis Rodríguez Zapatero, en qué se año se aprobó la Constitución española, y si el PSOE gobernaba en mayoría absoluta en la legislatura 2004-2008. Cuando el encuestado acierta se

le da el valor 1 y cuando falla 0; sumando los valores de las tres preguntas se obtiene una variable continua que va de 0 a 3 y que refleja el conocimiento del encuestado en materia política.

²⁷ Barreiro (2002: 199-200), por ejemplo, apuntaba la importancia de las diferencias entre la valoración del gobierno y de la oposición como una explicación de las mayores tasas de abstención dentro de la izquierda española. En este caso esta variable se va a operaciona-

gica se codifica mediante una variable dicotómica que refleja si algún partido se ha puesto en contacto con el encuestado (1) o no (0). La *competitividad* está medida a nivel de circunscripción electoral como la diferencia entre el porcentaje de voto obtenido en dicha circunscripción por los dos partidos mayoritarios. Por último, la *proporcionalidad*, también de la circunscripción, se mide a través de la barrera o umbral efectivo²⁸.

En la tabla 6 se recogen los principales descriptivos de estas variables independientes. Nótese que para una correcta interpretación es necesario tener en cuenta que gran parte de estas variables son dicotómicas o categóricas.

RESULTADOS

Para comprobar las distintas hipótesis he construido una serie de modelos de complejidad creciente para cada uno de los factores de la ecuación. Para los factores *P*, *C* y *D* (Deber), todos ellos medidos a través de variables dicotómicas, he empleado análisis de regresión logística. Para el *diferencial partidista* (*B*), al tratarse de una variable continua, he realizado un análisis de regresión lineal. El estudio de las

lizar de dos formas: en el modelo del diferencial partidista (*B*) se trabaja con la diferencia entre la valoración del gobierno y la de la oposición en términos absolutos. Para el caso del deber (*D*) se crea una nueva variable ordinal con 9 niveles, que van desde 0, cuando el encuestado valora negativamente la actuación de ambos, a 8, cuando valora ambas positivamente.

²⁸ El umbral efectivo se ha estimado como promedio entre el umbral máximo y el umbral mínimo de cada provincia, si este promedio es superior al mínimo legal necesario para entrar en el reparto de escaños (3% en España), o en caso contrario, el mínimo legal (Taagepera y Shugart, 1989). El umbral máximo (proporción de votos por encima del cual el candidato se asegura la obtención de un escaño) se calcula mediante la fórmula $U_{max} = 1 / (M+1)$, siendo *M* el número de escaños en cada distrito. El umbral mínimo (proporción de votos mínima que permite a un partido obtener un escaño bajo condiciones óptimas, esto es con la oposición totalmente fragmentada), se calcula como $U_{min} = 1/(M \cdot p)$, siendo *p* el número de partidos.

relaciones entre los factores de la ecuación se ha realizado mediante análisis de correlación, ya que no podemos determinar con certeza qué variable precede a qué variable.

a) *Determinantes de P (probabilidad de considerar que un voto es determinante)*

En este caso contamos con tres modelos:

Recursos de los electores = *f* (edad, ingresos, estudios) + género

Implicación política = *f* (variables anteriores) + (ideología, identificación partidista, interés político, conocimiento)

Contexto político = *f* (variables anteriores) + (movilización, competitividad, proporcionalidad)

Como puede comprobarse en la tabla 7, de las variables del modelo *recursos de los electores* tan solo el nivel de renta no es significativo. La edad, al igual que los estudios primarios, aunque son significativas, dejan de serlo cuando se introducen las variables actitudinales. Esto podría indicar que la influencia positiva de la edad sobre la probabilidad de considerar que un voto resulte determinante incide sobre todo como conformadora de las actitudes políticas. En cuanto al nivel de estudios, son aquellos que tienen más formación, en concreto los que tienen un nivel superior a estudios primarios, los que con mayor probabilidad sobrestiman *P*. Además, en este caso, el tener estudios secundarios o universitarios sigue resultando determinante en el modelo final, que incluye todas las variables.

Por lo tanto, determinados recursos del individuo, en concreto el nivel de estudios y la edad, son determinantes a la hora de calcular *P*. Pero es llamativo el que actúen en sentido inverso al predicho en la hipótesis [*H*₁] que planteaba que *al aumentar los recursos del individuo se reducirá la probabilidad de considerar que el voto puede resultar determinante*. Ocurre en cambio que aumenta la probabilidad de sobrestimar el valor de un

TABLA 7. Coeficientes de regresión de los modelos de P^a

	Recursos de los electores	Implicación política	Contexto político
Constante	0,328 (0,200)	-0,845*** (0,226)	-0,908*** (0,255)
Edad	0,006** (0,002)	0,004 (0,002)	0,004 (0,002)
Estudios ^b			
Primarios	0,449*** (0,118)	0,185 (0,126)	0,184 (0,128)
Secundarios	0,941*** (0,137)	0,465** (0,149)	0,444** (0,150)
Universitarios	1,147*** (0,147)	0,416* (0,163)	0,413* (0,165)
Ideología		0,494*** (0,093)	0,478*** (0,094)
Identificación partidista		0,500*** (0,071)	0,489*** (0,072)
Interés político		0,284** (0,084)	0,296*** (0,085)
Conocimiento político		0,369*** (0,093)	0,371*** (0,046)
X ² (gl)	94,024(5)	336,109(9)	334,490 (12)
-2log	6.026,989	5.552,832	5.504,229
N	5.743	5.565	5.530

^a Los datos reflejan los coeficientes de regresión logística. Entre paréntesis figuran los errores estándar. Solo se reflejan las variables significativas en alguno de los modelos. El *género*, la *movilización*, la *competitividad* y la *proporcionalidad* no han resultado significativas en ninguno. La *renta* tampoco y, después de comprobar que no implicaba ninguna distorsión, se ha eliminado de los análisis por el número de grados de libertad y por la pérdida de observaciones (casi 2.000 casos) que suponía. ^b Categoría de referencia *sin estudios*.

* $p < 0,05$, ** $p < 0,01$, *** $p < 0,001$.

solo voto. En consecuencia, aunque los recursos son determinantes, deberíamos rechazar la hipótesis.

Respecto a la *implicación política*, todos los indicadores son significativos. Todos ellos incrementan la probabilidad de sobrevalorar P . Estos resultados contradicen de nuevo la hipótesis de partida [H_3]. Se suponía que el interés por la política y el conocimiento político, al implicar una mayor información sobre el proceso electoral y el funcionamiento del mismo, harían que el encuestado fuese consciente del valor real de

un voto. Por el contrario, los resultados muestran que, a mayor implicación política, la probabilidad de sobrestimar P es mayor.

En cuanto al *contexto político*, ninguna de las variables es significativa a un nivel de confianza del 95%. Ni la movilización estratégica llevada a cabo por las élites, ni el nivel de competitividad de las elecciones, ni la proporcionalidad del sistema resultan determinantes en la probabilidad de sobrestimar el valor real de un voto. Algo que de nuevo contradice las hipótesis de partida [H_{5a} , H_{5b} y H_{5c}] que predecían lo contrario.

Dado que, en este caso, los resultados contradicen todas las hipótesis y que la interpretación de los coeficientes logit no es directa, la tabla 8 refleja la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto en función de las variables significativas. El *interés por la política* resulta ser la que menos peso tiene. La de mayor peso es el *conocimiento político*. Si este es elevado la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto aumenta un 20%. Si combinamos esta variable con el *nivel de estudios* los cambios son incluso mayores. Una persona sin estudios y con un conocimiento político muy bajo tiene una probabilidad de sobrestimar el valor de un voto de un 58%. Sin embargo, en una persona con estudios secundarios y conocimiento político alto esta probabilidad aumenta casi 30 puntos porcentuales.

TABLA 8. Cambios en la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto ^a

Sin estudios	0,74
Secundaria / Universitarios	0,82 /0,81
Sin ubicación ideológica	0,71
Ubicado en la escala ideológica	0,80
No interesado por la política	0,78
Interesado por la política	0,82
No identificado con ningún partido	0,74
Identificado con algún partido	0,83
Conocimiento político muy bajo	0,64
Conocimiento político alto	0,85
Sin estudios con bajo conocimiento político	0,58
Con estudios secundarios y alto conocimiento político	0,87

^a Los datos reflejan la probabilidad (0 a 1) de sobrestimar el valor de un voto en función de las variables que se detallan manteniendo el resto en la media.

b) Determinantes de B (diferencia partidista)

Para el diferencial partidista se proponen cinco modelos:

Recursos de los electores = f (edad, ingresos, estudios) + género

Integración social = f (variables anteriores) + (estado civil, religión, tamaño del hábitat, contacto, asociacionismo)

Implicación política = f (variables anteriores) + (ideología, identificación partidista, interés político, conocimiento)

Satisfacción con las instituciones = f (variables anteriores) + (satisfacción con las instituciones)

Contexto político = f (variables anteriores) + (movilización, competitividad)

En el caso del diferencial partidista (*B*) (tabla 9) todas las variables del modelo *recursos de los electores* resultan significativas, aunque el nivel de estudios, a excepción de los estudios universitarios, y la renta dejan de serlo cuando se añaden las variables actitudinales. Los hombres tienen mayor probabilidad de valorar positivamente el diferencial partidista. Además, al aumentar la edad, también aumenta dicha probabilidad. En cuanto al nivel de estudios, una vez añadidas las variables actitudinales, el efecto cambia. Los estudios universitarios vuelven a ser significativos, pero ahora disminuyen la probabilidad de tener en cuenta el diferencial partidista. Respecto al nivel de renta, podría influir de forma positiva pero como conformador de actitudes políticas. Esto confirma parcialmente la hipótesis [H_1].

Respecto al modelo de *integración social*, los resultados muestran que ni el tamaño del hábitat ni el pertenecer a una asociación resultan determinantes. Por el contrario, el estado civil (vivir en pareja), aunque resulta significativo, deja de serlo cuando se introducen las variables actitudinales. Además el signo negativo que acompaña al coeficiente nos indica que la relación es inversa. De forma que son aquellos que viven en pareja los que tienen menor probabilidad de valorar el diferencial partidista.

TABLA 9. Coeficientes de regresión de los modelos de B^a

	Recursos de los electores	Integración social	Implicación política	Satisfacción con las instituciones	Contexto político
Constante	1,086*** (0,129)	-0,160 (0,214)	-0,079 (0,225)	-0,247 (0,247)	-0,347 (0,251)
Género (hombre)	0,207*** (0,055)	0,390*** (0,056)	0,422*** (0,056)	0,372*** (0,057)	0,375*** (0,057)
Edad	0,009*** (0,002)	0,014*** (0,002)	0,008*** (0,002)	0,006** (0,002)	0,006** (0,002)
Estudios					
Primaria	-0,243* (0,109)	-0,073 (0,107)	-0,009 (0,113)	-0,051 (0,123)	-0,046 (0,124)
Secundaria	0,390* (0,125)	0,091 (0,125)	-0,042 (0,131)	-0,087 (0,139)	-0,088 (0,140)
Universitarios	0,359** (0,134)	-0,088 (0,135)	-0,277* (0,143)	-0,302* (0,150)	-0,311* (0,151)
Renta					
Medios Altos	0,361** (0,132)	0,240 (0,136)	0,154 (0,139)	0,105 (0,145)	0,113 (0,145)
Altos	0,648** (0,224)	0,545* (0,227)	0,228 (0,229)	0,138 (0,226)	0,154 (0,226)
Estado civil		-0,149* (0,062)	-0,105 (0,063)	-0,123 (0,065)	-0,130* (0,065)
Religiosidad					
Varias veces al mes		-0,291** (0,098)	-0,239* (0,099)	-0,156 (0,101)	-0,160 (0,101)
Domingos y festivos		-0,167 (0,093)	-0,238* (0,095)	-0,122 (0,097)	-0,118 (0,097)
Varias veces a la semana		-0,239 (0,212)	-0,786** (0,226)	-0,615* (0,238)	-0,621** (0,238)
Redes		0,142*** (0,010)	0,065*** (0,011)	0,048*** (0,011)	0,048*** (0,011)
Ideología			0,437*** (0,063)	0,425*** (0,064)	0,432*** (0,064)
Identificación partidista			0,872*** (0,059)	0,655*** (0,061)	0,646*** (0,061)
Interés político			0,352*** (0,063)	0,108 (0,064)	0,109 (0,064)
Conocimiento político			0,132** (0,039)	0,079* (0,040)	0,081* (0,040)
Satisfacción con los partidos				0,046** (0,018)	0,046** (0,018)
Valoración Gobierno/Oposición				0,439*** (0,027)	0,437*** (0,027)
F	6,053***	18,134***	32,215***	40,215***	37,058***
R2	0,014	0,075	0,168	0,245	0,246
R2 Corregida	0,012	0,071	0,163	0,239	0,239

^a Los datos reflejan los coeficientes de regresión lineal. Entre paréntesis figuran los errores estándar. Solo se reflejan las variables significativas en alguno de los modelos. El *asociacionismo*, el *tamaño del hábitat*, la *satisfacción con el Parlamento*, la *mobilización* y la *competitividad* no han resultado significativas en ninguno de los modelos y por eso se omiten.
*p<0,05, ** p<0,01, ***p<0,001.

La religiosidad, como frecuencia de asistencia a servicios religiosos, resulta significativa aunque de forma diferente en los cinco modelos. En general podemos afirmar que, cuanto mayor es la frecuencia con la que el encuestado asiste a los servicios religiosos, menor es la probabilidad de que valore el diferencial partidista. En este caso, al igual que ocurría con el estado civil, los resultados contradicen la hipótesis de partida. Pero hay que tener en cuenta que esta presuponía que la relación entre dichas variables y la probabilidad de tener en cuenta el diferencial partidista estaba basada en una coincidencia de preferencias entre la pareja y el encuestado, y entre sus preferencias confesionales y no confesionales. De no existir tal coincidencia, estas variables pueden influir de forma negativa en la valoración del diferencial partidista.

En cuanto a la variable relativa al contacto y a las redes, resulta significativa en todos los modelos. Y lo hace de forma positiva: cuanto más densas sean las redes del encuestado, mayor es la probabilidad de que valore el diferencial partidista. Se trata de un resultado que se corresponde con la hipótesis de partida [H₂].

En cuanto al modelo *implicación política*, todas las variables resultan significativas de forma positiva, haciendo que aumente la probabilidad de tener en cuenta *B*. El tener una ideología extrema, una identificación partidista o un mayor conocimiento político hacen que la probabilidad de valorar el diferencial partidista aumente. Por lo tanto, en este caso, aunque el interés político deja de ser relevante cuando se incluye la satisfacción con las instituciones, los resultados confirman la hipótesis de partida [H₃].

Respecto a la *satisfacción con las instituciones*, la valoración del Parlamento no resulta significativa, mientras que la satisfacción con los partidos y la valoración diferenciada de la actuación del gobierno y de la oposición lo son, haciendo que la probabilidad de valorar el diferencial partidista

aumente. Esto confirma la hipótesis de partida [H₄].

Por último, en relación con el *contexto político*, ninguna de las variables consideradas (movilización estratégica llevada a cabo por las élites y competitividad de las elecciones) resulta significativa a un nivel de confianza del 95%. Por lo tanto, en este caso no se cumplen las hipótesis de partida [H_{5a} y H_{5b}].

c) *Determinantes de C (costes)*

Para estudiar los determinantes de *C* se proponen cuatro modelos:

Recursos de los electores = f (edad, ingresos, estudios) + género

Integración social = f (variables anteriores) + (estado civil, religión, tamaño del hábitat, contacto, asociacionismo)

Implicación política = f (variables anteriores) + (ideología, identificación partidista, interés político, conocimiento)

Contexto político = f (variables anteriores) + (movilización)

La tabla 10 muestra que para los costes asociados al voto, en el modelo *recursos de los electores*, solo el nivel de renta no resulta significativo en ninguno de los casos. En cuanto al género (hombre) y al nivel de estudios, pierden su significatividad cuando se introducen las variables actitudinales. Esto podría estar indicándonos que su acción es como conformadoras de las actitudes políticas. Además, en el caso de los estudios, solo resultan relevantes si son secundarios o universitarios. En ambos casos el poseerlos reduciría la probabilidad de tener en cuenta los costes asociados al voto. Respecto al género, que es significativo si se tienen en cuenta solo las variables sociológicas, indica que los hombres tienen mayor probabilidad de considerar los costes asociados al voto. Por último, la cuarta variable del modelo, la edad, aunque no resulta significativa en el

TABLA 10. Coeficientes de regresión de los modelos de C^a

	Recursos de los electores	Integración social	Implicación política	Contexto político
Constante	-3,826*** (0,251)	-2,027*** (0,405)	-1,920*** (0,410)	-1,799*** (0,414)
Género (hombre)	0,268** (0,097)	0,181 (0,104)	0,154 (0,108)	0,146 (0,109)
Edad	0,006 (0,003)	0,007* (0,003)	0,011** (0,003)	0,012** (0,003)
Estudios ^b				
Secundaria	-0,578** (0,192)	-0,131 (0,205)	0,151 (0,217)	0,116 (0,219)
Universitarios	-1,102*** (0,226)	-0,457 (0,244)	-0,084 (0,159)	-0,081 (0,262)
Religiosidad ^c				
Domingos y festivos		-0,623** (0,181)	-0,645** (0,186)	-0,659*** (0,186)
Hábitat ^d				
10.001 a 50.000 hab.		0,396 (0,219)	0,510* (0,236)	0,508* (0,236)
100.001 a 400.000 hab.		0,572** (0,221)	0,670** (0,238)	0,642** (0,239)
Redes		-0,155*** (0,021)	-0,086*** (0,022)	-0,089*** (0,022)
Asociacionismo		0,344** (0,122)	0,221 (0,125)	-0,190 (0,125)
Identificación partidista			-0,615*** (0,114)	-0,584*** (0,115)
Interés político			-0,304* (0,146)	-0,305* (0,148)
Conocimiento político			-0,353*** (0,069)	-0,355*** (0,069)
Movilización				-0,310** (0,105)
x ² (gl)	69,73(5)	189,25(18)	264,28(22)	264,97(23)
-2log	3.276,85	3.016,11	2.837,98	2.802,50
N	5.950	5.718	5.539	5.506

^a Los datos reflejan los coeficientes de regresión logística. Entre paréntesis figuran los errores estándar. Solo se reflejan las variables significativas en alguno de los modelos. El *estado civil* y la *ideología* no han resultado significativas en ninguno y por eso se omiten. La *renta* tampoco ha resultado significativa y, después de comprobar que no implicaba ninguna distorsión, se ha eliminado de los análisis por el número de grados de libertad y por la pérdida de observaciones (casi 2.000) que suponía. ^b Categoría de referencia *sin estudios*. ^c Categoría de referencia nunca/casi nunca. ^d Categoría de referencia menos de 2.000 habitantes.

*p<0,05, ** p<0,01, ***p<0,001.

modelo propiamente sociológico, sí lo es en los siguientes. En todos ellos nos indica que según aumenta la edad la probabilidad de tener en cuenta los costes asociados al voto aumenta. Estos resultados solo confirman en parte la hipótesis [H₁].

En el modelo de *integración social* la asistencia a misa todos los domingos y festivos, el vivir en municipios de más de 10.001 habitantes y el tener unas redes sociales densas son determinantes, aunque no en la misma dirección, a la hora de valorar o no los costes asociados al voto. Como se mencionó al explicar la inclusión de cada una de las variables, respecto al *tamaño del hábitat*, figuran por un lado las teorías de la modernización que mantienen que en los entornos urbanos hay más estímulos para la participación electoral, mientras que los defensores del modelo comunitario afirman que las comunidades pequeñas favorecen la integración social, la creación de identidades políticas y el control social del comportamiento político. En este caso los resultados muestran que es en las comunidades de tamaño intermedio (entre 10.000 y 400.000 habitantes) donde las probabilidades de considerar los costes asociados al voto son mayores.

En cuanto a la variable religiosidad, indica que son aquellos que asisten a los oficios religiosos los domingos y festivos los que tienen menor probabilidad de tener en cuenta los costes asociados al voto. Por otro lado, la pertenencia o no a alguna asociación tiene un efecto positivo sobre la probabilidad de tener en cuenta los costes asociados el voto, aunque este efecto desaparece cuando se incluyen las variables de los siguientes modelos. Por último, la variable relativa a las redes resulta significativa en todos los modelos, mostrando una relación inversa entre las redes que tiene el individuo y la probabilidad de valorar los costes asociados al voto.

Si consideramos que la integración social es mayor en individuos con unas redes densas, que viven en pareja, en municipios de

pequeño tamaño, o que son más religiosos, los resultados muestran que, a excepción de la variable asociación y vivir en pareja, se confirma la hipótesis [H₂].

Ocurre algo similar con el modelo de *implicación política*; a excepción de la ideología, todos los indicadores resultan significativos. La identificación con un partido, el interés y el conocimiento político hacen que la probabilidad de tener en cuenta los costes asociados al voto se reduzca. Ello confirma la hipótesis de partida [H₃].

Por último, en el modelo *contexto político*, la única variable que se ha tenido en cuenta, la movilización llevada a cabo por las élites, resulta significativa. Cuanto mayor sea esta menor probabilidad de valorar los costes asociados al voto. De nuevo se confirma la hipótesis de partida [H_{5a}].

d) *Determinantes de D (Deber)*

En este caso tenemos cinco modelos:

Recursos de los electores = f (edad, ingresos, estudios) + género

Integración social = f (variables anteriores) + (estado civil, religión, tamaño del hábitat, contacto, asociacionismo)

Implicación política = f (variables anteriores) + (ideología, identificación partidista, interés político, conocimiento)

Satisfacción con las instituciones = f (variables anteriores) + (satisfacción con las instituciones)

Contexto político = f (variables anteriores) + (satisfacción con las instituciones) + (movilización)

En el *modelo sociológico* de la tabla 11, tampoco el nivel de renta resulta determinante. En cambio, sí lo son la edad y el nivel de estudios (este solo en los modelos que incluyen otras variables además de las de tipo meramente sociológico). En este caso, según aumenta la edad mayor es la probabilidad de que el encuestado considere el voto

TABLA 11. Coeficientes de regresión de los modelos de D (Deber) ^a

	Recursos de los electores	Integración social	Implicación política	Satisfacción con las instituciones	Contexto político
Constante	-1,295*** (0,178)	-1,834*** (0,229)	-1,692*** (0,247)	-1,755*** (0,330)	-1,736*** (0,332)
Género (hombre)	-0,001 (0,056)	0,009 (0,060)	0,009 (0,062)	-0,007 (0,067)	-0,004 (0,067)
Edad	0,018*** (0,002)	0,015*** (0,002)	0,014*** (0,002)	0,015*** (0,002)	0,016*** (0,002)
Estudios ^b					
Secundarios	-0,197 (0,121)	-0,437** (0,128)	-0,467** (0,135)	-0,443** (0,161)	-0,424** (0,162)
Universitarios	-0,206 (0,127)	-0,513*** (0,137)	-0,542*** (0,146)	-0,537** (0,172)	-0,505** (0,173)
Religiosidad ^c					
Varias veces al año		0,184* (0,087)	0,192* (0,088)	0,123 (0,096)	0,119 (0,097)
Varias veces al mes		0,242* (0,101)	0,281** (0,103)	0,270* (0,115)	0,277* (0,115)
Domingos y festivos		0,354*** (0,094)	0,401*** (0,096)	0,390*** (0,108)	0,377** (0,108)
Varias veces a la semana		0,816*** (0,231)	0,833** (0,239)	0,877** (0,283)	0,876** (0,284)
Hábitat ^d					
100.001 a 400.000 h		0,233 (0,120)	0,218 (0,122)	0,332* (0,137)	0,323* (0,137)
400.001 a 1.000.000 h		0,374* (0,141)	0,357* (0,152)	0,473** (0,168)	0,490** (0,169)
Redes		0,065*** (0,011)	0,046*** (0,012)	0,042** (0,013)	0,043** (0,013)
Identificación partidista			0,187** (0,064)	0,208** (0,070)	0,213** (0,071)
Interés político			0,277*** (0,071)	0,239** (0,074)	0,242** (0,075)
x ² (gl)	168,50 (5)	236,07 (18)	270,72 (22)	239,94 (25)	243,57 (26)
-2log	7.281,54	6.938,12	6.688,99	5.619,46	5.579,06
N	5.691	5.485	5.319	4.489	4.462

^a Los datos reflejan los coeficientes de regresión logística. Entre paréntesis figuran los errores estándar. Solo se reflejan las variables significativas en alguno de los modelos. El *estado civil*, el *asociacionismo*, el *conocimiento político*, la *satisfacción con las instituciones*, y la *movilización* no han resultado significativas en ninguno y por eso se omiten. La *renta* tampoco ha resultado significativa y, después de comprobar que no implicaba ninguna distorsión, se ha eliminado de los análisis por el número de grados de libertad y por la pérdida de observaciones (casi 2.000 casos) que suponía. ^b Categoría de referencia *sin estudios*. ^c Categoría de referencia *nunca/casi nunca*. ^d Categoría de referencia *menos de 2.000 habitantes*.

*p<0,05, ** p<0,01, ***p<0,001.

como un deber cívico. Por otro lado, al aumentar el nivel de estudios disminuye dicha probabilidad. Estos datos confirman parcialmente la hipótesis [H₁].

Respecto a las variables del modelo *integración social*, tan solo el estado civil (vivir en pareja) y la pertenencia a alguna asociación no resultan significativas. Los coeficientes asociados a la variable religiosidad indican que aquellos individuos con una vinculación a una comunidad religiosa tienen mayor probabilidad de considerar el voto como un deber. En cuanto al tamaño del hábitat, es en las ciudades de gran tamaño (de 400.000 a 1.000.000 de habitantes) donde la probabilidad de considerarlo como tal es mayor. Por último, en relación con las redes sociales, cuanto más densas sean mayor es la probabilidad de ver el voto como un deber cívico.

Estos resultados confirman en principio la hipótesis de partida [H₂]. Aun así debemos puntualizar que en el caso del estado civil y el pertenecer a alguna asociación esta relación no se cumple. Además, en relación al tamaño del hábitat, el hecho de que sea en las ciudades de gran tamaño (de 400.000 a 1.000.000 de habitantes) donde la probabilidad de considerar el voto como un deber cívico es mayor, obliga a descartar las hipótesis que hacen referencia a una mayor presión social en los núcleos pequeños que haga que se considere al voto un deber.

En cuanto al modelo *implicación política*, tampoco la ideología, como capacidad de autoubicarse en la escala ideológica, y el conocimiento político parecen guardar relación con la percepción del voto como un deber, mientras que sí lo hacen la identificación partidista y el interés político. En ambos casos, ambas variables aumentan las probabilidades de considerar el voto como un deber. Si tenemos en cuenta la hipótesis de partida [H₃], podemos afirmar que se cumple especialmente con respecto a *D* (deber) a través de la identificación partidista o del interés político.

Respecto a los dos últimos modelos, satisfacción con las instituciones y contexto político, ninguna de las variables que incluyen resulta significativa a un nivel de confianza del 95%. Algo que obliga a descartar las dos hipótesis planteadas al respecto [H₄ y H_{5a}].

e) Relación entre los factores de la ecuación

Además de estudiar los posibles determinantes de los factores de la ecuación del voto, he analizado si existe o no una posible relación entre estos. Cabe esperar que esta sea especialmente significativa entre los dos elementos que componen los beneficios instrumentales, *P* (probabilidad de que un voto determine el resultado) y *B* (diferencial partidista). En cuanto al factor *D* (deber), también se espera que mantenga una relación positiva, aunque de menor intensidad, con ambos. Por último, para el factor *C* (costes asociados al voto) se presupone una correlación negativa con el resto de los factores de la ecuación.

TABLA 12. Matriz de correlaciones entre los factores de la ecuación del voto ^a

	B	C	Deber
P	0,155*** (5.149)	-0,222*** (5.715)	0,056*** (5.443)
B		-0,119*** (5.286)	0,057*** (5.062)
C			-0,039** (5.628)

^a Los datos reflejan los coeficientes de correlación de Pearson. Entre paréntesis aparece el número de casos de cada correlación.

** p<0,01, ***p<0,001.

La tabla 12 confirma la hipótesis [H₆]. Entre los dos factores que componen los beneficios instrumentales, *P* y *B*, existe una correlación lineal directa significativa. Este mismo resultado, aunque como se suponía con menor intensidad, es el que aparece al estudiar la re-

lación entre estos y el factor deber. Por su parte, la relación entre C y el resto de los factores es, como se anticipaba, inversa y significativa. Por lo tanto, aquellos que creen que su voto puede resultar determinante son los que en mayor proporción tienen en cuenta el diferencial partidista y consideran el voto como un deber. Y son a su vez los que en menor proporción estiman que el voto tiene asociados costes elevados. Esto se mantiene cuando se analizan las relaciones entre los demás factores, de forma que aquellos que dan importancia al diferencial partidista son los que en mayor medida creen que el voto es un deber y supone unos costes escasos. Y, a la vez, quienes creen que estos costes son bajos son los que en mayor proporción contemplan el voto como una obligación, y a la inversa.

CONCLUSIONES

A pesar de que son varias las ocasiones en que se ha señalado la necesidad de profun-

dizar en el análisis de los determinantes de los factores de la ecuación del votante instrumental, estos apenas han sido objeto de análisis empírico dentro de la ciencia política. Una explicación podría ser la falta de medidas adecuadas para poder estimar dichos factores con precisión. En este caso, el poder trabajar con los datos de la encuesta postelectoral del CIS del 2008, que incluía entre sus preguntas posibles indicadores, ha permitido un estudio de este tipo. En él se ha comprobado que la distribución de los factores de la ecuación del votante instrumental no es aleatoria, algo que debería bastar para justificar el estudio de sus determinantes. Pero, además, los resultados hacen que nos planteemos una serie de preguntas en relación a la validez de la ecuación planteada por Downs, y sobre todo acerca de la centralidad que en esta toma el valor de un voto como determinante del resultado electoral (factor P). En la tabla 13 podemos ver un resumen de estos resultados.

TABLA 13. Efectos de las variables de los modelos sobre los distintos factores ^a

Modelos	P	B	C	D
Recursos de los electores	Estudios (+)	Género (hombre) (+) Edad (+) Estudios (-)	Edad (+)	Edad (+) Estudios (-)
Integración social		Religión (-) Redes (+)	Religión (-) Hábitat (+) Redes (-)	Religión (+) Hábitat (+) Redes (+)
Implicación política	Identificación partidista (+) Interés político (+) Conocimiento político (+)	Ideología (extrema) (+) Identificación partidista (+) Conocimiento político (+)	Identificación partidista (-) Interés político (-) Conocimiento político (-)	Identificación partidista (+) Interés político (+)
Satisfacción con las instituciones		Satisfacción con los partidos (+) Valoración gobierno/oposición (+)		
Contexto político			Movilización (-)	

^a Esta tabla resume los efectos de cada una de las variables que han resultado significativas en los análisis sobre cada uno de los factores. Entre paréntesis se indica si el efecto es positivo (+) o negativo (-).

Ante la incapacidad de la teoría de la elección racional para explicar la participación electoral, algunos autores propusieron que la gente vota porque sobrestima la capacidad real que tiene un solo voto de determinar el resultado (P). En este caso hemos visto que a pesar de que el 77% de los encuestados sobrevalora P , hay diferencias entre quienes son los que tienen mayor probabilidad de errar en el cálculo. Esta sobrestimación se ha justificado partiendo de supuestos de información incompleta. Según esto, los votantes con mayor formación, con mayores recursos, con mayor conocimiento político, deberían ser los que menos problemas tienen para calcular el valor de un voto. En cambio, encontramos que a mayores recursos y mayor conocimiento político, mayor es la probabilidad de errar y sobrestimar el valor del voto. Por lo tanto resulta arriesgado afirmar que la sobrestimación es resultado de una incapacidad de cálculo. Si esto es así, ¿hasta qué punto este factor sigue siendo válido?

Por otro lado, aunque un mayor conocimiento e implicación política no parece ser de mucha utilidad a la hora de conocer el valor real de un voto, sí parece ayudar a valorar el diferencial partidista. Este diferencial también aumenta con una mayor integración social y con una mayor satisfacción con las instituciones. En cuanto a las hipótesis relativas a la relación entre los factores, también se cumplen, confirmando que existe una relación positiva entre la probabilidad de sobrestimar el valor de un voto y la de valorar el diferencial partidista. Esta hipótesis, en el caso de la relación entre P y B , se planteaba como alternativa a las hipótesis incluidas en los modelos de P . Por lo tanto, podría ser que los ciudadanos con mayor implicación e información política sobrestimen el valor de P no porque estén errando en el cálculo, sino porque la importancia que le dan al diferencial partidista hace que no les merezca la pena calcular el valor real de un voto. Pero ¿qué ocurre con los sectores de educación

más altos? En estos disminuye la probabilidad de valorar el diferencial partidista.

Respecto a la posibilidad de que el voto sea más un acto de inversión que de consumo, y que los ciudadanos voten por ejemplo porque lo consideran un deber cívico, hemos visto que poco más de la mitad de los encuestados (66%) lo considera como tal. En este caso son aquellos con más edad, más integrados en la sociedad, y con una mayor implicación política, los que tienen mayor probabilidad de verlo como un deber. Esto podría indicar la posibilidad de que estos sectores voten en realidad porque lo consideran un deber y que luego, a posteriori, justifiquen esta decisión sobrevalorando el valor de su voto. Esta posibilidad se ve reforzada si atendemos a los coeficientes de correlación entre los distintos factores. En este caso estos muestran una relación positiva entre P y D . De forma que a mayor probabilidad de ver el voto como un deber mayor probabilidad de sobrestimar su valor y viceversa. Sin embargo, el problema lo encontramos una vez más en los sectores con niveles de educación más altos. En estos la probabilidad de considerar el voto como un deber más que como un derecho es menor, por lo que resulta poco probable que estos ciudadanos voten porque lo consideran un deber, sobrevalorando luego la capacidad de influencia de su voto para justificar su decisión.

En cuanto a los costes asociados al voto, el alto porcentaje de encuestados que los considera despreciables (92%) hace que nos planteemos lo ya mencionado por algunos autores, sobre si el voto, debido a sus escasos costes, debería estar o no dentro del campo de la explicación racional. Por otro lado, hay que mencionar que los recursos, a excepción de la edad (algo que podría explicarse por la dificultad que les puede suponer a algunas personas más mayores acudir a las urnas), no resultan relevantes a la hora de determinar la probabilidad de tener en cuenta estos costes. Probabilidad que sí disminuye con la implicación política, la integración so-

cial y la movilización llevada a cabo por las élites. Hay que mencionar en relación con esta última variable que es en el único caso en el que el contexto político resulta determinante.

Estos resultados vuelven a poner en tela de juicio la tan cuestionada validez de la ecuación del votante instrumental, y con ella la validez del modelo de decisión racional aplicado al comportamiento electoral. Con el añadido de que en esta ocasión lo que se cuestiona no es la validez de la ecuación en sí, sino la de algunos de los factores que la integran, en especial la del factor P (probabilidad de que un voto determine los resultados). Por supuesto, y a la espera de estudios posteriores que confirmen lo aquí encontrado, hay que interpretar estos resultados con cautela ya que se trata de un estudio de caso centrado en un contexto social y temporal determinado, y por tanto con capacidad de generalización limitada.

BIBLIOGRAFÍA

- Aarts, Kees y Bernhard Wessels (2005). «Electoral Turnout». En: J. Thomassen (ed.), *The European Voter. A Comparative Study of Modern Democracies*. Oxford: Oxford University Press/ECPR.
- Aldrich, John H. (1993). «Rational Choice and Turnout». *American Journal of Political Science*, 37(1): 246-278.
- (1997). «When is it rational to vote?» En: Dennis C. Mueller (ed.), *Perspectives en Public Choice: A Handbook*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Anduiza, Eva (1999). *¿Individuos o sistemas? Las razones de la abstención en la Europa Occidental*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- y Agustí Bosch (2004). *Comportamiento político y electoral*. Barcelona: Ariel.
- Barreiro, Belén (2001). «Los determinantes de la participación en las elecciones españolas de marzo de 2000: el problema de la abstención en la izquierda». *Working Paper*, 171, Madrid: Fundación Juan March.
- (2002). «La progresiva desmovilización de la izquierda en España: un análisis de la abstención en las elecciones generales de 1986 y 2000». *Revista Española de Ciencia Política*, 6: 183-205.
- Barry, Brian (1978). *Sociologist, Economist and Democracy*. Chicago: University of Chicago Press.
- Beck, Nathaniel (1975). «The Paradox of Minimax Regret». *The American Political Science Review*, 69(3): 918.
- Berelson, Bernard R.; Paul F. Lazarsfeld y William N. McPhee (1954). *Voting: A Study of Opinion Formation in a Presidential Election*. Chicago: University of Chicago Press.
- Bernstein, Robert; Anita Chadha y Robert Montjoy (2001). «Overreporting Voting: Why it Happens and Why It Matters». *The Public Opinion Quarterly*, 65(1): 22-44.
- Blais, André (2000). *To Vote or Not to Vote: The Merits and Limits of Rational Choice*. Pittsburg: University of Pittsburg.
- Boix, Carles y Clara Riba (2000). «Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas: Recursos individuales, movilización estratégica e instituciones electorales». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 90: 95-128.
- Campbell, Angus; Philip E. Converse, Warren E. Miller y Donald E. Stokes (1960). *The American Voter*. Nueva York: Wiley.
- Colomer, Josep M. (1991). «Benefits and Cost of Voting». *Electoral Studies*, 10(4): 313-325.
- Crewe, Ivor (1981). «Electoral Participation». En: David Butler, Howard Penniman y Austin Ranney (eds.), *Democracy at the Poll*. Washington, D. C.: American Enterprise Institute.
- Downs, Anthony (1957). *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper and Row.
- Ferejohn, John y Morris P. Fiorina (1974). «The Paradox of Not Voting: A Decision Theoretic Analysis». *American Political Science Review*, 68: 525-536.
- Font, Joan (1995). «La abstención electoral en España: certezas e interrogantes». *Revista de Investigaciones Sociológicas*, 71-72: 11-37.
- y Araceli Mateos (2007). «La participación electoral». En: José Ramón Montero, Ignacio Lago y Mariano Torcal (eds.), *Elecciones generales 2004*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.

- Franklin, Mark N. (1996). «Electoral Participation». En: Lawrence LeDuc, Richard G. Niemi y Pippa Norris (eds.), *Comparing Democracies. Elections and Voting in Global Perspective*. Thousand Oaks: Sage.
- (2004). *Voter Turnout and the Dynamics of Electoral Competition in Established Democracies since 1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Gómez Fortes, Braulio y Manuel Trujillo Carmona (2011). *Los excluidos también pueden votar: abstención y exclusión social en España*. Documento de trabajo 169, Madrid: Fundación Alternativas.
- Green, Donald P. e Ian Shapiro (1994). *Pathologies of Rational Choice Theory*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Grofman, Bernard (1983). «Models of Voter Turnout: A Brief Idiosyncratic Review». *Public Choice*, 41: 55-61.
- Gunther, Richard y José Ramón Montero (1994). «Los anclajes del partidismo: un análisis comparado del comportamiento electoral en cuatro democracias del sur de Europa». En: Pilar del Castillo (ed.), *Comportamiento electoral y político*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Hicks, Alexander M. y Dwane H. Swank (1992). «Politics, Institutions and Welfare Spending in Industrialized Democracies, 1960-82». *American Political Science Review*, 86: 658-674.
- Indridason, Indridi H. (2008). «Competition and Turnout: The Majority Run-off as a Natural Experiment». *Electoral Studies*, 27: 699-710.
- Jackman, Robert W. (1987). «Political Institutions and Voter Turnout in the Industrial Democracies». *American Political Science Review*, (81)2: 405-423.
- Justel, Manuel (1995). *La abstención electoral en España, 1977-1993*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lago, Ignacio y José Ramón Montero (2011). «Participación y resultados electorales en España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* 130: 97-116.
- Lavezzolo, Sebastián; Pedro Riera y Andrés Santana (2011). «La participación en las elecciones de 2008: factores micro y macro». En: José Ramón Montero e Ignacio Lago (eds.), *Elecciones Generales 2008*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Lazarsfeld, Paul F.; Bernard Berelson y Hazel Gaudet (1944). *The People's Choice: How the Voter Makes up his Mind in a Presidential Campaign*. New York: Columbia University.
- Lijphart, Arend (1997). «Unequal Participation: Democracy's Unresolved Dilemma». *American Political Science Review*, 91(1): 1-14.
- Martín Cortes, Irene (2003). «Interest in Politics and the Political Culture Approach: The Case of the New Democracies of Southern and Eastern Europe». En: Detlef Pollack, Jorq Jacobs, Olaf Müller y Gert Pickel (eds.), *Political Culture in Post-Communist Europe. Attitudes in New Democracies*. Aldershot: Ashgate.
- Mayer, Lawrence S. e Irving J. Good (1975). «Is Minimax Regret Applicable to Voting Decisions?». *The American Political Science Review*, 69(3): 916-917.
- Meltzer, Allan H. y Scott F. Richards (1981). «A Rational Theory of the Size of Government». *Journal of Political Economy*, 89: 914-927.
- Mueller, Dennis C. (1989): *Public Choice II*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Overbye, Einar (2003). «Una defensa del votante racional que busca su propio interés, "ético", y de paso una resolución de la "paradoja del no voto"». *Zona Abierta*, 102/103: 15-56.
- Pampel, Fred C. y John B. Williamson (1988). «Welfare Spending in Advanced Industrial Democracies 1950-1980». *American Journal of Sociology*, 93: 1424-1456.
- Powell, G. Bingham Jr. (1980). «Voting Turnout in Thirty Democracies: Partisan, Legal and Socio-Economic Influences». En: Richard Rose (ed.), *Electoral Participation: A Comparative Perspective*. Londres: Sage.
- (1986). «American Voter Turnout in Comparative Perspective». *American Political Science Review*, 80(1): 17-40.
- Ranney, Austin (1983). «Nonvoting is not a Social Disease». En: Robert DiClerico y Allan Hammock (eds.), *Points of View: Readings in American Government and Politics*. Nueva York: McGraw-Hill Co.
- Riba, Clara (1995). «Vot dual i abstenció diferencial», tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Riker, William y Peter C. Ordeshook (1968). «A Theory of the Calculus of Voting». *American Political Science Review*, 62: 25-42.
- Rosenstone, Steven J. y John Mark Hansen (1993). *Mobilization, Participation, and Democracy in America*. Nueva York: Macmillan.

- Santana-Leitner, Andrés (2008). *Expresividad, cálculo y movilización en la decisión de votar*. Madrid: Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales, Instituto Juan March.
- Taagepera, Rein y Matthew S. Shugart (1989). *Seats and Votes: The Effects and Determinants of Electoral Systems*. New Haven: Yale University Press.
- Uhlener, Carole Jean (1989). «Rational Turnout: The Neglected Role of Groups». *American Journal of Political Science*, 33(2): 390-422.
- (2001). Review of *To Vote or Not to Vote: The Merits and Limits of Rational Choice Theory*, por André Blais. *The American Political Science Review*, 95(4): 1010-1012.
- Vallès, Josep María y Agustí Bosch (1997). *Sistemas electorales y gobierno representativo*. Barcelona: Ariel .
- Verba, Sidney (1996). «The Citizen as Respondent: Sample Surveys and American Democracy». *American Political Science Review*, 90: 1-7.
- y Norman H. Nie (1972). *Participation in America: Political Democracy and Social Equality*. Nueva York: Harper and Row.
- ; Kay Lehman Schlozman y Henry E. Brady (1995). *Voice and Equality, Civic Voluntarism in American Politics*. Nueva York: Harper and Row.
- Wolfinger, Raymond y Steven Rosenstone (1980): *Who Votes?* New Haven: Yale University Press.

RECEPCIÓN: 24/02/2012

REVISIÓN: 17/07/2012

APROBACIÓN: 28/02/2013

¿Cuántas veces dejamos de ser niños? Un análisis de la representación social de la autonomía infantil

How Many Times Do We Stop Being Children? An Analysis on the Social Representation of Children's Autonomy

Iván Rodríguez-Pascual y Elena Morales-Marente

Palabras clave

Infancia • Transición entre etapas vitales
 • Relaciones familiares
 • Relaciones intergeneracionales
 • Autonomía • Ocio
 • Representaciones colectivas

Key words

Childhood • Life-Stage Transition • Family Relations
 • Inter-generational Relations • Autonomy
 • Leisure • Collective Representations

Resumen

La flexibilidad que cada sociedad admite para señalar las fronteras temporales de la infancia es una de las pruebas de que ésta es una construcción social. El propósito de este estudio es analizar la representación colectiva de estos límites etarios y su relación con el concepto de autonomía tal y como aparece construido en la opinión pública española. Usamos los últimos datos disponibles procedentes del CIS y su estudio 2621 sobre opiniones y actitudes ante la infancia. Tras un análisis factorial aparece una distribución latente conforme a una serie de componentes que llamamos factores de autonomía. La principal conclusión es que la opinión pública entiende ésta desde una perspectiva adultocéntrica como una secuencia compleja que incluye diferentes fronteras temporales que van desde edades tempranas, donde la autonomía aparece como expresión del mundo privado y bajo la autoridad familiar, a otras cercanas ya a la mayoría de edad que incluyen actividades como la participación en el ámbito institucional y las conductas asociadas al ocio juvenil.

Abstract

The definition of the age range for childhood varies from one society to another, and has often been used as evidence that childhood is a social construction. The aim of this study is to analyse the collective representation of these age limits and their relationship with the concept of autonomy as constructed by public opinion in Spain. The latest available data about attitudes towards childhood from the Spanish Sociological Research Centre (CIS) were used, as well as CIS study 2621 on opinions, and attitudes to Childhood. Factorial analysis revealed a series of components that we have called «autonomy factors». The main conclusion is that public opinion understands childhood from an adult-centric perspective as a complex sequence that includes different temporal boundaries, ranging from an early age, where autonomy appears as an expression of a private world under family authority; to others closer to the age of majority, which include participation in the institutional sphere and behaviour associated with youth leisure time.

Cómo citar

Rodríguez-Pascual, Iván y Elena Morales-Marente (2013). «¿Cuántas veces dejamos de ser niños? Un análisis de la representación social de la autonomía infantil». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 75-92. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.75>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Iván Rodríguez-Pascual: Universidad de Huelva | ivan@uhu.es

Elena Morales-Marente: Universidad de Huelva | elena.morales@dpsi.uhu.es

INTRODUCCIÓN

A lo largo de 2009 y 2010, el proceso de debate y aprobación de la nueva ley de salud sexual y reproductiva, aprobada finalmente el 3 de marzo de este último año, provocó una fuerte división de la opinión pública española en torno a una de las posibilidades introducidas en el anteproyecto de ley: la de que una persona menor de edad pudiera decidir someterse a una interrupción voluntaria del embarazo sin contar con el consentimiento expreso de sus padres o tutores, es decir: de forma completamente autónoma. El hecho provocó un importante debate mediático que, a nuestro juicio, constituía en realidad una suerte de reflexión colectiva en torno a las múltiples fronteras que caracterizan la infancia como categoría social. Para los científicos sociales, y muy en especial los que estudiamos la infancia como construcción social, dicho debate brindó también una oportunidad para comprobar, observando la realidad, cómo afloran discursos antagónicos que incorporan en su seno conceptos complejos como «desarrollo», «madurez» o «autonomía», que se quieren fundamentados en lo experimental y lo psicobiológico, pero que al mismo tiempo portan una marca social indiscutible.

Al hilo de este debate, este artículo trata de arrojar luz sobre un aspecto que nos parece insuficientemente explorado en el ámbito de la sociedad española: la representación colectiva de la infancia como categoría social, especialmente en lo referido a sus fronteras etarias.

LAS IMÁGENES DE LA INFANCIA EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA: UN MARCO TEÓRICO

Desde la sociología se viene insistiendo desde los años ochenta que la infancia no puede reducirse a un mero hecho biológico ni tiene como única explicación la noción de desarrollo evolutivo, sino que forma parte del con-

junto de categorías construidas socialmente que requieren igualmente de una explicación sociológica acompañada de una profunda reflexión epistemológica sobre su construcción como objetos de estudio (Thorne, 2004; Rodríguez, 2006; Honig, 2009). Como afirma el profesor Jens Qvortrup (1993) en una de sus fundacionales *nueve tesis sobre la infancia*, esta es una categoría social permanente, forma particular y distinta de la estructura social de cualquier sociedad, y no simplemente una fase transitoria de la vida humana. El estudio de la construcción social de esta categoría social permanente que llamamos infancia, así como sus representaciones colectivas, es una parte fundamental de la nueva Sociología de la Infancia, en la que se encuadra claramente este artículo.

Desde esta perspectiva sociológica distintiva se insiste con frecuencia en que una de las evidencias más claras en torno al problema de la sociogénesis del concepto «infancia» es la falta de consenso en torno a sus límites cronológicos, que lo convierte en un concepto diverso cuando comparamos distintas sociedades pero también al interior de cada una de ellas, dotándolo de fronteras complejas, incluso contradictorias (James, Jenks y Prout, 1998; Stainton-Rogers, 2003). Es cierto que las diferencias etarias no han sido objeto del mismo interés que las referidas a la clase, el género o la etnia (James y Prout, 1997), pero ya en uno de los estudios pioneros en nuestro país sobre el tema se alertaba sobre la imagen extremadamente vaga e imprecisa que surgía en el discurso de los españoles a este respecto. Así, Aguinaga y Comas (1991: 105) concluían que *los adultos retrasan y prolongan en su discurso las etapas que conducen a la condición de adulto*, de manera que puede afirmarse que «no aparece ningún consenso cognitivo-social marcado (quizá con la excepción de la adolescencia) en relación a la definición de cada etapa». Igualmente, Gaitán (2006) sostiene que, en realidad, *las atribuciones realizadas por los adultos al hecho de ser niño constitu-*

yen el campo de la infancia; atribuciones que tienen como uno de sus rasgos característicos que al convertirse en sistema normativo que regula capacidades legales y acceso a la participación pública y el mundo adulto, revelan una notable dispersión e incoherencia.

Por otro lado, el estudio del discurso sobre los límites temporales de la infancia¹ nos lleva inevitablemente a considerar la cuestión de la *autonomía* de los menores y su representación colectiva, dado que esta se traduce no en una, sino en muchas formas de abandonar la condición infantil: para trabajar, para votar, para tener responsabilidad penal o, como ocurre con el ejemplo que espolea nuestra curiosidad, para decidir recurrir a una interrupción voluntaria del embarazo. Naturalmente no utilizamos el concepto autonomía en un sentido psicoevolutivo sino social, referido a la manera en que la sociedad legitima a los menores de edad como agentes sociales al considerarlos capaces para actuar en terrenos que, antes de ciertas edades, se consideran exclusivamente adultos. Ser capaz de distintas cosas a distintas edades es solo una forma de decir que dejamos de ser niños y niñas muchas veces y que existe un discurso social alrededor de esta cuestión. Este discurso está relacionado con un conjunto de representaciones sociales sobre las que ya conocemos algunos rasgos característicos. Por ejemplo, Casas (1998, 2006, 2010) define la representación social de la infancia en la sociedad española gravitando en torno al núcleo figurativo «aúnno». Aún no maduros, aún no capaces, etc. Otros estudios, como el de Marta Martínez y Andrés Ligeró (2003), recalcan el hecho de que los individuos menores de edad son re-

presentados antes como problemas privados y responsabilidades familiares que como agentes sociales autónomos dotados de derechos cívicos y, por tanto, dispuestos a la participación social. No es extraño que en el análisis del plano normativo, Herrera y Castón (2003) hayan encontrado también que la condición de los menores de edad sea la de una «ciudadanía negada» que devalúa, en virtud de un argumento basado en el ciclo vital, el ejercicio de muchos derechos y de su propia capacidad para promoverlos activamente como ciudadanos. La producción discursiva anclada en este mundo de representaciones colectivas de la infancia, por otro lado, nunca resulta neutral y suele revestir lo que la investigadora Anneke Meyer (2007) denomina una «retórica moral» que guarda en su interior una lógica compleja que combina la idea de que los menores pueden ser simultáneamente inocentes, peligrosos y sujetos de derechos. Lamentablemente, son pocos los estudios dedicados al tema en el contexto español y contamos con pocas referencias suficientemente actualizadas.

Precisamente, para cumplir nuestro propósito de estudiar la manera en que se representa la autonomía de los menores de edad y las fronteras temporales de la infancia partiendo de datos suficientemente representativos y significativos, nos vemos obligados a acudir al último gran estudio realizado por el CIS en torno a las actitudes de los españoles frente a la infancia, que data de 2005. No obstante, el estudio proporciona datos muy ricos procedentes de más de 3.000 casos para una muestra nacional de individuos mayores de 18 años y con una batería de preguntas que se adaptan relativamente bien a nuestros propósitos, como desvelaremos en los próximos epígrafes.

Metodología

Para estudiar de qué manera representa la opinión pública española el problema de la autonomía infantil y a la propia infancia como

¹ Asumimos el criterio consensuado en el campo de la sociología de la infancia de entender esta como minoría de edad (0-18 años), para evitar la polisemia confusa presente en el discurso mediático y cotidiano que solapa diferentes etiquetas como la propia «infancia», pero también «niñez», «preadolescencia», «adolescencia» o incluso «juventud».

categoría social recurrimos a una explotación secundaria de la matriz de datos producida por el estudio 2621 del Centro de Investigaciones Sociológicas. El título del estudio es *Actitudes y opiniones sobre la infancia*² y constituye el último realizado para el conjunto de la sociedad española de tal magnitud, ya que incluye más de 3.000 casos y varias submuestras regionales procedentes de una encuesta realizada en domicilios. Aunque no es reciente, es la mejor fuente disponible y podemos suponer que es difícil que se produzcan cambios radicales en las representaciones colectivas en períodos cortos de tiempo que no sean coyunturales o motivados por un impacto mediático puntual. El estudio contiene una pregunta (la número 25: «¿A partir de qué edad aproximadamente cree usted que un menor de 18 años...?») que es altamente significativa para nuestros propósitos, en la que se inquiere a los encuestados a qué edad podrían los menores de edad realizar una serie de cosas, tales como participar en las decisiones familiares, contraer matrimonio o trabajar. *Dicho conjunto de preguntas funciona en la práctica como una escala que mide la percepción de la autonomía infantil* en el conjunto de la muestra y es por este motivo que centraremos aquí nuestro análisis.

Por otro lado, hemos empleado para la interpretación de los datos la técnica del análisis factorial por su potencia exploratoria, en especial para *revelar estructuras latentes* que ayudan a interpretar el comportamiento de un conjunto de variables o ítems. Dado que partimos de una perspectiva abierta y exploratoria, asumimos cierto enfoque inductivo en el sentido de que esperamos extraer un sentido interpretativo de los propios datos, más que del contraste o verificación de hipótesis previas al análisis. Más allá de la conjetura de que existe

este sentido latente que revela algún tipo de imagen o representación colectiva sobre la infancia en la opinión pública española, no hemos formulado ninguna hipótesis formal al respecto.

El procedimiento se describe a continuación en cada uno de sus pasos, comenzando por un análisis descriptivo del conjunto de variables que formarán parte del análisis y sus peculiaridades para, posteriormente, detallar los resultados de dicho análisis factorial. Por último, también se ha empleado el análisis de varianza para estudiar la existencia de diferencias significativas entre las distintas medias de edad de los factores de autonomía.

EXPLORANDO LA REPRESENTACIÓN DE LAS FRONTERAS ETARIAS DE LA INFANCIA EN LA OPINIÓN PÚBLICA ESPAÑOLA

Un primer análisis descriptivo del comportamiento de la respuesta de las personas entrevistadas a la cuestión de a qué edad debe o puede un menor ser capaz de actuar autónomamente en ciertos aspectos de la vida social puede ser ya muy significativo. La tabla 1 trata de resumir la información correspondiente a todos estos aspectos proporcionando algunos datos básicos sobre la edad media a la que, según los entrevistados, los menores de 18 años pueden o deben realizar cada una de las posibilidades mencionadas en la primera columna, así como el valor de la desviación típica para cada ítem. No obstante, ha sido necesario realizar una operación de recodificación de estas variables, motivada por la redacción original de la pregunta en el estudio del CIS y sus categorías de respuesta. El problema era el porcentaje de españoles y españolas que afirman que los menores *no deberían nunca poder hacer* o *acceder al ámbito señalado* en cada ítem y, como contrapartida, la proporción de los que entienden que *deberían hacerlo siempre*.

² Estudio en convenio con la oficina del Defensor del Menor de la Comunidad de Madrid.

Esta peculiar redacción de la pregunta, que incluye la posibilidad de evitar citar una edad concreta en el rango de 0 a 18 años para afirmar bien la opción «siempre» o «nunca» dificultaba relativamente el análisis ya que contabiliza estas respuestas como ajenas a la variable de razón edad, convirtiéndose así posteriormente en valores que necesariamente habría que desechar. Por tanto, para incluirlos en nuestro análisis hemos procedido a recodificar cada variable de forma que cuando los entrevistados optaban por la respuesta «nunca» se ha asignado a su elección el valor «18» (al corresponder con la mayoría de edad) y cuando la respuesta era «siempre» le hemos asignado el valor más bajo del rango de valores de dicha variable. La tabla 1, por tanto, refleja ya en sus edades medias el efecto de esta recodificación, que ha afectado más significativamente a las variables en las que el volumen de respuestas asociadas a las categorías «nunca» y «siempre» era mayor: casos paradigmáticos de este comportamiento son el colaborar en las tareas do-

mésticas (originalmente el 21,2% de los encuestados respondía que un menor de edad debería hacerlas «siempre») y el poder decidir contraer matrimonio (originalmente, el 81,9% de los encuestados respondía que un menor de edad «nunca» debería poder hacerlo).

En primer lugar, parece obvio que existe una pauta observable bajo el comportamiento diverso del conjunto de las variables. Existe un subconjunto de ellas asociadas a edades más bajas de participación (si bien, salvo una, todas las demás sobrepasan los 15 años). Podemos conjeturar que se refieren a aquellas situaciones y conductas hipotéticas en las que los adultos entienden como normal una participación activa de los menores de edad, lo que se corresponde por lo general con respuestas que conducen a edades más tempranas. Participar en las tareas domésticas, usar móvil y acceder a determinados artículos de consumo, o en menor medida participar en las decisiones familiares y decidir la hora de acostarse en días lectivos,

TABLA 1. P25: *¿A partir de qué edad aproximadamente cree usted que un menor de 18 años...?*

	Media (años)	Desv. típica
Debería participar en decisiones familiares	15,2	3,00
Decidir la hora de acostarse (días lectivos)	15,6	2,26
Podría llevar/utilizar teléfono móvil	14,6	2,3
Decidir contraer matrimonio	17,7	0,76
Podría salir por la noche (fin de semana)	16,6	1,28
Podría decidir hora de vuelta por la noche	17,4	0,92
Decidir ponerse un tatuaje o un <i>piercing</i>	16,9	1,65
Podría mantener una relación sexual	16,8	1,34
Podría votar en unas elecciones	17,6	0,77
Debería tener responsabilidad penal	16,3	1,94
Podría trabajar	16,5	1,35
Debería colaborar en tareas de casa	9,5	5,08
Podría comprarse artículos propios (ropa, videojuegos, móvil etc.)	15,1	2,63

N = 1.971 casos.

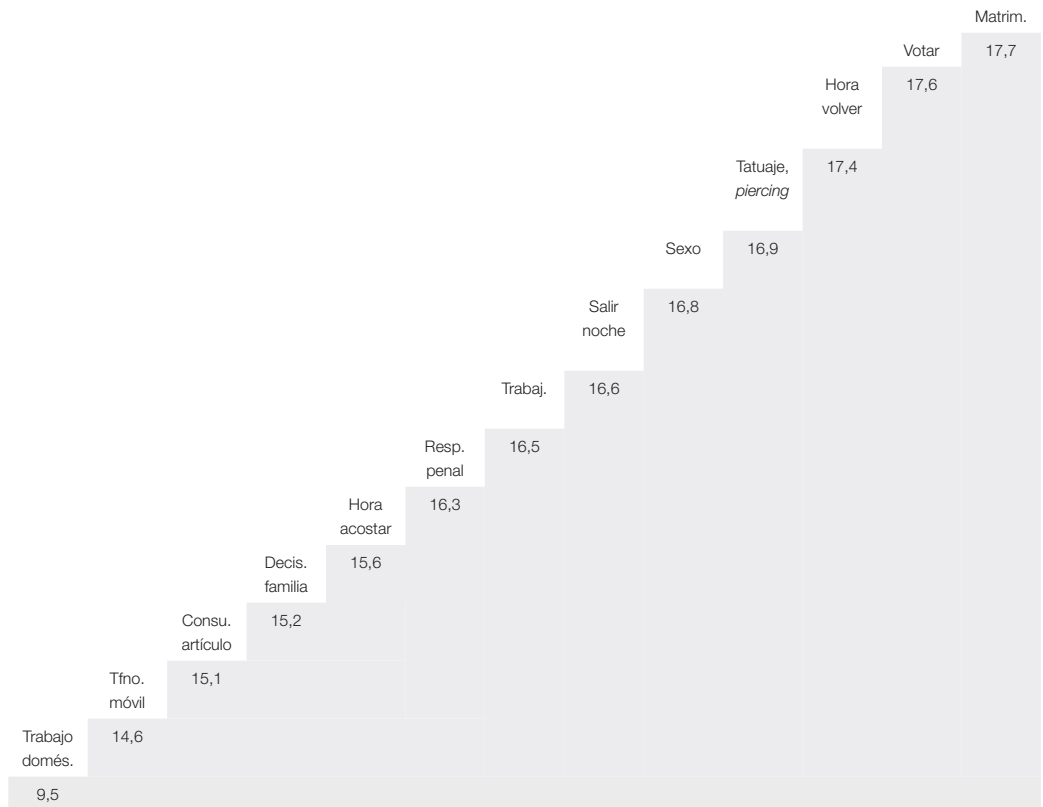
Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (2005): *Actitudes y opiniones sobre la infancia* (2621).

parecen pertenecer a este subconjunto de variables. Cabe señalar que la variable «debería colaborar en tareas de casa» arroja también un valor singularmente alto para la desviación típica, al recoger un consenso bajo por parte de los entrevistados y cubrir un rango de edades muy amplio, lo que no impide que siga representándose en la opinión pública como una conducta de aparición temprana en el contexto de la vida infantil. Por el contrario, algunas otras variables muestran justo el comportamiento opuesto, resultando una media de edad elevada a la que los menores de edad podrían participar del hecho descrito en los distintos enunciados de las mismas (que en la respuesta original al estudio contenían un porcentaje alto o muy alto en el que los entrevistados escogieron la opción «nunca»). El ejemplo más característico de esta segunda tendencia es la posibilidad de contraer matrimonio, cuya edad de realización frisa ya la propia condición adulta (17,7 años). De una forma menos acusada, pero igualmente característica, encontramos también la posibilidad de votar, ponerse un tatuaje o un *piercing* o decidir la hora de volver por la noche. Parece claro que ambos subconjuntos de variables actúan como antagonistas dentro del discurso producido por la encuesta sobre la representación de la autonomía infantil y sus límites. Los entrevistados reconocen de esta manera, quizás involuntariamente, lo complejo de dotar a la minoría de edad de un límite cronológico único suficientemente significativo que pueda incluir aspectos muy diversos de la vida social y familiar.

Por otro lado, el resto de las variables muestran un comportamiento menos acusado, pero que se acerca a uno u otro de estos polos definidos por los subconjuntos mencionados. Como vemos, en el imaginario público el límite etario superior de la autonomía infantil lo marca una amalgama de situaciones que mezclan la exclusión institucional (votar o participar del mercado laboral, reguladas legalmente) con la autoridad familiar y

la vida privada (decidir la hora de vuelta casa o salir por la noche los fines de semana), lo que proporciona la idea de una configuración mixta en la que se entremezclan la asunción por parte de los adultos de los límites legales vigentes en el contexto social español con la percepción adulta del modelo de socialización familiar y el rol de la infancia respecto de la autoridad privada y doméstica y su función reguladora en el ámbito de la convivencia familiar.

En cualquier caso, el análisis de la respuesta a esta pregunta en particular del estudio del CIS demuestra ser particularmente rico y sugerente. De él emana un primer bosquejo de la representación adulta del problema de la autonomía infantil y su evolución a lo largo de la propia infancia. Hablamos de una representación lineal de este proceso, que hemos tratado de reproducir en la figura 1. En esta representación lineal las distintas variables se han colocado en orden ascendente desde la que sucede (discursivamente) a edades más tempranas hasta la última en términos cronológicos, que es la posibilidad de contraer matrimonio. Esta representación apunta a la *autonomía de los menores de edad como un hecho que sucede relativamente tarde*. Las cinco primeras pertenecen claramente al mundo de la vida privada y familiar y suceden entre los 15 y 16 años (colaborar en las tareas domésticas es la excepción, comparada con el resto de la distribución, al situarse alrededor de los 9 años). Con posterioridad, aparecen variables como poder salir por las noches, tener relaciones sexuales o llevar tatuajes y *piercings* (que de alguna manera podemos suponer arracimadas en torno al control del propio cuerpo y del tiempo de ocio lejos de los adultos y del núcleo familiar). También aspectos más institucionales como el de la responsabilidad penal, que curiosamente se concibe antes que el trabajo y (en realidad una de las últimas varia-

FIGURA 1. ¿Una escala de autonomía a lo largo de la infancia?

Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (2005): *Actitudes y opiniones sobre la infancia* (2621).

bles consideradas) el voto³. Las variables que acabamos de citar sitúan ya, en el discurso adulto, a los menores de edad entre los 16-17 años. En lo que respecta a la frontera superior de la infancia, por encima de los 17 años y muy próximos ya al propio límite de la mayoría de edad, aparecen otras cuestiones que remiten a la integración institucional plena (el voto, la posibilidad de contraer matrimonio) y al control sobre el

tiempo de ocio (decidir la hora de vuelta por las noches).

Pero podemos seguir indagando. ¿La representación lineal es la que mejor describe cómo se concibe el desarrollo de la autonomía infantil en el discurso adulto? ¿Son todas estas actividades descritas puntos equidistantes del proceso o algunas tienen un significado especial en la representación del mismo? ¿De qué manera la respuesta a algunas de estas variables está asociada a la respuesta en otras, revelando una estructura interna de la *representación de la autonomía infantil*? Queremos proceder a un análisis más refinado que descubra la lógica subyacente de esta representación colectiva, ya que se sospecha que existan ciertas varia-

³ Esto nos conduce a un tema interesante que no podemos abordar aquí: el de la representación y estigmatización del niño enfrentado con la justicia en el discurso adulto. Para una reflexión específica sobre el caso español que nos ocupa puede acudir a los textos de Rodríguez (2006, 2010).

bles latentes que vengán a significarse como parte de una estructura interna que defina a la propia infancia y sus límites y fronteras cronológicas. Para ello procedemos a aplicar una técnica de reducción de datos de este conjunto de variables (análisis factorial), aprovechando que su disposición permite considerarlas como un conjunto de datos complejo y rico en matices discursivos. De este análisis y sus detalles nos ocupamos en el siguiente epígrafe.

RESULTADOS DEL ANÁLISIS

Existen *técnicas de reducción de datos* que sirven al análisis de la *estructura interna o latente* de un conjunto de observaciones y que son de uso común en el ámbito sociológico, como es el caso del análisis factorial. La razón por la que consideramos pertinente usarlo en nuestro caso responde a la lógica misma de esta herramienta. El análisis factorial es, fundamentalmente, una técnica multivariante donde al final buscamos identificar un número reducido de variables latentes (o factores) que puedan explicar un conjunto más numeroso de variables. Al hacerlo desvelamos la lógica interna (y no directamente observable) de la respuesta que distintos sujetos puedan haber dado a variables separadas a través del análisis de las interrelaciones entre estas variables y de estas con una serie de factores (llamados *factores comunes*, en contraposición a los factores únicos o específicos que se refieren a la proporción de varianza que no conseguimos explicar a través de nuestro análisis). Normalmente realizar un análisis factorial implica asumir que podremos aportar alguna suposición teórica que explique la manera en que operan esas variables o estructuras latentes que se refieren a nuestros datos y por el otro suponemos que los datos están interconectados al referirse a una realidad más amplia que podría estar representada por las variables que incluimos en el análisis (como ocurre comúnmente cuando se trabaja con es-

calas, que son construidas *a priori* con el objetivo de representar una determinada dimensión conceptual que no puede ser observada directamente). Naturalmente, el sentido de desvelar las estructuras latentes que subyacen a nuestros datos es aportar una explicación teórica al comportamiento de los mismos. Además, cuando, como en nuestro caso, no conocemos de antemano el número de factores o variables latentes que explican nuestros datos y este solo emerge como consecuencia del propio análisis, podemos añadir que se trata de un *análisis factorial exploratorio*.

En el caso que nos ocupa nos parece obvio, como ya hemos podido comenzar a explorar desde un análisis puramente descriptivo, que las distintas variables que el CIS agrupa en su estudio bajo la pregunta «¿A partir de qué edad aproximadamente cree usted que un menor de 18 años...?» pueden estar interrelacionadas. Ignoramos el grado en que la pregunta ha sido redactada asumiendo tal interconexión, incluso pensando en ella como una posible escala, pero asumimos que, de estarlo, la técnica de reducción de los datos señalará una serie de factores latentes que evidencian el comportamiento interno de los datos provenientes de la respuesta a las distintas variables contenidas en la pregunta. A continuación ofrecemos los resultados de dicho análisis, realizado con ayuda del software SPSS versión 15.0, con suficiente grado de detalle como para facilitar su interpretación también a lectores que puedan no estar excesivamente familiarizados con el uso de esta técnica de análisis.

Resultados del análisis factorial

Naturalmente, la primera fase del análisis será la comprobación de la pertinencia del uso de la técnica del análisis factorial. De un modo muy general puede afirmarse que dicho análisis no es aconsejable más que cuando existe una interrelación significativa entre las distintas variables incluidas en el

análisis. Caso de que la respuesta a estas variables fuera independiente y no existiera una estructura latente que pudiera apuntar a la relación entre las mismas, tampoco sería apropiado intentar una técnica de reducción de datos. Hay que tener en cuenta, además, que partimos de la suposición de que estas distintas variables agrupadas bajo la pregunta 25 del estudio del CIS representan una dimensión conceptual no directamente observable que identificamos provisionalmente con el concepto de *autonomía infantil*.

Con este fin, hemos considerado las trece variables mencionadas⁴ con anterioridad desde el punto de vista analítico como parte de una escala, contando con que están referidas a una misma cuestión que identificamos con la medición de *representación de la autonomía de los menores de edad*, considerando esta como un compuesto de ítems referidos a distintas parcelas de la vida social (matrimonio, responsabilidad penal, consumo, ocio, etc.). Nuestro objetivo es comenzar a testar la pertinencia del análisis aplicando alguno de los estadísticos que miden, precisamente, la consistencia interna de la respuesta a las escalas. Concretamente el coeficiente alfa de Cronbach es aceptable ($\alpha = 0,68$) y señala la viabilidad de tratar la pregunta del estudio del CIS como tal escala. Por tanto, parece que podemos trabajar bajo la suposición de que las distintas variables consideradas están relacionadas en la respuesta de los encuestados y podrían reflejar una dimensión conceptual amplia.

Un paso subsiguiente es aplicar alguna de las pruebas que son comunes como comprobación de la pertinencia de realización de un análisis factorial. En nuestro caso utilizamos dos de las más frecuentes: el test de esfericidad de Barlett y la medida de ade-

cuación muestral de Kaiser-Meyer-Olkin. El primero parte de la hipótesis nula de que las variables presentes en nuestra matriz de datos no están en verdad interrelacionadas (lo que produciría una matriz identidad), por lo que nos interesa poder rechazar tal hipótesis y asumir una alternativa. La segunda medida procede también a calcular si las correlaciones parciales entre las variables son suficientemente pequeñas. Un valor por debajo de 0,5 hace poco recomendable el análisis factorial, ya que las correlaciones entre los pares de variables no podrían ser explicadas por otras variables. Después de calcular ambas medidas para nuestros datos, el test de Barlett resulta positivo ($<0,000$) y permite rechazar la hipótesis nula suponiendo que el análisis factorial es adecuado para una matriz de nuestras características. También es positivo el resultado de la medida de adecuación muestral de Kaiser-Meyer-Olkin, superior a 0,75 (en concreto 0,88).

Teniendo en cuenta, por tanto, que distintas pruebas previas avalan la posibilidad del uso de una técnica de reducción de datos como el análisis factorial exploratorio, quedan por determinar algunos aspectos parciales que configurarán el análisis. En nuestro caso hemos optado por el método de extracción basado en el análisis de componentes principales utilizadas para formar combinaciones lineales independientes de las variables observadas y la rotación ortogonal Varimax, recomendada como solución para minimizar el número de factores. El valor «n» asciende a 1.971 casos, una vez excluidas las respuestas del tipo «no sabe» o «no contesta» (consideradas valores perdidos en el conjunto del análisis). Este análisis acaba por explicar prácticamente algo menos de la mitad de la varianza de nuestra distribución (47,58%) a través de tres factores, como veremos a continuación.

Toda vez que hemos configurado ya la estructura del análisis y tomado las decisiones metodológicas que conducen al mismo, podemos comenzar a explorar los datos.

⁴ Recordemos que seguimos trabajando con el conjunto de variables recodificadas que aparecen en la tabla 1, una vez que se han incluido en las mismas a través de la codificación las categorías de respuesta «nunca» y «siempre».

TABLA 2. Matriz de correlaciones

	Debería participar en decisiones familiares	Decidir hora acostarse	Podría llevar/utilizar Móvil	Decidir contraer matrimonio	Podría salir por las noches	Podría decidir hora vuelta por la noche	Decidir ponerse tatuaje o piercing	Podría tener relación sexual	Podría Votar	Debería tener responsabilidad penal	Podría trabajar	Debería colaborar en tareas domésticas	Podría comprarse artículos propios
Debería participar en decisiones familiares	1,000	0,381	0,258	0,132	0,244	0,155	0,186	0,218	0,149	0,101	0,096	0,189	0,264
Decidir hora acostarse		1,000	0,345	0,162	0,268	0,287	0,241	0,233	0,172	0,084	0,139	0,074	0,294
Podría llevar/utilizar móvil			1,000	0,121	0,291	0,206	0,203	0,216	0,127	0,062	0,142	0,114	0,354
Decidir contraer matrimonio				1,000	0,195	0,303	0,201	0,282	0,309	0,029*	0,146	-0,076	0,100
Podría salir por las noches					1,000	0,524	0,305	0,380	0,194	0,084	0,187	0,088	0,284
Podría decidir hora vuelta por la noche						1,000	0,304	0,340	0,320	0,146	0,217	0,000*	0,204
Decidir ponerse tatuajes o piercings							1,000	0,428	0,278	0,040	0,172	0,050*	0,273
Podría tener relación sexual								1,000	0,273	0,138	0,191	0,085	0,280
Podría votar									1,000	0,162	0,207	0,000*	0,218
Debería tener responsabilidad penal										1,000	0,281	0,211	0,164
Podría trabajar											1,000	0,176	0,223
Debería colaborar en tareas domésticas												1,000	0,230
Podría comprarse artículos propios													1,000

(*) no significativa (p>0,05).

Determinante = 0,103

n = 1.971 casos.

Una primera aproximación resulta de explorar las relaciones de linealidad existentes entre las distintas variables presentes en nuestra matriz de datos. Dado que, al usar una técnica de reducción lo que se pretende es explorar la lógica de la interrelación entre las variables para identificar variables latentes que describan la estructura interna de los datos, resulta más que interesante el estudio de esta interrelación tal y como queda reflejada en la matriz de correlaciones proporcionada por SPSS. La tabla 2 contiene todas estas correlaciones y apunta ya a la existencia de una interesante relación de colinealidad entre varias de las variables de nuestra distribución.

Respecto a la linealidad de las relaciones entre las variables de nuestra matriz, en esta ocasión hemos procedido a calcular el determinante de la matriz de correlaciones, cuyo valor es de 0,103. Un determinante con un valor próximo a cero es indicativo de que las variables están linealmente relacionadas, lo que, al igual que las otras pruebas descritas con anterioridad, apunta hacia la pertinencia del uso del análisis factorial como técnica de reducción de datos. El estudio de las relaciones entre variables, tal y como han quedado reflejadas en la correspondiente matriz de correlaciones, apunta también a la forma que cobra esta linealidad presente en la matriz. En ella aparecen relacionadas muchas varia-

bles que, con posterioridad, incluimos en alguno de los factores comunes que se usan en el análisis. En algunos casos el coeficiente de correlación no resulta estadísticamente significativo, lo que señalamos en la tabla usando un asterisco, si bien esto solo ocurre en cuatro ocasiones en las que se presentan valores muy bajos. De entre las relaciones observadas cuyo coeficiente de correlación es más elevado y resulta estadísticamente significativo, es muy significativa la relación entre las variables relacionadas con la participación en la esfera doméstica y de consumo. Participar en las decisiones familiares, poder adquirir ciertos objetos de consumo, usar teléfono móvil y decidir la hora de acostarse, por ejemplo, son variables visiblemente correlacionadas (no así colaborar en tareas domésticas). También otras variables, asociadas por los encuestados a edades más elevadas y relacionadas probablemente con un grado mayor de autonomía personal, como poder salir de noche los fines de semana, decidir la hora de regreso por la noche, tener relaciones sexuales o llevar un tatuaje o *piercing* parecen estar muy significativamente correlacionadas. De hecho, el valor más alto de correlación de la matriz es el coeficiente 0,524, que corresponde a las variables referidas a poder salir por las noches los fines de semana y decidir la hora de regreso a casa cuando se sale de noche. En

TABLA 3. Factores y varianza total explicada tras el proceso de extracción

Componente	Autovalores iniciales			Sumas de las saturaciones al cuadrado de la extracción			Suma de las saturaciones al cuadrado de la rotación		
	Total	% de la varianza	% acumulado	Total	% de la varianza	% acumulado	Total	% de la varianza	% acumulado
1	3,551	27,317	27,317	3,551	27,317	27,317	2,463	18,943	18,943
2	1,411	10,855	38,172	1,411	10,855	38,172	2,200	16,925	35,868
3	1,223	9,411	47,584	1,223	9,411	47,584	1,523	11,715	47,584

n = 1.971 casos.

Método de extracción: análisis de componentes principales.

general, al no existir coeficientes por encima de 0,75 podemos considerar estas correlaciones moderadamente intensas, si bien el hecho de que todas las pruebas previas hayan avalado el análisis factorial propuesto parece invitar a proseguir con la extracción de los correspondientes factores.

Sin embargo, esta estructura que el análisis de la relación lineal de las variables pone de manifiesto a través de la correspondiente matriz de correlaciones tiende a simplificarse tras contemplar la matriz de componentes producida por SPSS. Hasta ella llegamos tras sugerir el análisis la presencia de tres factores comunes que explican hasta un total del 47,58% de la varianza (tabla 3). Los dos primeros llegan a explicar hasta algo más del 38% de la varianza total, teniendo el último un papel más residual y abarcando poco más del 9%.

Estos tres factores están correlacionados con las variables seleccionadas en el análisis y de la representación ordenada de los coeficientes de la correlación de las variables con los correspondientes factores resulta la solución rotada proporcionada por el análisis factorial. La tabla 4 presenta estos datos relativos a la solución rotada, habiéndose destacado los coeficientes de correlación de las distintas variables finalmente incluidas en cada factor.

Como se puede apreciar, el primer factor (también el que explica la mayor proporción de varianza) engloba precisamente las variables para las que las personas encuestadas han facilitado una edad mayor de realización: decidir la hora de regreso por la noche, votar y contraer matrimonio, tener relaciones sexuales, llevar tatuajes y *piercings* y poder salir por las noches los fines de semana. El segundo factor hace referencia a algunas de las varia-

TABLA 4. *Matriz de componentes rotados*

	Componente		
	1	2	3
Decidir hora regreso por la noche	0,692	0,204	0,077
Capacidad para decidir contraer matrimonio	0,655	-0,012	-0,059
Podría votar en unas elecciones	0,624	0,008	0,216
Podría mantener relación sexual	0,587	0,295	0,129
Podría decidir ponerse tatuaje/ <i>piercing</i>	0,537	0,311	0,025
Podría salir por las noches	0,519	0,426	0,045
Podría llevar/usar móvil	0,127	0,672	0,015
Debería participar en las decisiones familiares	0,069	0,665	0,071
Podría decidir hora acostarse	0,219	0,665	-0,030
Podría comprarse artículos propios	0,166	0,581	0,313
Debería tener responsabilidad penal	0,106	-0,026	0,759
Podría trabajar	0,302	0,035	0,639
Debería colaborar en tareas domésticas	-0,254	0,343	0,599

n = 1.971 casos.

bles para las que han señalado, sin embargo, edades medias bajas, como llevar móvil, consumir ciertos artículos (ropa, video-juegos, etc.) y también participar en decisiones familiares y decidir la hora de irse a la cama. Por último, el tercer factor reúne variables aparentemente no conectadas por sus edades de realización como la participación en el trabajo por parte de estos menores de edad, la responsabilidad penal o la colaboración en el trabajo doméstico (la variable con la edad asociada más baja).

¿Cómo podemos interpretar estos factores y lo que revelan sobre la estructura latente de las variables del estudio? Nos parece un primer hecho destacable la existencia de uno de estos factores que incluye variables asociadas a edades relativamente bajas. Por otro lado, son todas ellas (participar en decisiones familiares, decidir la hora de acostarse, consumir ciertos artículos, etc.) variables asociadas de una u otra manera a la *negociación de la vida doméstica* y familiar y remiten, muy probablemente, a una esfera en la que *los padres/madres son el principal (y probablemente único) referente adulto* que decide sobre las acciones descritas por las preguntas de la encuesta del CIS. Atendiendo a la cantidad de varianza explicada, este sería el factor nº 2, etiquetado en nuestro análisis por las razones que acabamos de explicar como *doméstico-privado*.

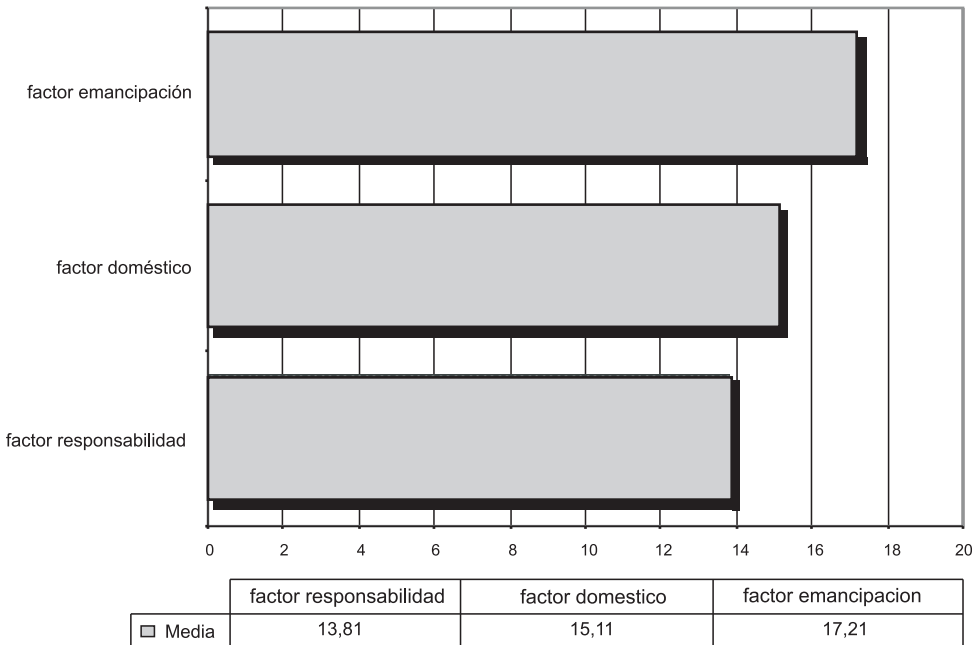
En cuanto al primero de los factores que se extraen de nuestro análisis, este explica algo más del 27% de la varianza de la distribución a través de 6 variables. Su contenido se explica como una combinación de variables que hacen referencia a las conductas de ocio fuera de la esfera doméstica y la autoridad cercana de padres (salir por las noches y decidir la hora de regreso), así como al control sobre sí mismo y sobre el propio cuerpo (llevar tatuajes/*piercings*, tener relaciones sexuales); el mismo se ve completado con otras dos cuestiones que aluden a un alto grado de autonomía y de participación de pleno derecho en la vida social, como son el

voto y la posibilidad de contraer matrimonio. Por esta razón, creemos que este factor, el que arroja un mayor poder explicativo sobre nuestra distribución, se refiere en última instancia a *la emancipación de la esfera privada y, consiguientemente, de la autoridad que los adultos cercanos arrojan sobre ella*. Hemos preferido retener esta interpretación denominando a este factor como factor de *emancipación*.

Por último, el análisis ha sugerido un tercer factor que, si bien explica apenas un 9% de la varianza, resulta interesante desde el punto de vista interpretativo y teórico. Nos referimos al factor nº 3, donde se engloban las variables referidas a la posibilidad de trabajar, tener responsabilidad penal y colaborar en las tareas domésticas. Pudiera parecer que este tercer factor aglutina aspectos inconexos desde el punto de vista teórico (no así estadístico). Sin embargo, yendo más allá de la aparente disimilitud, es obvio que todas ellas describen no tanto acciones que resultan de preferencias individuales sino más bien hacen referencia a *conductas cargadas de responsabilidad colectiva* o que se ejercen desde una cierta óptica grupal y/o colectivista: el trabajo como aportación a la vida económica; la responsabilidad penal como exigencia colectiva ejercida a través de la justicia; pero también el trabajo doméstico como aportación del menor de edad al núcleo familiar. La propia redacción de la pregunta original sugiere esta interpretación en cierto sentido, ya que dos de las tres variables contempladas en el factor han alterado la redacción de la misma expresándose no tanto en términos electivos (podría...) como de deber (*debería* colaborar en tareas domésticas/tener responsabilidad penal). Identificamos este factor, por tanto, con la etiqueta *responsabilidad*, si bien reconocemos que su interpretación debe ser cuidadosa al incluir variables dispares y explicar un porcentaje bajo de la varianza en la distribución.

Llegados a este punto, nuestro análisis nos permite además explorar con más precisión la cuestión de la edad asociada a cada

FIGURA 2. Media de edad para cada factor de autonomía



Fuente: Elaboración propia a partir de CIS (2005): *Actitudes y opiniones sobre la infancia* (2621).

uno de estos momentos críticos en el proceso de autonomía infantil que señalan estos factores. En la figura 2 se han incluido las edades medias asociadas a cada factor de autonomía ordenadas de menor a mayor.

Para comprobar que estas diferencias no son un producto azaroso sino que corresponden, con cierto grado de certeza, a la propia distribución latente de las respuestas de los entrevistados a las distintas cuestiones presentes en la pregunta original, hemos procedido a testar su significación estadística a través de un análisis de varianza de medidas repetidas, ya que todos los ítems han sido contestados por todos los participantes en el estudio. En términos más precisos, la medida equivaldría a la de un grupo de sujetos que ha sido sometido conjuntamente a la misma medición tras alguna condición experimental. Escogemos también este modelo de análisis porque, frente al estadístico T para mues-

tras relacionadas, más común en el caso de dos mediciones, disponemos de más de dos medidas repetidas. Con posterioridad, el valor del estadístico F nos ayuda a desvelar si podemos rechazar la hipótesis nula, esto es, que el promedio poblacional es igual a cero, lo que implicaría diferencias que no son estadísticamente significativas entre los factores. En el caso que nos ocupa, el análisis revela la existencia de diferencias significativas entre las medias de los tres factores evaluados $F(2,4271) = 5818,23$ siendo $p < 0,001$, $\mu^2 = 0,73$. Las pruebas post-hoc en las que se compararon par a par cada uno de los factores de autonomía con el resto mostraron que las diferencias fueron significativas entre todos los factores (p de todas las comparaciones inferiores a 0,001). Podemos concluir, por tanto, que las diferencias observadas y que corresponden a las edades medias a las que, según la muestra consultada, los menores de edad

pueden/deben acceder a ciertas conductas reflejan una diferencia que podemos entender que no ha sido introducida por el propio azar muestral, sino que corresponde a diferencias reales observadas.

CONCLUSIONES

Articulando una explicación válida para estos factores de autonomía, comprobamos que la imagen que resulta del análisis factorial parece acercarse más a la complejidad del propio concepto de infancia y sus límites etarios que a una explicación lineal o sucesiva. Es verdad que nuestro análisis explica solo una proporción moderada de la varianza total presente en los datos, y que no siempre ha producido resultados unívocos de interpretación sencilla, pero supone un punto de partida más que sugestivo para seguir profundizando en estos aspectos, relativamente inexplorados en los últimos años en el contexto de la sociología española.

La opinión pública española parece representarse la ganancia de autonomía personal de los menores de edad como *parte de un sistema múltiple de fronteras temporales interrelacionadas que responden a una lógica global*. Dicha lógica concibe el proceso de dejar de ser menor de edad como una sucesión de hechos significativos asociados a la vida social del sujeto. A pesar de las distintas edades asociadas a estos hechos significativos parece emerger una representación que, salvo muy contadas excepciones, *gravita ya alrededor de los 15 años* como edad mínima para comenzar a retratar a niños y niñas suficientemente autónomos. Lo que invita a pensar que en el discurso y representación adulta la autonomía de las personas menores de edad se entiende más como una consecuencia del abandono de la etapa infancia —o como el ejercicio de una infancia muy tardía que anuncia ya la condición del adulto— que como una parte de la infancia misma. Así, *la autonomía aparece en nuestro*

análisis asociada a edades relativamente elevadas y como producto de la superación de la etapa infantil.

De otra parte, el análisis parece sugerir la cuestión de la autonomía de estos sujetos menores de edad como una particular intersección de: a) espacios (público y privado), b) edades o momentos del ciclo vital (que se aproximan más al límite superior de los 18 años) y c) actividades (del mundo público/institucional y privado, del tiempo de ocio y relacionadas con el control del propio cuerpo). Al mismo tiempo, los hallazgos resultan coherentes con algunos rasgos mencionados al caracterizar la representación social del concepto infancia en el conjunto de la sociedad española: una clara preferencia por enmarcarla en el ámbito privado y de la autoridad familiar y concebirla como momento pre-social.

Por otro lado, existe un patrón distintivo en la representación detectada:

- Las distintas actividades que retratan la condición de la minoría de edad se articulan a través de una representación que primero retrata a sujetos determinándose a través de la *autonomía en su propio ámbito doméstico y privado*, donde pueden participar doblemente como parte de la *vida familiar* pero también como *consumidores*. Es destacable que en este espacio marcado por las fronteras domésticas, padres y madres son prácticamente los representantes únicos de la autoridad adulta. Lo es también que los menores de edad se signifiquen antes que nada en este mismo espacio doméstico como sujetos que *deben* colaborar en las tareas domésticas, actividad que se asocia a una edad singularmente baja.
- Casi paralelamente, este mismo discurso ha situado a estos como *sujetos de responsabilidad*: a partir de los 16 años exigiéndoles responsabilidad penal y

posibilitando que participen del mundo productivo.

- El momento final de este proceso, asociado a edades que frisan ya los 18 años, viene dado por la posibilidad para la persona menor de edad de tener *control sobre su propio cuerpo* e integrarse en el mundo del ocio y la noche, asociados también con la posibilidad de ejercer su *sexualidad* autónomamente y de participar del *voto* y el *matrimonio*. Este momento representa a un menor de edad a punto de lograr tanto una emancipación privada, que le invita a moverse con soltura fuera de esas fronteras domésticas citadas con anterioridad, como una participación autónoma en el mundo público y creemos que acaba por representar, en el discurso de las personas encuestadas, más una anticipación del individuo adulto que al sujeto infantil.

Por otro lado, la relación entre factores es compleja, pero sugestiva desde el punto de vista conclusivo.

- El factor *emancipación* es el que parece estar relacionado con la autodeterminación del individuo, que constituye la meta del proceso de ganancia de autonomía que supone la maduración individual hasta abandonar la categoría de menor de edad. Este factor está relacionado de manera muy clara con aquellas conductas que los encuestados preferirían alejar de la condición infantil, por lo que la media de edad sugerida para su realización se acerca mucho en algunos casos a los 18 años (particularmente para el voto y el matrimonio, así como decidir la hora nocturna de regreso). Es, por decirlo así, un factor que no explica tanto la manera en que los y las encuestados/as entienden la cuestión de la minoría de edad, sino que viene a marcar *los límites que apuntan hacia lo que entienden como conductas inexcusablemente adultas*. Es un factor

que, además, hace referencia clara a la autodeterminación individual a través del control del cuerpo y de nuestras actividades en un contexto social.

- El factor *doméstico-privado*, por el contrario, viene a ser una amalgama de muchas de las claves que, aparentemente, dominan la representación de la infancia en la opinión pública española, que, como hemos señalado, parece construida alrededor del concepto de aún-no y de inmadurez infantil. El factor describe justamente actividades que recaen muy probablemente bajo la autoridad y protección directa de padres y madres, así como en el ámbito de la negociación de la vida doméstica. No es casualidad que este sea el factor que reúna muchas de las variables asociadas a edades relativamente bajas.
- El último de los factores, sin embargo, viene a representar una lógica inversa a la del factor emancipación: frente a la autodeterminación individual, expresada en las últimas fases del camino hacia la mayoría de edad, el factor recoge aspectos que dan cuenta de la *integración del individuo en contextos sociales de responsabilidad*: participando de la vida productiva (trabajando), respondiendo por su posible conducta desviada (responsabilidad penal) o aportando su dedicación al trabajo doméstico (colaborar en tareas domésticas).

Los tres factores están ligados por una cierta lógica que, como todo intento de explicación teórica, debe ser admitida solo provisionalmente, si bien resulta inspiradora de cara a futuros análisis.

¿Puede, desde la sociología de la infancia, señalarse un sentido a esta representación en relación a la propia condición infantil? Aun contando con todas las posibles limitaciones mencionadas ya en este texto, creemos que el análisis avala esta última po-

sibilidad, en la medida que la representación adulta es también la que desde un plano generacional resulta dominante en relación a la propia población infantil. De alguna manera, lo que sugieren estos factores es una visión relativamente *adultocéntrica*, donde los valores de la vida adulta son objetivos normativos (trabajar, votar, participar de la autodefinición individual) solo alcanzables como expresión de una maduración muy tardía (cercana a la propia mayoría de edad) y que identifica el sujeto no tanto con sus propias capacidades y posibilidades de participación de la vida social como con los ámbitos de autoridad por los que circula a lo largo de ese proceso de maduración: la autoridad familiar y la colectiva derivada del orden institucional.

Lo característico de esta visión adulta es que *la responsabilidad se exige desde edades comparativamente tempranas* (la colaboración en las tareas domésticas desde los 9 años, por ejemplo, trabajar o tener responsabilidad penal alrededor de los 16) *mientras que otros muchos aspectos de la autonomía individual llegan notablemente más tarde* (la participación política o la autonomía respecto del propio cuerpo). Se plantean así aparentes paradojas: por ejemplo, retomando el ejemplo que exponíamos al comenzar este texto, resulta interesante desde un punto de vista sociológico que se debata en torno a la posibilidad de que una chica de 16 años no disponga hasta ser mayor de edad de la madurez necesaria para decidir autónomamente sobre la interrupción voluntaria del embarazo, mientras que la población española asume simultáneamente que esa misma chica puede trabajar o se le atribuye responsabilidad penal desde una edad mucho más temprana.

Así, la representación de un mismo sujeto aparece fragmentada y puede referirse al mismo tiempo tanto a su inmadurez y falta de preparación para la vida adulta (para tener relaciones sexuales, llevar un tatuaje, salir por la noche o ejercer el voto) como a

su supuesta madurez en otras áreas de la vida social (consumir, trabajar, tener responsabilidad penal o participar de las tareas domésticas). En realidad, la aparente paradoja queda explicada por la interpretación que sugerimos en estas conclusiones: desde la visión adultocéntrica, crecemos siendo antes individuos responsabilizados y subsumidos bajo diferentes ámbitos de autoridad (familiar-institucional) que sujetos que lleguen a alcanzar una existencia autodeterminada, expresada como posibilidad de participación libre y no tutelada por nuestros referentes adultos, que se extienda a todos o a la mayor parte de los aspectos de nuestra vida como miembros de una sociedad.

Estos resultados no son solo interesantes por la lógica latente que revelan, sino también porque contribuyen a iluminar uno de los principales problemas objeto de estudio por parte de la sociología de la infancia: la construcción social de una determinada representación y percepción de la condición infantil. *Análisis posteriores deberían desarrollar una comprensión más precisa de la relación de esta representación con la ideología sobre la familia o el papel del Estado en la protección de la infancia*, ya que es muy probable que estén estrechamente relacionadas. De igual forma llamamos la atención sobre el hecho de que la relación entre la regulación normativa de los asuntos que atañen a la infancia en una sociedad dada y la representación colectiva de la propia infancia resulta ser más compleja que una simple traducción o reflejo de la segunda sobre la primera. En este sentido, existe una relación paradójica y en algunos aspectos contradictoria entre regulación social y representación de la autonomía infantil. Casos llamativos son, por ejemplo, la responsabilidad penal, que sucede discursivamente por encima de su regulación legal, o la posibilidad de mantener una relación sexual, que en la representación colectiva se ubica como una de las últimas cosas que una persona menor de edad podría hacer autónomamente (muy por

encima de los 16 años) y que, sin embargo, en el ámbito legal y normativo español se regula y admite significativamente antes.

Por supuesto, no podemos evitar hacer una llamada de atención al hecho de que este campo permanece todavía relativamente inexplorado en el ámbito de la sociología española, siendo necesaria una actualización de las fuentes a disposición de los investigadores y la repetición con regularidad de estudios sobre las actitudes de la opinión pública ante la infancia que posibiliten su estudio diacrónico.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguinaga, Josune y Domingo Comas Arnau (1991). *Infancia y adolescencia: la mirada de los adultos*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.
- Casas, Ferran (1998). *Infancia: perspectivas psicossociales*. Barcelona: Paidós.
- (2006). «Infancia y representaciones sociales». *Política y Sociedad*, 43(1): 27-42.
- (2010). «Representaciones sociales que influyen en las políticas sociales de infancia y adolescencia en Europa». *Pedagogía Social. Revista Interuniversitaria*, 17: 15-28.
- Gaitán, Lourdes (2006). *Sociología de la Infancia*. Madrid: Sistema.
- Herrera Gómez, Manuel y Pedro Castón Boyer (2003). *Las políticas sociales en las sociedades complejas*. Barcelona: Ariel.
- Honig, Michael (2009). «How is the Child Constituted in Childhood Studies?». En: J. Qvortrup et al. (eds.), *The Palgrave Handbook of Childhood Studies*. Nueva York: Palgrave-macmillan.
- James, Allison y Allan Prout (1997). *Constructing and Reconstructing Childhood: Contemporary Issues in the Sociological Study of Childhood*. Londres: Falmer Press.
- ; Chris Jenks y Allan Prout (1998). *Theorizing Childhood*. Cambridge: Polity Press.
- Martínez, Marta y Andrés Ligeró Lasa (2003). «Familia, infancia y derechos: Una mirada cualitativa desde la percepción adulta». *Portularia*, 3: 49-65.
- Meyer, Anneke (2007). «The Moral Rhetoric of Childhood». *Childhood*, 14(1): 85-105.
- Qvortrup, Jens (1993). «Nine Theses about Childhood as a Social Phenomenon». En: J. Qvortrup (ed.), *Childhood as a Social Phenomenon: Lessons from an International Project*. Wien: The European Center for Social Welfare Policy and Research.
- Rodríguez-Pascual, Iván (2006). *Para una sociología de la infancia: aspectos teóricos y metodológicos*. Madrid: CIS.
- (2010). «¿La muerte de la infancia es el fracaso de lo adulto?». *Cuadernos de Pedagogía*, 407: 40-43.
- Stainton-Rogers, Wendy (2003). «What Is a Child?». En: M. Woodhead y H. Montgomery (eds.), *Understanding Childhood: An Interdisciplinary Approach*. Milton Keynes: The Open University.
- Thorne, Barrie (2004). «Theorizing Age and other Differences». *Childhood*, 11(4): 403-408.

RECEPCIÓN: 26/03/2012

REVISIÓN: 06/07/2012

APROBACIÓN: 03/03/2013

«Argumentos» para la elección del centro educativo: un estudio de caso con padres portugueses

'Arguments' for School Choice: A Case Study with Portuguese Parents

Virgínio Sá y Fátima Antunes

Palabras clave

- Elección de escuela
- Política educativa
- Relaciones familia-escuela
- Desigualdad educativa
- Desigualdad social
- Escuelas públicas

Key words

- School Choice
- Educational Policy
- Family-School relationship
- Educational Inequality
- Social Inequality
- Public Schools

Resumen

Tomando como base empírica algunos de los datos del cuestionario aplicado a una muestra de cerca de ochocientos padres seleccionados en tres centros públicos de enseñanza secundaria, en este artículo analizamos el modo cómo diferentes categorías de padres organizan «jerarquías de excelencia», a través de los «argumentos de elección» a los que dan prioridad cuando escogen el centro educativo, al pasar a la enseñanza secundaria en 10º curso (4º de la ESO). Del análisis de los datos destaca que, en todos los segmentos de padres, encontramos una fracción que concede gran importancia a los indicadores de naturaleza académica; verificamos, además, una concentración desigual de estas fracciones en los tres establecimientos estudiados, lo que refleja un predominio de diferentes tipos de público en cada escuela. De este modo, aunque varíe la importancia atribuida a los «argumentos de elección», según el nivel de estudios de los padres, en los casos estudiados las «jerarquías de excelencia» se distinguen, sobre todo, de acuerdo con la variable *centro*.

Abstract

Taking as an empirical basis some of the data from a questionnaire applied to a sample of approximately eight hundred parents from three public secondary schools, this paper discusses how various categories of parents organise «hierarchies of excellence» through the «arguments for choice» that they prioritise when choosing their children's school for entrance into secondary education (year 10 of schooling, equivalent to the year 4 of compulsory secondary education in Spain - ESO). The analysis of the data highlights that, in all segments of parents, a group can be found that attaches great importance to academic indicators; in addition, an unequal concentration of these groups was verified in the three establishments studied, which reflects a predominance of different types of public in each school. Thus, even though the importance attributed to the «arguments for choice» varies according to the educational level of the parents, in the cases studied the «hierarchies of excellence» are distinguished, above all, by the *school* variable.

Cómo citar

Sá, Virgínio y Fátima Antunes (2013). «Argumentos» para la elección del centro educativo: un estudio de caso con padres portugueses. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 93-112. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.93>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Virgínio Sá: Universidade do Minho | virsa@ie.uminho.pt
Fátima Antunes: Universidade do Minho | fantunes@ie.uminho.pt

MICRORREGULACIÓN LOCAL DE LA OFERTA EDUCATIVA EN EL CONTEXTO DE LA «CRISIS DE LA ESCUELA»¹

En el marco de la «estructura reticular» que caracteriza los procesos de «multirregulación» del sistema educativo (Barroso, 2006), el análisis del papel de los padres², como actores individuales o colectivos con intervención privilegiada con respecto a los complejos procesos de «microrregulación» local de la oferta educativa, constituye un campo de estudio aún poco investigado. Sin embargo, la tendencia progresiva, observada en diversas latitudes, para fundamentar cada vez más las políticas públicas en los «derechos del consumidor» en detrimento de los «derechos del ciudadano» (Whitty, 1996), ha conducido, en el caso de la educación, en ciertos dominios y momentos, a la ampliación del espacio dejado a «una “regulación de la oferta” por la demanda» (Barroso, 2003: 77). Una de las formas más comunes de favorecer esta alteración consiste en que los padres³ puedan escoger (más o menos libremente) el centro⁴.

¹ Esta investigación fue apoyada por el Centro de Investigación en Educación (CiEd) en la Universidad de Minho, financiado por la Fundación para la Ciencia y Tecnología de Portugal, en el marco del Proyecto PEst-OE/CED/Ui1661/2011.

En este artículo reformulamos un análisis presentado en una versión anterior en *Públicos Escolares e Regulação da Educação. Lutas concorrenciais na arena educativa* (Antunes y Sá, 2010).

² En castellano, utilizaremos indistintamente los términos padres o tutores para referirnos a sus equivalentes portugueses «pais» o «encarregados de educação».

³ Cuando nos referimos a la elección del centro, estamos circunscribiendo este concepto a la elección entre establecimientos públicos. De hecho, este concepto puede tomar un significado mucho más amplio y abarcar otros tipos de elección. Van Zanten, por ejemplo, cuando se refiere a él incluye cuatro estrategias diferentes: i) la elección entre establecimientos públicos y privados, ii) la elección dentro del sistema público, iii) la elección del barrio residencial en función de la ubicación de la escuela y iv) la opción para «tomar la palabra en los establecimientos locales» en detrimento de la «deserción» (Van Zanten, 2009: 7-9).

⁴ En portugués, la palabra «escola» designa el establecimiento en que la escolarización tiene lugar. Pensamos

que en español hay dos términos equivalentes, centro y escuela. Por ese motivo optamos por utilizarlos ambos.

Las reformas educativas que, a lo largo de los últimos veinticinco o treinta años, han marcado los sistemas educativos de los países *centrales*, en especial EE.UU. y Gran Bretaña, presentan como nexo común, aunque con configuraciones y grados sustancialmente distintos, la consagración de diversas formas de participación de los padres en las estructuras de *gobierno* de los centros. En última instancia, este hecho se traduce en un reajuste de las relaciones de fuerza entre el *productor* y el *consumidor*. Esta onda reformista surge en el marco de una (supuesta) «crisis de la escuela» que se manifiesta, sobre todo, a partir del último cuarto del siglo XX. La discusión del proyecto político protagonizado por la escuela pública se ahonda y surgen, de forma más evidente, sus limitaciones y contradicciones como «espacio de construcción de la ciudadanía» que es «esencialmente jerárquico y autoritario», incapaz de «reconocer las realidades de la desigualdad y de la heterogeneidad social» y que contribuye seriamente a la legitimación de la reproducción social. Sin embargo, continúa siendo un contexto «donde pueden desarrollarse prácticas de ciudadanía, y en el que se ejercen derechos cívicos», sobre todo «para los niños y jóvenes que padecen —no lo olvidemos— serios “déficits” de ciudadanía» (Morán, 2007: 16). Si, por un lado, la escuela se abrió a nuevos públicos y las trayectorias escolares se ampliaron, traduciendo lo que Prost (1986), citado por Merle (2002), designa como «democratización cuantitativa», por otro lado, ciertas desigualdades persistieron o se reforzaron. Esto porque, como afirma Duru-Bellat (2006: 20), «más estudios para todos no significa los mismos estudios para todos», es decir, la «democratización cuantitativa» convive con la «democratización segregativa» (Merle,

2002: 81)⁵. Duru-Bellat (2006: 21) concluye que «la democratización real a ciertos niveles no es antagónica a la jerarquización social creciente de los diferentes itinerarios». La persistencia de la «democratización segregativa» significa que más, que una superación de las desigualdades, se viene asistiendo a su «translación» y a su «recomposición». Esta interpretación se apoya en estudios sobre la desigualdad de oportunidades educativas, las dinámicas familiares y la movilidad social (véase, por ejemplo, Bernardi, 2007) y otros trabajos centrados en los determinantes socioeconómicos de la desigualdad (cf., entre otros, Budría, 2010). En este sentido, la educación puede ser analizada como el espacio donde se desarrollan los procesos sociales y las *luchas competitivas* (Bourdieu, 1979) con impacto en la distribución de oportunidades y de recursos materiales y simbólicos valiosos y raros y, en consecuencia, en la asignación social de sectores de la población y en la democratización de las sociedades.

En este contexto, la inversión de los jóvenes y de sus respectivas familias en las «opciones correctas» (del centro, de la vía de estudios, de la clase) constituye una de las estrategias posibles para gestionar la «inflación escolar» (Duru-Bellat, 2006) y el surgimiento de nuevos «modos de selección» (Canário, 2005)⁶. Estos nuevos modos de

selección incluyen la introducción de las políticas de libre elección del centro, por parte de los padres/tutores, y la refundación de las fórmulas de su financiamiento, ahora indexado sobre todo al número de alumnos captados, mimetizando, así, las lógicas mercantiles del campo empresarial. Estas nuevas políticas de «devolución de poderes» llevan implícita la idea de que la responsabilidad de la educación es, sobre todo, una obligación de los individuos y de las familias, y cada vez menos del Estado. Aparentemente, se confiere más poder a la sociedad civil, en su versión *mercantilizada*, en la que los derechos del consumidor se sobreponen a los derechos del ciudadano (Whitty y Power, 1997: 220-221). En este contexto, «la gestión de los problemas y de los conflictos tiende a ser delegada en la periferia» (Canário, 2005: 86), con la consecuente desresponsabilización del Estado por los eventuales «fracasos de la escuela» pues, como observa Reay (1998: 198), «la lógica del mercado sitúa el peso del éxito y del fracaso en cada alumno, padre o escuela». Paralelamente, la consagración de la «soberanía del consumidor» reconceptualiza el *ideal-tipo* de «padre responsable» (Stoer y Cortesão, 1999; Sá, 2007); además, como manifiestan diversos autores, esta tendencia permite la reintroducción de un sistema elitista, dado que favorece a los grupos sociales que poseen el capital cultural, social y económico que les permite acceder a los «santuarios de excelencia» y, por esa vía, reproducir su situación de ventaja. Basándose en los datos de una investigación conducida por Moore y Davenport (1990), Ball (1995: 223) afirma que «el mercado proporciona un mecanismo para la reinención y legitimación de la jerarquía y de la diferenciación a través de la ideología de la diversidad, de la competición y de la elección». Por eso, concluye el mismo autor: «El mercado funciona como una estrategia de clase, al crear un mecanismo que puede ser

⁵ P. Merle utiliza la expresión «democratización segregativa» para referirse, simultáneamente, a una ampliación de la base social de reclutamiento de un determinado nivel de escolarización y a la persistencia de desigualdades sociales en el acceso a las diferentes etapas de ese mismo nivel de escolarización. Como aclara este autor, tomando como ejemplo el «baccalauréat»: «El primer término de la expresión se refiere a la ampliación social del acceso a la enseñanza secundaria (bac) sin distinción de etapas (series), el segundo de la divergencia creciente del reclutamiento social entre las diferentes etapas de la enseñanza secundaria» (Merle, 2002: 81).

⁶ Como afirma Canário (2005: 85): «De una selección de los “mejores”, que ha caracterizado a la escuela (elitista) de las “certezas”, se ha pasado a un proceso selectivo orientado a la “exclusión” de los peores, por exclusión relativa».

explorado por las clases medias como una estrategia de reproducción en su búsqueda de una situación de ventaja relativa» (Ball, 1995: 224-225). También Van Zanten (2009), en un reciente trabajo en el que recoge investigaciones que desarrolló en cuatro comunas parisienses en el periodo comprendido entre 1999 y 2005, sostiene que la elección de la escuela puede funcionar como estrategia de «cierre social» en beneficio de los diferentes segmentos de la clase media. Esta autora ha estudiado las elecciones de la escuela «como nuevas formas de monopolización de ciertas ofertas educativas gracias a “estrategias de usurpación” y a “estrategias de exclusión”» (Van Zanten, 2009: 17). En este estudio se concluye que las diferentes estrategias de elección no tienen todas las mismas implicaciones sobre la segregación social y escolar ni sobre la monopolización de recursos: «Las elecciones dependiendo del lugar de residencia, puestas en acción principalmente por los “tecnócratas” para aproximarse a los centros públicos buenos, son las más eficaces en términos de monopolización de los recursos, simultáneamente las menos visibles y permiten a los padres que las ponen en práctica presentarse como “buenos ciudadanos” que envían a sus hijos al centro del barrio» (ibíd.: 242)⁷.

En otro estudio ha observado uno de los autores de este texto que la ideología de los «casi-mercados» (Le Grand, 1991) educacionales asienta en sus premisas que la introducción de políticas orientadas al mercado en la educación promoverá la competición entre centros, animará a una utilización más eficiente de los recursos, volverá a los productores más responsables ante los consumidores,

aumentará las oportunidades de elección y promoverá la diversidad de oferta. Sin embargo, para que esto ocurra es necesario que (todos) los padres estén motivados para escoger, que puedan escoger y, sobre todo, que sepan hacer elecciones con conocimiento, justificadas en criterios de excelencia académica de las escuelas. Solo así se podrá esperar que las «buenas» escuelas superen a las «malas» (Sá, 2004: 316-317). Sin embargo, algunas investigaciones han cuestionado estas precondiciones, mostrando, por ejemplo, que no todos los padres otorgan igual prioridad a la *cultura de la elección* (Ball, 1995: 217-218; Walford, 1994), además de que, en ciertos casos, más que una elección de la escuela por parte de los padres, encontramos una elección de los padres por la escuela (Whitty *et al.*, 1999). Por otro lado, ciertos segmentos de padres, cuando escogen, parecen priorizar *cualidades* escolares que no coinciden necesariamente con los criterios de excelencia académica que se presumen en las políticas de elección (Adler *et al.*, 1989; Walford, 1994)⁸. Asimismo, según Adler *et al.*, los padres, en el momento de escoger, tienden a decidir basándose en una información limitada (y a veces inadecuada) y a restringir el abanico de opciones a un número muy reducido. Por su parte, Walford, basándose no solo en su propia investigación, sino también en diversos estudios realizados por otros investigadores (por ejemplo, Gewirtz, Ball y Bowe, 1995, entre otros), afirma que: «La investigación muestra que los diferentes padres escogen de modo diferente» (1994: 123). También sostiene que esas diferencias se relacionan con el estatus socioeconómico,

⁷ No tenemos datos en lo que se refiere al peso que esta estrategia tiene en el contexto portugués. Consideramos, sin embargo, que en Portugal existe una variante barata de estas elecciones estratégicas, según la ubicación de la residencia que tendrá mayor expresión numérica, por lo menos en los centros que hemos estudiado: escoger un «responsable de educación de conveniencia» (Sá y Antunes, 2007).

⁸ Adler y otros autores, en el estudio que llevaron a cabo en tres LEA (Local Educational Authorities) británicas, concluyeron que «por lo menos en el seno del sistema estatal, la mayoría de los padres que eligen en nombre de sus hijos parecen adoptar una perspectiva más humanista que tecnológica, y están menos preocupados por los criterios de producto cuantificables que por la creación de una atmósfera que favorezca el bienestar del niño» (Adler *et al.*, 1989: 134).

étnico y cultural de quienes *eligen* (véanse, por ejemplo, Fuenmayor *et al.*, 2003; Cebolla Boado, 2007). Las diferencias de inversión en el proceso de elección, el valor dado a diferentes criterios de «excelencia» y la mayor o menor importancia concedida a las preferencias de los educandos, son aspectos que separan a «los diferentes padres». Estas diferencias tienen fuertes implicaciones en lo que se refiere a la equidad pues, como afirma Walford (1994: 123), «los niños oriundos de un contexto (*background*) que no confiere gran importancia a la educación tienen más probabilidades de ir a parar a las escuelas menos populares, mientras que las familias que le otorgan gran importancia tienen más probabilidades de ir a parar a las escuelas más buscadas. Como afirman Olmedo Reinoso y Santa Cruz Grau (2008: 5): «la oportunidad de actuar aparece frecuentemente relacionada con la noción de “capacidad”, entendida en relación con los bienes y otros recursos relevantes de que disponen las familias. Capacidad, estrategia y recursos se encuentran íntimamente ligados». Es importante, por eso, comprender si, también en Portugal, los procesos para la elección de la escuela constituyen una *estrategia de clase*, intentando identificar, por un lado, en qué *criterios de excelencia* se basan las elecciones y, por otro lado, si existe correlación entre dichos criterios y las características de la población estudiada.

RACIONALIDADES PARA LA ELECCIÓN DE LA ESCUELA EN EL CONTEXTO PORTUGUÉS: EL CASO DE VILA FORMOSA

Breve contextualización del estudio y caracterización de la muestra

En Portugal, el encuadramiento jurídico normativo que regula la matrícula y la distribución de los alumnos por los centros y

«agrupamientos»⁹ no expresa, de forma clara, la libre elección del centro por parte de las familias. Esto no impide que, en la práctica, ciertos segmentos de tutores utilicen estrategias diversas para acceder a los «centros de excelencia» capaces de asegurar a sus educandos caminos menos tortuosos para futuros profesionales más interesantes y gratificantes.

Los datos empíricos en los que nos basamos para desarrollar nuestro análisis fueron recogidos a través de una encuesta de cuestionario aplicada a una muestra constituida por 815 tutores, distribuidos en tres escuelas secundarias (escuela Alfa, escuela Kapa y escuela Delta) del municipio de Vila Formosa¹⁰. En la constitución de la muestra hubo la preocupación de la representatividad en relación a la diversidad de los cursos ofrecidos en cada uno de los tres centros, así como la proporcionalidad por referencia al número de estudiantes por curso (10º, 11º y 12º). Presentamos a continuación una breve caracterización de la muestra productora de datos.

El papel del tutor es, en la mayoría de los casos (90,2%), asumido por los progenitores y sobre todo por las madres (el 58,3% de madres contra el 31,9% de padres). En el 5% de los casos el tutor es el propio alumno, lo que se comprende porque en la enseñanza

⁹ En Portugal, se denomina «agrupamiento de escuelas» a una unidad organizativa dotada de órganos propios de organización y gestión, constituida por centros de enseñanza preescolar y de uno o más niveles y ciclos de enseñanza que comparten un proyecto pedagógico común.

¹⁰ Vila Formosa (designación de conveniencia) es un municipio en el norte de Portugal que agrupa varios centros de educación secundaria regular, públicos y privados. Para el estudio de los «argumentos de elección» del centro se seleccionaron tres escuelas públicas. Considerando los objetivos del estudio, en la elección de las escuelas fue decisiva su proximidad geográfica (ubicadas en el centro de la ciudad sede del municipio) y la diversidad de su oferta educativa. Inicialmente se contempló la inclusión de una escuela privada, también ubicada en la sede del municipio. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados, no hemos tenido respuesta por parte de la dirección de dicha escuela.

TABLA 1. *Escolaridad del padre y de la madre de los alumnos*

	Total		Escuela Delta		Escuela Kapa		Escuela Alfa	
	Frecuencia	%	Frecuencia	%	Frecuencia	%	Frecuencia	%
Ens. Primaria	362	22,0	170	31,0	83	16,1	109	19,1
Ens. Preparatoria	322	19,7	128	23,4	90	17,5	104	18,3
Ens. Básica	254	15,5	60	11,0	99	19,2	95	16,7
Ens. Secundaria	332	20,3	103	18,8	99	19,2	130	22,8
Ens. Superior	326	20,0	78	14,2	125	24,3	123	21,7
Resp no válidas	2	0,12	1	0,18	0	0	1	0,17
No sabe/no cont.	31	1,9	7	1,2	18	3,5	6	0,10
Total	1.629	99,5	547	99,8	514	99,8	568	98,9

secundaria algunos de los alumnos ya son mayores de edad.

En lo que respecta a los niveles de escolarización, consideramos la distribución de los padres en las tres escuelas a las que asistían sus respectivos educandos, procedimos a la fusión de las escolaridades del padre y de la madre y reunimos la escolaridad correspondiente a la diplomatura, licenciatura, máster y doctorado en una única categoría: enseñanza superior.

Como puede ser fácilmente constatado por el análisis de la tabla 1, en el caso de los padres de los alumnos de la escuela Delta, el peso de los dos primeros niveles de enseñanza considerados (primaria y preparatoria) es significativamente superior al peso que esos mismos niveles tienen en el conjunto de la muestra. En cambio, en las escuelas Kapa y Alfa, el porcentaje de padres que solo concluyó la enseñanza preparatoria es inferior al valor porcentual de la muestra. Nótese, por ejemplo, que el 31% de los padres de la escuela Delta solo concluyeron la enseñanza primaria, mientras que en la escuela Kapa el peso de ese nivel de enseñanza desciende aproximadamente a la mitad (16,1%). La desventaja de la escuela Delta se verifica también en relación al porcentaje de padres con nivel de formación correspondiente a la enseñanza superior: el 14,2% en la escuela Delta contra el 21,7% en la Alfa y el 24,3% en la Kapa.

«Argumentos para la elección» de la escuela: entre el «proceso» y el «producto»

Nos centramos ahora en la cuestión nuclear para los objetivos de este análisis: los factores que fueron más importantes en el momento de escoger la escuela a la que los educandos asistirían¹¹. Para obtener la respuesta de nuestros encuestados recurrimos a una pregunta cerrada de respuesta múltiple. Se distinguieron 11 alternativas de respuesta complementadas con la opción «otro», solicitamos a los encuestados que, si fuese el caso, lo especificasen. En relación a cada uno de los «factores» contemplados, los padres debían distribuir su respuesta a lo largo de una escala de tipo Likert que admitía las siguientes alternativas: *muy importante*; *importante*; *poco importante*; *sin importancia*.

En la selección de las posibles «razones» para la elección de la escuela se incluyeron,

¹¹ Es importante aclarar que el estudio pretendía identificar las razones de elección del centro a la entrada de la enseñanza secundaria. En Portugal, la transición de la enseñanza básica (9 años) a la enseñanza secundaria (3 años) implica, para la mayoría de los estudiantes, cambio de centro. Cuando suministramos la encuesta por cuestionario a los padres, la enseñanza básica correspondía a la enseñanza obligatoria. A partir del año lectivo 2012-2013 está en vigor la escolaridad obligatoria durante 12 años (9 años de enseñanza básica más 3 años de enseñanza secundaria).

además de factores contemplados en la legislación que regula las matrículas y la distribución de los alumnos en las escuelas, algunos «argumentos» referenciados en los estudios sobre la elección de la escuela. Al recurrir a una pregunta cerrada tenemos conciencia de que corremos el riesgo de alguna parcialidad surgida del denominado «efecto de pregunta», a pesar de haber incluido la alternativa «otro». No obstante, si hubiésemos optado por una pregunta abierta, encontraríamos otros «contras».

Una primera lectura de la frecuencia de las respuestas dadas por los tutores sobre cada uno de los factores de elección del centro nos permitió concluir que los dichos factores poseen un razonable poder discriminante, especialmente en el índice de valorización «muy importante». Efectivamente, la diferencia de frecuencia de respuestas de los diversos factores analizados es muy significativa, el factor por el que se opta más veces suma 543 «elecciones», mientras que el menos veces seleccionado en aquel nivel de importancia registró solo 53 respuestas¹².

El gráfico 1 presenta los datos sumados relativos a la incidencia de los grados «muy importante» e «importante» en relación a los factores tenidos en cuenta en la elección de la escuela¹³. La primera posición la ocupa el factor «Tener la vía pretendida», con 747 respuestas (91,6%), «La escuela prepara bien a los alumnos para los exámenes» se sitúa en segundo lugar: 708 encuestados (86,8%) consideraron que este factor fue, por lo menos, «importante» y solo 16 encuestados

(2%) lo consideraron «sin importancia». El elevado consenso sobre la importancia de este factor indica la relevancia del «instrumentalismo» en los argumentos para la elección (Van Zanten, 2009: 26).

El tercer lugar lo ocupa el «Ambiente de disciplina en la escuela». 675 encuestados (82,8%) lo incluyen entre los factores «muy importante» o «importante» a la hora de escoger la escuela para sus respectivos educandos¹⁴. El «Prestigio de la escuela» y su «Elevado grado de exigencia» se sitúan en el cuarto y el quinto lugar, respectivamente, con valores muy cercanos¹⁵. La «Proximidad del lugar de residencia» y la «Proximidad del lugar de trabajo», aunque integran el conjunto de las prioridades a respetar a la hora de cubrir la capacidad existente en cada escuela, no se consideraron razones prioritarias. Sorprende el bajo número de encuestados que consideró «La posición de la escuela en las listas ordenadas publicadas en los periódicos» como «muy importante» para la elección de la escuela. Este factor ocupa la décima y penúltima posición, con solo 87 respuestas (10,7%).

Estos datos parecen restar fuerza al/a los argumento/s frecuentemente aducido/s por los defensores y promotores de la publicación de las listas ordenadas de las escuelas

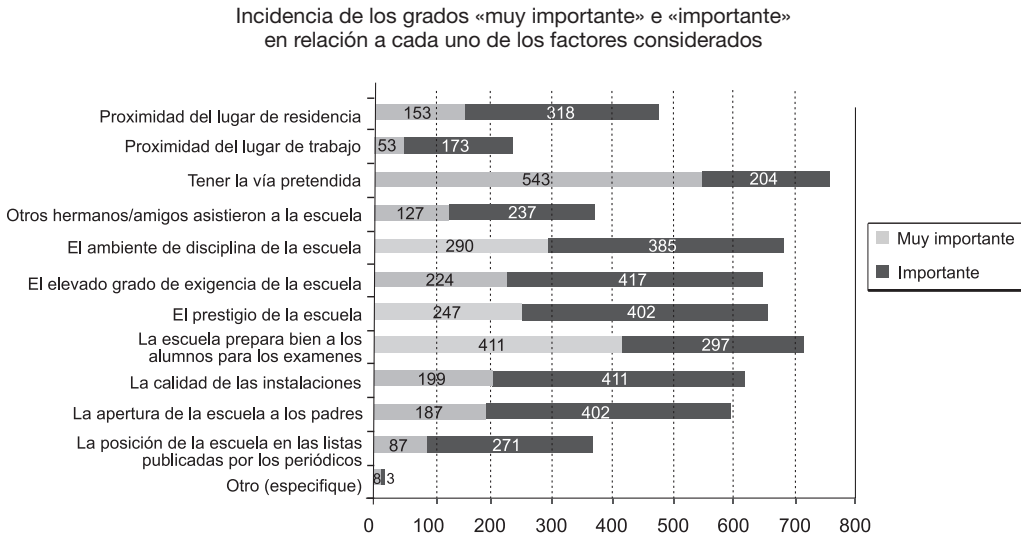
¹² Comparamos solo los factores que surgen explícitamente enunciados. Dejamos, por lo tanto, a un lado el factor «otro» porque, como sucede habitualmente en cuestionarios de este género, pocos encuestados lo han seleccionado.

¹³ Como se puede observar en el gráfico, la «jerarquía» de los «argumentos de elección» se mantiene exactamente igual, independientemente de considerar solo el nivel de la escala «muy importante» o de agregar los datos relativos a los niveles «muy importante» e «importante».

¹⁴ En la investigación llevada a cabo por Adler *et al.* (1989) en Escocia, el factor «La escuela tiene reputación de mejor disciplina» también fue considerado como una de las razones más importantes para la elección de la escuela por parte de los padres en la transición a la enseñanza secundaria. De entre la larga lista de 32 factores contemplados por aquellos autores, la «buena disciplina» ocupó precisamente el tercer lugar en dos de los tres «distritos escolares» de donde se seleccionó la muestra. En la otra «autoridad educativa local» la reputación de la escuela con una buena disciplina ocupó el cuarto lugar (cf. Adler *et al.*, 1989: 133-134).

¹⁵ Una vez más encontramos algún paralelismo entre estos resultados y los resultados del estudio conducido por Adler *et al.* (1989). El factor «La escuela hace a los alumnos trabajar más arduamente» ocupó en la investigación de estos autores, en el conjunto de las 32 «razones» consideradas, posiciones que oscilaron entre la cuarta y la séptima.

GRÁFICO 1. ¿Cual fue la importancia de los factores abajo indicados en la elección de la escuela a la que su hijo asiste?



(rankings) basados en los resultados de los exámenes. Efectivamente, la publicación se ha justificado en nombre del interés de los padres, con el objetivo de proporcionarles información para que realicen elecciones informadas. Sin embargo, nuestros encuestados no parecen reconocerle gran importancia a la hora de elegir el centro.

En resumen, en el momento de escoger el centro, los padres, además del requisito básico de que tenga la vía pretendida, valoran sobre todo la buena preparación para los exámenes, el ambiente de disciplina, el prestigio del centro, su grado de exigencia, la calidad de las instalaciones y, en menor grado, la apertura del centro a su participación¹⁶. En contrapartida, la proximidad del lugar de trabajo, la posición del centro en los rankings publicados en los periódicos, la presencia de hermanos o amigos e incluso la

proximidad del lugar de residencia parecen pesar bastante menos en la decisión de matricular a los hijos en una determinada escuela. Estas «conclusiones» presentan alguna sobreposición a las «razones» encontradas en otros estudios, pero evidencian también algunas particularidades. Por ejemplo, aquí como en otros estudios, se valora la «disciplina», pero «preparar bien para los exámenes» asume en nuestra investigación una relevancia que parece superar la que este factor alcanza en otras investigaciones. En ese sentido, el criterio del «producto» parece asumir alguna ventaja sobre el criterio del «proceso»¹⁷, con las cualidades «educati-

¹⁶ De ser así, aparentemente, en el marco de los argumentos de elección, la posibilidad de «toma de la palabra» parece ser menos relevante que la de «deserción» (Van Zanten, 2009).

¹⁷ Tomamos aquí los términos producto y proceso, como criterios de elección de la escuela, en el sentido que les atribuyen Elliott *et al.* (1981), citados por Adler *et al.* (1989: 95). En el primer caso se incluyen las elecciones que confieren prioridad a los resultados académicos, concretamente los que se traducen en el score alcanzado por la escuela en los exámenes. Por su parte, las elecciones que valoran el proceso son aquellas que confieren prioridad al bienestar y felicidad del niño, encuadrándose en lo que aquellos autores designan como «perspectiva humanista», a la que contraponen a la «perspectiva tecnológica» de los seguidores del producto.

vas» de la escuela sobreponiéndose, aparentemente, a las cualidades no educativas, como por ejemplo la proximidad al domicilio. Este último factor, que en nuestra muestra ocupa una posición secundaria, ha sido referido en otros estudios como uno de los principales motivos que llevan a los padres a escoger una determinada escuela (Adler *et al.*, 1989: 133-134).

REGULARIDADES Y DISCREPANCIAS: CONCENTRACIÓN DE PÚBLICOS, ¿MOVILIZACIÓN PARENTAL O RACIONALIZACIÓN DE LA ACCIÓN?

Hasta aquí, por opción nuestra, hemos analizado las respuestas dadas a la cuestión relativa a los factores que influyen en la elección de la escuela por parte de los padres, en la transición a la enseñanza secundaria, y sin ningún cruce con las variables de caracterización de la muestra. En este punto nos interesa cotejar las diferentes racionalidades de la elección en correlación con los distintos contextos organizacionales donde desarrollamos el estudio, y con algunas de las características de la población encuestada.

El primer dato a destacar es que los diferentes niveles de *escolaridad de los padres* presentan menos asociaciones estadísticamente significativas¹⁸ con los distintos «argumentos de elección» que la variable *escuela a la que asiste el educando*. Efectivamente, encontramos diferencias entre los encuestados de las tres escuelas, mientras que las discrepancias entre los segmentos de padres con diferentes niveles de escolaridad son menores. En los puntos siguientes intentaremos documentar estas regularidades y discrepancias en torno a la importancia conferida al conjunto de factores de elección de la escuela valorados por los encuestados, cru-

zándolas con algunas de las variables de caracterización de nuestra muestra. Desarrollaremos el análisis siguiendo de cerca la jerarquización de los factores de elección indicados por los padres. Así, empezaremos por el factor «Tener la vía pretendida» que, como ya mencionamos, fue clasificado como «muy importante» por 543 encuestados (66,6%) y como «importante» por otros 204 (25%). Dado que la casi totalidad de los encuestados (91,6%) lo consideraron, por lo menos, «importante», como sería de esperar, las respuestas se distribuyen de forma relativamente proporcional en los tres contextos organizacionales, lo mismo sucede cuando se consideran los diferentes niveles de escolaridad concluidos.

Por un lado, puede parecer obvio que «Tener la vía pretendida» constituya un requisito importante en el momento de escoger la escuela a la que se desea ir. Sin embargo, esta elevada *puntuación* puede también sorprender ya que la mayoría de los educandos de nuestros encuestados cursaban vías disponibles en todas las escuelas del municipio de Vila Formosa y, en esta circunstancia, independientemente de la vía pretendida, cualquiera de las escuelas podía haber sido escogida. Sin embargo, es posible que nuestros encuestados, más que indicar si aquel factor fue o no, *de hecho*, importante en su caso, hayan ponderado antes, *en abstracto*, la importancia de tener en cuenta si existía la vía pretendida en el momento de escoger la escuela.

El factor «Preparar bien para los exámenes», como ya mencionamos, ocupa el segundo lugar en la clasificación de los factores más importantes. Efectivamente, el 86,8% de los encuestados (708) distribuyeron sus respuestas entre las opciones de la escala «muy importante» e «importante». Independientemente de que consideremos la escuela, la escolaridad de los padres o la vía cursada, la gran mayoría de los encuestados consideran importante o muy importante preparar bien para los exámenes. No obstan-

¹⁸ Las asociaciones se consideraron estadísticamente significativas para un $p \leq 0,05$.

te, cuando aislamos el grado «muy importante», se verifican algunas diferencias entre escuelas. La Alfa registró el porcentaje más elevado de respuesta en aquel extremo de la escala (el 57,2%).

TABLA 2. Grado de importancia atribuido por los padres al factor «preparar bien para los exámenes» en función de la escuela a la que asiste su educando

	Muy importante	
	Frecuencia	%
Escuela Alfa (n: 269)	154	57,2
Escuela Delta (n: 274)	126	45,9
Escuela Kapa (n: 270)	131	48,5

En compensación, el porcentaje más bajo (el 45,9%) se verificó en la escuela Delta, inmediatamente seguida de la Kapa con el 48,5% de los encuestados que consideraron que el factor «Preparar bien para los exámenes» fue muy importante en su elección de la escuela. Estos datos son congruentes con la *imagen pública* asociada a cada uno de los tres centros¹⁹ y, curiosamente, replican su posición relativa en los *rankings* nacionales construidos a partir de los resultados de los exámenes a lo largo de los últimos

¹⁹ En las entrevistas que realizamos, en otra fase del estudio, a los dirigentes escolares de los varios centros con oferta de enseñanza secundaria en el concejo de Vila Formosa, la escuela Alfa surge sistemáticamente presentada como la escuela de referencia, la escuela de moda y, en algunos casos, como la «buena escuela para preparar a las élites». Por su parte, la escuela Kapa, geográficamente muy cercana a la escuela Alfa, se encuentra en una posición también privilegiada en cuanto al público servido, pero, por razones que el dirigente escolar que entrevistamos consideró «culpa de la escuela», perdió alguna capacidad de atraer a los mejores alumnos, reflejándose este hecho en su posición en los *rankings*. Por último, la escuela Delta es claramente la que sirve a un público de extracción más popular. Es en esta escuela donde se registra un nivel medio de escolarización de los padres más bajo, siendo también esta escuela, en el conjunto de las tres y en el momento en el que recogemos los datos, la que ocupaba una posición más modesta en los *rankings* nacionales.

años. Un porcentaje más elevado en el grado «muy importante» corresponde, simétricamente, a una mejor posición en dichos *rankings*²⁰.

Cabe destacar también la asociación, estadísticamente significativa, entre la importancia atribuida a una buena preparación para los exámenes y la trayectoria de éxito/fracaso del educando. Los tutores cuyos educandos presentan una trayectoria escolar sin repeticiones de curso tienden a valorar más una buena preparación para los exámenes que aquellos cuyos educandos han repetido por lo menos una vez, sobre todo cuando la repetición tuvo lugar en 3^{er} ciclo. Observamos una asociación positiva entre valorar la preparación para los exámenes y el nivel de información del tutor en relación a las vías de enseñanza disponibles a la entrada en el décimo curso. Por otro lado, asociado a una mayor valoración en la preparación para los exámenes surge más información, en relación a las opciones disponibles. A su vez, poseer más información en relación a las vías de enseñanza aparece positivamente asociado al nivel de escolarización de los encuestados; los padres con niveles de escolarización más elevados afirman estar mejor informados sobre los posibles itinerarios escolares de sus respectivos educandos al entrar en el 10^o curso.

Asimismo, considerar muy importante preparar bien para los exámenes aparece asociado a las variables vía cursada por los jóvenes y nivel de escolaridad de los padres, ambas relacionadas. Efectivamente, se observa una covariación significativa entre la escolaridad de los padres y la vía cursada por sus educandos. En las vías tecnológicas y profesionales se verifica una fuerte sobrerrepresentación de los alumnos cuyos padres tuvieron una escolaridad igual o inferior a 9^o curso. En nuestra muestra,

²⁰ Nos referimos a los *rankings* elaborados por los medios de comunicación social entre 2001 y 2008.

TABLA 3. Grado de importancia atribuido por el padre al factor «prestigio del centro» en función de la escuela a la que asiste su educando

	Muy importante		Importante		Frecuencia (a+b)	%
	Frecuencia a)	%	Frecuencia b)	%		
Escuela Alfa (n: 269)	116	43,1	123	45,7	239	88,8
Escuela Delta (n: 274)	63	22,9	142	51,8	205	74,8
Escuela Kapa (n: 270)	68	25,1	137	50,7	205	75,8

por ejemplo, en el caso de las vías Tecnológica de Construcción Civil y Edificación, Tecnológico de Mecánica y Tecnológico de Electrotecnia y Electrónica, no hay ningún tutor con escolaridad superior a la enseñanza secundaria.

El ambiente de disciplina de la escuela ocupa la tercera posición en los factores considerados más importantes. El reconocimiento de esta importancia se distribuye de forma relativamente uniforme en los diferentes segmentos de escolaridad de los padres, aunque sea perceptible un ligero predominio del grado muy importante en el segmento de los padres con escolaridad correspondiente a la enseñanza superior. No obstante, esta asociación solo se encuentra en una de las tres escuelas: la escuela Delta. En esta escuela, mientras que 38 padres (el 25,9%) con escolaridad igual o inferior al 2º ciclo reconocieron como «muy importante» el ambiente de disciplina de la escuela como factor de elección, el porcentaje relativo al mismo grado de importancia se eleva al 50% (19) entre los padres con escolaridad de nivel superior. Tampoco se observan variaciones significativas entre las escuelas en la valoración del ambiente de disciplina como factor de elección de la escuela. En el conjunto de los grados «muy importante» e «importante», las tres escuelas presentan porcentajes que varían entre un mínimo del 86,6% (escuela Delta) y un máximo del 88,3% (escuela Kapa). Sin embargo, una vez más, si centramos la atención en el grado relativo a la valoración

máxima, la escuela Alfa destaca de las otras dos. El porcentaje de padres que, en esta escuela, consideraron «muy importante» el ambiente de disciplina en el momento de escoger la escuela supera en casi 10 puntos porcentuales el valor de la escuela con menor valor porcentual en este grado de importancia.

«El prestigio de la escuela», factor que ocupa la cuarta posición en el conjunto de los «argumentos de elección» más valorados, es también el que aparece más fuertemente asociado a la escolaridad de los padres. A pesar de ser valorado por una amplia parte de nuestra muestra, es posible constatar diferencias estadísticamente significativas entre las diferentes categorías de encuestados, cuando se segmentan en función de los niveles de escolarización. Estas diferencias sobresalen más cuando nos fijamos en el nivel de la escala «muy importante». Así, su peso sube gradualmente hasta el nivel de escolaridad correspondiente a la enseñanza secundaria, y baja cuando los encuestados poseen estudios superiores²¹. Por lo tanto, entre los padres que concluyeron la enseñanza secundaria encontramos el mayor peso porcentual de encuestados que consideró «muy importante» el prestigio del centro como factor para su elección. No obs-

²¹ En el nivel «enseñanza superior» incluimos a los poseedores de diplomaturas, licenciaturas, masters y doctorados.

tante, la diferencia más significativa en la valoración de este «argumento de elección» aparece cuando utilizamos la variable escuela a la que va el educando.

La importancia conferida al *argumento de elección* «prestigio de la escuela» constituye otro factor de diferenciación de la escuela Alfa en relación a los otros dos centros. En términos relativos, el porcentaje de padres de esta escuela que clasificó como «muy importante» aquel *argumento de elección* casi duplicó el porcentaje de los que atribuyeron el mismo grado de importancia en las otras dos escuelas. Cuando sumamos el «muy importante» y el «importante», la diferencia entre las escuelas disminuye y la Alfa continúa siendo líder, con una razonable ventaja de cerca de 14 puntos porcentuales (véase la tabla 3).

Veamos ahora al quinto factor más apreciado en la elección de la escuela: «el elevado grado de exigencia». Aquí volvemos a encontrar una asociación entre su valoración y el nivel de escolaridad del tutor. Así, mientras solo el 18,9% de los tutores con educación primaria consideró de importancia máxima el alto nivel de exigencia de la escuela, en el caso de los tutores con enseñanza secundaria ese porcentaje se eleva al 35,7%, verificándose un sensible descenso al 34% cuando los padres tienen una carrera²². La cuestión que se plantea es saber si estos datos pueden significar si la elección de los tutores con más bajo nivel de escolarización se aproxima más al *ideal típico* de la orientación de la «moratoria significativa». Es decir, si estos padres ven la escuela como «un espacio y un tiempo de crecimiento que valora concretamente el bienestar, el placer y la felicidad [del niño]» (Van Zanten, 2009: 26), o

bien otras explicaciones se cruzan o superponen a esta²³.

Como ya había sucedido con el «prestigio de la escuela», cuando cruzamos la valoración del «elevado grado de exigencia» con la escuela a la que asisten los educandos de nuestros encuestados, se observan diferencias muy significativas.

Mientras que en la escuela Delta el 17% de los encuestados considera «muy importante» el elevado grado de exigencia de la escuela, en la escuela Alfa este nivel de importancia fue indicado por el 40,8% de los padres y en la Kapa ocupa una posición intermedia, con el 24,8%. La consideración simultánea de los grados «muy importante» e «importante», a pesar de diluir las diferencias entre las tres escuelas, no afecta a la *jerarquía* de la valoración del factor en apreciación. La escuela Alfa continúa liderando, con el 85,8% de los padres que considera el elevado grado de exigencia como relevante a la hora de elegir el centro. La escuela Kapa conserva su posición intermedia, con el 80% de los que escogen aquel índice de importancia y se aproxima más a la Alfa. El centro Delta sigue siendo el espacio donde se valora menos el grado de exigencia como razón para la elección, lo que virtualmente traduce un perfil académico menos exigente.

La «calidad de las instalaciones» ocupa la sexta posición, como factor que pesó en la elección, dentro del abanico de factores sometidos a la consideración de nuestros encuestados. Cerca del 75% de los padres (610) incluyó este factor en el grupo de «razones» consideradas importantes y de ellos alrededor de un tercio consideró haber sido

²² Como ya había sucedido en relación a la valoración de la importancia del prestigio de la escuela, vuelven a ser los padres con secundaria los que más valoran el elevado grado de exigencia en el momento de escoger la escuela.

²³ Van Zanten (2009), en su estudio, constató que esta orientación para la «moratoria expresiva» (*moratoire expressif*) era más frecuente en los «técnicos», fracción de la clase media muy cercana a las clases populares. En este caso los padres estarían menos preocupados por encontrar la escuela más competitiva y más «dura» en términos académicos que en encontrar la escuela más «humana» y que pueda dejar buenos recuerdos al niño.

un factor «muy importante». Sin embargo, la importancia de valoración de este factor progresa de forma inversa a la jerarquía de las cualificaciones académicas de los encuestados. Es decir, a medida que aumenta el nivel de escolaridad de los padres, baja el porcentaje de los que consideran la calidad de las instalaciones como factor de elección «muy importante».

El «resultado final» es que, al evaluar la importancia de la calidad de las instalaciones, el peso porcentual de los padres con enseñanza primaria que la consideró «muy importante» *duplica* el peso porcentual de los que concluyeron una escolarización de nivel superior.

Una mayor «apertura de la escuela a los padres» no parece constituir, en términos relativos, un fuerte «argumento de venta» en la captación de público por parte de las escuelas. En nuestra muestra, este factor ocupa la séptima posición en el abanico de las once «razones» analizadas por los padres, cerca del 72% de los encuestados lo consideraron importante. La valoración de este factor no presenta variaciones muy significativas en las diferentes categorías de escolarización de los padres, ni en función de la escuela del educando. Admitimos, no obstante, que la amplitud semántica de la expresión «apertura de la escuela a los padres» haga problemática la interpretación de la aparente menor valoración de la importancia dada a la posibilidad «de la toma de la palabra» en el interior de la escuela como argumento para la elección.

Contrariando otras investigaciones, nuestros encuestados, en el momento de escoger el centro, conceden, aparentemente, un papel secundario al factor «proximidad del lugar de domicilio». Por lo demás, en el *ranking* de los factores más importantes, el criterio de la localización geográfica de la escuela ocupa posiciones al final de la tabla, bien sea en relación a la proximidad del lugar de domicilio (octava posición), bien sea en relación a la proximidad del lugar de trabajo

(undécima posición). En otros estudios (por ejemplo, Adler *et al.*, 1989), los criterios de proximidad y de facilidad de acceso fueron considerados como los más determinantes en los comportamientos de elección del centro por parte de los padres. No obstante, esta valoración asume diferente importancia en cada clase social e incluso entre los diferentes segmentos de la misma clase, como evidencia Van Zanten (2009). En nuestro estudio, cuando cruzamos la valoración de la proximidad del lugar de domicilio con la escolaridad del tutor, verificamos que, de modo algo sorprendente y en oposición a otros estudios, esta valoración aumenta a medida que se incrementa el nivel de escolarización de los encuestados. Parecen ser que los padres que concluyeron niveles de escolarización más elevados son quienes más importancia atribuyen al factor proximidad entre la escuela y el domicilio, aspecto que se hace más visible cuando añadimos las frecuencias «muy importante» e «importante».

El carácter inesperado de estos datos se divide en dos aparentes «sorpresas»: i) son los padres con escolaridad más elevada quienes más valoran un criterio *no educativo* de elección de la escuela; ii) son los padres con trayectorias escolares más cortas, habitualmente asociadas a orígenes sociales más humildes, quienes aparentemente menos preocupaciones demuestran por la distancia entre la escuela y el domicilio. Sin embargo, es importante destacarlo, las diferencias de valoración de este factor entre los distintos niveles de escolaridad no son porcentualmente muy significativas, exceptuando el caso de los padres con la enseñanza primaria. Esta particularidad es indisoluble de la distribución espacial de las escuelas secundarias en Portugal, habitualmente localizadas en centros urbanos. En estas circunstancias, los alumnos que viven en los medios rurales (contextos caracterizados por índices de escolarización más bajos) no disponen de la posibilidad de escoger entre la escuela del barrio y otra fuera del barrio.

TABLA 4. Grado de importancia atribuido por el padre al factor «proximidad del domicilio» en función de la escuela a la que asiste el educando

	Muy importante		Importante		Frecuencia (a+b)	%
	Frecuencia a)	%	Frecuencia b)	%		
Escuela Alfa (n: 269)	42	15,6	89	33,0	131	48,6
Escuela Delta (n: 274)	65	23,7	120	43,8	185	67,5
Escuela Kapa (n: 270)	46	17,0	109	40,5	155	57,4

Independientemente de la escuela que seleccionen siempre tienen que desplazarse fuera de la localidad donde viven. Por lo demás, como ya hemos referido, constatamos una asociación estadísticamente significativa entre la distancia que los alumnos recorren para llegar a la escuela a la que asisten y el nivel de escolarización de los tutores, con «penalización» para los menos escolarizados²⁴.

Observamos también una relación, ahora estadísticamente significativa, entre la importancia atribuida por el padre al factor «proximidad del domicilio» y la escuela a la que asiste el educando. Esta relación se vuelve estadísticamente significativa cuando se agregan los resultados «muy importante» e «importante».

La diferencia de cerca de 20 puntos porcentuales entre la escuela Alfa y la Delta muestra diferencias muy pronunciadas en la valoración del criterio de elección «proximidad del domicilio». Los padres de los alumnos de la escuela Alfa lo eligen menos, o sea, están aparentemente más dispuestos a seleccionar escuelas ubicadas a mayor distancia del domicilio, ampliando así su abanico de posibles elecciones. El análisis

de los datos relativos a las distancias que los jóvenes recorren en el desplazamiento a la escuela parece indicar que la escuela Alfa recibe alumnos de un radio de acción más amplio²⁵. Por su parte, los tutores cuyos educandos asisten a la escuela Delta, porque conceden mayor importancia al criterio de la distancia, quedarán más limitados en sus opciones; ellos eligen, con mayor frecuencia, el centro basándose en el criterio de la proximidad. Esta tendencia se confirma en este centro por el mayor peso porcentual de padres que viven a una distancia inferior a un kilómetro.

Por último, cabe destacar la posición muy modesta del lugar que la escuela ocupa en los *rankings* en el momento de la elección. Del conjunto de nuestros encuestados, solo cerca del 10% (87) reconoció atribuir mucha importancia a esta «información». Por otro lado, 271 padres más (un 33,3%) consideraron «importante» la posición de la escuela en las listas publicadas por la prensa. Este criterio es, aparentemente, menos valorado por los tutores con estudios superiores que por quienes poseen una escolaridad correspondiente a la enseñanza secundaria o inferior. Dado que la frecuencia de las respuestas por nivel de escolaridad es relativamente baja, creamos solo dos categorías de escolariza-

²⁴ Es importante aclarar que las tres escuelas (Alfa, Kapa y Delta) se sitúan en la sede del concejo de Vila Formosa, las dos primeras en una posición más central y distando entre ellas aproximadamente 500 m y la última en una posición más periférica, a unos 1.500 m de las dos anteriores.

²⁵ En realidad, la escuela Alfa tiene ventaja en el reclutamiento de alumnos en una distancia comprendida entre los 5 y los 10 km. En contrapartida, la escuela Delta sirve, porcentualmente, más alumnos en una distancia inferior a 1 km.

TABLA 5. Grado de importancia atribuido por el padre al factor «posición de la escuela en las listas ordenadas publicadas por la prensa» en función de la escuela a la que asiste el alumno

	Muy importante		Importante		Frecuencia (a+b)	%
	Frecuencia a)	%	Frecuencia b)	%		
Escuela Alfa (n: 269)	48	17,8	111	41,2	159	59,1
Escuela Delta (n: 274)	17	6,2	74	27,0	91	33,2
Escuela Kapa (n: 270)	22	8,1	86	31,8	108	40,0

ción. No obstante, una vez más, cuando mencionamos la variable escuela es cuando las diferencias en la valoración de los *rankings* se acentúan.

La escuela Alfa concentra, a razonable distancia de las otras dos, el mayor porcentaje de padres que valoran el factor «*rankings*» como fuente de información para elegir escuela. Bien se contemple el índice «muy importante» aisladamente, bien se le añada el factor «importante», esta escuela mantiene una clara sobrerrepresentación de padres que afirman atribuir importancia al *ranking* de escuelas organizado según los resultados de los exámenes. En la escuela Delta solo el 33,2% de los encuestados consideró importante la información sobre *rankings*; la misma información que el 59,1% de los padres de la escuela Alfa consideró importante. Es importante referir que en esta escuela, al contrario que en las otras dos, son los padres con carrera quienes más valoran, como criterio de elección, la posición de la escuela en los *rankings*. Este es un indicador más que sugiere que sea esta escuela la más buscada por el segmento de padres que, independientemente de su nivel de escolarización, demuestran un comportamiento más proactivo a la hora de elegir escuela y exploran los «santuarios de excelencia» para asegurar algunas ventajas competitivas muy relevantes. Este desempeño puede comprenderse en el marco de una creciente «inflación escolar» (Duru-Bellat, 2006) y la consecuente desvalorización de los diplomas que, en palabras

de Canário *et al.* (2001: 150), «los convierte, simultáneamente, en imprescindibles y en cada vez menos rentables». En realidad, como subraya Van Zanten (2009) en línea con otras investigaciones, la valoración de la posibilidad de escoger la escuela no es exclusiva de los padres de la clase media. La adhesión al «principio de la libre elección» puede incluso ser superior en las clases populares, aunque sea también en este segmento de población donde se verifica el mayor desfase entre la adhesión a aquel principio y el «paso al acto». Por otro lado, «la mayor parte de las investigaciones muestra que cuando se trata de “pasar al acto” en materia de elección, estos padres son los que escogen menos» (p. 11). Una de las razones fundamentales que explican el desajuste entre la lógica del deseo y el «paso al acto», en el dominio de la elección de la escuela, surge del considerable volumen de «capital» (cultural, económico y social) que es necesario activar para hacer operativas dichas elecciones; además, como ya vimos, el capital se encuentra socialmente distribuido de forma muy desigual.

CONCLUSIÓN

Comprender cómo diferentes categorías de padres organizan sus «jerarquías de excelencia», a través de sus «argumentos de elección» preferidos, constituye uno de los objetivos centrales de este texto. Debemos, no obstante, admitir que la naturaleza del

material empírico en el que sustentamos nuestro análisis (las respuestas a una encuesta por cuestionario) no nos ha permitido establecer demarcaciones precisas entre racionalidades subyacentes a jerarquías de excelencia articuladas a relaciones y procesos sociales integrantes del universo encuestado o del contexto socio-educacional en análisis.

A pesar de este condicionante registramos algunas «tendencias» que consideramos oportuno destacar. En los tres centros estudiados, los padres o tutores de diversos niveles de escolaridad muestran sensibilidades diversas: por ejemplo, de cara a otros segmentos de encuestados, los padres escolarizados con nivel igual o superior a la enseñanza secundaria enfatizan la importancia de preparar bien para los exámenes y la exigencia atribuida a la escuela, o atenúan la relevancia de la calidad de las instalaciones. Sin embargo, no se puede concluir que, en general, la escala de prioridades y de valoración (al nivel de importante y muy importante) de factores base para la elección de la escuela presente divergencias considerables entre los segmentos con diversos niveles de escolaridad. Si, por un lado, esta aparente convergencia en la valoración/desvalorización de la batería de factores de elección sometidos a apreciación puede parecer algo inesperada²⁶, por otro lado conviene aclarar que la convergencia no puede ser tomada como equivalente a una racionalidad común al conjunto de los padres. Indudablemente porque una convergencia en la valoración/desvalorización de un factor de elección puede resultar de *razones* muy diversas²⁷. A la plu-

ralidad de racionalidades para la valoración de un determinado factor hay que añadir además la «dispersión semántica» que ese factor puede haber asumido para los diferentes encuestados. Así, por ejemplo, es posible que expresiones como el «prestigio de la escuela» puedan tener significados diferentes para los varios informantes, diferencias asociables, concretamente, a las distintas concepciones de «buena» escuela suscritas por los referidos sujetos²⁸.

Entre los encuestados en las tres escuelas encontramos divergencias significativas de frecuencia de respuestas en cuanto a la importancia atribuida a algunos factores de elección. Así, la importancia reconocida a los factores «elevado grado de exigencia de la escuela» y «prestigio de la escuela» presenta una correlación estadísticamente significativa con la escuela a la que asisten los educandos. Podemos considerar que los encuestados de la escuela Alfa, cuando se comparan con sus congéneres de las otras dos escuelas estudiadas, tienden a expresar mayor adhesión a señales de lo que constituye una «buena» escuela, una escuela «de moda», consustanciados en la *exigencia*, en el *prestigio* y en la *posición en los rankings*, y revelan menor sensibilidad a factores como la proximidad. A su vez, nuestros encuesta-

(y recursos) para buscar escuelas en un radio más amplio porque se valora mucho la «calidad», como resultado de la ausencia de oferta educativa en un determinado nivel de enseñanza en la localidad y, como consecuencia, necesidad de buscar respuesta fuera del lugar de residencia porque no hay otra alternativa.

²⁸ Tampoco se puede olvidar el significado particular que cada encuestado atribuye a la tarea de responder a un cuestionario. Como afirma Walford (1994), a propósito de dos problemas metodológicos inherentes al preguntar a los padres las razones para la elección del centro: «En cualquier estudio por entrevista o encuesta por cuestionario, los encuestados frecuentemente desean presentarse a sí mismos como decisores racionales, pero la realidad puede ser que la decisión se tomó por defecto (*by default*) o con poca consideración, o que elementos idiosincrásicos hayan sido los factores decisivos de la elección» (p. 51).

²⁶ «Inesperada» por referencia a algunos datos de investigación que apuntan a la conclusión de que «diferentes padres eligen de modo diferente» y de que la distribución de los niveles de escolaridad constituye una base de diferenciación (Walford, 1994: 123).

²⁷ Por ejemplo, la desvalorización del factor «proximidad de la escuela» puede significar disponibilidad

dos de la escuela Delta están, comparativamente con los otros encuestados, bastante más atentos a la proximidad, mientras que la exigencia o el prestigio tienen relativamente menos peso en su decisión.

En resumen, a partir de los datos agregados de las tres escuelas nos parece problemático definir *jerarquías de excelencia* basadas en distintos *modelos de elección* vinculados con las relaciones sociales seleccionadas (traducidas en variables) para caracterizar sociológicamente a la población encuestada, en particular los niveles de escolaridad concluidos. ¿Significa esta consideración que el *factor escuela* puede llegar a «dividir opiniones» entre segmentos de públicos escolares, de un modo que se sobrepone o difumina contornos definidos por relaciones sociales típicamente consideradas como la posesión de títulos académicos? No creemos que esto pueda afirmarse sobre tan frágiles bases empíricas, pero argumentamos que, del análisis de los datos estudiados, es prometedor retener esta pista de investigación: es plausible pensar que la selección por el desempeño académico agregue y aproxime a sujetos que otras relaciones y propiedades sociológicas distinguen. La movilidad social, como fenómeno de base e incidencia individual y en ciertas dimensiones, consiste exactamente en ese movimiento.

Así, los datos recogidos nos permiten constatar que la escuela Alfa, cuando se compara con las otras dos, resulta más interesante para los padres que demuestran mayor adhesión a «factores de elección» próximos a cualidades académicas y a revelar menor sensibilidad a factores de naturaleza más instrumental y pragmática, como la proximidad. Es decir, esta escuela, de acuerdo con la tipología propuesta por Barroso y Viseu (2003: 911), podrá integrar la categoría de «escuelas atractivas y movilizadas», ya que evidencia, simultáneamente, una elevada demanda por parte de los padres (y de los alumnos) y un dinamismo pedagógico ob-

servable en la diversidad de proyectos pedagógicos que nos comunicaron. Bien sea porque ejerce una acción *magnética* sobre los padres que más valoran determinadas propiedades escolares, bien sea porque el *filtro* que utiliza para resolver el problema de la demanda que excede la oferta²⁹ retiene a alumnos cuyos padres valoran estas mismas propiedades. El resultado final parece ser una mayor concentración de los padres que, además (y más allá) de una escolaridad media más elevada, prefieren una *jerarquía de excelencia* que resalta propiedades centradas en el «producto», derivadas sobre todo de las aparentes cualidades académicas de la escuela.

No obstante, esta lectura de los datos debe presentarse con bastante prudencia porque, como ha sido reconocido en otras investigaciones (Adler *et al.*, 1989; Gewirtz *et al.*, 1995), identificar «razones» para elegir la escuela a partir de una lista ordenada («abordaje del menú»), además de presuponer un actor social guiado por una hiperracionalidad (Sfez, 1990), esconde también un potencial efecto de sesgo inducido por las alternativas (no) consideradas³⁰. Hay que añadir que, en nuestro caso, el cuestionario se aplicó al final del año lectivo; así se exigió del encuestado la reconstitución de un procedimiento que, en algunos casos, había tenido lugar casi un año antes (para los alumnos de 10^o) y para la

²⁹ De hecho, se nos comunicó, en la entrevista al director del centro, que este filtro incluye, cuando se agotan los criterios legalmente determinados para regular las matriculas, una medida aprobada por el Consejo Pedagógico de la escuela que consiste en la eliminación de los candidatos con menor desempeño académico.

³⁰ Como expresivamente demuestran Adler *et al.* (1989: 131), el simple formato de las preguntas (abiertas o cerradas) puede conducir a que «razones» de elección que ni siquiera se contemplaron (porque no se esperaban) en las preguntas cerradas, aparezcan en primeras posiciones cuando la pregunta es presentada en el formato abierto. Como afirman aquellos autores, las preguntas cerradas solo pueden ser construidas «si las respuestas ya son conocidas» (ibíd.).

mayoría, había ocurrido dos o tres años antes (para los alumnos de 11º y 12º). Admitimos, también por eso, como línea de estudio futura, la hipótesis de que la desigual concentración de padres que, aparentemente, valoran diferentes argumentos de selección en las tres escuelas, pueda tener relación bien con las variables integradas en la ecuación en el momento en el que procesaron la elección, bien con las características percibidas (y valoradas) en la escuela a la que sus educandos iban en el momento en el que fueron encuestados. Si se confirma esta hipótesis, por lo menos en relación a determinados factores seleccionados, «las jerarquías de excelencia» pueden ser, en unos casos, la imagen reflejada de las características que los encuestados reconocen en la escuela donde sus educandos cursan estudios y, en otros casos, la imagen proyectada de la escuela que idealizan³¹. No podemos tampoco excluir, como referimos antes, el efecto de las presiones institucionales generadoras de isomorfismos normativos y cognitivos con el estereotipo de «buen padre/padre responsable» (Sá, 2007) y las preocupaciones de que el encuestado dé una imagen de sí mismo de actor racional competente (Walford, 1994).

Como advierten Gewirtz *et al.* (1995: 6), el proceso de elección de centro es bastante más confuso, intuitivo, multidimensional e irracional de lo que admiten las herramientas diseñadas para captarlo. Además, para aprehender su naturaleza *contextual* son necesarios dispositivos técnico-metodológicos sensibles a las idiosincrasias locales y a la diversidad de *capitales* que subsume, lo que, reconocemos, no es recuperable por la relativa rigidez de la encuesta

por cuestionario. Como argumentan los mismos autores, «la elección significa cosas diferentes, para diferentes personas en diferentes lugares» (Gewirtz *et al.*, 1995: 23). Así, por ejemplo, bien las *convergencias*, bien las *discrepancias* en torno a «argumentos de elección» entre diferentes categorías de padres solo son decodificables cuando se devuelven a los cuadros de inteligibilidad que les marcan el(los) sentido(s). Como afirman Denzin y Lincoln (1998: xvii): «Todo el conocimiento es siempre local. Situado en una cultura local y embebido en contextos organizacionales». La aclaración de algunas de las incertidumbres con las que nos encontramos impone, por lo tanto, prever un nuevo *retorno al campo*; esperamos que entonces estemos armados de un arsenal técnico-metodológico más sensible a la sutileza y a la densidad de los discursos de los actores.

BIBLIOGRAFÍA

- Adler, Michael; Alain Petch y Jack Twidie (1989). *Parental Choice and Educational Policy*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Antunes, Fátima y Virgínio Sá (2010). *Públicos Escolares Regulação da Educação. Lutas concorrenciais na arena educativa*. Gaia: Fundação Manuel Leão.
- Ball, Stephen (1995). «Mercados educacionais. Escolha e classe social: o mercado como uma estratégia de classe». En: P. Gentili (ed.), *Pedagogia da Exclusão: Crítica ao Neoliberalismo em Educação*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Barroso, João (2003). «Organização e Regulação dos Ensinos Básico e Secundário em Portugal: Sentidos de uma Evolução». *Educação e Sociedade*, 24(82): 63-92.
- (2006). «O Estado e a educação: a regulação transnacional, a regulação nacional e a regulação local». En: J. Barroso (ed.), *A Regulação das Políticas Públicas de Educação. Espaços. Dinâmicas e Actores*. Lisboa: Educa.
- y Sofia Viseu (2003). «A emergência de um mercado educativo no planeamento da rede escolar:

³¹ Es decir, por ejemplo, clasificar «preparar bien para los exámenes» como «muy importante» nos puede informar tanto de la relevancia de aquel factor como argumento de elección como traducir una expectativa normativa en relación a los mandatos de la escuela.

- de uma regulação pela oferta a uma regulação pela procura». *Educação e Sociedade*, 24(84): 897-921.
- Bernardi, Fabrizio (2007). «Movilidad social y dinámicas familiares. Una aplicación al estudio de la emancipación familiar en España». *Revista Internacional de Sociología*, 65(48): 33-54.
- Bourdieu, Pierre (1979). *La Distinction. Critique Sociale du Jugement*. Paris: Minuit.
- Budría, Santiago (2010). «Los determinantes socioeconómicos de la desigualdad económica. Datos de Portugal». *Revista Internacional de Sociología*, 68(1): 81-124.
- Canário, Rui (2005). *O que é a Escola? Um «Olhar» Sociológico*. Porto: Porto Editora.
- ; Natália Alves y Clara Rolo (2001). *Escola e Exclusão Social. Para uma análise crítica da política Teip*. Lisboa: Educa.
- Cebolla Boado, Héctor (2007). «La concentración de minorías étnicas en las escuelas británicas: un análisis sobre la elección de centros». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 118: 97-121.
- Denzin, Norman e Yvonna Lincoln (eds.) (1998). *Strategies of Qualitative Inquiry*. Thousand Oaks: Sage Publications.
- Duru-Bellat, Marie (2006). *L'Inflation Scolaire. Les Désillusions de la Méritocratie*. Paris: Seuil.
- Elliott, John et al. (1981). *Case Studies in School Accountability*. Vol. 1-3. Cambridge: Institute of Education.
- Fuenmayor Fernández, Amadeo; Rafael Granell Pérez y Enrique Villarreal Rodríguez (2003). «Determinantes de la elección de centro educativo por parte de los padres». *Estudios de Economía Aplicada*, 21(2): 377-389.
- Gewirtz, Sharon; Stephen J. Ball y Richard Bowe (1995). *Markets. Choice and Equity in Education*. Buckingham: Open University Press.
- Le Grand, Julian (1991). «Quasi Markets and Social Policy». *Economic Journal*, 101: 1256-1267.
- Merle, Pierre (2002). *La Démocratisation de L'Enseignement*. Paris: La Découverte.
- Moore, Donald y Suzanne Davenport (1990). «Choice: The New Improved Sorting Machine». En: W. L. Boyd y H. J. Walberg (eds.), *Choice in Education: Potential and Problems*. Berkeley: McCutchan.
- Morán, María Luz (2007). «Espacios y ciudadanos: los lugares de la narración clásica de la ciudadanía». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 119: 11-34.
- Olmedo Reinoso, António y Eduardo Santa Cruz Grau (2008). «Las familias de clase media y elección de centro: el orden instrumental como condición necesaria pero no suficiente». *Profesorado. Revista de Currículum y Formación del Profesorado*. 12(2), (en línea). <http://www.ugr.es/local/recfpro/rev122ART7.pdf>. Último acceso, 24 de abril de 2012.
- Prost, Antoine (1986). «L'enseignement. S'est-il Démocratisé?». *Les élèves des lycées et collèges de l'agglomération d'Orléans de 1945 à 1980*. Paris: PUF.
- Reay, Diane (1998). «Engendering Social Reproduction: Mothers in the Educational Marketplace». *British Journal of Sociology of Education*, 19(2): 195-209.
- Sá, Virgínio (2004). *A Participação dos Pais na Escola Pública Portuguesa. Uma Abordagem Sociológica e Organizacional*. Braga: Universidade do Minho.
- (2007). «A governação democrática da escola. Ser ou não ser pai responsável: diferentes guilhões para o mesmo papel?». En: A. Barca, M. Peralbo, A. Porto, B. Duarte Silva y L. Almeida (eds.), *Actas do IX Congresso Internacional Galego-Português de Psicopedagogia*. Coruña: Universidade da Coruña. 2734-2747. CD-ROM.
- y Fátima Antunes (2007). «Públicos e (des)vantagens em educação: escolas e famílias em interação». *Revista Portuguesa de Educação*, 20(1): 129-161.
- Sfez, Lucien (1990). *Crítica da Decisão*. Lisboa: Publicações Dom Quixote.
- Stoer, Stephen y Luiza Cortesão (1999). «The Reconstruction of Home/school Relations: Portuguese Conceptions of the "Responsible Parent"». *International Studies in Sociology of Education*, 9(1): 23-38.
- Van Zanten, Agnés (2009). *Choisir son École. Stratégies Familiales et Médiations Locales*. Paris: PUF.

- Walford, Geoffrey (1994). *Choice and Equity in Education*. London: Cassell.
- Whitty, Geoff (1996). «Autonomia da escola e escolha parental: direitos do consumidor versus direitos do cidadão na política educativa contemporânea». *Educação. Sociedade & Culturas*, 6: 115-139.
- y Sally Power (1997). «Quasi-Markets and Curriculum Control: Making Sense of Recent education reform in England and Wales». *Educational Administration Quarterly*, 33(2): 219-240.
- et al. (1999). *La Escuela, el Estado y el Mercado*. Madrid: Ediciones Morata.

RECEPCIÓN: 30/05/2012

REVISIÓN: 06/11/2012

APROBACIÓN: 14/01/2013

La nueva Estadística de Migraciones: una buena elección por parte del INE

The New Migration Statistics: A Good Choice Made by the INE (Spanish Institute for National Statistics)

Carmen Ródenas y Mónica Martí

Palabras clave

Población migrante
 • Patrones migratorios
 • Trabajadores
 migrantes • Encuestas
 • Diseño de la
 investigación • Error de
 medida • Muestras

Key words

Migrant Population
 • Migration Patterns
 • Migrant Workers
 • Surveys • Research
 Design • Error of
 Measurement
 • Sampling

Resumen

El Instituto Nacional de Estadística ha decidido elaborar una nueva Estadística de Migraciones utilizando como base la Estadística de Variaciones Residenciales. En este artículo se aportan algunos argumentos que apoyan esta decisión, ante la persistente falta de coherencia entre las fuentes del sistema estadístico español para captar la movilidad. En particular, se profundiza en los problemas de subestimación e inconsistencia interna de la Encuesta de Población Activa para medir la inmigración, a la vista de las diferencias entre las tres series de flujos de inmigración internacional que es posible estimar a partir de la misma.

Abstract

The Spanish Institute for National Statistics (INE) has decided to create new Migration Statistics (Estadística de Migraciones) based upon Residential Variation Statistics (Estadística de Variaciones Residenciales). This article presents arguments to support this decision, in view of the continued lack of consistency found among the sources of the Spanish statistics system for measuring population mobility. Specifically, an insight is provided into the problems of underestimation and internal inconsistency in the Spanish Labour Force Survey when measuring immigration rates, based upon discrepancies identified in the three international immigration flow series produced by this survey.

Cómo citar

Ródenas, Carmen y Mónica Martí (2013). «La nueva Estadística de Migraciones: una buena elección por parte del INE». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 143: 113-120. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.143.113>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

Carmen Ródenas: Universidad de Alicante | crodenas@ua.es
Mónica Martí: Universidad de Alicante | mmarti@ua.es

INTRODUCCIÓN

El estudio de la movilidad humana forma parte de la agenda de muchas instituciones internacionales, como la OCDE o Naciones Unidas. En el marco de la Unión Europea (UE), la cantidad y la calidad de la información sobre las migraciones internacionales está creciendo progresivamente¹ gracias a la cooperación que los organismos estadísticos nacionales mantienen con el Eurostat. La mejora y armonización de las estadísticas de migraciones es un objetivo compartido por los países de la UE (véase Reglamento CE 862/2007 del Parlamento Europeo y del Consejo de la UE sobre las estadísticas comunitarias en el ámbito de la migración y la protección internacional) y tiene su reflejo en las propuestas de los planes estadísticos nacionales. En este contexto, el ya aprobado Plan Estadístico Nacional 2013-2016 (Real Decreto 1658/2012, de 8 de diciembre) desarrolla las mejoras en el análisis, en los procesos y en el aprovechamiento de registros que permitirá la mayor armonización de las estadísticas demográficas básicas que persigue el Reglamento comunitario citado anteriormente.

En el nuevo Plan Estadístico Nacional cabe destacar, por su importancia y envergadura, la construcción de *sistemas integrados* de información socio-demográfica y de información económica, que contribuirán a aumentar la calidad y cantidad de información. En dichos *sistemas integrados* se incorporará tanto la información disponible de diferentes registros administrativos como la información estadística de producción continua o esporádica, dando lugar a grandes bases de datos. Así, se aprovechará al máximo el gran potencial estadístico de los registros²

permitiendo posibilidades de análisis especialmente interesantes y demandadas por muchos investigadores. En el ámbito socio-demográfico, el INE (2011) tiene la intención de que la pieza principal del sistema sea la Encuesta Continua de Población (ECP). Esta encuesta, junto con la información de las variaciones residenciales procedente de la Base de Datos de Información Demográfica, permitirá producir una nueva Estadística de Migraciones, que será plenamente coherente con las cifras de población. Aunque esta última todavía se encuentra en proyecto, el nuevo Plan Estadístico Nacional establece que su fin es la obtención del volumen y principales características demográficas de los flujos migratorios tanto exteriores como interiores y, según el calendario de difusión del INE, se ha previsto la publicación de sus primeros resultados referidos al año 2012 en diciembre de 2013. Si la intención es, por tanto, que la nueva Estadística de Migraciones sea tributaria del Padrón y de la Estadística de Variaciones Residenciales (EVR), y no de la Encuesta de Población Activa (EPA), será un acierto.

Es el momento ahora de fundamentar la afirmación del título. La falta de coherencia entre las fuentes oficiales del sistema estadístico español en lo que se refiere a la captura de las migraciones se ha puesto en evidencia en trabajos como los de Brancos y Domingo (2002), De Castro (2004), Garrido (2004) o Devolder, Gil y Forte (2006). Y en investigaciones como las de Martí y Ródenas (2004, 2007, 2012) o, también, Ródenas y Martí (1997, 2009a) se ha demostrado la superior calidad de los registros de la EVR ligada al Padrón Continuo frente a la Encuesta de Migraciones (EM), procedente de la EPA. Sin embargo, aunque ya hace tiempo que el INE (2008) reconoce que los resultados migratorios de la EPA pueden encontrarse subestimados pues la movilidad de la población no es un objetivo prioritario en el diseño de la encuesta, continúa difundiendo esta explotación.

¹ Sobre el grado de armonización de las estadísticas internacionales véanse Duque (2011) o Kupiszewska *et al.* (2010).

² Para más información sobre las ventajas de estos sistemas, véase De Castro (2007).

Afortunadamente, no ha sido esta fuente la elegida como base para la nueva Estadística de Migraciones, sino el Padrón y la EVR. En este trabajo pretendemos apoyar la decisión del INE. Para ello planteamos, en primer lugar, la comparación de la información estadística de cada una de estas fuentes. Una vez establecidas las diferencias entre ambas, aportamos un análisis de la coherencia interna de los datos procedentes de la EPA basándonos en la posibilidad de obtener hasta tres estimaciones simultáneas del flujo de inmigrantes extranjeros procedentes del exterior a partir de esta encuesta. El trabajo se cierra con las principales conclusiones y la bibliografía.

COMPARACIÓN DEL FLUJO NETO INTERNACIONAL DE INMIGRANTES EXTRANJEROS SEGÚN LA EVR Y LA EM

Es bien conocido que la naturaleza registral de la EVR ofrece las altas y bajas individuales que se producen en los padrones municipales a lo largo del tiempo debido al cambio de municipio de residencia habitual. Por su parte, la EM computa migrantes pues la EPA interroga a sus entrevistados acerca de su lugar de residencia hace un año³. Es decir, la EVR mide todos los movimientos anuales inscritos y la EM mide uno (el de hace un año) de todos los posibles movimientos de las personas encuestadas. Centrándonos en las migraciones en el exterior, no es muy probable que a lo largo de un año se realicen múltiples movimientos de entrada y salida por parte del mismo individuo y su consiguiente registro en el Padrón. Por eso, aunque estas dos fuentes no midan la movilidad exactamente del mismo modo, lo razonable sí es esperar un grado elevado de

coincidencia en sus estimaciones internacionales.

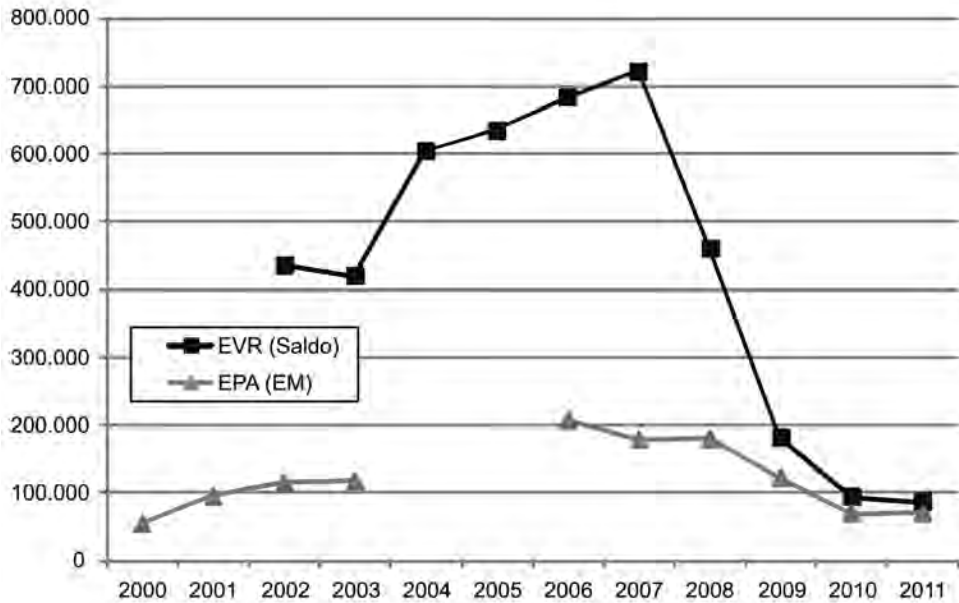
Comparemos los flujos de inmigración internacional que ofrecen la EVR y la EPA. En el gráfico 1 se recoge en la serie «EVR (Saldo)» el resultado neto de las altas por variación de residencia de no nacionales procedentes del exterior una vez descontadas sus bajas por salida al extranjero. También se muestra en el gráfico la serie «EPA (EM)», que consiste en la estimación anual de la media trimestral del número de inmigrantes extranjeros que «hace un año» residían fuera de España.

Una ojeada al gráfico 1 revela que los ya conocidos problemas de subestimación de la EPA (EM) no han desaparecido⁴. Ni siquiera se acerca a la EVR cuando a partir de 2006 se incrementan las salidas al incluir en esta última las bajas por caducidad⁵ de los extranjeros no comunitarios sin autorización de residencia permanente. Solo cuando en 2009 el flujo de entradas internacionales disminuye como consecuencia de la recesión económica se produce cierto acercamiento.

⁴ La EM se implantó en 1980. Desde entonces se han incorporado modificaciones metodológicas que no siempre han permitido mejorar sus estimaciones, como sucedió de 1987 a 1998 cuando se recogía información migratoria solo en el segundo trimestre de cada año a toda la muestra y se infraestimaba la cifra de migrantes. Sin embargo, a partir de 1999 (cuando se empieza a entrevistar a todos los hogares en primera entrevista los cuatro trimestres del año) y, sobre todo, desde 2005 (cuando se entrevista a todos los hogares los cuatro trimestres), la capacidad de la EM para captar inmigrantes parece mejorar ligeramente. No obstante, en 2011 la EM ha dejado de difundirse como estadística independiente para pasar a ser integrada como variable de la EPA.

⁵ Como consecuencia de la modificación legislativa introducida por la LO 14/2003 de Extranjería, que establece que los extranjeros no comunitarios sin autorización de residencia permanente (ENCARP) tienen la obligación de renovar su inscripción padronal cada dos años. En caso de no llevarse a cabo tal renovación los ayuntamientos deben declarar la caducidad de la inscripción. En este tipo de baja se desconoce si hay salida efectiva al exterior y, si la hay, cuál es la fecha real de salida, por lo que se imputa la de la caducidad de la inscripción.

³ En concreto, se pregunta *¿Cuál era su municipio de residencia hace exactamente un año?, y, en su caso ¿En qué otro lugar residía?*

GRÁFICO 1. *Flujos de inmigrantes no nacionales procedentes del exterior (2000-2011)*

Fuente: INE (EM y Microdatos EVR) y elaboración propia.

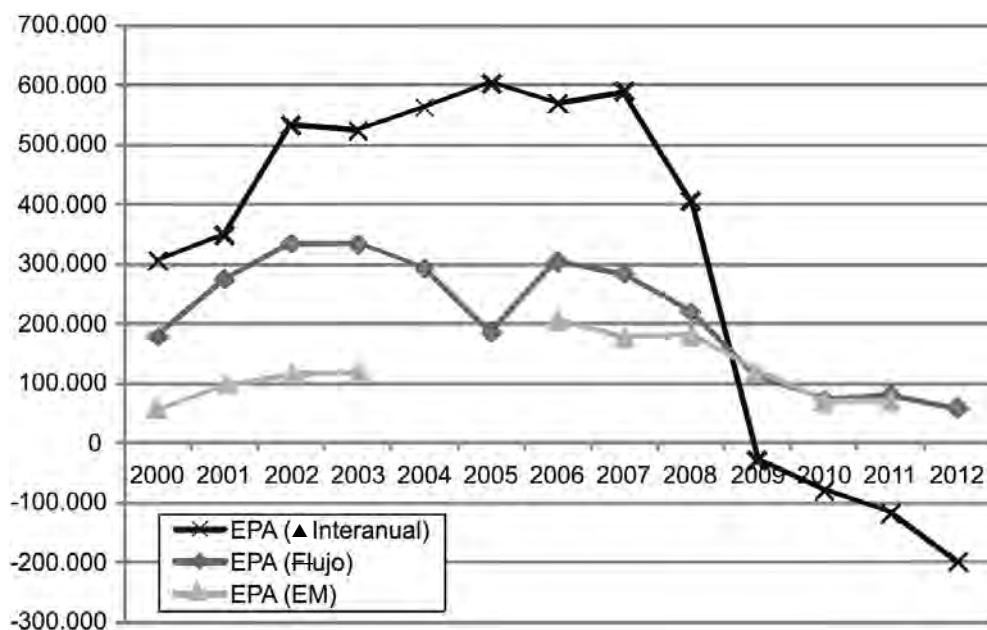
LA COHERENCIA INTERNA DE LA EPA MIDIENDO LOS FLUJOS MIGRATORIOS INTERNACIONALES DE EXTRANJEROS

Si la EM infravalora —y a veces mucho— el fenómeno de la movilidad en relación con la EVR, lo sorprendente es que también lo hace respecto de otras estimaciones posibles de los inmigrantes procedentes de la propia EPA, de la que es tributaria. O, dicho de otro modo, no hay coherencia interna entre las posibles estimaciones simultáneas del flujo de inmigrantes extranjeros procedentes del exterior de la EPA (véase el gráfico 2).

Junto a la EPA (EM), en el gráfico se exhiben dos series más. La denominada EPA (Flujo) y la que llamamos EPA (▲ Interanual). La primera se deriva de una pregunta que se hace en la EPA a todos los encuestados de nacionalidad extranjera acerca de su año de llegada a España. A partir de esta información se genera la variable número de años de resi-

dencia en España, o de meses si se ha llegado en el año corriente. De ese modo, si seleccionamos en los cuartos trimestres de cada año de la EPA a los extranjeros que declaran estar en España por un tiempo inferior a doce meses, se puede considerar que son los llegados a lo largo del año en cuestión. No obstante, como en la EPA a los extranjeros nacidos en España también se les interroga por el tiempo de residencia en España, dado que cabe la posibilidad de que alguien responda que está en España desde su nacimiento, se han eliminado de los microdatos de la EPA 4º trimestre a los extranjeros que figuran como nacidos en España. Esta información es la que se recoge en el gráfico 2 con la serie EPA (Flujo).

La segunda serie procede de la conocida en demografía como *ecuación compensadora*, que nos asegura que la diferencia entre dos stocks de población recoge los flujos. En nuestro caso, la diferencia en el número de inmigrantes no nacionales nacidos y procedentes del extranjero estimados por la EPA

GRÁFICO 2. Flujos de inmigrantes no nacionales procedentes del exterior, EPA (2000-2012)

Fuente: INE (EM y Microdatos EPA 4º trimestre) y elaboración propia.

en el 4º trimestre de cada año nos debería dar directamente el flujo neto de entradas anuales. Esta es la serie que denominamos EPA (▲ Interanual) en el gráfico 2.

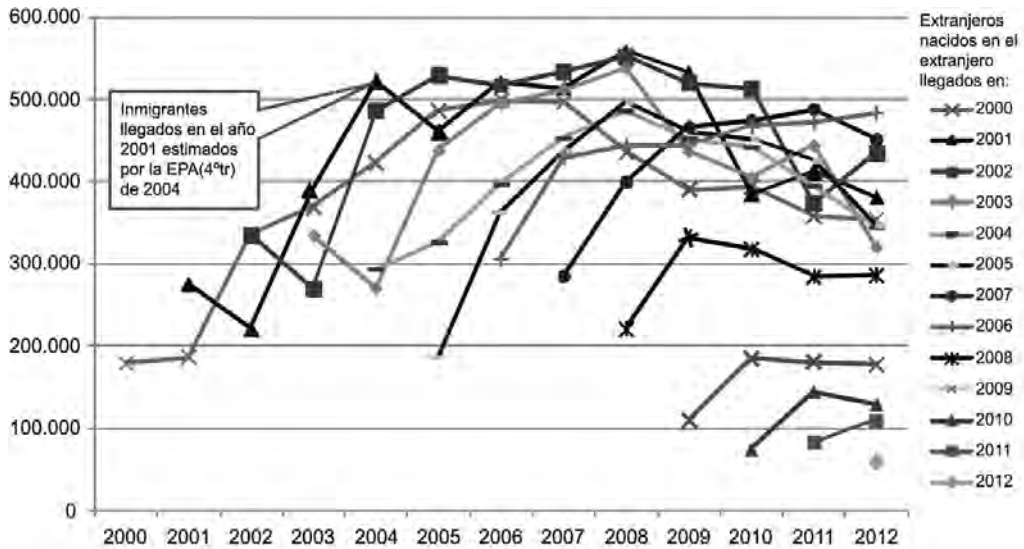
Al igual que antes, lo esperado *a priori* sería que, al menos, las series de flujos procedentes de la EPA mostraran un razonable parecido aunque no fueran exactas. Y que dado que en la EPA (EM) se contempla a *todos los no nacionales independientemente del lugar de su nacimiento* y en los datos para los 4º trimestres de la EPA [series EPA (Flujo) y EPA (▲ Interanual)] se selecciona exclusivamente a *los extranjeros nacidos fuera de España*, la primera debería encontrarse algo por encima de las otras dos. Sin embargo, en el gráfico 2 vemos que sucede lo contrario: los inmigrantes extranjeros no nacidos en España estimados a través de la pregunta del año de llegada o a través de la *ecuación compensadora* son más que los estimados a través de la pregunta directa acerca de la residencia anterior, sean o no estos extranje-

ros nacidos en España. En realidad, las tres series difieren sensiblemente, tanto en los niveles en los que se mueven como en las tendencias que definen⁶.

El que mediante la EPA podamos estimar tres series de flujos de inmigración internacional tan diferentes no es muy tranquilizador. Y lo es menos todavía cuando se observa el impacto del diseño muestral de la EPA sobre la estimación de los inmigrantes a medida que pasa el tiempo. Este efecto es fruto del sistema de turnos de rotación de la muestra EPA, que aumenta la probabilidad de captar las llegadas a lo largo de un año determinado a medida que nos alejamos de él, y consiste en que se puede llegar a obte-

⁶ Podría argumentarse que en la EM la referencia temporal de su información se encuentra a caballo entre el año actual y el anterior. Pero la falta de semejanza también afecta a las series EPA (Flujo) y EPA (▲ Interanual), en las que la referencia temporal es exactamente la misma (el año natural).

GRÁFICO 3. *Inmigrantes extranjeros procedentes del exterior por año de llegada estimados a partir de los 4º trimestres de sucesivas EPA-s (2000-2012)*



Fuente: INE (Microdatos EPA 4º trimestre) y elaboración propia.

ner una estimación cada vez mayor del flujo de entrada en un año fijo según se vayan realizando sucesivas encuestas. Obviamente, eso es algo que está en contra de la predicción demográfica que indicaría que lo normal es «perder» inmigrantes con el paso del tiempo por los retornos, por las naturalizaciones o, simplemente, porque fallecen.

En el gráfico 3 podemos ver cómo crece el volumen de inmigrantes extranjeros no nacidos en España de la cohorte de llegadas en un año concreto a medida que avanza el año de referencia de la EPA. Así, por ejemplo, las entradas producidas en el año 2000 que la EPA 4ºt-2000 estima que son 178.871 extranjeros, seis años más tarde se multiplican hasta 498.744, según la EPA 4ºt-2006. Así, también, a pesar de la recesión económica que necesariamente ha tenido que intensificar las salidas, en el cuarto trimestre del año 2012 aumenta en más de un tercio el número de inmigrantes que se captaron en el cuarto trimestre del año 2011 que declaraban

haber llegado a lo largo de ese mismo año, 81.581 frente a 109.525 inmigrantes.

En general, las estimaciones de la EPA de las cohortes de extranjeros con entrada en España entre el año 2000 y 2005 son crecientes hasta 2008 para empezar a decrecer desde entonces. Esta disminución —lo razonable desde el punto de vista demográfico—, además, se ha visto acentuada por la crisis económica que ha alentado las salidas de extranjeros. Sin embargo, esta tendencia decreciente no aparece para las cohortes con entrada en 2006 o en un año posterior. Para estas, puede apreciarse que las estimaciones crecen inicialmente y luego se estabilizan. Un análisis apresurado podría concluir señalando que la actual recesión económica no tiene impacto sobre el atractivo de nuestro país como destino de la inmigración internacional. Nada más lejos de la realidad.

Este resultado es fruto del sesgo de subestimación de la EPA en la cobertura de los inmigrantes recién llegados, y se produce

por dos razones. Por un lado, por la falta de cobertura del marco de muestreo de la EPA para los inmigrantes recién llegados y, por otro, por el sistema de rotación muestral de la EPA. Estos dos son los motivos que explican que a medida que avanza el tiempo crezca la fracción muestral habilitada para responder que llegó en un determinado año anterior al corriente.

Como indican Martí y Ródenas (2012), se necesita que transcurra cierto tiempo entre la llegada de un inmigrante y su inclusión en el marco muestral de la EPA. En consecuencia, es inevitable que los inmigrantes recientes tengan una probabilidad menor de formar parte del marco muestral. Adicionalmente, y dado el sistema de turnos de rotación muestral, la característica de recién llegado solo se puede encontrar entre las personas que acaban de entrar (o hace poco que entraron) en la muestra. Por ejemplo, tomando el año actual N , la probabilidad de obtener N como año de entrada está sujeta al turno de rotación en el que se encuentran los individuos encuestados, de tal modo que disminuye a medida que aumenta el número de entrevistas trimestrales a las que son sometidos, hasta alcanzar el valor cero para los que se encuentran en la quinta y sexta entrevista en el 4º trimestre del año N . Por eso, el crecimiento que muestran las cohortes de entrada es el efecto positivo de la progresiva reducción del sesgo en la EPA que todavía predomina holgadamente sobre el impacto negativo de la crisis, que indudablemente ha tenido que repercutir —y más, si cabe— sobre estas cohortes de extranjeros recién afincadas⁷.

⁷ Este efecto es el que explicaría también la diferencia de nivel y tendencia entre la serie «EPA (▲ Interanual)» y las otras dos series EPA, en tanto que en el incremento interanual no solo se recogería parte del flujo de entradas en el año corriente sino que también estarían aflorando las cohortes de inmigrantes con llegada en años anteriores.

CONCLUSIONES

De lo expuesto hasta ahora se deduce con rotundidad que la EPA no solo tiene problemas para captar la movilidad sino que, además, no es coherente ni internamente ni en el tiempo. Únicamente por eso, la elección de la EVR por parte del INE como fuente base de la nueva Estadística de Migraciones ya estaría bien motivada. Pero hay más. Aunque la naturaleza registral de la EVR no permite un análisis de su coherencia interna similar al que acabamos de realizar para la EPA, sí podemos aportar al menos dos razones que apoyarían su uso. Por un lado, la sospecha de que habrá falsas inscripciones en el Padrón (y, por tanto, falsas migraciones en la EVR), en tanto que se trata de un registro administrativo en el que inscribirse supone el disfrute de ciertos derechos ligados a la residencia, es mitigada por los resultados de algunos trabajos. Por ejemplo, el de Ródenas y Martí (2009b), donde se estima que las «falsas» migraciones familiares ligadas, posiblemente, a motivos de escolarización de menores no alcanzan siquiera el 1,5% de las variaciones padronales y, además, se realizan preferentemente por ciudadanos españoles y no extranjeros.

Por otro lado, se ha sabido recientemente que la diferencia entre el Padrón de 2012 (a 1 de enero) y el último Censo de Población de 2011 (a 1 de noviembre) en el número de extranjeros que residen en España es de poco más de 450.000 personas. Esto supone una validación de la calidad de la información padronal y de la de EVR por varios motivos. En primer lugar, porque una distancia de un 8,3% a favor del Padrón no es demasiado elevada ya que sabemos que en los Padrones de 2012 y de 2013 se acoplarán las bajas por caducidad causadas a lo largo de los años 2010 y 2011, no incorporadas de momento a los datos padronales de 2011. En media a lo largo de los últimos años, su volumen ha sido de unas 150.000 anuales; por tanto, sabemos que hay que descontar unos 300.000 regis-

tros adicionales de esa diferencia entre el Padrón y el Censo. Y, en segundo lugar y no menos importante, las mayores diferencias entre el registro padronal y el Censo de 2011 no se producen para las nacionalidades de la reciente oleada de inmigración (rumanos, marroquíes, ecuatorianos y colombianos), sino para los nacionales de Alemania, Reino Unido y Francia, donde el Padrón sobrestimaría en torno a un 20% su población residente en España en relación con el Censo.

Y, finalmente, las garantías adicionales con las que se puede contar si, como indica el INE (2011), se va a verificar la información de la EVR con la ayuda de otras fuentes registrales administrativas como el movimiento natural de la población, la Seguridad Social, la Agencia Tributaria, los ficheros suministrados por el Ministerio del Interior para tratar identificadores de personas, el Registro de títulos del Ministerio de Educación o, incluso, los ficheros de MUFACE. Por todo esto y lo anterior pensamos haber justificado el título de esta nota metodológica y, como decíamos al principio, no podemos estar más de acuerdo con la elección de la EVR por parte del INE como fuente de partida para la futura Estadística de Migraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Branco, Inés y Andreu Domingo (2002). «Entre en flujo y el stock. El análisis demográfico de los migraciones internacionales y de la población de nacionalidad extranjera en España». En: F. Checa, *Las Migraciones a debate: de las teorías a las prácticas sociales*, Barcelona: Icaria.
- Castro, Miguel Ángel de (2004). «Fuentes estadísticas sobre la inmigración». *Economistas*, 99: 128-145.
- (2007). «Estudio demográfico longitudinal». En: Carmen Marcos García (coord.), *El papel de los registros administrativos en el análisis social y económico y el desarrollo del sistema estadístico*, Madrid: Ministerio de Hacienda, Instituto de Estudios Fiscales.
- Devolder, Daniel; Fernando Gil y Pere Forte (2006). «Estimación del grado de error en el registro de la población extranjera en España: Un enfoque comparativo». *Papers de Demografia*, 309, Centre d'Estudis Demogràfics.
- Duque, Ignacio (2011). «Anomalías y mejoras en las estadísticas de migración internacional durante las últimas décadas». *Revista Internacional de Sociología*, Monográfico 1: «La inmigración en España: perspectivas innovadoras»: 45-78.
- Garrido, Luis (2004). «Para cuantificar a los extranjeros». *Economistas*, 99: 28-37.
- INE (2008). *Encuesta de migraciones. Metodología* (<http://www.ine.es/daco/daco42/migracion/mi-gra08.pdf>), último acceso, 10 de octubre de 2011.
- (2011). *Proyecto de los Censos Demográficos 2011* (http://www.ine.es/censos2011/censos2011_proyecto.pdf), último acceso, 10 de octubre de 2011.
- Kupiszewska, Dorota et al. (2010). *Possibilities and limitations of comparative quantitative research on international migration flows*, PROMINSTAT Working Paper 04.
- Martí, Mónica y Carmen Ródenas (2004). «Migrantes y migraciones: de nuevo la divergencia en las fuentes estadísticas». *Estadística Española*, 156: 293-321.
- (2007). «Migration Estimation based on the Labour Force Survey: An EU-15 Perspective». *International Migration Review*, 41(1): 101-126.
- (2012). «Measuring International Migration through Sample Surveys: Some Lessons from the Spanish Case». *Population-E*, 67(3).
- Ródenas, Carmen y Mónica Martí (1997). «¿Son bajos los flujos migratorios en España?». *Revista de Economía Aplicada*, 15: 155-171.
- (2009a). «¿Son fiables los datos de migraciones del Censo de 2001?». *Revista de Economía Aplicada*, 17(50): 97-118.
- (2009b). «Estimating False Migrations in Spain». *Population-E*, 64(2): 361-376.

RECEPCIÓN: 25/10/2011

REVISIÓN: 22/01/2013

APROBACIÓN: 08/02/2013

Ensayo bibliográfico

Naturaleza vs. situación vital en Max Weber: dos biografías desiguales

Álvaro Morcillo Laiz*

Max Weber. La pasión del pensamiento, por Joachim Radkau. Fondo de Cultura Económica, México, 2011, 1086 pp.

Max Weber in America, por Lawrence Scaff. Princeton University Press, Princeton, 2011, 326 pp.

Estos dos libros utilizan la vida de Max Weber para entender su obra, pero los enfoques son diferentes y el resultado también es desigual. Ambas publicaciones, por el hecho de combinar el plano vital y el textual, proceden, en alemán, *werkgeschichtlich*, y en inglés constituyen lo que Lawrence Scaff llama una *biography of the work* (p. 2). Entre sus características están el usar *toda* la obra, incluyendo no solamente los trabajos anteriores a *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904-1905), hasta hace poco olvidados, sino también piezas *aparentemente* menores, pero que ofrecen claves, como el *Preámbulo* a los números del *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik* editados por Weber, Werner Sombart y Edgar Jaffé (v. 19, 1904, pp. I-VII; traducido en esta revista, 58 (1992), pp. 183-188). En la interpretación de la obra a través de la vida también juegan un papel crucial los cientos de cartas de, a y sobre Weber que se han conservado, pues permiten vincular la biografía de Weber con el origen de algunas de sus investigaciones posteriores, como, por ejemplo, las muy tempranas muestras de interés en cuestiones sociales o religiosas que están relacionadas con los textos que publicó en sus últimos meses de vida. Hoy la expresión más acabada de tales reinterpretaciones de Weber se encontraba en los libros de Wilhelm Hennis (1923-2012), con los que el trabajo de Scaff tiene una clara afinidad.

En *Max Weber in America*, Scaff ha usado todo tipo de documentación para reconstruir los encuentros, buscados o fortuitos, durante el viaje de Max Weber a Estados Unidos, en la medida en que se puede ver en ellos el origen o la continuación de un interés académico de Weber. Así, de lo que este es testigo, antes y después del viaje a América, nace la *pregunta de Max Weber*, a la que Scaff vuelve una y otra vez: cómo afecta el desarrollo civilizatorio, y en especial la imparable expansión del capitalismo moderno, al estilo de vida y a la personalidad de los individuos (pp. 3, 247-248, 252).

En contraste con el intento de Scaff de mejorar nuestro entendimiento del pensamiento de Weber mediante la reconstrucción de su situación vital histórica *específica* (p. 5) y de los vínculos de la misma con la obra, Radkau convierte el vago concepto de *naturaleza* en el vínculo entre vida y obra, pero usa además un impuesto por el que se pierde: la libido de Weber (pp. 12, 15).

La aparición de *Max Weber. La pasión del pensamiento* supuso un acontecimiento en determinados círculos alemanes y anglófonos, y no solo en los académicos. Con este libro,

* Álvaro Morcillo Laiz: Centro de Investigación y Docencia Económicas, México D.F.

su autor pretende haber escrito la biografía *definitiva* de Max Weber (1864-1920). Solo así pueden entenderse afirmaciones como «comprobé que, a pesar del océano de bibliografía secundaria weberiana, existía una enorme cantidad de accesos inadvertidos a Weber» (p. 12). Muchos de los críticos que reseñaron la obra, que creyeron que de hecho Radkau había aportado una *gran* biografía, argüían que, por primera vez, un autor ha podido utilizar las decenas de volúmenes de las obras completas de Weber, la monumental *Max Weber-Gesamtausgabe*, así como una serie de fuentes nunca publicadas, entre las que están los libros anotados por Weber, el acta de su autopsia, los diarios de la esposa de Weber, Marianne, y su cartero con la madre de su marido, en el que se discuten *también* los detalles más impensables de la vida íntima matrimonial. Así, Andreas Anter afirma que se trata de «un completo estudio que une sistemáticamente la vida y la obra del titán y ofrece nuevas perspectivas incluso a los conocedores de Weber» (*Neue Züricher Zeitung*, 18 de octubre de 2005). Ignacio Sotelo, por su parte, mantiene que la obra «permite, y esto es lo verdaderamente relevante, una nueva interpretación de la obra sociológica de Weber» (*Revista de Libros*, 120 (2006), p. 5). A pesar de la cantidad apabullante de bibliografía y de fuentes primarias, algunas de ellas hasta ahora inaccesibles, el motivo por el que *Max Weber. La pasión del pensamiento* se convirtió en un éxito de ventas fue el tratamiento excesivamente detallado, ocasionalmente repugnante, de su vida sexual.

Para el público de lengua española, sin embargo, el libro tiene, en mi opinión, otro significado. A pesar de sus importantes defectos, y de las inapropiadas pretensiones de originalidad absoluta de Radkau, su mérito reside en que se nutre de las «nuevas» interpretaciones de Max Weber que empezaron a publicarse en alemán y en inglés hace treinta años, pero a las que apenas se ha tenido acceso en español. La recepción de Weber en Iberoamérica sigue aún hoy marcada por la interpretación estructural-funcionalista propugnada por Talcott Parsons y asumida luego por *tutti quanti*, incluido Gino Germani, en Estados Unidos, en Argentina y por doquier. Desde los años cuarenta, las traducciones de Weber al español son abundantes, no en comparación con la inmensa obra de Weber, pero sí en proporción al número de páginas traducidas al inglés y a otras lenguas. Sin embargo, ello no ha impedido que se malentendieran incluso los conceptos más básicos de Weber —legitimidad, conducción de vida, libertad de valores y hasta el famoso tipo ideal— y que de los intereses de Weber solo se percibieran los que coincidían con los de Parsons y los de la ciencia social estadounidense. Este problema, que no era exclusivo de los países de habla española sino que afectaba también a EE.UU., Reino Unido y Alemania, perdura entre nosotros porque, como decía, poco o nada se han discutido interpretaciones que, yendo de vuelta al *momento* en que y a *todos* los textos que escribió Weber entre 1876 y 1920, proponen una interpretación libre de Parsons. Al situar a Weber en la ciencia social germánica anterior a 1933, en la que la historia, el derecho, la política y la economía están, como en la realidad, entrelazadas, también se puede apreciar el *valor* de una obra anterior a la fragmentación disciplinaria. En la medida en que recurre a obras de Weber y de sus exégetas desconocidas en español, así como a nuevas fuentes, la publicación del libro de Radkau abre un resquicio a otras lecturas del autor de *Economía y sociedad*.

Sin embargo, lo cierto es que Max Weber no ha tenido suerte con sus biógrafos y Radkau no es una excepción. Los dos más prominentes han sido su esposa Marianne y su sobrino segundo Eduard Baumgarten, quienes nunca escribieron una biografía que, desde una perspectiva académica, pudiera hacerle justicia al personaje; en el caso de Marianne es más exacto decir que nunca quiso ser neutral. Ambos libros, sin embargo, son fuentes importantes, si bien no siempre fiables, para el estudio de la obra y la vida de Weber. Otros dos intentos pos-

teriores ofrecen una *interpretación* de Weber. El primero es la biografía intelectual de Reinhard Bendix, en algunos aspectos la más solvente y legible, cincuenta años después de su publicación. La otra es la biografía psicoanalítica de Arthur Mitzman, que recuerda a la que en el mismo tono escribió George D. Painter sobre Marcel Proust; la de Mitzman ha quedado rápidamente envejecida. Como veremos, el libro de Radkau se acerca a los dos primeros, en la medida en que reproduce fuentes hoy inaccesibles, y al de Mitzman, ya que consiste en una aproximación roma y con pretensiones psicoanalíticas a un personaje que queda enterrado bajo una montaña de detalles inextricables y de intentos fútiles de vincular la *naturaleza* del individuo con su *obra*. La diferencia es que, mientras la biografía de Mitzman es relativamente concisa, las mil páginas de Radkau llevan al lector a la exasperación, entre otras cosas porque este no sabe quedarse en segundo plano. Al sacar a relucir continuamente sus opiniones y observaciones, a menudo banales, Radkau deja claro que no ha aprendido a «relegar la propia persona detrás del asunto y sobre todo reprimir la necesidad de exhibir sin que se le pida los propios gustos y demás sentimientos» (Weber, 1922: 493).

Las mil páginas del libro de Radkau están organizadas en tres partes. Del nacimiento de Weber a su crisis nerviosa de 1897, de allí a su recuperación al final de la primera década del siglo XX, y una tercera que trata de abarcar no solamente el final de su vida, sino la recepción de su obra. La estructura parecería muy adecuada, obvia, casi inevitable para una biografía, pero dado que Radkau no pretende únicamente contar la vida de Weber, sino que desea también explicar su obra, tal aproximación tiene serias desventajas. Ello puede apreciarse al preguntarnos qué nos aporta *La pasión del pensamiento* para la mejor comprensión de la obra póstuma fundamental de Weber, *Economía y sociedad*. La respuesta es que Radkau nos cuenta menos de lo que sería deseable y correspondería a un libro inmenso como el suyo. *Economía y sociedad* fue tan solo un título dentro de una obra enciclopédica —*Grundriss der Sozialökonomik* (literalmente, *Fundamento de la economía social*), en varios volúmenes escritos por decenas de autores, con Weber como editor—. El proyecto, iniciado en 1909, quedó interrumpido por los abandonos y fracasos de sus colaboradores, por las otras investigaciones del propio Weber y por la Primera Guerra Mundial. Hasta aquí, todo está explicado en el libro de Radkau. Sin embargo, tras el armisticio, Weber retoma el trabajo para elaborar su propia contribución al manual en 1919. A partir de entonces y hasta su muerte repentina un año después, en junio de 1920, trabaja en *Economía y sociedad*. El proceso de escritura y edición quedó bien documentado en la correspondencia de Weber con su editor, Siebeck, que permite saber, entre otras muchas cosas, qué es lo que Weber proyectaba para *Economía y sociedad* cuando murió y comprobar que, de hecho, dos terceras partes del libro que hoy en día conocemos son una construcción de Marianne a partir de los manuscritos del legado. En pocas palabras (que abrevian una historia intrincada, importante para las ciencias sociales y aún no contada en español), *Economía y sociedad* no es un libro, sino una colección de manuscritos de los cuales Weber no envió ni un tercio a la imprenta. Estos hechos plantean importantes problemas intelectuales y editoriales relevantes para entender *Economía y sociedad* y el resto de la obra de Weber, pero Radkau los pasa por alto, pues el capítulo del libro en que debería haberlos tratado de acuerdo a su organización cronológica se centra en las relaciones extramaritales de Weber con Mina Tobler y Else von Richthofen.

Más allá de la abundancia de las nuevas fuentes y del énfasis en la vida sexual de Weber, otros dos aspectos relacionados caracterizan el libro: la pretensión de usar precisamente el erotismo (o su ausencia) para explicar la obra de Weber y el uso oportunista que hace Radkau de sus fuentes. El argumento fundamental del libro —que le acerca al de Mitzman, a pesar

de que Radkau lo nombre casi únicamente para denostarlo (pp. 146, 418)— es que tanto Weber como persona como sus intereses intelectuales solamente pueden explicarse teniendo en cuenta su vida sexual. Para ahorrar al lector una infinidad de detalles escabrosos presentes en la obra, resumo: aparentemente Max Weber nunca tuvo relaciones sexuales con Marianne, con quien se casó a los veintinueve años, sino que seguramente tuvo su iniciación sexual con Else von Richthofen, cerca de la cincuentena. Radkau dedica decenas de páginas a este crucial tema y hace numerosas suposiciones sobre cómo cierta etapa de la vida sexual de Weber explica tal o cual aspecto de su trabajo. Incluso sabe, como narrador omnisciente, en qué estaba pensando Weber cuando preparaba la conferencia de la que nacería *La política como profesión*: «Sus pensamientos estaban con Else, y al referirse una y otra vez a la “pasión”, no solo pensaba en la pasión política» (p. 923). Solo argumentar que la vida sentimental de Weber nos da claves sobre su obra puede justificar el incluir en una pretendida biografía intelectual las intimidades más sórdidas y banales, hasta el punto de que el lector acaba sintiendo ese característico y anticlimático hastío que produce la pornografía. La necesidad de justificar el uso de esas fuentes con detalles sobre su vida sexual ha acercado la biografía de Radkau al esperpento que es toda vida humana, incluida la de Weber, si se la mira muy de cerca. Paradójicamente, las nuevas fuentes disponibles, distrayendo a Radkau hacia la «libido», le han impedido entender tanto al personaje como a su obra.

El otro gran problema es que la cantidad de tales fuentes no está en concordancia con el cuidado al usarlas. Es irritante que Radkau argumente basándose en documentos que sabe poco fiables, como la biografía de Marianne, *siempre y cuando* ello convenga a sus ocurrencias. El asunto no es baladí para un libro que pretende haber encontrado, no *inventado*, un nuevo Weber que los demás han pasado por alto, como Radkau afirma repetidamente a lo largo de la introducción (pp. 11-16). Una y otra vez el autor se permite la licencia de atribuir opiniones firmes a Weber que se basan en frases que fueron publicadas en la segunda y tercera partes de *Economía y sociedad*, que el autor jamás envió a la imprenta o incluso no escribió, dado que Marianne «tuvo» que completar parte de los manuscritos del legado antes de enviarlos al editor. En estas opiniones apócrifas basa Radkau las supuestas afirmaciones de Weber sobre religión y sexualidad (pp. 636, 639), matrimonio y libertad sexual (p. 638) o la supuestamente justa exclusión de los judíos del ejército alemán (p. 797). La incapacidad o falta de voluntad por parte de Radkau para tratar sus fuentes como un académico se refleja también en la manera en que convierte la investigación sobre Weber en un *straw man*. Sin acotación ni salvedad alguna, Radkau acusa a la misma de innumerables deficiencias, entre las que están el haber pasado por alto temas importantes para Weber como la naturaleza (pp. 12, 277) o la técnica (p. 143), de haberse inventado que Karl Jaspers redactó parte de la biografía de Marianne (p. 987) o de no entender un denso pasaje sobre intelectuales (p. 863). Radkau hace tales acusaciones sin especificar a qué autor y publicación concretos se refiere, pues ello le obligaría a diferenciar un poco y matizar su crítica y con ello sus propias pretensiones de originalidad. Y aunque se niega a reconocer todo lo que debe a esa literatura secundaria, nombra ¡al final! del libro a prácticamente todos aquellos que están vivos y han escrito sobre Weber. El acabose es que sostiene sus suposiciones más aventuradas en observaciones verbales o escritas de carácter informal («comunicación personal») que le han hecho los representantes de esa *Weber-Forschung*. Es más, en infinidad de ocasiones Radkau introduce sus observaciones precedidas por un «probablemente» (*wohl*) o un «debe de...». Así encontramos frases como «Max Weber (...) *debe de haber sentido* que también tenía una inclinación hacia ese tipo de placeres [sádicos y masoquistas]» (p. 94) o «Lo que *probablemente* más le venía de corazón era el consuelo de que la sofisticación del intelecto no afec-

taba el espíritu de lucha» (p. 870) o «También le *debe* haber causado un temor secreto el hecho de no poder satisfacer sexualmente a Else; *probablemente* por ello se complacía en convertirla en su dueña y señora, porque solo podía satisfacer su deseo de poder» (p. 943; todas las cursivas son mías). Así Radkau nos enseña que, parafraseando a Weber (1922: 524), la «mera observación hasta el final de la cadena causal empírico-histórica suele ser interrumpida con perjuicio de los resultados científicos cuando el historiador empieza a “suponer”».

Mientras que antes de escribir *Max Weber. La pasión del pensamiento* Radkau se había dedicado a la historia de la técnica, del medio ambiente y de la salud, *Max Weber in America* es la obra de un especialista en el tema que ya había publicado *Fleeing the Iron Cage* (1989). A pesar de lo que el título sugiere, el nuevo libro de Scaff abarca mucho más que el viaje de Weber a América, pues toma esa parte, los tres meses del viaje de Max y Marianne Weber a los Estados Unidos, como óbice para discutir el todo, los asuntos cruciales para el conjunto de la vida de Weber: su temprano interés en los dogmas religiosos, los contactos primeros con Estados Unidos en el entorno familiar y en las lecturas y las experiencias del viaje a América que, reflejándose en su obra posterior, la convierten en un medio para Talcott Parsons y para muchos otros de entender su propio país. Los esfuerzos de Scaff por resaltar los vínculos entre Weber y América constituyen probablemente un guiño al público de Estados Unidos, en cuya academia Scaff ha desarrollado su carrera.

En la primera parte del libro (pp. 11-196), Scaff reconstruye la estancia de los Weber en *Amerika* con motivo de la participación de Max en el St. Louis Congress of Arts and Sciences. La ruta incluye Nueva York, Chicago, el territorio de Oklahoma, Washington, Baltimore y Boston, entre otros lugares. Las organizaciones que Weber visita son testimonio de sus intereses hasta aquel entonces y, en ocasiones, preludio de los futuros: Northwestern, Atlanta y otras universidades y *colleges*, el Tuskegee Institute en Alabama, la American Federation of Labor, en Chicago el matadero y los muelles, un servicio religioso cuáquero en Haverford, la German Reform Church en North Tonawanda, estado de Nueva York, y los programas educativos para judíos en el Lower East Side. Estas vivencias dan pie a que Scaff explore la huella en la obra de Weber de la intensa inmigración europea, y en especial judía, de aquellas décadas, habiendo sido esta cuestión uno de los temas que él había tratado en sus trabajos sobre las zonas rurales más allá del Elba. Scaff también reconstruye la discusión en torno a la idea de conocimiento científico que se dio en St. Louis, así como la importante cuestión de la raza que, en opinión de Weber, era la única nube que ensombrecía el futuro de América (p. 100). Por supuesto, el viaje a Estados Unidos es una ocasión para que este estudie la influencia de las sectas en la vida social y en la economía del país, así como para entender las clases trabajadoras, las ciudades, la expansión hacia el oeste, los sindicatos y el feminismo, que interesaba especialmente a Marianne. Los encuentros de Weber con figuras como W. E. B. Du Bois, Booker T. Washington o William James resultan en los pasajes más fascinantes del libro. El primero reencuentra a Weber en St. Louis años después de haber oído sus clases en la Universidad de Berlín y de haber acudido entre 1892 y 1894 al seminario de política económica que impartía Gustav Schmoller, en el que también estuvo Albion Small, un fundador de la primera Escuela de Chicago (pp. 100-108). Las inspiradas páginas del libro en torno a la tarde que William James y Weber pasaron juntos en Cambridge, y al diálogo más o menos soterrado entre *The Varieties of Religious Experience*, por un lado, y *Die protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus* (p. 153) y las dos conferencias sobre las profesiones (p. 192), por el otro, aclaran más sobre Weber como autor (e incluso como editor del *Archiv*) que todo el libro de Radkau.

A lo largo de *Max Weber in America*, Scaff vincula una y otra vez, con precisión y de modo creíble, las experiencias vitales de Weber con sus intereses intelectuales. El caso más notorio es el de la religión, que aparece en una de las cartas en la que el joven Weber reflexiona sobre cómo el dogma católico comparado con el protestante enfatiza el amor y la fe como medio para alcanzar la gracia en detrimento de las obras y sobre cómo tales vías de salvación deben repercutir necesariamente en el actuar de los hombres (p. 23). Estas reflexiones concuerdan con lo que le habían enseñado a Weber sus maestros de la Escuela Histórica de Economía Política, como Karl Knies, en cuyas clases discutía la cuestión de cómo diferentes creencias religiosas afectan a la actividad económica (p. 22). A un sermón cuáquero, oído en Pensilvania, sobre los santos como personas que llevan una vida separada de la comunidad, regresa Weber para explicar que un estilo de vida ascético racional distingue a quien posee la gracia, al igual que las rutinas del monasterio separan a sus habitantes de quienes llevan una vida mundana (p. 145). Con los recursos de un elegante escritor y el conocimiento archivístico de un avezado investigador, Scaff reconstruye vínculos muy concretos entre las experiencias vitales de Weber, en particular durante su viaje a Estados Unidos, con su obra, hasta llegar incluso a las últimas líneas que escribió en Múnich. El resultado es mucho más convincente que el que alcanza Radkau vinculando impulsos sexuales, represión y periodos creativos, que obviamente no se encuentran en una relación unívoca.

En la segunda parte del libro, sobre la *obra* de Weber en Estados Unidos, Scaff intenta una sociología del conocimiento y de la traducción (pp. 212, 227). En un bien logrado *crescendo*, observamos cómo la obra de Weber pasa de ser objeto de interés de unos pocos economistas y sociólogos en Chicago y Harvard a fines de los años veinte hasta conformar una tenue red—formada por exiliados alemanes y austríacos que habían conocido a Weber o a su obra—que abarcaba gran parte del país para convertirse en los últimos cuarenta en un componente distintivo de la institucionalización de la sociología estadounidense, primero, y alemana y mundial después. Ello se debe en gran parte al prominente lugar de Weber en el libro de Parsons, *The Structure of Social Action* (1937). Otra precondition para que Weber fuera lanzado a un estrellato póstumo fue, obviamente, la aparición de traducciones al inglés de todo tipo y pelaje, entre las que destacan la primera parte de *Economía y sociedad* titulada por Parsons *The Theory of Social and Economic Organization* (1947) y un *reader* editado por Hans H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber* (1946). A pesar de ello, ninguna fue tan crucial como la versión de Parsons de *Die Protestantische Ethik und der Geist des Kapitalismus* (1930), pues durante siete décadas nadie se atrevió a retraducir la obra, sin que importase que la adaptación de Parsons fuera deficiente, como discretamente señala Scaff (p. 212). La influencia de la traducción se debió en parte al prestigio de Parsons, pero también a errores geniales, entre los que destaca la famosa expresión *stahlhartes Gehäuse* (carcasa de acero) que, mal traducida como *iron cage*, se ha convertido en una de las metáforas más extendidas para referirse a cómo el capitalismo moderno constriñe a las personas. El acero, una aleación que Parsons revierte a mineral de hierro, constituye una metáfora de la modernidad con la que Weber se adelanta en décadas al verso de Carlos Drummond de Andrade, *esta pedra de ferro, futuro aço do Brasil...* [esta mena de hierro, futuro acero del Brasil]. La segunda parte del libro de Scaff, un destilado de doce años de artículos suyos sobre la recepción de Weber en Estados Unidos, constituye el tratamiento más acabado del tema, si bien el análisis de la traducción al inglés de la primera parte de *Economía y sociedad*, en particular de lo sucedido en los importantes años 1940 y 1941 en que la misma comienza a difundirse en mimeografía, casi podría ser calificado de incompleto, sobre todo si se compara con la atención que Scaff dedica a la versión de Parsons de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

Finalmente, uno se pregunta a dónde habría llegado Scaff si hubiese estudiado *toda* América y comparado al Weber de Estados Unidos con el del resto del continente. Difícilmente hubiera podido Scaff llevar a cabo tal comparación porque no existe ningún trabajo definitivo sobre la traducción y recepción de Weber en español y portugués, menos aún sobre los iberoamericanos que se alzaron sobre los hombros de Weber para hacer aportaciones significativas —José Medina Echavarría, Fernando Henrique Cardoso, Manuel García Pelayo o el recientemente fallecido Guillermo O'Donnell—. Las páginas que Radkau dedica a la recepción de Weber palidecen al compararlas con las de Scaff, como el resto del libro, aunque ambos autores traten de usar claves biográficas para explicar la obra de Weber. En una ocasión, Wolfgang Schluchter dijo que Max y Alfred Weber eran «dos hermanos disímiles» (*zwei ungleiche Brüder*). Éstas son «dos biografías desiguales».

REFERENCIAS

Weber, Max (1922). «Der Sinn der 'Wertfreiheit' der Soziologischen und ökonomischen Wissenschaften». En: *Gesammelte Aufsätze Zur Wissenschaftslehre*, 451-502. Tübingen: J. C. B. Mohr (Paul Siebeck).

Crítica de libros

La sociedad sitiada

Zygmunt Bauman

(Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011. 6ª reimpresión)

Hay dos preguntas esenciales que han desvelado a los sociólogos durante varios años y que encuentran en el 11 de septiembre su máxima expresión. ¿Por qué a pesar de nuestra tecnología sentimos cada vez más miedo? ¿Por qué esa supremacía de la técnica nos lleva a la vulnerabilidad? ¿Hay algo que la sociología pueda decir al respecto? El libro del profesor Zygmunt Bauman, recientemente republicado en español por Fondo de Cultura, demuestra una tendencia a poder contestar esas preguntas, pero como veremos en esta reseña, las respuestas caen en las mismas contradicciones que se quieren explicar.

La sociología ha nacido como un proyecto cuya firmeza radicaba en la autoridad y la legitimidad del Estado nacional. Pero tanto ella como el Estado-nación estaban condenados a separarse. Existe un divorcio, exclama Bauman (2011), entre el Estado cada vez más deficitario y las comunidades imaginarias que conforman la nación. Dadas las circunstancias, las comunidades imaginarias se han dicotomizado y hoy rivalizan contra el Estado. Desde el 11 de septiembre en adelante, ciertamente, el mundo ha cambiado. Estas nuevas comunidades globales se enfrentan a un aparato burocrático en su propio territorio. El Estado ya no tiene la potestad de administración, esto quiere decir, de tomar, controlar o distribuir recursos de un lado a otro del territorio acorde a sus intereses. Pero ¿eso supone que lo nacional ha muerto para siempre? ¿Qué decir de las fiestas, los mundiales, los juegos olímpicos, no son muestras del poder de la nacionalidad sobre las conductas del hombre?

Las festividades, los mundiales de fútbol son como los carnavales, espacios lúdicos donde se exagera una nacionalidad ficticia, que no tiene asidero en la realidad. Terminados los rituales, cada uno vuelve a su vida cotidiana, líquida e individual. Si hace décadas se hablaba de la muralla como frontera de protección frente al mundo no controlable, al mundo bárbaro, en la actualidad no hay un lugar donde sentirse verdaderamente seguro. En nuestro mundo moderno no hay lugar que visitar, ni frontera que traspasar. La sociedad se encuentra sitiada contra sí misma. Empero ¿una sociedad sitiada no implica por sí su propio límite? ¿Si el límite es generador de seguridad, su carencia no debería hacer de la vida un lugar más tranquilo?

En parte, Bauman tiene, para poder responder a estas cuestiones subyacentes no formuladas en su texto, que desempolvar a P. Virilio, un gran filósofo francés olvidado por los círculos académicos anglosajones. De este último toma su idea de sociedad total sin barreras ni diferencias o de, como trata al final, imaginación privatizada. Virilio denunciaba que una de las mayores angustias de la humanidad fue haber roto con la seguridad de la ciudad amurallada. Cualquier inclemencia puede afectar a todo el sistema por igual; todo se hace a lo grande, incluso la destrucción sin barreras para mitigar las catástrofes. Por ende, si la frontera marca el lugar, su falta marca lugares vaciados de sentido. Para que el lector lo com-

prenda mejor, un límite parcializa la pertenencia marcando su control sobre todo lo que está dentro, gracias a eso, existe la tradición, pero si esa frontera llegara a destruirse, el lugar desaparece y con ella el apego del sujeto por el suelo.

La tesis central del trabajo de Bauman apunta a la dicotomía entre imaginación y utopía. La posmodernidad capitalista ha trazado un antes y un después en las formas de producción y de relación de las sociedades. Se ha pasado de una sociedad estable, administrable y sólida a una inestable, insegura y líquida. Thomas Moro había explicado que una utopía se construye del itinerario y los obstáculos que una persona debe afrontar camino a ella. La imaginación utópica en este sentido era estable, se vinculaba a una soberanía, sus bordes estaban diseñados por una ley y un Estado. Si, después de todo, había una certeza, esa era que «el topos» lejano daba un sentido a nuestras vidas. La forma de vida estaba circunscrita a un tiempo y un espacio. Con la formación del capitalismo tardío, ya no hay lugar que descubrir, velo que quitar, ni lugar para ocultarse frente a una amenaza. La utopía como ilusión de un lugar inexistente se ha convertido, en manos de la globalización, en un no-lugar. Pero ¿qué es un no lugar? ¿Puede definirse un objeto por su indefinición? Epistemológicamente, ¿puedo tomar el sol, y decir que existe un no-sol? Evidentemente hay en el universo muchos astros que no son el sol, incluso la nada misma, pero tampoco son un no-sol.

La sociedad sitiada se encuentra conformada por dos secciones, la primera describe la relación entre la sociedad, la sociología y la política global; la segunda, por el contrario, se centra en la construcción de la bio-política como nueva forma hegemónica de control. Bauman explica convincentemente que el mundo finalmente se ha agotado por la expansión de la movilidad. Si un espectador quiere ir a una sala y la venta de entradas está agotada, eso puede significar dos cosas, que puede ir a otra, o volver otro día. En un mundo «agotado», donde no existe el afuera, no es posible desplazarse hacia otro lugar en busca de otra cosa. La idea de que una comunidad es un pequeño espacio entre otros muchos ha dado lugar a una tribu global totalizada por la expansión del capital y el consumo. En un sistema de este tipo, todos dependen de todos y cualquier acción repercute en el otro. Por consiguiente, para Bauman la globalización es además de un peligro un verdadero desafío para la filosofía ética. Las personas se mueven como «transeúntes» errantes dominados por la indiferencia hacia el otro; la fragmentación que se hizo eco en la política de los últimos decenios, el declive del Estado nacional, se expresan abiertamente por el acelerado crecimiento de las finanzas y los negocios. Pero en sentido opuesto, la diferenciación y el conflicto inter-étnico hacen de la política internacional una forma de entretenimiento al cual apelan los medios de comunicación para mantener entretenido al tele-espectador. Sin el Estado para sostener la pertenencia, la desregulación y el ajuste del gasto público parecen las sustancias que rigen el devenir de las economías mundiales. La imagen de la sociedad protectora, o la buena sociedad donde el gobernante, con sus fallas o sus aciertos, controlaba las relaciones dentro de las fronteras, se han desdibujado a favor de las políticas de la vida. Tal vez la sociología no haya claudicado o desaparecido, pero su presencia ya no es importante o quedaría notablemente relegada.

El libro de referencia, a diferencia de otros trabajos de Bauman, parece orientado a un público especializado, sobre todo sociólogos o filósofos. Con una prosa amena, a la que nos tiene acostumbrado el autor, *La sociedad sitiada* examina temas profundos y dolorosos como los genocidios, las violencias étnicas, la búsqueda de la felicidad, la idolatría, la sociedad de consumo, los medios de comunicación y su interminable complicidad con el terrorismo, entre otros. Sin embargo, la postura esencial del libro no

aporta nada nuevo, sino que recicla las antiguas fórmulas de Paul Virilio o Marc Augé respecto al rol de la velocidad como configurador del espacio. En este sentido, cabe advertir lo mismo que hemos criticado en otros trabajos acorde a la postura del no-lugar. Podemos afirmar abiertamente que la tradición es generadora de lugares antropológicos. La aceleración desdibuja la relación entre tiempo y espacio viciando el sentido de lugar. Lo que lógicamente no puede hacerse es darle a una categoría dos valores simultáneos (la confrontación de dos objetos no genera antítesis, sino síntesis como afirmara Hegel). Si el lugar está definido por la ley, la territorialidad, entonces quienes habitan en él pueden ser llamados personas, y en calidad de tales gozan de ciertos derechos. Por el contrario, quienes habitan hoy en los no lugares, personas sin recursos económicos o financieros, vagabundos, gente sin hogar, deberían ser catalogados como no-personas, y en consecuencia portadores de «no derechos». La línea ética entre el lugar y el no lugar es una táctica peligrosa ya que indefectiblemente conlleva a la discriminación del no productivo, o en otras palabras a la re-afirmación de la bio-política (extensión de la vida para quien pueda pagarla). Es decir, la tesis de los no lugares puede acarrear consigo consecuencias inimaginables para la humanidad. Segundo, la negación de un lugar no es su contrario, sino una nueva categoría que nadie ha formulado. Las sensibilidades de Bauman, como las de Virilio o las de Augé, están en lo correcto cuando sitúan a la posmodernidad como un proceso de gran indiferencia, solo que equivocan la manera de comprenderlo. Si la sociedad se encuentra sitiada, es impreciso afirmar que no hay fronteras, ya que la condición de la frontera es el sitio. En la antigüedad, cuando un ejército quería cortar las líneas de abastecimiento entre las ciudades, recurría a sitiar las fortalezas. Esa presión tenía un doble mensaje, que el tiempo no tenía valor para el invasor pero sí para el invadido y que la fuerza de defensa se transformaba en una trampa para la comunidad asediada. En efecto, si la muralla daba protección, el asedio invertía la lógica usando la misma fuerza de la comunidad contra sí misma. Siguiendo este argumento, el sitio y la muralla son y han sido históricamente dependientes. No hay evidencia ni argumento que sustente la idea de que una sociedad pueda sitiarse por falta de murallas. Por último, pero no por ello menos importante, el corte de flujo es una de las características distintivas del sitio o asedio. En la modernidad, la fluidez de las mercancías y la movilidad parecen estar a la orden del día. Pues entonces, ¿con qué argumento decimos que la sociedad se encuentra sitiada? Si la sociedad está sitiada, entendemos que ya no puede ser líquida, esta es una de entre las tantas contradicciones que Bauman hereda de Virilio y el legado francés.

Maximiliano E. KORSTANJE

BIBLIOGRAFÍA

- Augé, M. (1998). *Los No Lugares, espacios de anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Hegel, G. W. (1992). *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires: FCE.
- Moro, T. (1977). *Utopía*. Buenos Aires: Marymar.
- Virilio, P. (1999). *La Inseguridad del Territorio*. Buenos Aires: La Marca.

*Sociologie politique des élites***William Genieys**

(Paris, Armand Colin, 2011)

El profesor William Genieys (Centre d'Etudes Pour l'Europe Latine, Université de Montpellier-1) publica un libro extraordinario sobre las élites políticas en el que en 350 páginas bien escritas hace varios ejercicios de arqueología. En su tratamiento aborda tanto a los clásicos (comenzando con Pareto, pero con incursiones hacia Weber o incluso Veblen) como a los contemporáneos intentando estudiar las vinculaciones entre la naturaleza sociopolítica de las élites gobernantes y los regímenes políticos que dirigen. Además, uno de los objetivos del autor es poner de relevancia las derivaciones metodológicas de estos estudios. Así, Genieys disecciona los análisis de las élites políticas desde dos puntos de vista básicos: el sustantivo y el metodológico. Trataré el primero *in extenso* y el segundo de manera más reducida.

Desde el punto de vista sustantivo, el autor desgrana un rosario de aportaciones que comienza con una observación patente: «las élites constituyen un hecho sociológico incontestable» (p. 14) en la medida en que en todos los regímenes políticos (en todas las sociedades) siempre hay personas que toman decisiones que afectan a otras. Por ponerlo de otra manera: siempre hay quien manda (e influye sobre los que mandan) y quienes son mandados/as. El estudio de los regímenes políticos, sistemas electorales, legislación, instituciones políticas o políticas públicas no puede olvidar este hecho en la medida en que hay personas cuyas decisiones y acciones determinan la naturaleza de las políticas, las leyes, los regímenes, las instituciones, en suma. Si tienen tanta relevancia, conviene centrarse en quiénes son, de dónde vienen, qué piensan, cómo llegan a posiciones de poder, qué hacen en las instituciones o cómo consiguen mantenerse en ellas.

La primera tarea es la de definir el concepto «élite» para identificar a este grupo en la práctica. Aquí, el profesor Genieys realiza el primer ejercicio de arqueología al bucear en la etimología del concepto en diversas lenguas (francés, inglés, griego, persa, turco, castellano) para concluir que el término «élite» es “invención” de la lengua francesa, [que] ha sido importado a finales del siglo XIX en muchos campos léxicos para caracterizar, por regla general, a los “grupos” de actores que se distinguen en sus sociedades respectivas al poseer ciertas capacidades o porque han sido designados (en el sentido de elegidos) como los mejores» (p. 17). Sin embargo, reconoce Genieys, siguiendo a Bottomore (1964), que su uso académico no se hará extensivo hasta la incorporación de las teorías de Pareto por las universidades británicas y estadounidenses. Y aquí aparece ya un conjunto de definiciones o aproximaciones que destilan en mayor o menor grado las contribuciones de los dos grandes de los estudios de las élites: Pareto y Mosca, a los que Genieys añade a Michels y, en un ejercicio de erudición de agradecer, a nuestro Ortega y Gasset. No es extraño si se tiene en cuenta la influencia linzeana del autor. Es muy útil que Genieys (p. 21) recupere una tabla de definiciones variadas, originaria de Burton y Highley (1987), y con la que el lector/a puede aproximarse a cómo diferentes estudiosos han acotado el concepto de «élite».

El estudio de los clásicos permite a Genieys hacer otro ejercicio de arqueología desempolvando textos e ideas que han sido útiles a los/as investigadores de toda época. Así, revisa las tesis de la circulación de las élites de Pareto y resalta la dimensión historicista en la que debe entenderse para rebajar el malentendido que ubica al autor entre los autores «elitistas», un calificativo que debería revisarse: se puede estudiar la ONCE sin ser ciego, a los excluidos siendo de clase media, y a las élites sin ser elitista. Pareto entendía que la circulación de las élites era el reflejo de la evolución de la sociedad y, por tanto, el estudio de la naturaleza y composición de las élites servía de sismógrafo para entender mejor los cambios sociales.

El asunto se complica con la contribución de Mosca y su disputa con Pareto sobre la paternidad de ciertas ideas. Pero Genieys hace otro ejercicio de arqueología buceando en las ideas de Mosca y recuperando la noción de «clase dirigente» (o «clase política») como aquel grupo de individuos, más o menos socialmente homogéneo y más o menos organizado, «que es capaz de imponer su voluntad a la mayoría» (p. 90). Uno de los aspectos que se ha remarcado poco es el concepto del «mérito» como dimensión necesaria para pertenecer a la «clase política» en la concepción de Mosca. El mérito refuerza el papel del Estado como productor de élites políticas, de manera que, apunta Genieys (p. 93), «Mosca hace de la validación de las competencias adquiridas en las instituciones del Estado un prerrequisito para las carreras políticas que conducen a puestos de responsabilidad gubernamental». Este interés por la clase dirigente o política permite ampliar el enfoque en el estudio de las élites ya que no se observa solo a quienes ocupan posiciones de poder formal, sino a quienes «poseen los recursos sociales y políticos sustanciales (por ejemplo, los ricos, los clérigos, los intelectuales, los líderes sindicales)» (p. 93). El análisis de Mosca es particularmente interesante por la vinculación entre clase dirigente y Estado o gobierno del Estado en el sentido de que el Estado burocrático moderno «constituye una forma de organización del poder que permite contrarrestar la deriva de un régimen político dominado por una clase dirigente débil» (p.106) que es el riesgo que se corre cuando los grupos dirigentes se reproducen o bien por herencia (integración horizontal), o por mérito o elección (integración vertical), pero cuando la elección está organizada y realizada por los miembros de la élite (por ejemplo, en el caso del clientelismo político o los «dedazos» sucesorios).

Genieys trata también las aportaciones de Michels y su «ley de hierro de la oligarquía», tan presente y tan ignorada en el funcionamiento de las organizaciones políticas actuales a pesar de los efectos perniciosos que tiene para la democracia; las de Gramsci y el papel que asigna a los intelectuales como élite intelectual y vanguardia cuya misión es la de crear conciencia de la situación de subordinación entre los efectivos de la clase obrera; las de Ortega y Gasset sobre la extensión de la persona-masa y su desafío a la democracia e incluso las de Karl Mannheim. Algunas de estas ideas las recupera posteriormente Charles W. Mills, otro de los autores que Genieys trabaja exhaustivamente (pp. 197 y ss.).

Tras aportar las ideas de los clásicos, el texto se adentra en el estudio de las aportaciones empíricas al conocimiento de las élites guiado por una pregunta básica: «¿Quiénes son las élites que nos gobiernan?» (p. 151) y «¿Por qué están ahí?» (p. 158). Rescata el autor los primeros estudios sociográficos realizados con el objetivo de entender mejor el funcionamiento de la democracia y sus diferencias con los regímenes no democráticos en cuanto a la composición interna de las élites y su reclutamiento. Así aprendemos que los regímenes fascistas y nazis supusieron una ruptura en estos dos aspectos incorporando grupos sociales antes fuera del poder (pequeña burguesía e incluso obreros) (pp. 155 ss.) y que los regímenes totalitarios privilegian las carreras dentro del partido para acceder a puestos de poder

mientras que los autoritarios, con pluralismo limitado, suelen tener en cuenta una experiencia previa en la administración pública, ejército o la universidad (p. 164)¹.

Por otra parte, el libro dedica unas páginas al estudio del perfil social de los políticos en democracia, donde la rotación de las élites es más habitual por motivos obvios. El análisis de los casos de Francia, Reino Unido, Italia o Alemania permiten al autor detectar cambios sociales que tienen su reflejo en la composición de las élites políticas y, al mismo tiempo, concluir que «los factores ligados a la socialización infantil permiten el desarrollo precoz de un interés por la cosa pública» (p. 176) cuya causa la encontramos en tres factores: «las conversaciones políticas familiares, las funciones e interés político de los parientes o familiares cercanos y la pertenencia del padre o de los abuelos a una formación política» (p. 177). Asimismo, como muestran multitud de estudios, el nivel educativo y la profesión ejercida parecen tener también una relación con las vías de reclutamiento para la élite política en las democracias. Por ejemplo, parece que en las sociedades democráticas modernas, los titulados universitarios tienen una presencia abrumadora entre los políticos (87% en los parlamentos autonómicos españoles en 2011 y 85% para el periodo 1980-2005, según los datos de Coller *et al.*, 2008), mientras que profesionales del derecho y docentes, por motivos diferentes, parecen ser las profesiones más habituales (un 38% en 2011 en la España autonómica y un 40%, ambos en el periodo 1980-2005, pero un 25% de docentes en el Congreso de los Diputados y un 20% de profesionales del derecho en el periodo 1979-2012)². También la presencia de tecnócratas parece habitual en ciertos momentos históricos de transición (p. 279).

El autor pone el dedo en la llaga al señalar que la fotografía de la élite suele ser «el espejo invertido de la realidad social» (p. 183), pero no discute algunas medidas interesantes para averiguar cuán desproporcionada es la distancia entre la élite y la sociedad que la elige, y las diferencias entre partidos o territorios. Probablemente, en ediciones posteriores, el autor puede prestar atención al «índice de sesgo electoral» que usan Norris y Lovenduski (1995: 96) a partir de los trabajos de Ross (1944). Este índice puede interpretarse como un «índice de desproporción social» que permite ver la evolución de la distancia entre élites y sociedad y establecer comparaciones entre países³. Permite visualizar especialmente el sesgo social que se genera en el reclutamiento de las élites como el resultado de un proceso selectivo cuyo estudio requiere tener en cuenta la dificultad de generar modelos universales, pero en el que se pueden combinar tanto la «socialización singular (características sociales [de los que acceden a posiciones de poder] y aprendizaje político) y una estructura de oportunidad política» (p. 189). Los estudios sobre el perfil social suelen estar orientados por la idea de que una representación política similar a la estructura social de quienes eligen a los representantes reportará beneficios en términos de legislación y de legitimidad institucional. Sin embargo, Genieys es claro acerca de esta concepción probablemente errónea al concluir que «no podemos afirmar con certeza que una élite que representa de manera equitativa a todos los grupos sociales conducirá a la estabilidad política o a unas políticas públicas eficaces y sensibles a las expectativas de la ciudadanía» (p. 268).

¹ Nótese que el autor concluye que «las diferencias observadas [entre regímenes totalitarios y autoritarios] remiten no solamente a la relación entre élites y sociedades, sino sobre todo a la naturaleza del régimen político [...] la configuración del régimen favorece la integración de tipos de élites que tienen un perfil social particular» (p. 167).

² Véanse los datos en http://www.upo.es/democraciayautonomias/proyectos/perfil_social_de_los_parlamentarios/Datos_basicos/index.jsp

³ Véase el trabajo de Coller (2008) para una aplicación en el caso de España.

Uno de los aspectos relevantes del libro es que el autor trata a las élites como fenómeno a estudiar. De ahí su interés en el perfil social o en su reclutamiento. Pero, además, las estudia como variable independiente que puede ayudar a entender mejor fenómenos importantes como la naturaleza de los regímenes políticos, su transformación o las políticas públicas desarrolladas. En este aspecto, la contribución de Genieys es crucial para reflexionar acerca de quién gobierna en democracia y de las sinergias que se generan entre los individuos que forman las élites políticas y las instituciones que ocupan o quieren ocupar. Esta perspectiva, bautizada como «neoelitismo», se centra parcialmente en las transiciones políticas y la consolidación de la democracia y en el papel de las élites en estos fenómenos. Los trabajos de John Higley, Juan J. Linz o Richard Gunther, entre otros, ponen de manifiesto que la estabilidad de los regímenes nuevos depende, en buena medida, de que exista un cierto consenso sobre las reglas de juego, las instituciones necesarias y ciertos valores universales (libertad, respeto a los derechos humanos, etc.) entre aquellos que aspiran a (u ocupan ya) posiciones de poder. Esto no quiere decir que las élites políticas en las democracias requieran consenso ideológico, algo más propio de los regímenes autoritarios (p. 287). En este sentido, el «neoelitismo» parte de la concepción sartoriana de la política como «negociación» (por tanto, generadora de pactos y consensos entre grupos rivales) y no como «guerra», que lleva a la exclusión del rival. Desde este punto de vista, es relevante el estudio de Genieys sobre las políticas públicas como el resultado de la interacción de actores diversos entre los que figuran las nuevas élites del Estado socializadas profesionalmente en la función pública.

En el orden metodológico, William Genieys (p. 24) centra las posibilidades de estudio de las élites (comenzando por su identificación) recurriendo a tres técnicas que hoy parecen obvias, pero que han sido destiladas tras múltiples estudios que ya son clásicos, como los de Hunter (1953) y Dahl (1961) y que el autor trata extensamente en varios capítulos de su obra. El primero es el de la reputación. Consiste en identificar a aquellas personas que toman (o influyen sobre las) decisiones sobre asuntos públicos que afectan a otras personas en función de lo importantes e implicados que son percibidos por los otros/as. Este grupo es el que se considera la élite. **El segundo método, probablemente el más extendido, es el posicional**, que consiste en identificar a aquellas personas que ocupan posiciones de poder definidas dentro de una institución. Así, **la élite política puede quedar definida por las personas que ocupan escaños en los parlamentos, puestos en el ejecutivo, posiciones de liderazgo en los partidos (ejecutivas, por ejemplo)**. Se asume que estas personas, dada su posición en las instituciones, tienen poder y toman decisiones sobre asuntos públicos. El tercer método es el decisional, que es menos estático que el anterior y más *ad hoc*. Consiste en identificar a los grupos de personas que participan en la toma de decisiones de un asunto concreto, como puede ser una política sanitaria, la construcción de un puente o la política de contratación de las universidades. Los tres métodos de identificación arrojan élites diferentes (porque observan también cosas diferentes: ciudadanos reputados, instituciones, decisiones) pero todas tienen un elemento común: se trata de grupos de personas (élites) que ejercen (o están cerca de) el poder; son capaces de tomar decisiones o influir sobre ellas.

Se trata de un texto sólido, bien escrito, solvente y de interés para conocer mejor qué se ha estudiado de las élites políticas, los debates que han generado estos estudios y las avenidas de futuro para este campo de las ciencias sociales.

Xavier COLLER

BIBLIOGRAFÍA

- Bottomore, Tom (1964). *Elites and Society*. Londres: Routledge.
- Burton, Michael G. y John Higley (1987). «Invitation to Elite Theory. The Basic Contentions Reconsidered». En: William D. Domhoff y T. Dye, *Power Elites and Organization*. Beverly Hills: Sage.
- Coller, Xavier (2008). «El sesgo social de las elites políticas. El caso de la España de las autonomías (1980-2005)». *Revista de Estudios Políticos*, 141: 133-159.
- y Andrés Santana (2009). «La homogeneidad social de la elite política. Los parlamentarios de los PANE (1980-2005)». *Papers, revista de sociología*, 92: 29-50.
- ; Helder Ferreira y Chris Meissner (2008). «Les elites politiques régionales espagnoles (1980-2005)». En: William Genieys, Mohammad-Saïd Darviche y Guy Hermet (eds.), *Penser la dynamique des régimes politiques. Sur les pas de Juan Linz*. París: L'Harmattan.
- Dahl, Robert (1961). *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven: Yale University Press.
- Hunter, Floyd (1953). *Community Power Structure*. Chapel Hill: University of North Caroline Press.
- Norris, Pippa (ed.) (1997). *Passages to Power. Legislative Recruitment in Advanced Democracies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Joni Lovenduski (1995). *Political Recruitment. Gender, Race and Class in the British Parliament*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ross, James F. S. (1944). *Parliamentary Representation*. New Haven: Yale University Press.

La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia

Fernando Vallespín Oña

(Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012)

Democracia y verdad, realidad y ficción, ocultación y desenmascaramiento, opinión, juicio, actor y sistema, todo ello forma parte del reino de la política pues en la naturaleza de la política está el «estar en guerra con la verdad» (Arendt, 1968: 239). Sin embargo, el continuo toma y daca entre aquello que se nos presenta como real por cada uno de los participantes en el sistema político, unido al permanente desvelamiento de la mentira, parece incrementar las reacciones de desconfianza hacia, y desprestigio del, sistema político; la lucha en el reino de las opiniones por obtener la consideración de verdad ha generado la creciente pérdida de un mundo común, en el cual exista algo parecido a una lectura de base racional sobre lo que acontece (p. 166). Es por ello que Fernando Vallespín se pregunta ¿qué relación tiene la democracia con la verdad?

Hoy en día las interpretaciones sobre los hechos, las opiniones y la creación de significados sobre la *realidad* proliferan en el espacio público. La batalla política no se libra exclusivamente en el Parlamento, sino que resulta tanto o más importante el posterior traslado a los medios de aquello que sucede en la arena política. Si bien la política democrática requiere de un espacio para la confrontación y el encuentro de ideas, también es verdad que el espacio público se encuentra, cada vez más, sembrado de opiniones, «un mundo huérfano de verdad donde la textura de lo real se nos abre a una ilimitada gama de interpretaciones» (p. 34). En este estado de la cuestión se nos presenta una paradoja, «si no denunciarnos, si no criti-

BIBLIOGRAFÍA

- Bottomore, Tom (1964). *Elites and Society*. Londres: Routledge.
- Burton, Michael G. y John Higley (1987). «Invitation to Elite Theory. The Basic Contentions Reconsidered». En: William D. Domhoff y T. Dye, *Power Elites and Organization*. Beverly Hills: Sage.
- Coller, Xavier (2008). «El sesgo social de las elites políticas. El caso de la España de las autonomías (1980-2005)». *Revista de Estudios Políticos*, 141: 133-159.
- y Andrés Santana (2009). «La homogeneidad social de la elite política. Los parlamentarios de los PANE (1980-2005)». *Papers, revista de sociología*, 92: 29-50.
- ; Helder Ferreira y Chris Meissner (2008). «Les elites politiques régionales espagnoles (1980-2005)». En: William Genieys, Mohammad-Saïd Darviche y Guy Hermet (eds.), *Penser la dynamique des régimes politiques. Sur les pas de Juan Linz*. París: L'Harmattan.
- Dahl, Robert (1961). *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven: Yale University Press.
- Hunter, Floyd (1953). *Community Power Structure*. Chapel Hill: University of North Caroline Press.
- Norris, Pippa (ed.) (1997). *Passages to Power. Legislative Recruitment in Advanced Democracies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Joni Lovenduski (1995). *Political Recruitment. Gender, Race and Class in the British Parliament*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ross, James F. S. (1944). *Parliamentary Representation*. New Haven: Yale University Press.

La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia

Fernando Vallespín Oña

(Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012)

Democracia y verdad, realidad y ficción, ocultación y desenmascaramiento, opinión, juicio, actor y sistema, todo ello forma parte del reino de la política pues en la naturaleza de la política está el «estar en guerra con la verdad» (Arendt, 1968: 239). Sin embargo, el continuo toma y daca entre aquello que se nos presenta como real por cada uno de los participantes en el sistema político, unido al permanente desvelamiento de la mentira, parece incrementar las reacciones de desconfianza hacia, y desprestigio del, sistema político; la lucha en el reino de las opiniones por obtener la consideración de verdad ha generado la creciente pérdida de un mundo común, en el cual exista algo parecido a una lectura de base racional sobre lo que acontece (p. 166). Es por ello que Fernando Vallespín se pregunta ¿qué relación tiene la democracia con la verdad?

Hoy en día las interpretaciones sobre los hechos, las opiniones y la creación de significados sobre la *realidad* proliferan en el espacio público. La batalla política no se libra exclusivamente en el Parlamento, sino que resulta tanto o más importante el posterior traslado a los medios de aquello que sucede en la arena política. Si bien la política democrática requiere de un espacio para la confrontación y el encuentro de ideas, también es verdad que el espacio público se encuentra, cada vez más, sembrado de opiniones, «un mundo huérfano de verdad donde la textura de lo real se nos abre a una ilimitada gama de interpretaciones» (p. 34). En este estado de la cuestión se nos presenta una paradoja, «si no denunciarnos, si no criti-

camos, la mentira campa a sus anchas; pero si lo hacemos, si nos desgañamos por sacarlas a la luz, por denunciarlas y perseguirlas, también lo hace. Al menos en la percepción de los ciudadanos. Al final se extiende un horizonte de desconfianza generalizado que todo lo empapa» (p. 31).

Como señalaba John B. Thompson, los escándalos políticos «son un asunto central en nuestras democracias mediáticas, porque afectan a la esencia de la política, que es la credibilidad de nuestros representantes. Cuando la pierden, todo el sistema se resiente» (*Magazine*, 16-01-2011).

No son los hechos, sino las palabras sobre los hechos lo que conforma el mundo, y bajo esta premisa de lo que se trata no es únicamente de convencer, sino de mover a creer. Los ciudadanos son objeto de un creciente bombardeo mediático en el cual se trata de que incorporen la cosmovisión dominante como propia. No parece posible descubrir la verdadera conciencia, la realidad, y, sin embargo, parece preciso encontrar otra forma de nombrar la realidad, una forma que permita desarrollar un ciudadano con conciencia crítica capaz de desenmascarar el discurso hegemónico neoliberal detrás del cual se «racionaliza» el mundo (p. 45).

A lo largo del libro se realiza un diagnóstico acerca del actual estado de la democracia, en él se nos ofrecen una serie de «antídotos», de defensas o cautelas que pueden ser útiles a la hora de adentrarnos en las procelosas aguas de lo político.

Hace años que los filósofos del lenguaje mostraron que la forma en la que nombramos las cosas no constituye una mera etiqueta para las mismas, los hechos se objetivan al ser nombrados y aquel que «se arrogue más eficazmente el poder de nombrar, de dotar de expresividad a lo que ocurre, será también quien acabe por imponer la visión que se tenga de aquella» (p. 35). Bien, pues parece que determinados grupos políticos y en particular algunas escuelas económicas han sido más efectivas que otras al establecer en un «*framing*» (al enmarcar) los términos del debate en la actual situación de crisis por la que atravesamos. Como señalaron Abril, Sánchez Leiva y Tranche (*El País*, 1-09-2012), el éxito en la creación de significados, así como la propagación de conceptos por parte de determinados grupos políticos y mediáticos, acaba por lograr, mediante la usurpación de la terminología del oponente, la ocupación de un espacio imaginario de consenso del que el oponente no puede autoexcluirse.

La lucha por la hegemonía cultural en política acaba por convertirse en la lucha por «el sentido común» y, así, las diferentes opciones políticas acaban siendo reconducidas a la aplicación de un conocimiento «experto» que ignora las consideraciones políticas. Cada vez en mayor medida se prescinde en el reino de la política de la opinión de los intelectuales, o de aquellos teóricos políticos cuya función, como señaló Judith Shklar, consiste no tanto en decirles a los ciudadanos lo que deben pensar, sino en ayudarles a acceder a una noción más clara sobre lo que ya saben y lo que dirían si consiguieran encontrar las palabras adecuadas. En definitiva, los expertos y tecnócratas, tan requeridos en determinados campos, no son tomados en cuenta a la hora de suministrar alternativas políticas. Así, los teóricos políticos no son tenidos en cuenta a la hora de suministrar las herramientas necesarias para que los ciudadanos sean capaces de filtrar la realidad por sí mismos, y de estar alerta frente a los intentos de ocultación que frecuentemente se nos plantean.

«¿Para qué mentir si es posible engañar por otros medios?» (p. 32). La tarea de creación de realidades, unida a una nueva reestructuración del espacio público, que se encuentra cada vez más fragmentado, fomenta un tipo de especialización mediante la cual los ciudadanos se concentran en «esferas deliberativas», grupos de afines, tribus, dentro de las cuales aquellos que ya están de acuerdo sobre un determinado tema refuerzan sus convicciones.

La deliberación, la posibilidad de confrontar argumentos en el espacio público, de la ilustración mutua, de la búsqueda del mejor argumento, para poder llegar a decisiones reflexionadas por parte de un conjunto de actores, ha devenido en un campo de lucha por hacerse con la hegemonía sobre lo que sea la realidad. De este modo aquellos presupuestos ideados para conformar un procedimiento neutral se han visto devaluados por la propia práctica política. Aparte de aquello a lo que tenemos acceso directo, el único reflejo de la realidad es el que nos transmiten los medios de comunicación. De este modo la realidad se nos presenta siempre filtrada, opinada, de modo que nuestras opiniones ya no parten de los hechos, sino de las reacciones que los medios de comunicación nos trasladan acerca de los hechos.

Esta cascada de opiniones, de fuentes que derivan de otras fuentes, acaba por dificultar la intelección de aquello que pueda considerarse «realidad objetiva». El espacio público es el lugar donde se negocia el mundo común (p. 140), donde se negocian o reconcilian los intereses sociales y políticos; por ello es tan necesario que en él puedan acogerse otras voces.

La tesis de fondo que plantea el libro es que «tenemos un problema tanto con las conucciones, casi exclusivamente reducidas al sistema de los medios de comunicación, como con la fuente de energía, los ciudadanos, poco atentos en general a lo que debería concernirles» (p. 143). Este estado de la cuestión, unido al continuo desenmascaramiento del oponente y a la continua construcción y reconstrucción de la realidad, de algún modo «alienta el desaliento» del ciudadano y contribuye a su desafección. La política parece haber alterado su finalidad, no se trata tanto de desarrollar el juicio político como de impactar en la realidad, de asombrar, de escandalizar y de generar conflictos y disputas, algo que a su vez choca con la creciente convergencia de los partidos políticos en el centro (p. 149).

Es cierto que, como decía Habermas, «en la democracia no se trata de averiguar la verdad objetiva de los objetivos políticos, antes lo que importa es crear las condiciones para la “aceptancia” democrática de aquellos objetivos que los partidos persiguen. En este aspecto los argumentos políticos tienen más la función de propaganda, o de armas, con las que se evita el empleo de la violencia corporal, que de afirmaciones que puedan interpretarse como contribuciones al desarrollo de teorías “verdaderas”» (Habermas, 1998: 370). No obstante, la percepción de la pérdida de capacidad de la propia política para presentar modelos alternativos, la reducción de la política a un ámbito que se limita a administrar imperativos técnicos provenientes de un sistema económico sobre el que ha perdido capacidad de iniciativa, ha terminado por abocar a los políticos a encubrir su falta de acción, su creciente indistinción, detrás de toda una serie de lenguajes donde predomina lo retórico, lo expresivo y lo simbólico. Los discursos sobre «lo necesario», «lo inevitable», «lo que es de sentido común», han acabado por volverse contra el propio sistema dejando a la vista sus costuras.

Realidad y ficción, medios de comunicación y política, han entrado en una relación parasitaria mutua (p. 167), y, sin embargo, a pesar de conocer el embuste parece que nos contentemos con él. De algún modo, la exacerbación del individualismo ha llevado a la aceptación de la mentira como parte de nuestra «propia verdad», la opinión propia ha pasado a constituir una seña de identidad de nuestra *libertad*, de modo que todo ha pasado a ser debatible excepto, curiosamente, el orden sobre el que se sostiene el sistema económico, frente al cual lo máximo a lo que podemos aspirar es a gestionarlo, hurtándose, por tanto, el debate político sobre el mismo.

Gonzalo CAVERO CANO

BIBLIOGRAFÍA

- Abril, Gonzalo; María José Sánchez Leyva y Rafael R. Tranche (2012). «La ocupación del lenguaje». *El País*, 1 de septiembre (en línea). http://elpais.com/elpais/2012/06/06/opinion/1338982268_785200.html. Último acceso, 11 de diciembre de 2012.
- Arendt, Hannah (1968). «Truth and Politics». En: H. Arendt, *Between Past and Future*. Nueva York: Viking Press.
- Habermas, Jurgen (1998). *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Thompson, John B. (2011). «Lo que destruye la credibilidad de un político es que mienta». *Magazine*, 16 de enero (en línea). http://www.magazinedigital.com/cultura/entrevistas/reportaje/cnt_id/5585. Último acceso, 16 de diciembre de 2012.

Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura

Genaro Zalpa Ramírez

(México, Plaza y Valdés Editores, 2011)

Del «Kwel» a la «Cultura», aproximación crítica

El cómo llegó este libro a mis manos...

El libro llegó así, casi por casualidad. Lo que más me llamó la atención a simple vista, tras varios minutos ojeando la contraportada, es el uso que se hace de las metáforas. En este caso del concepto *mapa*, y posteriormente, como podrá ver la lectora en el transcurso del manuscrito, del de *bricolaje*. Ambas analogías serán hilos conductores de lo que el libro nos depara. Las metáforas despiertan un interés especial en mí ya que, por un lado, de acuerdo con Morgan (1990), permiten vestir nuestro discurso y, por el otro, tienen un papel central en la construcción de nuestra realidad (Lakoff y Johnson, 1980). Siguiendo con el manuscrito, el concepto de *mapa* sirve como analogía de guía, para las lectoras más noveles o como un instrumento de conocimiento que simplifica la realidad, orientándonos en el terreno y posibilitando las pistas hacia los senderos que se quieren profundizar. Mientras que el de *bricolaje* servirá como representación de la aportación del autor. Así como el bricolaje es descrito como una «actividad manual que se manifiesta en obras de carpintería, fontanería, electricidad, etc. realizadas en la propia vivienda sin acudir a profesionales» (Real Academia Española, 2012), en el caso que nos ocupa, su significado versará sobre una actividad manual, realizada por el propio autor, tras la que organiza de forma diferencial elementos de otras teorías, para dar lugar a una teoría de la acción social. El título es ya el mejor preámbulo de lo que nos deparará el manuscrito, *teorías de cultura* (desde aproximaciones de las ciencias sociales), que desembocan en la *teoría de la cultura* propuesta por el autor, enmarcada en una teoría general de la *acción social*. Pero, empecemos por el principio...

Cultura organizativa, cultura política, cultura religiosa... ¿qué es la cultura?

Estamos rodeados de noticias, artículos y de un día a día que nos habla de ella, pero *¿qué es la cultura?*, *¿qué basta este concepto?* Estas son algunas de las reflexiones que una lectora novel en dicha temática podrá hacerse en los primeros momentos de ojear este manuscrito; pero no nos impacientemos, las respuestas llegarán y, con ellas, el objetivo y la razón de ser de este libro.

BIBLIOGRAFÍA

- Abril, Gonzalo; María José Sánchez Leyva y Rafael R. Tranche (2012). «La ocupación del lenguaje». *El País*, 1 de septiembre (en línea). http://elpais.com/elpais/2012/06/06/opinion/1338982268_785200.html. Último acceso, 11 de diciembre de 2012.
- Arendt, Hannah (1968). «Truth and Politics». En: H. Arendt, *Between Past and Future*. Nueva York: Viking Press.
- Habermas, Jurgen (1998). *Facticidad y validez*. Madrid: Trotta.
- Thompson, John B. (2011). «Lo que destruye la credibilidad de un político es que mienta». *Magazine*, 16 de enero (en línea). http://www.magazinedigital.com/cultura/entrevistas/reportaje/cnt_id/5585. Último acceso, 16 de diciembre de 2012.

Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura

Genaro Zalpa Ramírez

(México, Plaza y Valdés Editores, 2011)

Del «Kwel» a la «Cultura», aproximación crítica

El cómo llegó este libro a mis manos...

El libro llegó así, casi por casualidad. Lo que más me llamó la atención a simple vista, tras varios minutos ojeando la contraportada, es el uso que se hace de las metáforas. En este caso del concepto *mapa*, y posteriormente, como podrá ver la lectora en el transcurso del manuscrito, del de *bricolaje*. Ambas analogías serán hilos conductores de lo que el libro nos depara. Las metáforas despiertan un interés especial en mí ya que, por un lado, de acuerdo con Morgan (1990), permiten vestir nuestro discurso y, por el otro, tienen un papel central en la construcción de nuestra realidad (Lakoff y Johnson, 1980). Siguiendo con el manuscrito, el concepto de *mapa* sirve como analogía de guía, para las lectoras más noveles o como un instrumento de conocimiento que simplifica la realidad, orientándonos en el terreno y posibilitando las pistas hacia los senderos que se quieren profundizar. Mientras que el de *bricolaje* servirá como representación de la aportación del autor. Así como el bricolaje es descrito como una «actividad manual que se manifiesta en obras de carpintería, fontanería, electricidad, etc. realizadas en la propia vivienda sin acudir a profesionales» (Real Academia Española, 2012), en el caso que nos ocupa, su significado versará sobre una actividad manual, realizada por el propio autor, tras la que organiza de forma diferencial elementos de otras teorías, para dar lugar a una teoría de la acción social. El título es ya el mejor preámbulo de lo que nos deparará el manuscrito, *teorías de cultura* (desde aproximaciones de las ciencias sociales), que desembocan en la *teoría de la cultura* propuesta por el autor, enmarcada en una teoría general de la *acción social*. Pero, empecemos por el principio...

Cultura organizativa, cultura política, cultura religiosa... ¿qué es la cultura?

Estamos rodeados de noticias, artículos y de un día a día que nos habla de ella, pero *¿qué es la cultura?*, *¿qué abasta este concepto?* Estas son algunas de las reflexiones que una lectora novel en dicha temática podrá hacerse en los primeros momentos de ojear este manuscrito; pero no nos impacientemos, las respuestas llegarán y, con ellas, el objetivo y la razón de ser de este libro.

Del mismo modo que inicia el manuscrito y de la mano de su autor Genaro Zalpa, Doctor en Sociología y actual profesor e investigador del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad de Aguascalientes, recorreremos esta palabra así como sus contextos de uso en las ciencias sociales. En este caso tres. El primero, de uso muy usual y no del todo razonado, más por el mero hecho de usarlo que por la necesidad de que sea tal. Podríamos decir de uso circunstancial o de emisión agradable, lo que en palabras del autor sería «suena bien y decirla produce un agradable cosquilleo en la garganta» (p. 11). El segundo, referido al sentido o los fenómenos a los que la palabra se refiere; es decir, a través de definiciones descriptivas del término, en donde el uso del mismo tiene especificado su sentido pero no es central en la teoría que se usa y, por tanto, puede ser sustituido por cualquier otro. Por último, el tercero, donde el concepto no está aislado, sino que se relaciona con la teoría de tal forma que no puede modificarse sin que esta también lo haga; es decir, no se trata de un término independiente sino de una *teoría de la cultura*. He aquí el objetivo de este libro, y de su autor: proponer una *teoría de la cultura* en el marco de una *teoría general de la acción social*. Así, partiendo de la definición de cultura como «el significado social de la realidad» (p. 12), Zalpa la coloca en una *teoría de acción social* con la finalidad de resolver el problema, por medio de un esquema conceptual, entre las relaciones y prácticas de significación.

Cultura y acción social. Teoría(s) de la cultura, se estructura en cuatro partes que permiten al autor conseguir su fin, precedidos por una introducción y cerrados por una pequeña síntesis, que permite recapitular y recorrer brevemente los aspectos más importantes tratados a lo largo del manuscrito.

El primer apartado, *El conocimiento científico: mapa de la realidad*, presenta la teoría de la ciencia como tal, es decir, como un mapa de la realidad. Desde la premisa ontológica de que existen realidades independientes del conocimiento, plantea la diferenciación teórica entre perspectivas ontológicas y epistemológicas a través de un recorrido crítico por las teorías de la ciencia. Concluyendo que «ninguna teoría puede pretender una identidad absoluta con el objeto pero que, sin embargo, las teorías establecen una relación de mapeo» (p. 22), la *teoría de cultura* que prosigue pretende ser una guía de estudio de lo social.

En el segundo apartado, *El concepto de «cultura» en las ciencias sociales*, como si de un marco teórico se tratase, se recorren de forma crítica algunas teorías de la cultura. Partiendo de que la *cultura* es un concepto polisémico, con múltiples definiciones y aproximaciones de interés, el autor presenta un recorrido histórico de la palabra y su etimología, para pasar a presentar un recorrido crítico por las teorías que le conceden un lugar importante: aproximándonos al concepto desde la antropología simbólica (a través de Clifford Geertz o Victor Turner, entre otros), la sociología del conocimiento y la teoría de la ideología (de la mano de Mannheim o Karl Marx, entre otros), las teorías sociológicas (con Talcott Parsons o Jeffrey C. Alexander) y las teorías interdisciplinarias (a través de los estudios culturales y los estudios de cultura organizacional). Este apartado es especialmente sugerente en su lectura, por un lado, porque se exponen de forma sintética las teorías de la cultura desde el ámbito de las ciencias sociales y, por el otro, porque nos acerca (a lo largo de su revisión) a las reflexiones propias del autor y a su toma de decisión. Estas reflexiones y su consiguiente toma de decisión van tomando nota con el rechazo de algunas teorías y la organización diferencial de los elementos de otras (como los conceptos de *habitus* y *estrategia* de Bourdieu), el hilo conductor de su propia propuesta: una nueva *teoría general de la acción*.

En el tercer apartado, *Teoría general de la acción social*, Genaro Zalpa nos presenta una nueva teoría de la acción social a través de elementos ya existentes de otras teorías pero ordenados de forma diferencial. Basado en el principio ontológico de que la estructura social es resultado de la acción humana, y ésta resultado de la estructura social; así como presupuesto epistemológico del *mapa* como guía para conocer la realidad, se presenta la teoría de la acción social. Los ingredientes de Zalpa, el *habitus*, tomado del estructuralismo genético de Pierre Bourdieu (1987), y las nociones de *estrategias* y de *efectos no buscados*, sirven al autor para pensar la acción social como determinada y determinante, así como en la reproducción y el cambio social sin caer en el determinismo y el voluntarismo.

El último apartado, *Teoría de la cultura*, se presenta como significado social de la realidad. Este apartado presenta de forma detallada la propuesta del autor de una teoría de la cultura enmarcada en la *teoría de la acción social* del apartado anterior. A lo largo de estas páginas, a través de distintas definiciones y variopintos ejemplos, vemos que el aporte de Zalpa no es la definición del concepto, que toma prestada de otras concepciones semióticas y remodela a su juicio a través del concepto *creencia*; sino más bien se erige en forma de *mapa*, útil para el conocimiento de la realidad. Este *mapa* es el resultado de enmarcar la concepción semiótica de la cultura en una *teoría general de la acción social* o, en otras palabras, se trata de un instrumento que nos permite conocer la realidad desde una visión general a la vez que particular, posibilitando las coordenadas específicas donde poder situarnos en un estudio cultural.

Y así casi por casualidad...

El *mapa* da cierre al manuscrito. Este *mapa* se nos presenta de gran utilidad para aquellas lectoras interesadas en realizar una aproximación crítica a la cultura y las teorías de esta desde diferentes tradiciones teóricas. Se trata, por tanto, de un *mapa* de la cultura, desde diferentes autores y obras, que sirve de brújula para determinar aquellos en los que se quiere o desea profundizar mayormente y de forma directa. Así, se menta indicado tanto para estudiantes, a los que les permita forjarse una idea general que posteriormente puedan ir ampliando desde la viva voz de cada autor; o para especialistas que necesiten de una visión contrapuesta y crítica de la cultura. En el primer caso, y si la estudiante es novel en esta materia, tal vez sea necesario contar con otros libros de apoyo, que puedan clarificar y profundizar algunos de los conceptos o usos de los mismos, con los que este libro juega con acierto. Asimismo, a pesar del trabajado y frondoso marco teórico que presenta el manuscrito así como de su gran utilidad como mapa general de la cuestión, es importante no sustituir esta lectura por las propias de los diferentes autores. En todo caso serán dos lecturas complementarias, la lectura de las obras de viva voz de los autores y la aproximación crítica y cuidadosa de las teorías de cultura que nos presenta Zalpa.

Por último, destacar nuevamente uno de los aspectos más sugerentes del manuscrito, la forma en que está escrito. En primera persona, el autor nos hace partícipes de las reflexiones (y alguna toma de decisión) que le llevan a desarrollar su propósito; lo que hace especialmente atractiva la lectura del libro y del *bricolaje* que nos propone y presenta Genaro Zalpa.

Clara SELVA

BIBLIOGRAFÍA

Bourdieu, Pierre (1987). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.

Lakoff, George y Mark Johnson (1988). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra.

Morgan, Gareth (1990). *Imágenes de la Organización*. Madrid: Ra-Ma.

Real Academia de la Lengua Española (RAE) (2012). *Diccionario* (en línea). <http://www.rae.es/rae.html>. Último acceso, 28 de diciembre de 2012.